# El espíritu del espejo



Erya


El espíritu del espejo
Erya

Erya

# El espíritu del espejo



© 2020 Erya
© Ilustración de cubierta: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustraciones de interior: Ana Paula Lomas (@hadadeincognito)
© Ilustracion carteles: Designed by macrovector / Freepik
Corrección: Ana Escudero e Iria Conde Romero
Primera edición: diciembre 2020
Derechos de edición en español reservados para todo el mundo.
© 2020, Ayaxia Ediciones
www.ayaxiaediciones.com
ISBN: 978-84-122390-4-1
Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Ana, porque sin ti, Blancanieves*
*no tendría ese toque que la hace especial…,*
*y por darle nombre a Rolan.*


ISLAS PIRATAS
CANTILUX
OCEANLEY

# Prólogo



Érase una vez, en un reino donde…

Espera. De nuevo, lector, debo advertirte algo antes de que te adentres en una nueva historia.

¿Para qué?

Para creer en la magia.

Para creer que a veces todo sucede por un motivo, y ese motivo puede ser muy simple y a la vez muy complicado: cosa de magia.

La magia responde muchos porqués.

¿Quieres una respuesta lógica a todo?

Entonces, quizás no estés preparado para adentrarte en esta historia.

Porque ella es pura magia.

Si me conoces de *La maldición de los reinos*, ya sabes quién soy. Si no, me presento:

Soy quien todo lo sabe. También soy quien nada sabe.

Soy la magia que va y viene.

Soy las palabras que a veces todo te explicarán y otras confusión te crearán.

Soy quien entra y sale de los personajes, quien te muestra sus pensamientos o los mira desde fuera.

Soy quien te sumergirá en una historia real e irreal, una historia de sueños y pesadillas.

En definitiva: soy quien te contará una historia portadora de magia.

Tú decides ahora, lector; adentrarte y creer o pasar a ciegas y no vivir lo que encierran estas páginas…

Bienvenido a *El espíritu del espejo*.

# Primera parte

## La rosa y la manzana



# Capítulo 1

La noche había caído sobre el Reino de la Manzana de Plata. Otra noche fría y estrellada donde las lunas eran las únicas guardianas de los sueños de aquellos que dormían. Pero alguien se mantenía despierto. Una reina paseaba por los jardines reales sin un rumbo fijo, dejando una estela de huellas sobre el manto de nieve.

No podía dormir. Había algo que no se lo permitía, mas no sabía qué.

Creía ser una reina feliz, no le faltaba nada. Tenía un rey justo a su lado que la amaba y veneraba como cualquier mujer desearía. Juntos gobernaban un magnífico reino con súbditos agradecidos. Las guerras contra mágicas criaturas y otros reinos habían terminado por fin y se podía respirar paz. Por ello, cada poco tiempo celebraban fiestas en la corte y eventos para todo el reino.

Y, a pesar de todo, sentía que algo le faltaba para ser plenamente feliz. Sus ojos claros se dirigieron a las reinas de la noche. Cada una en una fase diferente. La magia que formaba parte de ellas impedía adivinar sus fases, por lo que cada noche era una sorpresa descubrir cómo se mostraban a los reinos. Normalmente, hacían florecer una sonrisa en la reina, que cada crepúsculo jugaba con placer a adivinar cómo lucirían a la noche. Mas no ese día. Sus ojos pasaron de la lila, a la celeste y después a la plateada. Tres lunas. Una familia. Y entonces lo comprendió: un hijo. Ansiaba un hijo. Algo que habían postergado por causas ajenas a ellos. Pero había llegado el momento.

Se detuvo junto a la fuente con peces de colores que ornamentaba el jardín. Allí crecía una rosa solitaria cuyos pétalos anaranjados luchaban por dejarse ver entre la nieve. Se agachó y, con una suave caricia, ayudó a la flor a mostrar todo su esplendor, con tan mala suerte que se pinchó un dedo al rozar el tallo. Tres gotas escarlata impregnaron la capa invernal que cubría el suelo.

—¡Ojalá tuviera un hijo tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre, tan oscuro como la noche y tan bello como la rosa!

Quizás un hada madrina estuviera escuchando y le concediera el deseo; o tal vez una estrella fugaz cruzara la bóveda estrellada, o los dioses detendrían sus juegos divinos para prestar atención a la reina del Reino de la Manzana de Plata. Alguien la escucharía, o la magia actuaría por sí misma.

La magia fluía por cada reino como un río invisible que bailaba libremente sin nadie que pudiera dominarla. Formaba parte de ellos como ellos de ella, aunque no todos fueran capaces de usarla. Pero estaba allí, podía sentirse solo con respirar.

Tras pedir su deseo, la reina regresó al palacio.

Y sucedió que, meses más tarde, dio a luz a una hermosa niña que dejó sin palabras a cuantos la vieron.

Tez oscura como la noche, labios rojos como la sangre, cabellos blancos como la nieve más pura y una belleza sin igual.

La reina la observó con orgullo entre sus brazos. Antes de exhalar su último suspiro, pronunció el que sería el nombre de su pequeña:

—Blancanieves.

# CAPÍTULO 2

Una invitación ricamente decorada auguraba una noche de elegancia y esplendor. La mujer recogió con entusiasmo la tarjeta que el mensajero le tendía y la leyó con ojos brillantes, sin despedirse cuando el muchacho hizo una inclinación de cabeza para marcharse y seguir repartiendo las invitaciones.

Acudió al despacho de su esposo, quien estaba sumergido entre las cuentas e inventarios que todo buen mercader debía llevar al día. Pero él no era un buen mercader a secas. Era el mejor. Tanto, que se había ganado el favor de los soberanos y nobles del reino, quienes ya solo le compraban a él. Tanto, que él y su familia ya formaban parte del exclusivo círculo que rodeaba a los reyes del Reino de la Rosa Escarlata.

No le hicieron falta palabras para que él supiera lo que significaba aquello que llevaba en la mano. El hombre se levantó y se dirigió hacia ella. Posó su mano en la barriga de su esposa, que ya estaba bien abultada.

—¿No crees que deberías quedarte y descansar? Ya queda poco para que des a luz.

Ella puso cara de fastidio, a lo que él sonrió.

—En cuanto nazca tendré que pasar meses a su cuidado y no podré asistir a las fiestas de palacio. Déjame disfrutar una última vez.

El hombre tomó su mano y la besó con delicadeza.

Dos niñas irrumpieron en la estancia entre gritos y risas perseguidas por tres niños con espadas de madera. Corretearon a su alrededor hasta que el mercader tuvo que poner orden y echarlos a todos de allí. Debía seguir trabajando.

Su esposa dedicó el resto del día a elegir un buen vestido y complementos para esa noche. Quería estar radiante. Quería estar a la altura de aquellos que formaban parte de la corte. Ella y su esposo habían crecido fuera de ese mundo, como unos campesinos más, y sabía que algunos nobles los miraban por encima del hombro. Pero no le importaba. Le encantaba aquella vida de lujos. Cuando se

casaron, vivían en el humilde pueblo en el que ambos habían crecido, alejado de las riquezas y el ajetreo de la gran ciudad. Ahora la elegante urbe era su hogar, un hogar digno de su nuevo estatus.

Al caer la tarde, un carruaje los llevó a través del Bosque del Invierno Mágico hasta el majestuoso castillo.

Ella contempló el exterior durante todo el trayecto con admiración. No podía evitar sorprenderse cada vez que pasaban por allí. Daba igual la estación; en aquel bosque siempre había nieve. Y flores. De ahí su nombre.

En cuanto el carruaje se detuvo, el lacayo abrió la puerta y el mercader bajó en primer lugar para ayudar a su esposa. Varias parejas caminaban por delante de ellos hacia las puertas del castillo, guiadas por sirvientes que las conducían hacia la sala del trono, donde se celebraban las fiestas y bailes. Era una sala inmensa llena de esplendor, con cristaleras a ambos lados y dos soberbios tronos al fondo, desde donde el rey Endimión y la reina Selene observaban con altivez a sus invitados.

El mercader entró con su esposa cogida del brazo. Eran los últimos en llegar. Tras ellos se cerraron las puertas y una suave melodía comenzó a sonar, a la par que varios camareros servían copas con una bebida rosada con esquirlas doradas. Ella tuvo que declinar la oferta. Aquella bebida contenía alcohol y su matrona se lo había prohibido durante los embarazos.

Todos brindaron por los reyes, deseándoles un largo reinado lleno de lujos y mayores riquezas. Ellos sonrieron complacidos y, una vez finalizado el brindis, descendieron del estrado para mezclarse con los nobles.

El mercader y su esposa mantuvieron una conversación con varios de ellos sobre nuevos productos que él quería importar. Él hablaba y ella sonreía y asentía, observando los rostros codiciosos de las demás mujeres, que solo querían más y más.

Los reyes llegaron al pequeño grupo y todos hicieron reverencias.

—Oh, no os molestéis, por favor. En vuestro estado, hacer una reverencia es casi imposible —dijo la reina mirando a la esposa del mercader, quien agradeció su atención—. ¿El sexto ya? —La mujer asintió—. Una familia numerosa, qué inusual…

El deje despectivo no escapó a los oídos del mercader y su esposa, quien se llevó la mano a la tripa. En la nobleza de aquel reino era extraño encontrar una familia con más de dos hijos. Tener más se consideraba propio de las clases bajas. Pero ellos no lo habían buscado. Había surgido, sin más.

Tampoco se les escaparon las sonrisas burlonas de los presentes. Sin embargo, ella decidió llevar la conversación por otro camino.

—¿Qué tal el príncipe Adrien? En la ciudad solo se escuchan alabanzas sobre el pequeño heredero.

—Bien, bien, aunque todavía tiene que aprender ciertos modales sociales —respondió el rey Endimión.

Las mandíbulas de los soberanos se tensaron.

—Es muy pequeño —procedió a explicar la reina Selene—. Todavía no es capaz de comprender que los criados están para servirnos, que no valen para otra cosa. Cosas de niños.

La conversación continuó con el papel que debían cumplir las clases más bajas para con ellos. La mujer intervino en algunos momentos, pero el mercader se mantuvo al margen. No estaba seguro de compartir aquellas opiniones. Él había nacido campesino y, aunque ahora poseía innumerables riquezas, seguía siendo el mismo que antaño. ¿Por qué los límites?

A mitad de la velada, su esposa empezó a encontrarse mal y decidieron marcharse. En un principio lo atribuyeron a un dolor de estómago. Sin embargo, poco después de llegar a su casa, ella supo que se había puesto de parto. El bebé se había adelantado.

Fue una noche difícil, llena de dolor para ella y preocupación para él. Pero con un precioso llanto anunciando la llegada de la aurora, ambos sonrieron y se miraron, cansados.

La matrona puso en manos de la madre a una preciosa niña.

—¡Qué bella es! —exclamó la mujer débilmente—. ¿Cómo la llamaremos?

—¿Qué tal así? Bella.

Aquel nombre sonó tan bien que la mujer lo aceptó, y cerró los ojos visualizando aquel nombre y el rostro de su hija.

Y su espíritu voló lejos para siempre.

# CAPÍTULO 3

Surgieron rumores por el color de su piel, que distaba mucho del de los reyes. Todos se preguntaban cómo era posible.

Magia, respondían unos.

Para otros, la respuesta era otra pregunta: ¿era la princesa la verdadera heredera?

Ella crecía ajena a todo ello. Jugaba por los jardines reales con su mejor amigo, el hijo de un soldado, que fingía ser un cazador a las órdenes la reina. Blancanieves, simulando ser la soberana, le mandaba los más peculiares trabajos, como que le trajera una semilla mágica o una lágrima de hada.

—Espero que, cuando sea mayor y me convierta en tu cazador, me mandes misiones más acordes con mi ocupación y no cosas tan raras.

—¿Raras? —inquirió la pequeña princesa, alzando las cejas sobre los ojos color caramelo que destacaban en su rostro de ébano—. ¡Posesiones propias de una reina! —Puso los brazos en jarras y alzó el mentón.

Él bajó su arco de juguete.

—¿Y para qué sirven?

Tras unos instantes meditándolo, la niña se encogió de hombros y respondió:

—¿Para poder decir que yo las tengo y otros reyes no?

Ambos estallaron en las carcajadas que llenaban a diario los pasillos y jardines de palacio.

Pasaron los años y Blancanieves creció en edad y belleza.

Cuando alcanzó la adolescencia, su padre, el rey, volvió a casarse con una hermosa mujer que apareció en un baile encandilando a todos con su porte y elegancia. Nadie la conocía, nadie sabía de dónde venía, pero se ganó la admiración de los presentes y el favor del mismísimo soberano.

La princesa la aceptó con entusiasmo. Deseaba que su padre fuera feliz, y también una figura maternal que le enseñara.

Al principio, su madrastra le dedicaba sonrisas y regalos. Una vez, incluso le mostró su más preciado tesoro: una manzana mágica que le aportaba belleza sin igual.

La nueva reina había ordenado limpiar y adecentar la torre del ala oeste. Allí llevó algunas de sus pertenencias: libros de magia, frascos llenos de los líquidos más extraños, un pequeño caldero y un espejo que años atrás había pertenecido a su antecesora, madre de la princesa de tez oscura.

Blancanieves, de la mano de la reina, descubrió este lugar con gran interés. No alcanzó a comprender de qué trataban los códices que adornaban una de las vitrinas. Aunque sabía leer, no distinguió el idioma en el que estaban escritos, mas no preguntó; los libros nunca habían llamado especialmente su atención. Sí se entretuvo, sin embargo, con los frascos de diversos colores que había en otra vitrina. Algunos brillaban levemente. Le parecieron mágicos.

—Acércate —le ordenó la reina.

Su hijastra desvió la atención de los líquidos brillantes y fue junto a la mujer, que tenía el brazo extendido hacia ella. Cogió su mano y su madrastra la colocó a su lado.

—Espejo, espejo mágico, ven a mi llamada.

Un denso humo negro cubrió parte de la superficie y unos ojos de un azul grisáceo resplandeciente aparecieron. Blancanieves dio un paso atrás, asustada.

—No temas —dijo la mujer, y la colocó ante sí con las manos sobre sus hombros.

Una voz habló:

—¿Qué deseáis, mi reina?

—Dime, ¿quién es en este reino la más hermosa?

El humo desapareció para mostrar el reflejo de la propia soberana, al tiempo que la voz grave y penetrante respondía:

—Vos, Majestad, sois la más bella del reino y más allá. Nadie os supera en beldad, pues poseéis una belleza sin igual.

La mujer sonrió complacida, ejerciendo una suave pero firme presión en los hombros de la princesa.

# CAPÍTULO 4

Con el paso de los años, el rico mercader fue perdiendo poco a poco toda su fortuna. Invirtió en nuevos productos y modificó el negocio para evitar las pérdidas, mas no sirvió de nada. Llegó el día en que no podían permanecer en la ciudad. Las deudas le ahogaban y apenas podía mantener a todos sus hijos.

Tuvieron que volver al pueblo donde él y su difunta mujer habían crecido, al sur de donde se situaba el castillo de la reina Selene y el rey Endimión. Allí todavía conservaba la casa de sus padres. Con la ayuda de sus hijos y de Bella, logró que fuera un hogar en el que atravesar aquella mala época. Sus otras hijas se sentaban a quejarse, desconsoladas. Habían perdido sus elegantes vestidos, sus brillantes joyas y a cuantos las pretendían. Ahora formaban parte del campesinado.

Ahora no eran nada.

Los chicos hicieron un huerto y plantaron diversos vegetales con los que autoabastecerse. Su padre acudía al pueblo cada día mendigando un trabajo. A veces se pasaba las horas de un lado a otro sin conseguir nada; otras, conseguía algunas monedas a cambio de trabajos pesados poco duraderos.

Bella se encargaba de la casa y se esforzaba por cocinar platos exquisitos con lo que conseguían del huerto y el mercado a cambio de las míseras monedas de su padre. Se inventaba juegos para pasar las tardes y hacer reír a sus hermanas mientras los chicos se esforzaban en aprender técnicas de lucha para entrar a formar parte del ejército del rey. Así al menos tendrían un futuro y una paga con la que mantener a la familia.

—¿Cómo voy a salir con este vestido? —decía una.

—Siento como si mi cuello estuviera desnudo sin un diamante —comentaba la otra.

La menor les proponía salir al pueblo a pasear y siempre recibía las mismas negativas.

Aquel día, Bella decidió coger el escaso dinero que tenía ahorrado y gastarlo en algún regalo con que animarlas. Se colocó su capa azul desgastada, agarró una cesta de junco y se despidió de ellas, que solo movieron la cabeza en un gesto vago.

Los chicos, como era costumbre, ya estaban trabajando la tierra. Bromeaban y reían. También echaban de menos la riqueza, y en ocasiones se les hacía dura aquella nueva vida. Sin embargo, habían conseguido adaptarse y ser optimistas. Confiaban en que su padre pronto saldría a flote de nuevo.

Los tres le dijeron adiós con la mano y ella les devolvió el gesto.

Varios pueblerinos la saludaron cuando se cruzaron con la muchacha. Bella les dedicó una sonrisa amable.

Se dirigió a la librería, que no era más que una pequeña tiendecita con trece libros. Bella los había devorado todos en su tiempo libre, pero le gustaba ir cada semana por si había alguno nuevo para leer, una historia nueva por vivir. Había intentado compartir las lecturas con sus hermanas para que vivieran aventuras con ella, mas solo mostraban desprecio por los libros. Consideraban que servían para perder su tiempo sin aportar nada.

Ellas no lo entendían.

Cuando entró, se encontró con una niña de cara dulce tumbada sobre una alfombra con uno de los libros abierto delante de ella. Admiraba los dibujos mientras se apoyaba sobre sus codos y balanceaba sus piernas. Sus cabellos rubios enmarcaban su rostro de mirada oscura.

—¡Hola! —exclamó Bella con entusiasmo.

La niña levantó la mirada y sonrió, pero enseguida volvió a concentrarse en las apasionantes ilustraciones. Algún día aprendería a leer con soltura y sabría qué escondían los libros. ¿Dragones? ¿Hadas? ¿Sirenas? Quería saberlo todo.

Bella pasó su mirada de la niña al resto de la estancia. A la derecha había varias mesas pequeñas, ahora vacías, dispuestas de forma ordenada con algunas sillas a su alrededor. Y a la izquierda, un sofá ajado y una estantería maltrecha que contenía los libros. Aparte de la librería, allí se podía tomar uno de los mejores tés que había probado en su vida, y eso que en la ciudad había gran variedad. El té sostenía aquel lugar.

Unos pasos se acercaron tras la única puerta que había aparte de la de la entrada. Daba a unas escaleras que subían a la humilde casa de la niña y sus padres. Una mujer de aspecto jovial y gran parecido con la pequeña apareció. Le dedicó una sonrisa a Bella y se dirigió a la niña, tendiéndole una cesta con un mantel blanco tapando su contenido.

—Rubí, necesito que le lleves la comida a la abuelita.

—¡Estoy viviendo una aventura! —se quejó ella, golpeando la alfombra con un puño.

—El libro no se va a ir a ninguna parte.

La pequeña se levantó refunfuñando y cogió su capa rubí de un perchero que había en la entrada. Se colgó la cesta del brazo y se despidió de ambas. Pero antes de cerrar la puerta, su madre le dijo:

—¡No se te ocurra entrar en el bosque!

—Que no…

Y la puerta se cerró tras ella.

—¿El bosque? —preguntó Bella.

—La casa de su abuela está junto a él y a Rubí le encanta ir por la linde. Le fascina el Bosque del Invierno Mágico; cree que en él podría vivir las aventuras que cuentan los libros. No comprende que es peligroso.

Bella sonrió mirando la puerta por la que se había ido la pequeña. La imaginación de los niños no conocía límites y mucho menos peligros.

—¿Hay algo nuevo?

La mujer le indicó que la siguiera hasta la estantería, cogió un libro y se lo tendió. Una pareja bailaba en él, ajena a la malvada mirada de una hermosa mujer de cabellos negros.

—Hace unos días alguien nos lo dejó en la puerta. Trata sobre sueños, un amor mágico y unas hermosas hadas que en realidad son malvadas. Seguro que te encanta.

Bella lo cogió encantada por tener una nueva aventura por vivir.

¿Hadas malvadas? Inconcebible. Seguro que era una historia fascinante.

# CAPÍTULO 5

Blancanieves crecía cada vez más en belleza y la nueva reina lo sabía. Pero mientras su espejo siguiera respondiendo igual, no tenía nada que temer. Su hijastra no era más que una chiquilla mimada y descuidada.

Cuando quedaban apenas semanas para que Blancanieves cumpliera los trece años, el rey cayó gravemente enfermo. Fueron llamados los mejores médicos del reino, e incluso hadas, brujas y duendes de tierras lejanas, pero nadie fue capaz de curarle. El rey se moría sin remedio.

Llamó a su hija a su presencia. La muchacha entró acongojada en la habitación. La reina estaba de pie junto a la ventana, observándola entrar. Blancanieves se acercó a la cama de su padre y se sentó. Él cogió la mano de su hija y esta pudo sentir su debilidad.

—Hija mía, mi tiempo se acaba.

Blancanieves estalló en llanto.

—Podemos seguir buscando la forma de curarte. Existen muchas criaturas mágicas que…

—No, Blancanieves. —Tosió—. No hay nada que hacer. Mi hora ha llegado. Y tu hora de ser la reina, también. El día en que cumplas la mayoría de edad, gobernarás en el Reino de la Manzana de Plata. Pero hasta entonces, mi esposa asumirá ese papel y dispondrá todo para tu ascenso.

La joven asintió y se limpió las lágrimas con la manga.

—Recuerda buscar un príncipe merecedor de ti y de la corona. No puede haber un rey sin reina ni una reina sin rey.

Blancanieves abrazó con cuidado al hombre, que le acarició los níveos cabellos antes de exhalar su último suspiro.

Tres días después se celebraron los funerales. En los terrenos del castillo estaba el panteón real, donde todos los reyes, príncipes y princesas eran

enterrados. El rey fue colocado junto a su esposa y su ataúd se cubrió con un sarcófago a medida con la efigie del difunto monarca.

Allí yacían sus padres.

Blancanieves se había quedado sola.

Una mano se posó con firmeza en su hombro mientras escuchaba el canto fúnebre. No estaba sola: tenía a su madrastra, a quien admiraba. Ella la cuidaría.

Se dieron tres días de luto. Blancanieves no salió de sus aposentos y apenas probó bocado.

—Princesa, vuestra madrastra os llama a su presencia.

La voz del sirviente la sobresaltó. No le había escuchado entrar. Blancanieves asintió, se levantó de su sillón y salió de sus aposentos sin adecentarse. Su pelo estaba despeinado y su vestido blanco lucía manchas que ya eran imposibles de lavar.

En cuanto llegó a la torre del ala oeste, la reina la miró de arriba abajo. Y sonrió.

—Ven, querida.

Su hijastra se acercó con pasos lentos y pesados. La mujer la colocó delante del espejo y contempló el reflejo de ambas. Le gustó lo que vio.

—Van a cambiar muchas cosas aquí. En primer lugar, voy a nombrarte mi ayudante personal. Así podrás aprender todo lo que te falta para ser reina. Conozco los rumores sobre el color de tu piel —cerró el puño y apretó hasta que los nudillos se le quedaron blancos—, pero les demostraremos a esos pueblerinos analfabetos que se equivocan. Eso sí —añadió señalándola—, no serás coronada hasta completar tu formación. No podemos permitir que el más mínimo fallo les dé la razón a esos vulgares ignorantes que no te quieren en el trono. Que estás maldita, dicen… —Miró a través del ventanal del balcón—. Qué van a saber ellos. Lo que pasa es que no saben ver más allá de sus prejuicios. Ellos no te quieren, Blancanieves. Si por ellos fuera, te arrebatarían el título, te desheredarían y quemarían como a un ogro. Solo porque tu piel es de otro color. Pero yo sí sé ver más allá. —Se acercó a la joven—. Solo yo te quiero de verdad y sé lo que es mejor para ti. Tu padre me lo dijo. —Dio vueltas alrededor de la joven con un brillo codicioso en su mirada—. Y como ayudante no podrás llevar lujosos vestidos, sino los que correspondan a tu posición. Harás

lo que yo te ordene, limpiarás lo que yo ensucie, dormirás cuando yo duerma. Y, sobre todo, y lo más importante: no volverás a poner un pie en esta habitación. ¿Lo has entendido?

La joven asintió, asimilando sus palabras. Su madrastra quería lo mejor para ella, quería prepararla para su reinado. Tenía que obedecer en todo.

Al día siguiente se anunció la coronación de la nueva reina. Todos la aclamaron con entusiasmo y alabaron su belleza y elegancia, mientras la heredera quedaba relegada a la sombra de la bruja, con un sencillo vestido blanco y amarillo pálido. Muchos ojos se posaron en ella y muchos fueron los que vieron que la belleza de la princesa eclipsaba la de la reina aun sin ropas que la hicieran destacar.

Y esto no pasó desapercibido a la nueva reina.

# CAPÍTULO 6

Pasado un tiempo, el mercader recibió un mensaje de Camelot, que le informaba de que uno de sus navíos había llegado a puerto con el cargamento intacto. Esta noticia alegró mucho a la familia. Todos los navíos habían caído por ataques piratas, y aunque uno solo se hubiera salvado, sería suficiente para recuperar parte de su antigua vida.

Con el único caballo que les quedaba, el padre se preparó. Sus hijas mayores le pidieron ricos vestidos a su regreso. Sus hijos, armas de calidad. Bella no pidió nada; se limitó a sonreír y abrazar al hombre. Pero este le dijo:

—Hija, ¿tú qué deseas que te traiga de mi viaje?

Tras pensarlo unos momentos, ella respondió:

—Tan solo una rosa para plantar en nuestro jardín.

Sus hermanas se rieron ante tal pobre petición, pero no le importó. Ella no necesitaba joyas ni vestidos; lo que quería era que su padre volviera sano y salvo.

El mercader partió.

El verano transcurrió lento.

Bella y sus hermanos se encargaron de buscar trabajos por el pueblo que les permitieran pagar sus necesidades. Las mayores, a regañadientes, se encargaron de cuidar la casa mientras ellos estaban fuera.

Los fines de semana, Bella ayudaba en la tetería de Esmeralda, la madre de Rubí. Por las tardes era muy habitual encontrarla a rebosar, y la mujer tenía que dividirse para servir a la gente mientras su marido se encargaba de cocinar las ricas pastas que acompañaban al té. Con la ayuda de la joven, Esmeralda podía encargarse únicamente de elaborar los tés, ya que necesitaba tiempo para preparar mezclas exclusivas que ella misma inventaba. Bella descubrió que no siempre bastaba con hervir el agua con las hierbas. Había toda una ciencia detrás, y comprendió cómo era posible que la mujer hiciera tés tan deliciosos.

Rubí solía tumbarse en la parte de la librería con algún libro delante de ella o jugaba con los hijos de los clientes. También le llevaba la merienda a su abuela, jugando siempre con la preocupación de su madre por caminar por la linde del bosque.

Bella recibía poco por su ayuda. La familia no podía permitirse más, pero ella nunca se quejaba. Le gustaba estar allí. Sus hermanas y hermanos le decían que buscara otra cosa, algo que le diera más para todos, pero la muchacha no quería dejarlo. Daba por hecho, al igual que ellos, que su padre pronto regresaría y sus problemas con el dinero desaparecerían. Y ella podría seguir en la tetería ayudando aunque fuera sin recibir nada a cambio.

Llegó el invierno y el mercader no volvía. Sus hijos se plantearon salir a buscarle, pero sus hermanas los persuadieron de lo contrario. El viaje hasta Camelot era largo y difícil por causa del frío. No tenían ningún transporte y pagar por un carro estaba fuera de su alcance. Tendrían que esperar a tener noticias de su padre.

El trabajo en la tetería disminuyó considerablemente. Aunque en invierno era agradable calentarse con una buena taza de té caliente, la gente reducía su actividad en el exterior a lo justo y necesario. Y a la taberna. Sí, siempre había cabida para pasarse por la taberna a beber unas buenas cervezas, reír y jugar apostando dinero. La tetería era más tranquila y sin emociones fuertes. Con el frío la frecuentaban más algunas mujeres para conversar y desentenderse de sus hijos mientras estos jugaban en la librería con Rubí.



Un día de nieve en el que los hermanos pasaban el rato alrededor de la chimenea, el sonido de la puerta los alertó. El mayor se hizo con su maltrecha espada por si se trataba de un ladrón.

Había entrado alguien encorvado cuyo rostro quedaba tapado por una capucha deshilachada.

—¿Quién eres? Déjate ver.

Reconocieron a su padre en cuanto la capa se deslizó por sus hombros. Las chicas corrieron a abrazarle con lágrimas en los ojos. Sus hermanos tuvieron que quitárselas de encima para que el hombre pudiera respirar y sentarse. Bella

enseguida le ofreció un cuenco con caldo de verduras caliente y todos se sentaron a esperar que les contara su historia.

Antes de empezar su relato, los miró con tristeza. Habían logrado sobrevivir sin él, pero saltaban a la vista las dificultades a las que se habían enfrentado, y más en aquella época del año en que resultaba imposible obtener frutos del huerto.

—Lo he perdido todo.

Las chicas soltaron suspiros de resignación. Los chicos palmearon la espalda de su padre en señal de ánimo. Habían salido adelante hasta ahora, y lo seguirían haciendo.

—Tenía tantas deudas con los comerciantes de Camelot que se quedaron con todo el cargamento. —Suspiró con culpabilidad—. Durante el viaje tuve que vender el caballo para alimentarme. Lo siento mucho, hijos míos. No podré devolveros la vida que merecéis.

Sus manos se alzaron para tapar sus ojos llorosos. Sus hijas sollozaron y Bella se levantó y le abrazó.

—Podremos con ello, padre —dijo uno de los chicos.

Los demás asintieron.

Pero las hermanas mayores empezaron a gemir con más fuerza.

—¡Moriremos de hambre!

—Apenas tenemos ropa de abrigo.

Sus gritos atronaron a todos y, a la vez, les hicieron ver que tenían razón. En invierno había menos trabajo, los hermanos no habían conseguido nada y Bella en la tetería solo recibía algún té y unas pastas que llevaba a casa para compartir con su familia. Sus ropas estaban tan desgastadas que ya apenas abrigaban.

—Tengo algo para ti, Bella.

La joven pensó con ilusión en su rosa. Pero él sacó del bolsillo interior de su capa un pequeño libro con una preciosa rosa dibujada en la cubierta. El título rezaba: *Por una rosa*.

—¿Cómo…?

—El mercader a quien vendí el caballo me lo regaló con la comida. Ya que no he podido traeros nada de lo que pedisteis, espero que nos hagas disfrutar a todos con estas tres historias que cuenta el libro. Y como querías una rosa…

Bella abrazó el regalo con cariño mientras sus hermanas resoplaban de envidia. La muchacha corrió a la habitación que compartía con ellas. Bajo su colchón en mal estado, tenía un sobre que había guardado durante todo el verano para un momento especial. Al llegar el invierno y ver los problemas que atravesaban, había decidido que lo mejor era vender su contenido y conseguir dinero para subsistir lo máximo posible, pero al ver la tristeza que embargaba a sus hermanas porque su padre no había podido traerles ningún regalo, decidió que se lo daría como tenía pensado en un principio, cuando las compró.

—Quería dároslas en un momento especial, y ese momento ha llegado. ¿Qué mejor que celebrar la llegada de nuestro padre y que volvemos a estar todos juntos?

Se lo tendió y ambas lo miraron intrigadas. Se pelearon por abrirlo, hasta que el hermano mayor se interpuso entre ellas y lo abrió él mismo, dando una a cada una: unas pulseras que brillaban como diamantes aunque no lo eran. Las había hecho una anciana con gotas de rocío y las vendía a cambio de monedas o comida. En cuanto las vio, Bella quedó enamorada de su belleza y pensó en sus hermanas.

Ellas las lucieron al momento en sus muñecas, dieron las gracias a su hermana menor y cantaron y bailaron felices por la sala junto a sus hermanos y Bella ante los ojos de su cansado padre, que sonrió con inmensa alegría ante tan maravillosa escena familiar.

# Capítulo 7

La reina ordenaba arduas tareas a diario a su hijastra, como limpiar las ventanas de las tres torres en las que tenía permitido entrar por dentro y por fuera. Blancanieves caía rendida por el cansancio todas las noches. Pero la muchacha nunca se quejaba, sino que se mostraba dispuesta a cualquier trabajo, con la esperanza de que pronto su madrastra le dijera que estaba lista para ser reina.

Los días pasaban y cada tarea era más difícil que la anterior, hasta el punto de que a veces Blancanieves estaba al borde de la rendición. Mas siempre lograba encontrar una salida y lo solucionaba, para sorpresa de la reina.

En los pocos ratos que tenía libres, la joven solía pasear por los jardines reales y admirar los manzanos que tanto le gustaban. Todos los días degustaba al menos una de las manzanas rojas, saboreándola con placer. Había probado manzanas de otros colores y reinos, pero nunca tenían el sabor de aquellas. Las del Reino de la Manzana de Plata tenían algo especial, y sobre todo las del castillo, desde que llegara la nueva reina.

Aquella noche, como tantas otras, observó las estrellas desde su ventana. Las lunas la saludaron desde el cielo despejado. Soñaba que algún día un apuesto príncipe llegaría y la desposaría, convirtiéndola en su reina y librándola de los interminables trabajos de su madrastra. Ella se vería obligada a cederle la corona. Todo acabaría bien.

El sonido del galope de varios caballos atrajo su atención. Tres jinetes salían del castillo a toda prisa. Algunas noches los veía salir y días después regresaban. Sabía que era cosa de su madrastra. Algo buscaba. Algo quería. ¿Qué podría ser?

Los ojos empezaban a cerrársele, así que decidió dejar de darle vueltas. Se recogió su níveo cabello en una cómoda cola de caballo que le permitía mantenerlo decente durante la noche y facilitaba su cepillado matutino. Luego deslizó su cuerpo de ébano entre las verdes sábanas y cayó en un profundo sueño.

Blancanieves permanecía de pie a un lado del trono mientras su madrastra, con una copa de vino en una mano y la cabeza apoyada en la otra, escuchaba, aburrida, las quejas de un campesino. El hombre pedía ayuda para alimentar a los animales de su granja, pues los altos impuestos le impedían alimentarlos a la vez que a su familia.

No había terminado de hablar cuando un soldado anunció la llegada de tres jinetes. La reina se irguió y su rostro mostró el interés por la nueva noticia. Ordenó al soldado que se llevara al campesino.

—Pero, Majestad, no me habéis…

—¡Silencio!

El grito sobresaltó tanto al hombre como a la princesa. El guardia, que tenía al campesino sujeto por un brazo, se detuvo ante un gesto de la reina.

—¿Acaso crees que no tengo nada mejor que hacer que escuchar tus estupideces? Los impuestos no son el problema. Tú eres el problema. Si no sabes gestionar lo que posees, quizá tienes más de lo que mereces. —Se levantó—. Bien, has venido aquí buscando la ayuda de la reina más bella, y voy a complacerte. —Sonrió con malicia y algo se removió en el interior del granjero—. ¡Despojadle de su granja! —ordenó al soldado—. Así aprenderá.

—¡Mi reina! Por favor —suplicó el campesino cayendo de rodillas con lágrimas en los ojos.

Blancanieves tragó saliva. Estaba de acuerdo en que algo había que hacer con el granjero; su ineptitud le había llevado a esa situación, mas la solución de la reina le parecía desmesurada.

—Madre…

La muchacha no continuó ante la fría mirada que la mujer le dedicó. Se llevó una mano a la boca. No la llamaba así desde la muerte de su padre.

—¡Llévatelo y haz pasar a los jinetes!

Mientras se cumplían sus órdenes, tomó asiento de nuevo y habló sin mirar a su hijastra.

—Te prohibí llamarme así. Y acabas de hacerlo delante de mis súbditos. Luego hablaremos de tu castigo.

La joven bajó la cabeza y musitó:

—Lo siento, mi hermosa reina.

Así era como debía dirigirse a ella.

Los jinetes no se hicieron esperar y entraron con pasos temblorosos. No se atrevían a mirar a la soberana, quien, conforme se acercaban, adivinó qué noticias traían.

—No la habéis encontrado, ¿verdad?

Los tres negaron con la cabeza. Ninguno tenía valor de pronunciar una sola palabra; esta podría suponer su condena a muerte.

La mujer arrojó a los pies de los hombres su copa llena de vino.

—¡Ineptos!

Se marchó como un vendaval, dejando a los soldados aliviados y a su hijastra temerosa por lo que le sobrevendría después.

Se dirigió al ala oeste y ascendió las escaleras de la torre hasta llegar a su sala favorita, desde donde podía controlar todo… o casi todo. Había algo que se le resistía.

Miró al espejo. Este le devolvió una mirada cargada de furia.

—¡Encuéntrala!

La superficie de plata le mostró montañas, océanos, bosques, y finalmente terminó enseñándole su propio castillo, a sus súbditos, a Blancanieves y a ella misma, que soltó un grito frustrado.

Ni el espejo era capaz de encontrarla.

# Capítulo 8

Cada noche era peor que la anterior. El frío se colaba por cualquier rincón de la cabaña, por mucho empeño que pusieran en reparar cada recoveco. Su padre cayó enfermo. Empezó siendo un vulgar resfriado que poco a poco fue a peor.

Sus hijos le dejaron la mejor de las mantas que poseían y el resto compartió las otras dos. Pero al mercader le costaba conciliar el sueño. La garganta le ardía al respirar, el pecho le daba pinchazos y tenía la nariz tan fría que creía que en cualquier momento se le caería por congelación.

Se levantó en mitad de la noche y paseó por la casa para entrar en calor. Entonces escuchó unos golpes en la puerta. Al principio creyó que se trataría del viento que soplaba con furia como cada noche, pero al mirar por la ventana apreció que tan solo caían algunos copos de nieve, que reflejaban la luz de las dos lunas que brillaban esa noche. Una menguante y otra creciente. La tercera, la celeste, se hallaba en su fase de luna nueva. No corría el aire. Los golpes se repitieron y, temeroso, se acercó a la entrada. Pensando que podría tratarse de alguien que necesitara ayuda, se armó de valor y abrió una pequeña rendija. Al otro lado vio a un ser menudo de orejas puntiagudas, ojos dorados y ropas verdes, seguramente hechas a partir de plantas.

—¡Gran noche! —saludó con voz chillona.

El hombre no respondió. Entrecerró los ojos.

—Veo que eres hombre de pocas palabras. O ninguna, debería decir. —El ser rio con su propio chiste—. Iré al grano, anciano. Tendréis una riqueza ilimitada para siempre. —El mercader abrió mucho los ojos por la sorpresa. Se pellizcó la mejilla por si estaba soñando, pero el ser no desapareció—. ¡Pues claro que esto es real! Si fuera un sueño, tú estarías mejor y yo sería más alto. —Volvió a reír.

—¿Y qué pides a cambio?

El hombre sabía que nadie ofrecía algo a cambio de nada. El altruismo no estaba a la orden del día en el Reino de la Rosa Escarlata.

—Poca cosa, algo muy insignificante: quiero que me entregues al primero de tus hijos que vaya a verte al salir el sol.

Al mercader se le cortó la respiración.

—¿Y eso te parece insignif…?

Le dio tal ataque de tos que no pudo terminar de hablar. El ser levitó y le dio unas palmadas en la espalda.

—Vamos, vamos. Tienes seis hijos. Uno menos no se notará. —Soltó una risilla.

Pero el hombre se enfureció y se dispuso a cerrar la puerta.

—Estás muy enfermo y es probable que tus hijos corran tu misma suerte. —Las palabras del duende le detuvieron—. No sobreviviréis a este invierno. Te ofrezco la vida de todos ellos, incluida la tuya.

Suspiró antes de mirar de nuevo al ser, que ahora flotaba a la altura de sus ojos con las piernas cruzadas.

—Me entregaré yo.

—¿Crees que me voy a conformar con un perro viejo pudiendo tener un cachorro fuerte y dispuesto a lo que yo necesite?

El mercader resopló disgustado.

—No puedo…

—Tú decides, anciano. Mañana por la noche volveré. Solo tendrás una oportunidad. Si rechazas mi oferta, condenarás a tu familia.

Dicho esto, el ser desapareció.

El hombre cerró la puerta y se quedó apoyado en ella un buen rato, pensativo. No se veía capaz de entregar a ninguno de sus hijos a ese duende; a saber qué planes tenía para él o para ella. Pero tenía razón. Si no aceptaba, era muy probable que todos murieran.

Regresó a la cama con el rostro surcado de lágrimas. En cuanto se tapó con la manta, deseó que fuera uno de sus hijos, y no de sus hijas, quien fuera a verle por la mañana. Eran fuertes; seguro que podrían soportarlo.

Mas cuando la luz del sol acarició su cara y abrió los ojos, todavía adormilado, se encontró con el rostro de la más pequeña de sus hijas. Haciendo acopio de sus pocas fuerzas, se incorporó y la abrazó con pesar.

—¿Padre?

Bella no entendía su reacción. Él no respondió y ella prefirió no darle importancia. Le ofreció unas gachas bien calientes para desayunar.

El resto del día el mercader lo pasó sentado junto al fuego con la mirada perdida en las bailarinas llamas. Debía tomar una decisión, pero no se atrevía. No podía tomarla solo.

—Hijos míos, venid.

Dejaron lo que tenían entre manos y se sentaron alrededor de su padre. Los miró con ojos tristes y los seis hermanos se temieron lo peor. Las dos mayores se cogieron fuertemente de la mano, preparándose para la terrible noticia.

Les narró lo acontecido la noche anterior. Los chicos se enfurecieron y ellas chillaron asustadas. Bella se tapó la boca con las manos, consciente al momento de que había sido ella la primera en ir a ver a su padre. Este la miró a los ojos, mas ella no le devolvió la mirada. Sus ojos recorrieron la cabaña, a sus hermanos y hermanas, y después sí se posaron en el débil hombre en quien se había convertido su padre. Respiró hondo.

—Lo haré.

—¿Te has vuelto loca? —le gritó su hermana mayor.

—¡No te dejaremos! —le dijo uno de sus hermanos.

—Podemos ir uno de nosotros en tu lugar.

—El trato era claro —respondió Bella—. Debe ser el primero que fue a ver a nuestro padre, y he sido yo. Me corresponde a mí.

Los tres chicos se levantaron y planearon matar al ser cuando volviera. El mercader no decía nada. Las dos hermanas mayores se abrazaban, esperando una solución que ellas no propondrían. Ninguna quería ofrecerse en lugar de la menor, aunque tampoco querían perderla.

Harta, Bella se levantó y se hizo oír por encima de todos.

—¡Mirad cómo vivimos! No podremos soportarlo mucho más. Padre necesita medicinas y calor con urgencia y nosotros no podemos proporcionárselo. Apenas conseguimos algo de comer y nuestras ropas de abrigo están tan rotas que ya no nos protegen del frío. Necesitamos una solución y esta es la única que se nos ha presentado. Si la desaprovechamos, ¿cómo lograremos salir adelante?

Nadie fue capaz de rebatirlo. Sus hermanas la abrazaron entre gemidos, agradecidas por su sacrificio. Bella temblaba de miedo, pero sabía que no había

otra opción. Como había dicho, no podían desaprovechar aquella oportunidad. Tal vez no se presentase otra.

Antes de caer la noche, entre todos prepararon la mejor cena con lo que tenían. Era una despedida y un modo de agradecer el sacrificio que haría su hermana pequeña. Con el miedo en sus cuerpos, disfrutaron de la escasa pero deliciosa comida.

Al terminar, Bella se levantó y cogió el libro que su padre le había regalado.

—Quiero que os lo quedéis. Así os recordará a mí.

Sus dos hermanas, emocionadas, se miraron con complicidad y asintieron y, a la vez, le dieron las pulseras que Bella les había regalado.

—Gracias por todo, hermanita —dijeron.

Los tres chicos le dieron otra pulsera. Esta era de acero con tres hilos de metal trenzado.

—Cada hilo nos representa a cada uno.

Sin decir nada más, la abrazaron uno por uno con fuerza.

Cuando Bella se dirigió a su padre, cuyos ojos lagrimeaban sin descanso, le envolvió en sus brazos.

Fue un abrazo breve.

Tres golpes en la puerta los interrumpieron.

# CAPÍTULO 9

Era un rojo tan intenso que parecía mágico e irreal. Blancanieves giraba la manzana en sus dedos, deleitándose con su color. Desde la llegada de su madrastra, los manzanos habían mejorado su aspecto y su fruto se había convertido en algo demasiado cautivador. Las manzanas parecían llamar a cualquiera que osara mirarlas. Hilaban una silenciosa melodía capaz de hipnotizar al ser más poderoso.

A la joven le encantaba recoger manzanas cuando maduraban. Era uno de los trabajos impuestos por la reina que disfrutaba de verdad.

Miró a su alrededor. Eran pocas las sirvientas que recogían la fruta con ella y la llevaban al castillo. Era habitual que la mayoría se dedicara a aquella tarea. Pero en cuanto un llanto llegó a sus oídos, supo el porqué.

Había llegado el día.

Por el camino hacia las puertas de palacio se encaminaban varias doncellas. Algunas iban con la cabeza bien alta; otras, entre sollozos. La muchacha cargó con su cesta y corrió hacia ellas recogiendo los bajos de su vestido para no tropezar. Fue ofreciendo una manzana a cada muchacha que salía de los jardines reales. Unas se lo agradecieron con el rostro inundado de lágrimas.

—¿Qué voy a hacer ahora? —gimió una mientras cogía el fruto que la princesa le tendía—. ¿Quién va a querer casarse conmigo a mi edad?

—Puedes hacer muchas cosas —la animó Blancanieves.

—Claro, ¡qué fácil de decir para una princesa que lo tiene todo! —espetó una mujer, rechazando la manzana y saliendo con paso apresurado.

—No sé hacer nada. Solo servir a una reina malvada —repuso la primera con odio mirando hacia el castillo y apretando el fruto entre sus dedos.

—Has sido la ayudante del maestro herrero del castillo. ¿Por qué no dedicarte a eso? —le propuso la joven de piel de ébano.

La joven la miró con los ojos como platos.

—¿Una mujer herrera?

—¿Por qué no? Hay mujeres panaderas, pasteleras, pescaderas… ¿Por qué no herreras? ¿Quién dice que es un trabajo solo para hombres?

Un brillo de esperanza cruzó los ojos de la doncella y sus labios se curvaron en una sonrisa de agradecimiento.

—Claro… ¡Claro!

Dio las gracias y se marchó con grandes planes en su mente. Blancanieves sonrió y miró hacia el castillo. Una vez al año, la reina despedía a las criadas que consideraba demasiado mayores para servirla. Una cana o una arruga en la piel era motivo de expulsión. La mayoría entraban al servicio de su madrastra con doce años y pasaban allí tanto tiempo que, cuando eran despedidas, no sabían manejarse en el mundo exterior. Y aunque a la princesa le apenaba, sabía que no podía hacer nada por ellas. No podía inmiscuirse con las sirvientas más de lo estrictamente necesario. Como futura reina, debía dar una imagen y comportarse como tal, por mucho que su madrastra la tuviera haciendo tareas de sirvientes.

No. Tareas no. Eran pruebas para convertirse en una reina justa y poderosa. Ya tendría tiempo de arreglar el reino cuando fuera coronada.

Podría subir los impuestos a los ricos y repartir lo recaudado entre la población más pobre. Alguna vez había pasado por su cabeza desprenderse de algunas de sus riquezas, pero enseguida la había rechazado. Una reina debía ser rica, vestir siempre con los trajes más elegantes y las más brillantes joyas. Si no mostraba su poder y riqueza, ¿cómo iba a respetarla el pueblo?

Escoltadas por un soldado, nuevas doncellas entraron en los jardines. Blancanieves dejó sus quehaceres y se dirigió a paso veloz a la sala del trono, donde debía estar para la selección de las nuevas sirvientas del castillo.

Pasó por sus aposentos a adecentarse. Su piel tenía manchas de tierra, así que se lavó rápidamente y colocó su níveo pelo enmarcando su oscura tez. Sus labios rojos sonreían en el reflejo del diminuto espejo que decoraba su baño.

Se puso un vestido que conjugaba a la perfección con el escarlata de su sonrisa y corrió por los pasillos hacia donde su madrastra debía de estar esperándola.

—Llegas tarde.

—Lo siento, Majestad. —Hizo una reverencia—. Tenía que presentarme perfecta para vos.

La mujer la miró de soslayo.

—Casi perfecta. La única que siempre está perfecta es la reina. No lo olvides.

—No, Majestad.

Con un gesto, su madrastra indicó a los soldados que abrieran las puertas y dejaran pasar a las futuras doncellas. Siempre había pensado que para servirla eran mejor muchachas dispuestas y fuertes. Tan jóvenes la temían más y, por ello, trabajaban mejor y hacían cuanto ella quería, aunque estuvieran al borde del desmayo. Así era como funcionaban tan bien las cosas en su palacio.

—¡En fila! —ordenó el soldado que las guiaba—. ¡Postraos ante vuestra reina!

Todas obedecieron.

La mujer se levantó y, con un gesto, mandó a Blancanieves que siguiera sus pasos. Se dirigió a la primera de las doncellas y la obligó a levantarse cogiéndola de la barbilla. Era jovencita, no tendría más de catorce años. No se atrevió a mirarla a los ojos.

—Bien, bien, me gustas.

Pasó a la siguiente mientras su hijastra le preguntaba el nombre a la elegida y le indicaba que esperara ante el estrado del trono a que terminara la selección.

La reina repitió la acción con la segunda. Era más mayor y a la princesa le pareció una muchacha hermosa. Demasiado hermosa.

—Tú no eres digna de ser doncella de la reina. Tú y tu familia quedáis desterrados del Reino de la Manzana de Plata.

La joven se echó a llorar sin entender aquel castigo, pero no se atrevió a preguntar. Un soldado se acercó a ella y se la llevó de allí.

La tercera se incorporó temblorosa, temiendo correr la misma suerte que su antecesora. Tenía varias imperfecciones en la piel, algo que afeaba su rostro. Mas la reina, con un movimiento de su mano, las hizo desaparecer.

—Mucho mejor. Ante la reina hay que estar con una piel impoluta. ¿Qué pensaría la clase alta si me viera rodeada de doncellas feas y defectuosas?

Pasó a la cuarta, a la que también aceptó. Ya solo quedaba una joven, quizás de la edad de Blancanieves, con el cabello castaño y unos ojos avellana rodeando

una nariz pecosa que le daba un toque exótico. Tenía una cálida mirada que llamó la atención de la princesa. Era la única que no mostraba miedo, sino curiosidad y valentía.

—Eres demasiado mayor, por lo que veo… —La reina frunció el ceño—. Mas aprecio una gran fortaleza en ti —comentó la reina mirándola complacida.

En cuanto terminó su evaluación, se dirigió a su hijastra.

—Ya sabes lo que debes hacer.

Se retiró caminando altiva y sensual, con el verdadero porte de una reina. La princesa la vio alejarse sin ocultar su expresión de sorpresa; se preguntaba cómo era posible que la reina hubiera aceptado como doncella a una joven tan hermosa como aquella que tenía ante sus ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Bella, alteza.

# Capítulo 10

Bella echó una última mirada a su hogar antes de seguir al extraño ser lejos del pueblo. ¿Qué le deparaba el futuro? Cogió aire y lo expulsó lentamente. No importaba. No mientras su familia pudiera tener la vida que merecía.

—Aquí está bien —dijo el duende deteniéndose.

Ya no se veía nada más que el tenue paisaje iluminado por la luz de las tres lunas, que daba un aspecto tétrico a su acompañante. La joven se envolvió bien en su capa raída. Sin el abrigo de casas ni árboles, la brisa corría libre y salvaje, amenazando con helar cada rincón de su cuerpo.

Él dio un chasquido y todo desapareció.

El sol rompió la noche.

Estaban en lo alto de una colina y a sus faldas se extendía un frondoso bosque que nada tenía que ver con el Bosque del Invierno Mágico. Más allá se alzaba un esplendoroso palacio, a cuyos pies se arrodillaba una ciudad.

—¿Dónde estamos?

—Este es el Reino de la Manzana de Plata, querida.

Bella lo observó con admiración. Había oído hablar de él, gracias a su padre, que le contaba sus viajes cuando comerciaba con otros reinos. Algo se revolvió dentro de ella: la nostalgia. Pero también había otro sentimiento: la emoción.

Emoción por descubrir otros lugares. Siempre había querido viajar y conocer todo aquello que su padre le describía cuando regresaba.

Atravesaron el bosque. Ella caminaba observando todo en silencio, mientras él flotaba, iba y volvía, se servía copas de vino o se alimentaba de frutos que la joven desconocía. Sus tripas rugían y sus párpados amenazaban con cerrarse por el cansancio.

Le llamó la atención ver varios manzanos, y supuso que el nombre del reino debía de tener que ver con aquello. Se acercó a uno, muerta de hambre, y cogió el fruto amarillento que el árbol le ofrecía, como si supiera que estaba

hambrienta. Su padre siempre le había dicho que morder una manzana ayudaba a mantenerse despierto, así que además de saciar su hambre la ayudaría a despejarse.

—¿A dónde vamos?

—A palacio, por supuesto.

Bella dio un segundo mordisco y notó cómo remitía el ruido de sus tripas.

—¿Vives allí?

El duende rio con ganas. No respondió.

—¿Quién eres?

—Eres una niña muy curiosa. —Se plantó frente a ella, que se detuvo en seco, observándola con sus ojos dorados—. No necesitas saber quién soy. Solo necesitas saber que no debes romper un trato conmigo. Así todo irá bien, para ti y para tu familia.

El duende retomó el camino, flotando ante ella. Se apresuró a seguirle y se armó de valor para hablar de nuevo.

—Entonces… ¿Nunca volveré a ver a mi familia?

—Eso depende de ti. Si cumples hasta el final, daré el trato por concluido.

La muchacha asintió, aunque él no lo viera porque estaba de espaldas. ¿Cuánto tiempo tendría que aguantar? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? La sola idea la hizo estremecer.

—También podrías descubrir mi nombre y quedarías libre al momento, pero… —Se relamió los labios y la miró de medio lado con una sonrisa burlona—. Eso es harto improbable.

—¿Tu nombre? —preguntó sin comprender.

Sin embargo, él se limitó a reír como un loco y continuó el camino sin responder a más preguntas.

Llegaron hasta una amplia avenida flanqueada por árboles en flor que conducía hasta el castillo. Entonces, Bella fue consciente de que desde que habían penetrado en el bosque no había sentido nada de frío. Todo estaba verde y florido, y la calidez era palpable.

—¿No es invierno en este reino?

El duende se mantuvo en silencio y ella dio por hecho que esta pregunta tampoco sería contestada. Así que se sorprendió en cuanto escuchó su voz

chillona.

—Estamos en el Bosque de la Primavera Eterna.

Se detuvo tras un grueso tronco y ella se detuvo junto a él, dirigiendo los ojos hacia el mismo lugar que el duende. Un grupo formado por un soldado y cuatro muchachas apareció en la lejanía, caminando por la avenida en dirección al palacio.

—Ahora, presta atención. Te acercarás a ellos. —Se giró y la miró con seriedad. Chasqueó sus dedos y el vestido de ella cambió por uno limpio y sencillo de color verde pálido—. Le dirás al soldado que te presentas también al servicio de la reina. Te convertirás en sirvienta de la soberana del Reino de la Manzana de Plata. Tendré que hechizarte para que, ante los ojos de la reina, parezcas una muchacha vulgar. Tu belleza sería una grave ofensa para ella. —Soltó una risilla. Pareciera que la situación le divertía.

Bella frunció el ceño con confusión.

—¿Voy a servir a la reina? ¿Y eso en qué te beneficia?

El duende levantó un dedo, ordenándole callar. La joven tragó saliva, asustada por la expresión de él.

—Cada cosa a su tiempo.

Dicho esto, desapareció. No estaba segura de si era una suerte que su destino fuese servir en palacio en lugar de a un ser tan extraño o había algo oscuro en todo aquello.

En cuanto el grupo llegó a su altura, se armó de valor e hizo lo que el duende le había ordenado. El soldado la examinó de arriba abajo y le indicó que se colocara tras la cuarta muchacha.

Así, Bella se encaminó a un futuro incierto. Pero la curiosidad venció al miedo. Se mostró tan fascinada por lo que sus ojos veían que no fue capaz de sentir temor por lo que la esperaba. Estaba en otro reino, atravesando los hermosos jardines reales llenos de manzanos con frutos de un rojo tan apetecible que tuvo ganas de abandonar la fila y robar uno.

Las enormes puertas se abrieron para ellos y el hombre las condujo a una ingente sala. Bella soltó un bufido de admiración. Todas rompieron la formación y giraron sobre sí mismas, examinando el lugar y susurrando entre ellas.

—¡En fila! —ordenó el soldado que las guiaba—. ¡Postraos ante vuestra reina!

Obedecieron al instante por temor a ser castigadas.

Se atrevió a levantar un poco la mirada y vio a una mujer increíblemente hermosa acercarse a ellas. Tenía los cabellos negros recogidos con diamantes que ornamentaban su cabeza junto a una corona de oro y rubíes en forma de manzana. Llevaba un vestido rojo sangre que realzaba su perfecta figura. Se movía con la elegancia propia de una reina. Y Bella percibió un aura de poder a su alrededor. Tras ella iba una joven de gran hermosura, cuya oscura piel competía con el crepúsculo. Sus labios rojos se mantenían serios y firmes y su pelo blanco como la nieve caía ordenado a su espalda. Era la princesa, Blancanieves. Bella había oído hablar de ella a su padre. Su nacimiento había sido una sorpresa, especialmente el color de su piel, tan diferente al de sus progenitores. Sin embargo, a la joven campesina le pareció una auténtica belleza, incluso más que la actual reina.

Llegó su turno de ser evaluada. Se levantó con lentitud y soportó la mirada recelosa de la mujer.

—Eres demasiado mayor, por lo que veo… —La reina frunció el ceño—. Mas aprecio una gran fortaleza en ti —finalizó con una mirada complacida.

A continuación se dirigió a la joven de tez oscura.

—Ya sabes lo que debes hacer.

Se retiró caminando fría y orgullosa.

—¿Cómo te llamas?

Los ojos color avellana se encontraron con los ojos reales, de color caramelo.

—Mi nombre es Bella, alteza.

# Capítulo 11

Sus pasos se dirigían a la sala de la corona, como cada mañana cuando se levantaba. Su primera tarea y la única sencilla, antes siquiera de desayunar, consistía en hacer brillar la corona de la reina. Otra doncella la estaría esperando con lo necesario para la labor.

Sin embargo, nadie la esperaba en la puerta. Esto le extrañó y entró sin esperar. Vio a una de las nuevas muchachas, Bella, colocando la corona de oro en su sitio ante los ojos de la doncella que sostenía lo necesario para limpiarla.

—¿Qué haces? —La apartó de la joya real y comprobó que no le faltara ni un rubí—. ¿Ya estás robando a la reina?

Bella frunció el ceño, extrañada.

—Me ha ordenado que haga relucir la corona.

—Ese es mi cometido.

La princesa la miró con dureza. La otra joven no sabía qué decir. Solo había cumplido órdenes.

—Alteza, es cierto. La reina se lo ha ordenado —intervino la tercera muchacha.

Blancanieves apretó los labios y se marchó.

Recorrió los pasillos hacia el gran comedor, al que tan solo ella y su madrastra tenían acceso. Aunque no podían coincidir. La joven debía comer antes o después que la reina, nunca con ella. Cuando su padre vivía, siempre lo hacían todos juntos. Pero las cosas habían cambiado.

«Y parece que siguen cambiando», se dijo, recordando lo que acababa de pasar.

Se sentó a la mesa en su lado correspondiente y esperó a que le sirvieran el desayuno. Unas gachas edulcoradas con caramelo, fruta y un batido. Ya no comía tortitas o sus habituales tostadas con mermelada; su madrastra le había cambiado la dieta, alegando que la nueva le daría fuerzas para cumplir con sus

quehaceres diarios. Al menos, sus gachas tenían el toque de caramelo, no como las que tomaban los demás habitantes del castillo, y podía tomarse un buen batido del sabor que quisiera.

Después, abrigándose lo justo, salió de los jardines reales en dirección a su segunda tarea. Llevaba una cesta bien profunda colgada del brazo. Los soldados de la puerta la dejaron pasar sin ningún reparo. Si Blancanieves quería salir en otro momento del día, le era más difícil, pues las órdenes de la reina eran claras: nadie podía abandonar el castillo sin su permiso.

En cuanto cerraron a sus espaldas, la joven soltó un suspiro de resignación. No terminaba de acostumbrarse a ello. Su trabajo consistía en recoger aquello que estuviera fuera de lugar a lo largo de la avenida, como hojas o pétalos caídos, plumas arrastradas por el viento o, incluso, animales muertos. El amplio camino debía estar siempre impoluto, decía su madrastra, por si se presentaba de improviso algunos de los reyes vecinos.

Aquella tarea le solía llevar toda la mañana y le hacía llegar tarde a su tercer trabajo impuesto por la reina. Por suerte, no era algo que debiera hacer día tras día, sino que lo alternaba con una sirvienta; los días que la princesa no debía recorrer la avenida, se sumergía en firmar y ordenar cientos de documentos que la reina le ordenaba tener al día.

Empezó, empleando todos sus sentidos para no dejarse nada. Cuando llegaba a la ciudad y hacía el camino de vuelta, hacía una revisión minuciosa, y siempre, o casi siempre, se encontraba algo que la primera vez no estaba ahí. El aire era su gran enemigo en aquellas horas. Habían sido numerosas las ocasiones que había terminado y, al regresar, su madrastra la esperaba con una maléfica sonrisa en el rostro. No se le escapaba nada gracias a su espejo mágico.

—Hay una pluma en la avenida.

—Majestad, el aire…

—¡Silencio! Tu trabajo consiste en dejarla impecable, no en ponerme excusas. ¡Guardias! Aplicadle el castigo correspondiente.

Así durante años.

El castigo consistía en encerrarla en lo alto de la torre este, que se había habilitado como celda para aquellos con un alto estatus. Aunque Blancanieves nunca había visto que se encerrara allí a nadie más que a ella.

Suspiró, recogiendo los restos de un fruto que algún animal había mordisqueado. Aquellas largas noches, encerrada sin compañía, sin agua y sin comida, sin más abrigo que las paredes de piedra, la habían hecho comprender lo que su madrastra trataba de enseñarle para llegar a ser una gran reina y demostrar que no estaba maldita, que su color de piel no importaba. Si gobernaba con la perfección absoluta, nadie osaría rebelarse contra ella.

Como cada día, al volver sobre sus pasos vio varias hojas caídas. Cada poco miraba hacia atrás y comprobaba que todo estuviera en su lugar. Mas ese día estaba de suerte: apenas soplaba una leve brisa. Esto le hizo sonreír y terminar la tarea con más ánimo.

Como tenía un poco de tiempo, se cambió y llevó su vestido lleno de polvo y sudor a la lavandería del castillo, donde otra de las nuevas doncellas se afanaba por limpiar unas sábanas, remangada hasta los codos.

—Debes frotar con más fuerza o, cuando encuentres manchas difíciles, no saldrán.

La muchacha se sobresaltó al escuchar a Blancanieves. Asintió y siguió con su trabajo.

La princesa pasó por las cocinas y se hizo con una de las manzanas rojas de los jardines reales, que mordió con gusto mientras pedía que le trajeran su abrigo y se dirigía a su siguiente tarea: el corcel de la reina. Debía estar limpio y bien cepillado, que sus crines reflejaran la luz del sol. Odiaba ese trabajo. El caballo tenía un establo para él solo, pues la montura real no debía mezclarse con animales por debajo de su estatus.

Los criados masculinos que se encargaban de él contaban con graves quemaduras y en varias ocasiones se habían dado casos de huesos rotos por causa de violentas coces.

El caballo era un bagual, un poderoso animal capaz de echar fuego por sus ojos cuando se enfurecía. La propia Blancanieves contaba con una cicatriz por culpa de la primera quemadura que sufrió en su brazo, algo que se afanaba por ocultar, especialmente a su madrastra. Esa imperfección bien podía costarle incluso la corona. ¿Cómo iba una reina imperfecta a gobernar?

Tras meses de duro trabajo, había logrado hacerse con el animal y lograr que confiara en ella. Sin embargo, a pesar de esto, no dejaba de ser una tarea

peligrosa, pues era imposible prever el cambio de humor del caballo, y más de una vez la había sorprendido. La última, tuvo que cortarse su precioso cabello chamuscado y pintarse las cejas hasta que volvieron a crecer.

Cuando llegó, vio que el bagual estaba fuera. Su pelaje negro con reflejos azules relucía como las estrellas y sus crines eran de un blanco tan inmaculado como el cabello de la princesa. Había alguien al otro lado de él, cepillándolo con cariño.

—¿Otra vez tú? —escupió en cuanto vio que se trataba de Bella.

La joven salió del abrigo del caballo y la miró con la cabeza ladeada. Sus pecas se acentuaban a la luz del sol y sus ojos avellana relucían en su rostro sudoroso.

—Solo estoy cumpliendo órdenes de la reina —respondió encogiéndose de hombros.

Se había recogido su cabello castaño con un lazo azul en una coleta, pero algunos mechones rebeldes caían libres.

—¿Cómo has conseguido amansarlo tan rápido? —No podía creer que lo que a ella le había costado semanas, a aquella vulgar doncella tan solo unas horas o menos.

—Los animales solo necesitan comprensión y cariño.

La princesa levantó la cabeza, altiva, y con un elegante movimiento colocó su precioso pelo blanco detrás de su espalda.

—¿Pretendes ganarte el favor de la reina? Yo soy la princesa y su sucesora. Deberías tenerlo presente.

Bella la miró con una expresión de incomprensión total. Avanzó unos pasos hacia ella y le tendió el cepillo. La muchacha lo miró con desconfianza.

—No pretendo usurparos nada, princesa. Seguid vos.

Pero la apelada lo apartó de un manotazo y el objeto cayó al suelo.

—No necesito tu caridad.

La doncella cogió el cepillo y lo sacudió contra su vestido amarillento para limpiarlo. Abrió la boca para decir algo, pero una joven de trece años se lo impidió al llegar ante ellas con la respiración agitada.

—La reina os reclama, princesa.

Blancanieves echó una última mirada de desprecio a Bella y se dirigió a palacio con andares orgullosos, haciendo ver quién estaba por encima de todos, después de la reina.

# Capítulo 12

La muchacha continuó con lo que le habían ordenado. Comprendía cómo se sentía la princesa, mas Bella no podía rechazar los mandatos de la reina. Había escuchado rumores acerca de su maldad. Las sirvientas susurraban entre sí y contaban terribles historias, como que algunas noches sin lunas se comía a los recién nacidos de las doncellas como sacrificio a los tres astros para mantener su belleza. Esto lo corroboraban con la desaparición de un bebé hacía unos años, aunque había quien desmentía esta leyenda diciendo que en realidad el niño nació muerto y se le enterró en el cementerio de la ciudad. Bella había escuchado también que dejar una pequeña mota de polvo sin limpiar podía provocar la ira de la soberana. Había confirmado con sus propios ojos las cicatrices y heridas que varias de las criadas lucían en su piel por esto, tras haber sido cruelmente azotadas.

El caballo resopló y Bella se echó hacia atrás, asustada. Ya le habían advertido sobre la auténtica naturaleza del animal, incluso había visto a uno de los mozos con la cara llena de quemaduras. Ella sostenía lo que le había dicho a la princesa, mas debía tener precaución.

Una suave campanada le indicó la hora de comer de los sirvientes. Dejó que el muchacho de la cara quemada se encargara de llevar al caballo de vuelta al establo y ella se encaminó a palacio arrebujándose en su capa ajada. Todavía le costaba orientarse. Se había perdido en varias ocasiones a lo largo de la mañana. Siguió a varias muchachas y, en el comedor, se sentó en una esquina, sonriendo a cuantas le prestaron atención. Tres cocineras llegaron con grandes y pesadas fuentes, que colocaron dispersas por la mesa, y tomaron asiento.

El silencio fue sepulcral mientras se servían unas legumbres especiadas.

Hasta que le llegó el turno, Bella miró por las ventanas. El sol, que había brindado su luz durante la mañana, decidió ocultarse tras una densa capa de nubes que amenazaba con descargar en cualquier momento. A pesar de la calidez

que dominaba el bosque, en los dominios del castillo el frío era el propio del invierno.

Comió con gusto aquel plato. Un suave murmullo inundó la estancia. Solo las veteranas hablaban entre sí. Las nuevas se centraban en comer sin prestar atención a nada más.

A Bella le habría gustado entablar conversación con las que tenía alrededor, pero no se le ocurría cómo iniciarla, por lo que se preocupó de vaciar su plato y coger una de las manzanas verdes que se amontonaban delante de ella. La observó y frunció el ceño.

—¿Por qué una manzana verde?

Todos los ojos de las presentes se giraron hacia ella. Algunos rostros parecían contener la respiración. La muchacha miró a las demás en busca de una respuesta.

—Todos los manzanos que hay en los jardines dan manzanas rojas. ¿Por qué estas son verdes? ¿Por qué no comemos de las otras?

Una que no le debía de sacar más de dos años respondió a su pregunta:

—Están reservadas para la realeza. Así lo impuso la nueva reina.

Ahí fue cuando Bella se fijó en que esa sirvienta solo tenía una mano. Del brazo derecho asomaba un muñón que logró impactarla.

El sonido de cubiertos contra platos y murmullos regresó y dejaron de prestar atención a Bella.

—Como ves —le susurró la que tenía a su izquierda señalando con la mirada a la criada manca—, la reina se toma muy en serio la insubordinación.

La doncella de pelo marrón tragó saliva y se apresuró en terminar su plato, luchando contra sí misma por no mirar a la criada del muñón.

Después de la comida, Bella fue llamada ante la reina. La doncella que le había advertido sobre desobedecer a la reina la guio por pasillos decorados con óleos y armaduras y escaleras arropadas con alfombras rojas o negras.

—¿No teníamos prohibido ir al ala oeste? —preguntó cuando vio a dónde se dirigían.

—La reina ha solicitado tu presencia en su torre.

Se hizo el silencio entre ambas. Se detuvieron ante una puerta entornada que mostraba unas escaleras de caracol tras ella.

—Cierra cuando entres. —Se giró para marcharse, pero volvió la cabeza—. Y yo que tú dejaría de hacer preguntas. No le gustan las curiosas, solo las obedientes y silenciosas.

Bella tragó saliva por segunda vez aquel día. Nunca había tenido que vigilar lo que preguntaba o decía. Le gustaba saber. Le gustaba descubrir.

Subió sin respirar por temor a que ello molestara a la soberana. ¿Qué querría de ella? ¿Le mandaría otra tarea propia de la princesa para acrecentar su rencor?

Enseguida lo iba a descubrir.

Llegó hasta un arco adornado con una cortina verde esmeralda que ondeaba con la brisa. A través de sus aleteos pudo ver a la mujer hablando con la mirada fija en un espejo.

Carraspeó.

La reina se volvió hacia ella con una perfecta y malvada sonrisa que congeló la sangre de la recién llegada.

—Bienvenida, querida. Adelante.

Bella pasó con las piernas temblorosas. No se adentró demasiado, sino que se quedó lo suficientemente cerca de la entrada como para que las cortinas acariciaran su espalda.

—Te voy a encomendar un trabajo muy especial. Pocas lo han desempeñado y tuve que prescindir de las que lo hicieron. —Silencio. La muchacha se olvidó de respirar—. Necesito alguien fuerte y dispuesto. Alguien con seguridad en sí mismo y que no me mire como un cervatillo a punto de ser cazado. —Se acercó a ella. Era más alta que Bella, que tuvo que levantar la mirada, aunque enseguida se arrepintió de ello y agachó la cabeza; pero la reina se la alzó con el índice—. Necesito alguien como tú.

—¿Qué desea, Majestad?

La soberana sonrió complacida. Se apartó y extendió los brazos.

—¿Ves todo esto? Cada atardecer vendrás a limpiarlo. Lo necesito perfecto para mis deberes reales. —Paseó por la sala y se detuvo delante del espejo para acariciar su luna—. No puedo atender mi reino si yo no estoy bien atendida, ¿no te parece?

Bella asintió de forma mecánica.

—Bien. Empezarás hoy mismo. Pero tengo que advertirte de una cosa. —Se acercó a ella y la miró con seriedad y un brillo tenebroso en sus ojos oscuros como el carbón—. Son varias las que antaño intentaron engañarme y ahora vagan por la ciudad como pordioseras sin dedos en las manos ni en los pies. Si me robas, si tocas algo que no debes o usas mis cosas, te arrepentirás de ello; tú y todos aquellos que tengan un rincón en tu corazón.

# Capítulo 13

Como cada primer día de la semana, la reina recibía a sus súbditos para escuchar sus problemas y poner soluciones. A quien se quejaba de falta de dinero, le subía los impuestos. A quien se quejaba de no poder alimentar a su familia, enviaba a sus hijos como esclavos de los nobles del reino, tuvieran la edad que tuvieran.

Así eran las soluciones de la malvada reina.

Blancanieves siempre estaba presente, tomando nota. Comprendía las decisiones de su madrastra: subir los impuestos obligaría a esa persona a ser más productiva; eso era bueno para el reino. Separar a los hijos de sus padres ayudaría a estos a mantenerse y, también, ser más productivos. Les estaba haciendo un favor.

Ese día, como los demás, había una pequeña fila esperando a ser atendida por la reina. La princesa se había apartado a un lado junto a otras doncellas para registrar la subida de impuestos de una familia o el lugar al que debían ir los hijos de otra.

Cada vez eran menos los que acudían a solicitar ayuda a la mujer; solo los más desesperados, los que no veían otra salida. Había quienes reunían el valor suficiente para abandonar el reino, pero otros no estaban tan convencidos de que fuera lo mejor. ¿A dónde ir? ¿Al Reino de la Rosa Escarlata, donde los reyes solo se preocupaban de sí mismos? ¿Al Bosque de las Hadas, de donde nadie regresaba jamás? No. Algunos preferían lo conocido, aunque no fuera precisamente bueno, a lo desconocido, pues podrían hallar algo peor.

Entre las cabezas de las doncellas que la rodeaban, mientras ella hacía el registro, sosteniendo jarras, fruta y todo lo que la reina requiriese, Blancanieves apreció que había alguien que no encajaba con los súbditos del reino. Vestía ropas elegantes y tenía aires de superioridad. Miraba a los presentes con gesto altivo y sonreía con condescendencia cuando los campesinos exponían sus problemas.

Era raro que un noble se presentara en palacio sin cita previa. Esto aumentó la curiosidad de la joven, que observaba intrigada al desconocido. Tenía el pelo castaño oscuro, casi negro; facciones angulosas, mirada marrón y labios finos que de vez en cuando se alzaban en una sonrisa despectiva. Era alto y musculoso. Llevaba una cota de malla de oro blanco que parecía más ligera de lo que debería, sobre una camisa azul y pantalones de piel blancos. A su espalda, una capa roja con un broche negro.

La reina no le prestó la más mínima atención. Escuchaba, aburrida, dictaminaba con rapidez y bebía de su copa de diamante dando paso al siguiente con un gesto de la mano. Una vez terminada la fila, los campesinos esperaron su turno junto a las doncellas y la princesa, que se afanaban por organizar cada situación. El desconocido se acercó hasta el trono, seguido de su séquito. Captó enseguida el interés de la mujer.

—Majestad —dijo, haciendo una exagerada reverencia que la reina aprobó.

—¿Qué hace un príncipe tan lejos de su reino?

Blancanieves alzó la mirada.

Un príncipe…

—Solo estoy de paso, Alteza. Recorro los reinos en busca de trofeos de caza singulares que exhibir en mi futuro reinado. —Alzó la barbilla—. Me dirijo al Reino de la Aurora. He oído que sus bosques esconden un dragón dormido.

—Qué interesante… —comentó la mujer, acariciándose el mentón sin quitarle la vista de encima.

Una discreta tos sonó a la espalda del príncipe. Este se giró, molesto, y vio a uno de los consejeros de su padre, un hombre mayor de pelo blanco recogido en una cola de caballo. Sostenía un papiro enrollado en una mano. El joven suspiró con exasperación. Le arrebató el documento y se volvió hacia el trono.

—También es deseo de mi padre que regrese con una princesa para convertirla en mi esposa y futura reina.

Los ojos de la mujer brillaron.

—Pero —continuó él— solo lo haré con una mujer de belleza sin igual. Belleza que, sin duda, puede apreciarse en vos, Majestad.

La reina sonrió, complacida y halagada. Se levantó.

—Os aseguro que no hallaréis a lo largo y ancho de los reinos belleza capaz de superar la que vuestros ojos admiran ahora.

—No me cabe ninguna duda, Alteza. Los rumores que circulan sobre vos no os hacen justicia. —Ella amplió su sonrisa—. También hablan de la princesa y de una belleza exótica.

Blancanieves se preparó para presentarse ante el recién llegado. Sin embargo, no tuvo ocasión de hacerlo.

—Esos rumores no son más que palabrería de quienes envidian mi esplendor. —La reina se acercó a él y se cogió a su brazo, sonriéndole con sensualidad—. Acompañadme. Vos y yo tenemos mucho de qué hablar…

El séquito del príncipe se quedó plantado en la sala del trono sin saber muy bien qué hacer. Las doncellas terminaron con los campesinos y se dirigieron a ellos para asignarles aposentos.

Blancanieves se quedó mirando el lugar por el que habían desaparecido el príncipe y la reina.

Su madrastra era la mujer más bella del reino, sin duda. Y cuando ella fuera reina, se convertiría también en la más bella.

Una belleza exótica, como decían las habladurías.

Llegarían a su palacio de todos los reinos solo para admirarla, para comprobar cuánta verdad había en esos rumores. Y descubrirían que ella estaba muy por encima de ellos.

En belleza y en poder.

# Capítulo 14

Estaba nerviosa. Era el primer día que limpiaría la torre de la reina. Tenía miedo de tocar algo que no debiera y ganarse la mutilación como otras muchachas. O el destierro, que era el mejor de los castigos que había impuesto la reina. Y quizás para algunas pudiera ser una liberación, pero para otras no lo era. Y para Bella tampoco. El trato que tenía con el duende era el de servir a la reina. Si esta la desterraba, ¿qué pasaría? No quería averiguarlo.

Se encaminó por los pasillos, que poco a poco iban perdiendo luz. Se detuvo ante un alto ventanal. El cielo se había tornado rojo y naranja y teñía las nubes de un dorado bello y aterrador. Se preguntó por su familia. ¿Estarían mirando también el crepúsculo y pensando en ella? Suspiró y continuó su camino.

Algunas doncellas pasaron en dirección contraria. Ella saludó a cada una, pero no obtuvo respuesta. Bella intentaba entablar conversación con las demás, mas no mostraban el menor interés. Quizás por miedo a la reina. Quizás porque establecer un vínculo podría hacerlas débiles. Bella no lo tenía claro, pero no iba a desistir en su empeño.

Vio a una doncella que, subida en una escalera de discutible estabilidad apoyada en la pared, limpiaba el altísimo techo de manchas y telarañas que pudiera haber. La contempló, preocupada. La sirvienta parecía tener miedo a las alturas, pues su cuerpo temblaba y ello provocaba crujidos en la madera de la escalera. Además, evitaba mirar hacia abajo.

«¿Cómo lo hará para limpiar las partes que están lejos de la pared?», se preguntó Bella.

La reina ordenaba un trabajo. Pero cada uno debía apañárselas como mejor pudiera para llevarlo a cabo.

Obligó a sus piernas a continuar y llegó hasta la puerta que ocultaba las escaleras de caracol que la llevarían a la sala de la reina. Allí donde la mujer pasaba tantas horas haciendo nadie sabía qué. Ni siquiera, al parecer, lo sabía la

propia princesa. Eso había escuchado en los murmullos de las demás doncellas. Algunas sí que hablaban entre sí porque se conocían del exterior. Aunque, si en algún momento reían, se abofeteaban a sí mismas, como si aquello no les estuviera permitido.

Llamó, aunque no estaba segura de si debía hacerlo. No obtuvo respuesta. Abrió y observó los escalones que ascendían hacia la oscuridad. A mitad de camino, en una cavidad que había en la pared, se encontró un candelabro de tres brazos que iluminaba tenuemente aquel espacio. Lo cogió y, por alguna razón, se sintió más segura. Una calidez alentadora la confortó.

Bella se asomó con cautela a través de las cortinas esmeralda, pero no apreció movimiento en el interior. La reina no estaba. Entró y se quedó unos instantes analizando cuanto veían sus ojos. A su izquierda había utensilios de limpieza. Dejó el candelabro en el suelo, lejos de cualquier objeto que prendiera con facilidad. Allí no le hacía falta su luz. Una buena cantidad de velas encendidas flotaban por encima de su cabeza, lejos de su alcance.

Velas que flotaban.

Las contempló admirada. ¿Eso era magia? Ella nunca había visto magia, aunque sabía que existía. Todo el mundo sabía que había hadas que la extendían allí por donde pasaban. Y también duendes. Recordó al ser con el que hizo el trato. ¿Acaso él no había hecho magia cuando la trajo al Reino de la Manzana de Plata? Pero no era lo mismo verla que sentirla. Y verla le gustaba.

Sacudió la cabeza y se puso manos a la obra. Empezó por los muebles más simples y con menos cosas sobre ellos. Luego pasó a las vitrinas. La primera tenía innumerables recipientes de cristal de diferentes formas y tamaños, en cuyo interior había líquidos brillantes de todos los colores, incluso algunos que la muchacha desconocía. Con sumo cuidado se puso a limpiar. Enseguida se dio cuenta de que no todo lo que había en las vasijas era líquido, sino también gaseoso, y había hasta algo plateado que no parecía ni líquido ni sólido ni gaseoso. Se sintió tentada de tocarlo, pero recordó las últimas palabras de la reina y se abstuvo. Lo dejó tal y como estaba y pasó a la siguiente vitrina. Esta la sorprendió todavía más. En ella había manzanas.

Sí, manzanas.

Manzanas brillantes de diversos colores; algunos alegres, otros intensos, otros apagados. Y todas tenían su etiqueta.

«Manzana del amor», rezaba un cartelito delante de una de color fucsia.

«Manzana de la muerte», decía otra etiqueta ante una de color gris.

«Manzana del olvido». Negra.

Limpió y leyó todas las etiquetas. Algunos huecos contenían su cartelito, pero no había manzana tras ellos.

«Manzana de la juventud», ponía en el último hueco.

Tragó saliva.

Cerró la vitrina con manos temblorosas y pasó a lo siguiente: una columna de su altura con un libro abierto sobre ella. Aunque poco entendió, sí apreció dibujos de manzanas en sus páginas. Esto le hizo comprender por qué había tantos manzanos en los jardines del castillo. Y, a juzgar por la cantidad, debía de ser costoso lograr sus propósitos. La reina seguramente tiraba muchas manzanas a diario hasta que salía bien el experimento.

Miró las manzanas de la vitrina.

Convertía una fruta vulgar en un hechizo. Se sintió mareada y se apartó bruscamente del libro.

En el Reino de la Rosa Escarlata, sus reyes eran despreciables y solo pensaban en sí mismos. Pero aquí… Esto era diferente.

La soberana del Reino de la Manzana de Plata no solo era malvada, como se la conocía dentro y fuera del reino; era una bruja.

Sin embargo, Bella no quiso juzgarla por las apariencias. ¿Y si aquellos experimentos mágicos tenían que ver con ayudar a su reino?

«Manzana de la muerte».

Sus ojos se posaron en el fruto gris. Estaba claro que un cartel que rezaba así no podía significar nada bueno.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para no salir corriendo de allí. Debía terminar su cometido. Después de lo que había descubierto, tenía claro que no debía desobedecer en nada a la reina. Cuando llegó pensaba que la denominaban «malvada» por ser sumamente estricta, e incluso cruel, a veces. No había querido creer aquellos rumores que hablaban de castigos inhumanos ni de brujería.

Estaba claro que estaba equivocada.

# Capítulo 15

Después de pasarse por las cocinas y comprobar que todo funcionara correctamente, la princesa se dirigió a los jardines envuelta en su capa blanca de invierno. La fría estación iba tocando a su fin y ya se notaba en el ambiente, cada vez más cálido.

Algunos mozos trabajaban la tierra, como era su cometido. La muchacha los observó. Todo estaba en orden. Continuó y paseó junto a los manzanos examinando los frutos. Pronto tocaría la próxima recogida. Tendría que organizar un buen número de doncellas para ello. Ser elegidas no las eximía de sus otras obligaciones, sino que tendrían que compaginarlas como pudieran. Se saltarían una comida si hacía falta o dormirían menos horas. Todo por el bienestar del castillo y del reino.

Sus pasos se detuvieron frente a un manzano cuyo tronco estaba arropado por un rosal. Este había iniciado su ascenso en un abrazo espinoso que compensaba con rosas de un rojo arrebatador. Se quedó un rato contemplando aquella hermosa imagen, permitiéndose soñar embelesada. Su madrastra, la reina, era aquel manzano en flor, mientras que la princesa poco a poco iba creciendo y aprendiendo, hasta que llegara el día en que tomara la corona como el rosal tomaría la copa del árbol.

—Hermoso.

Se giró, sobresaltada. Bella estaba tras ella con las riendas de su caballo en sus manos. Sus ojos brillaban contemplando las flores rojas.

—Nunca había visto una rosa.

Blancanieves chasqueó la lengua con disgusto.

—Sigue con tu trabajo, sirvienta.

La doncella bajó la cabeza y se marchó envuelta en el sonido de los cascos del caballo sobre el camino. La joven de tez oscura la observó alejarse.

«Nunca había visto una rosa». Estas palabras habían hecho mella en su interior sin que llegara a comprender por qué. Le parecía triste que alguien no hubiera tenido la oportunidad de deleitarse con algo tan bello como una rosa. Algo tan mágico, como solía denominarlo ella, pues, ¿había algo tan hermoso y a la vez tan maligno como una rosa? Una flor cuya visión y olor podían hacerte soñar y cuyo tacto podía traerte de vuelta a la realidad con un solo pinchazo.

Ella terminó su pequeño paseo y se dirigió a su propio despacho, donde debía revisar y ordenar aburridos papeles que la reina delegaba en ella para no perder su valioso tiempo. Allí, aparte de una buena montaña que la tendría ocupada durante horas, se encontró con alguien de espaldas a la puerta que miraba por la ventana.

—¿Deseáis algo?

El príncipe dio media vuelta y le dedicó una arrebatadora sonrisa. Se inclinó con respeto sin apartar los ojos de ella y tomó asiento delante de la mesa. Ella lo hizo detrás, en su sitio correspondiente.

—Veo que los rumores no hacen justicia a vuestra exótica y cautivadora belleza, alteza.

Blancanieves levantó la cabeza, altiva.

—¿Acaso creíais que solo la reina era poseedora de tal don?

—En absoluto. —El joven se inclinó hacia delante—. Mas las palabras no son suficientes para describir lo que unos ojos pueden contemplar.

La joven apartó a un lado la montaña de papeles y cogió los primeros, que colocó ante sí para empezar a leerlos.

—Ruego que disculpéis mi indiscreción, mas necesito saber por qué una princesa viste como una sirvienta y se encarga de tareas que no corresponden a su estatus.

Ella levantó la mirada. El príncipe se había echado hacia atrás con la barbilla apoyada en su mano derecha. Su mirada mostraba un gran interés en ella y se sintió halagada. Sonrió entrecruzando los dedos sobre la mesa.

—Quizás deberíais haceros la siguiente pregunta: ¿cómo se puede dirigir un reino sin conocer hasta el más mínimo detalle sobre él?

—Eso no responde a mi pregunta, alteza.

Blancanieves asintió.

—Desde el trono vemos solo aquello que nos llega por medio de terceras personas; personas que no siempre nos cuentan la verdad. En las cocinas, los establos y los jardines podemos ver cómo funciona desde abajo y esto nos permitirá controlarlo desde arriba. No se puede reinar a ciegas, majestad.

Él se acarició el mentón pensando en sus palabras. Amplió su sonrisa antes de hablar sin apartar los ojos de ella. La joven empezaba a sentirse incómoda con su mirada arrogante.

—Tenéis mucha razón, alteza. Y sin duda es algo que he llegado a plantearme. He viajado a lo largo y ancho de mi reino para conocer hasta el último árbol.

—¿Y habéis aprendido algo?

El príncipe dejó caer la mano sobre su regazo, y ella separó las suyas y con un movimiento de cabeza se colocó el pelo que ya empezaba a ocultar sus mejillas. Él se quedó embobado por un momento. Alzó una ceja y volvió a sonreír, esta vez con un brillo codicioso que Blancanieves no estaba segura de si era real o mera invención de su percepción.

—Que no se puede ser un rey blando.

Ella asintió, de acuerdo con sus palabras, y bajó la cabeza dispuesta a comenzar con su lectura.

—También he descubierto cosas de lo más singulares.

—¿Criaturas excepcionales a las que presumís haber dado caza? —Alzó sus ojos color caramelo.

—Todavía mejor que eso. —Se levantó y se colocó la ropa azul y blanca—. En lo más profundo del bosque, mientras perseguía a un ciervo blanco, hallé en un claro una casita de chocolate y caramelo.

Blancanieves volvió a entrecruzar sus dedos y apoyó su cabeza en ellos. El príncipe había captado su atención por completo. Le escuchó sin interrumpirle. Él habló haciendo gestos teatrales, moviéndose de un lado a otro.

—Incluso el buzón estaba hecho de bastón de caramelo y decorado con gominolas sobre una base dulce endurecida. Reconozco que me entraron ganas de perder los modales y darle un buen mordisco. —Soltó una elegante risotada —. Allí habita una mujer que dice haber vencido a una bruja devoradora de niños. Una bruja que intentó comerse también a su hermano. Le pregunté dónde estaba ahora su hermano, y me respondió que ella le estaba esperando, y que,

mientras tanto, vivía allí y acogía a niños perdidos a los que daba un hogar y una educación.

Se detuvo y miró a Blancanieves.

—¿Y sabéis lo más interesante?

La princesa se encogió de hombros, invitándole a seguir.

—Que allí no había ningún niño.

# Capítulo 16

Inició el descenso, acompañada, como cada noche, del candelabro de oro que luego dejaba en el resquicio de la pared, donde la esperaría hasta el crepúsculo siguiente.

Al llegar al pasillo avanzó varios pasos hasta una de las ventanas. Estaban todas cerradas para que el frío invernal no invadiera el interior como un ejército enemigo. El corredor estaba desierto salvo por la presencia de Bella. Las armaduras que allí había parecían vigilar cada uno de sus movimientos, pero ella no les prestó atención, sino que se limitó a escrutar el exterior, en busca de algo familiar.

No había nada.

Nada salvo las lunas y las estrellas.

Todo era diferente en aquel reino y, aunque también era hermoso, echaba de menos el Reino de la Rosa Escarlata. Allí los árboles gozaban de un verde esmeralda, mientras que aquí eran más bien verde manzana. Añoraba el té y los pasteles de Esmeralda, y también a la pequeña y rebelde Rubí. Y, sobre todo, echaba de menos a su familia. Ahora que por fin gozaban de la vida que merecían, ¿se acordarían de ella? No había vuelto a ver al duende, por lo que no tenía ninguna noticia de ellos desde su marcha.

Unos pasos amortiguados por la larga alfombra roja que cubría todo el pasillo llegaron a sus oídos. La reina se dirigía a su torre caminando con elegancia y la cabeza alta. A su altura, Bella hizo una pronunciada reverencia. La mujer no se detuvo, ni se dignó a mirarla. Continuó hasta desaparecer tras la puerta que protegía las escaleras de caracol.

La muchacha volvió sus ojos a la oscura noche y su espíritu regresó a la melancolía.

Poco después bajó al comedor para cenar con las demás en el más absoluto de los silencios. Bella no solía callar. Aunque la ignoraran o conversaran poco con

ella, no cejaba en su empeño. Sin embargo, esa noche no dijo palabra y sus compañeras la miraron de reojo, preguntándose el porqué de su quietud. Simplemente no tenía ganas de hablar. Invadida como estaba por la nostalgia, lo único en que pensaba era en su padre, en sus hermanas y en sus hermanos.

Al finalizar, todas se marcharon salvo las encargadas de recoger y limpiar la sala. Bella se quedó un rato más sumida en la nostalgia, pensando cómo podría contactar con su familia. Quizás pudiera escribir una carta. ¿Tendrían permiso para cartearse con sus seres queridos? Hasta ahora no se lo había planteado. Daba por hecho que, de alguna forma, tendría noticias suyas.

—¿Sabes algo de tu familia? —le preguntó a una doncella mayor que ella.

Se limitó a negar con la cabeza.

Bella suspiró. Era respuesta suficiente.

Se levantó y se internó por el laberíntico castillo, paseando errante. Se cruzó con los príncipes, que parecían disfrutar de su mutua compañía. El príncipe vestía las mismas elegantes ropas con las que había llegado a palacio, mientras que la heredera lucía un vestido celeste algo más elegante que lo que solía llevar, que resaltaba sus curvas y sus facciones oscuras y delicadas. Él hablaba y ella reía. Una risa que llamó la atención de Bella. Había escuchado muchas risas, y sabía que aquella no era natural. No salía del corazón. Paró en seco y se la quedó mirando.

Blancanieves se percató de su presencia y la pareja se detuvo.

—¿Hay algún problema?

—Alteza —habló el príncipe acaparando la atención de la princesa—, creo que pasáis demasiado tiempo con los sirvientes. Son ellos quienes deben dirigirse a vos con el debido respeto y no al revés. No existen; son meras sombras que de vez en cuando podemos ver cuando necesitamos algo. Cuando no, solo están ahí para servirnos sin hacer notar su existencia.

—No somos sombras. Somos personas cuyo esfuerzo deberíais valorar más, pues sin nosotros os hundiríais —repuso Bella, ofendida.

—¿Qué tenemos aquí? —El príncipe la miró por primera vez—. Una doncella con falta de modales.

—Algo de lo que también vos carecéis. Si fueseis capaz de ver más allá de vos mismo, veríais que estáis rodeado de personas como vos. Personas que no hacen

más que luchar a diario por vuestro bienestar y el correcto funcionamiento de vuestra vida.

Blancanieves la miraba sorprendida. Jamás había visto a un sirviente hablarle así a alguien de la realeza.

El príncipe sonrió con malicia.

—Deberías medir tus palabras en presencia de alguien superior. —Chasqueó los dedos y dos guardias llegaron al momento. Se colocaron detrás de ella, que no se amedrentó—. No te des más importancia de la que en realidad tienes, jovencita. Los sirvientes no valéis nada. Estáis para servir, y si uno nos falta, conseguiremos otro. Si nuestra vida funciona no es gracias a vosotros, es gracias a que nosotros os hemos dado cabida en ella, y deberíais estar agradecidos. Sin nosotros no seríais nada. No serviríais para nada. Vagaríais por el mundo pudriéndoos y pudriendo aquello que tocarais. —Alzó más la cabeza—. Gracias a nosotros vuestra vida tiene un sentido. No lo olvides. —Miró a sus soldados y endureció su expresión—. ¡Lleváosla!

—¡Esperad! —intervino la princesa—. ¿Qué vais a hacer con ella?

—Tiene modales que aprender.

—¿Y se los van a enseñar vuestros guardias?

Él cogió sus manos.

—No quiero cuestionar la disciplina del Reino de la Manzana de Plata, pero está claro que esta doncella necesita una sesión intensiva. Tranquila, os la devolveré de una pieza.

Con un gesto de su mano, los soldados cogieron los brazos de Bella y se la llevaron a rastras ante la mirada ceñuda de la princesa. Una mirada que la joven no supo si era de preocupación o aprobación.

# CAPÍTULO 17

Por la mañana, todos los habitantes del castillo fueron invitados a presenciar el castigo de Bella. Y no faltarían ni la reina ni la princesa, quien se puso un vestido sencillo, quizás no digno de ella, pero lo suficiente como para destacar entre las doncellas.

En el patio se había dispuesto un poste al que ya estaba atada la muchacha, con la espalda desnuda y la cabeza apoyada en la madera. Blancanieves chasqueó la lengua con disgusto. La primavera todavía no había llegado, por lo que el frío no los había abandonado, y le parecía inhumano que alguien, aunque sirviente, hubiera pasado la noche a merced de las gélidas corrientes invernales.

Los mismos guardias que se habían llevado a Bella por la noche la flanqueaban, por si a alguien se le ocurría cometer la estupidez de acercarse a liberarla.

Varios sirvientes llegaron con un pesado trono negro y dorado y dos sillas, que colocaron a cada lado. Después hizo su aparición el príncipe, que se acercó a la princesa, besó su mano con galantería y ocupó su lugar, a la izquierda del trono. Unas trompetas anunciaron la llegada de la soberana. Llegó caminando con la elegancia propia de ella, luciendo un vestido azul como la noche, con transparencias que permitían apreciar su perfecto cuerpo. Tras ella iba el cazador, quien solía acompañarla cuando no estaba en una misión. La reina extendió su mano delante del apuesto príncipe y tomó asiento, indicando con un gesto que podía comenzar el espectáculo. Su fiel cazador se situó tras ella tras dedicar una mirada a modo de saludo a la princesa.

Blancanieves también se sentó, a su diestra, y se preparó para lo que presenciaría.

Los sirvientes habían hecho un círculo alrededor de Bella. Uno de los guardias se alejó y el otro sacó un látigo de tres puntas que prometían no tener compasión. Los criados ampliaron el círculo por temor a que el castigo los alcanzara. El

ejecutor miró a su príncipe, y la princesa vio por el rabillo del ojo cómo este asentía dando su aprobación.

La sanción dio comienzo.

El soldado echó el látigo hacia atrás y con un rápido movimiento lo hizo restallar sobre la espalda de Bella, que se encogió de dolor. Apretó los dientes y cerró los ojos con fuerza, pero no emitió ningún sonido. Blancanieves la observaba sin perder detalle. La muchacha hacía esfuerzos por no gritar, por no conceder ese regalo a los oídos de los presentes.

El segundo y tercer latigazos tampoco le arrancaron sonido alguno. La princesa la admiró. Sus ojos se cruzaron con los de la condenada y pudo sentir en su propia piel el dolor que la desgarraba.

El cuarto latigazo logró sonsacarle un gemido que hizo estremecer a la princesa. Miró a su madrastra y después al príncipe. Ambos parecían saborear con gusto ese sufrimiento.

—¿Cuántos latigazos serán? —preguntó cuando restallaba el quinto y un nuevo gemido inundaba sus oídos.

—Quince —respondió él sin mirarla—. Debe estar agradecida. Es la pena mínima. Me siento generoso hoy.

Blancanieves abrió los ojos, horrorizada. Si haber mantenido a Bella a merced del invierno le había parecido inhumano, aquel castigo le pareció desalmado.

Era conocedora de los rumores que circulaban sobre la maldad de su madrastra, y aunque la había visto imponer castigos, todos los había considerado justos y merecidos. El resto era solo eso, rumores, pues ella jamás la había visto ser desmesurada con nadie. Dura e implacable, así era. Pero porque debía imponerse. Porque debía enseñar a su sucesora a gobernar con mano de hierro para la prosperidad del reino.

El sexto estallido vino acompañado de un grito de dolor capaz de hacer temblar los cimientos del castillo. La princesa se llevó la mano al pecho. Sentía una angustia desconocida para ella y no tenía muy claro si se debía a lo que estaba presenciando o a la injusticia que estaba pagando Bella.

Se aferró a su silla hasta que los nudillos se le pusieron blancos y soportó los latigazos siete y ocho junto con los alaridos correspondientes. En el noveno

cerró los ojos, queriendo alejarse de allí, como si de esta forma pudiera hacerlo, pudiera volar lejos y dejar de escuchar, dejar de sentir…

Décimo latigazo.

—¡Basta!

Se puso en pie y corrió a interponerse entre el látigo y Bella. Miró al príncipe, que se había inclinado hacia delante mostrando gran interés.

—Es suficiente.

La espalda de la doncella sangraba y, aunque no podía asegurarlo, no le cabía duda de que ardía como las llamas de un fuego indómito.

—El castigo no ha terminado, alteza —dijo el príncipe.

La reina se mantuvo en silencio, con un brillo especial en sus ojos.

—Aquí se hacen las cosas de otra forma, *majestad* —repuso ella—. Creo que ya ha quedado claro lo que pretendíais demostrar. No hace falta continuar.

Él se levantó, pero no se movió de su sitio.

—Veo que no solo falta disciplina entre los sirvientes. Me gusta vuestra compasión, pero ella no os hará llegar muy lejos cuando gobernéis. ¿No estáis de acuerdo, Majestad? —preguntó dirigiéndose a la reina.

Ella se limitó a sonreír con malicia. Para él fue la respuesta que necesitaba.

—Apartaos o sufriréis el castigo por ella, alteza.

Blancanieves entrecerró los ojos. No. No se atrevería a ponerle una mano encima. Ella era la princesa, la heredera, y él, por muy príncipe que fuera, no dejaba de ser un invitado en el Reino de la Manzana de Plata. Mas su madrastra seguía sin intervenir, lo cual puso en duda su convicción.

Escuchó un nuevo estallido y sintió un dolor punzante tan intenso que la hizo arrodillarse. El latigazo número once había ido dirigido a ella. Ni siquiera le había dado tiempo de gritar. Quiso levantarse, pero el doce llegó enseguida, desgarrando su vestido y arrancando más que sangre con él.

—Marchaos… —suplicó Bella a la princesa.

Su voz le llegó débil. Blancanieves le devolvió la mirada.

—No es… vuestro castigo…

La princesa no tuvo ocasión de responder, pues el siguiente chasquido la empujó contra el suelo. Esta vez no intentó hablar ni levantarse. Esperó con

entereza lo que quedaba, rezando por que pasara rápido. Y así fue. Fugaz pero doloroso. La espalda le ardía, tal y como había supuesto que le pasaría a Bella.

El guardia enrolló el látigo y quedó a la espera de nuevas órdenes.

La reina y el príncipe se levantaron. Desde el suelo, la joven pudo apreciar que su madrastra sonreía. Había disfrutado viéndola sufrir el mismo castigo que una vulgar sirvienta. Sus ojos oscuros le decían que se lo tenía merecido. Después, su mirada se clavó en la gris azulada del que una vez fuera su amigo: el niño que se había convertido en cazador. Buceó en ellos buscando algo, un resquicio de la amistad que los había unido, más solo encontró un frío muro de metal. Como las puntas de sus flechas.



Refugiada en su torre, la soberana creía que su hijastra se había ganado a pulso aquella sentencia. Sin embargo, Blancanieves tenía razón en algo: en su reino las cosas se hacían de otra forma. La visita de aquel príncipe había llegado a su fin. No solo le usurpaba su autoridad y se creía con poder para imponer sus órdenes, sino que le mostraba a la princesa diversos caminos que no debía seguir.

Meditó sobre los pasos que debía dar. Tenía que ser meticulosa si quería que sus planes continuasen el rumbo que había trazado.

Sometería a Blancanieves a unas pruebas tales que se vería incapaz de superarlas y, por ende, de ser coronada reina. Mandaría al príncipe bien lejos y se las ingeniaría para que no volviera a poner un pie en su reino jamás. Por un momento, la idea de acabar con él cruzó su mente, mas era demasiado complicado. No iba a cometer ninguna imprudencia. Ella no era así.

Era la reina bella y malvada que necesitaba el Reino de la Manzana de Plata.

# Capítulo 18

Pasó el resto de la mañana semiinconsciente, navegando entre los sueños y la realidad. El ardor y el dolor de su espalda no le permitían acomodarse a gusto en su cama, y mucho menos conciliar el sueño. No había podido limpiarse las heridas, pues no llegaba a ellas, así que tuvo que conformarse con echarse agua y tumbarse boca abajo sobre el fino colchón con la espalda desnuda. Compartía habitación con otras dos doncellas jóvenes que la miraron con pena, pero en ningún momento se ofrecieron a ayudarla.

Sabía que no estaba exenta de sus tareas, pero apenas podía caminar. En cuanto el dolor remitiera un poco, se encargaría de todo.

Tras un pequeño descanso después de la comida, sus compañeras se marcharon a continuar con su trabajo y la dejaron sola con el sufrimiento. Las lágrimas escapaban de sus ojos. Pero no se arrepentía de nada. Aquel príncipe arrogante tenía que aprender que a los sirvientes no se les podía tratar como basura.

Bella nunca había sido una persona polémica. No le gustaba meterse en peleas ni discusiones, mas las injusticias no las permitía. No en su presencia. Ella había estado en lo más alto y en lo más bajo. Sabía que había diferencias entre las clases sociales y, aunque muchos las calificaban de insalvables, ella no lo creía así. Pero los ricos estaban cegados por sus riquezas y los pobres por lo que no tenían. Ninguna de las partes comprendía que, con o sin dinero, todos eran iguales. Todos eran personas que sentían y padecían. Todos podían ayudarse y convivir.

Suspiró. Hasta esta nimia acción le provocó un pinchazo infernal. Se secó las lágrimas y escuchó a su estómago rugir de hambre.

Había pasado la fría noche sin más compañía que la humedad y las nubes que tapaban las lunas y las estrellas. Por supuesto no había recibido cena alguna, y mucho menos desayuno. Y, ahora, por culpa de su aflicción, no había podido

presentarse en la comida. Quizás, si remitía el dolor, lograra colarse en las cocinas y robar algo, aunque fuera un mendrugo de pan duro. Algo que le diera las fuerzas suficientes para soportar lo que quedaba de día.

Cuando ya estaba planificando mentalmente sus tareas y cómo llevarlas a cabo a pesar del insufrible escozor, alguien entró en la habitación. Era Angela, la doncella mayor, aquella que había respondido a sus preguntas y la había guiado por vez primera hasta la torre de la reina. Venía acompañada de otra muchacha, que llevaba una palangana. Le ordenó que la dejara en el suelo y que se marchara. La mayor posó un plato y un vaso en una mesa que había junto a la cama de la convaleciente. El vaso contenía un líquido amarillo y el plato un puré marrón.

—Carne con verduras y un zumo de frutas. Te aportará fuerzas suficientes —explicó mientras se sentaba en la cama y, con la palangana a sus pies, mojaba un paño que pasó a acariciar la espalda de Bella.

La joven gimió por el contacto, pero apretó los dientes y lo soportó con entereza. El agua estaba templada y, aunque escocía, también la calmaba.

Tras limpiarla, la mujer sacó de su delantal un bote de cristal y lo abrió. Llegó hasta la nariz de Bella un olor a caléndula y manzanilla, dos plantas que sabía que aplacarían su dolor.

—¿Por qué?

Angela esparció el ungüento y cuando terminó respondió:

—Me recuerdas a mí. Fuerte y con ideales que nadie más comparte. —Cerró el tarro y lo guardó. La miró a los ojos—. Por eso debo decirte que dejes de luchar por ellos y te resignes. Cuanto más desapercibida pases, mejor para ti. Y para los demás. Ya has visto lo que ha recibido la princesa.

Bella tragó saliva.

—¿Qué tal está ella?

—Algo mejor que tú, sin duda. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Come y haz tu trabajo. Solo debes encargarte de tus tareas de la tarde, ya he solucionado la mañana. —Bella la miró sin comprender—. He convencido a las demás doncellas de que debíamos ayudarte para que no nos salpicara tu imprudencia. Temen lo suficiente a la reina como pasa saber que es mejor no darle motivos para enfadarla. —Se giró y la miró por última vez—. Tú has

sufrido la ira de un principito arrogante que no ve más allá de su espada y solo sabe conseguir lo que quiere por medio de la violencia. Pero la ira de la reina malvada… —Suspiró y sus ojos miraron al suelo—. Créeme, no quieras sufrirla. No se la llama malvada por nada.

Dejó a Bella sumida en sus pensamientos. La soberana no le parecía una mujer justa precisamente, pero nunca había visto nada fuera de lo normal… Salvo la torre.

Brujería.

Con mucho cuidado, se incorporó y se introdujo en su vestido. El roce de la tela con su piel le arrancó algún quejido lastimero. Luego atrajo hacia sí el plato y comió saboreando la comida.

Una vez repuesta, haciendo caso omiso del dolor que todavía sentía, se puso en marcha. Tenía mucho que hacer y no quería cargar a las demás con las consecuencias de sus actos. Ellas no lo merecían. Solo buscaban complacer a la reina y vivir tranquilas. Y ella no les iba a quitar la paz.

Trabajar y no rendirse en mitad de una tarea requirió toda su fuerza de voluntad. Con cada movimiento su espalda se quejaba. Mas, si veía al príncipe o a cualquiera de sus soldados, levantaba la cabeza y no mostraba atisbo de sufrimiento. No pensaba darles ese placer, sin duda. Aunque ellos no le prestaron la más mínima atención; pasaban a su lado como si de una estatua se tratara.

Al fin, llegó el crepúsculo y, con él, la hora de limpiar la torre de la reina. Ascendió las escaleras y cogió el candelabro. Sabía que era un simple objeto, pero se había encariñado con él. Era su única compañía en una aterradora sala en la que no podía cometer ni un solo error. Sus llamas la seguían aquí y allá cuando limpiaba, animándola con su calidez, encendiendo el calor de la esperanza que cada noche, al acostarse, creía perder.

Mientras hacía una breve pausa, su mirada voló al balcón y se permitió unos instantes para asomarse al frío de la noche. Las estrellas la saludaron y las lunas la acariciaron con sus rayos. Se apoyó en el marco y deseó ver a su familia. Saber cómo estaban, solo pedía eso. Comprobar con sus propios ojos que el duende había cumplido su palabra.

Exhaló un suspiro y volvió dentro, cerrando las puertas de cristal. Al dirigirse al espejo para limpiar su superficie, se paró en seco delante de él. Sus ojos se

abrieron desmesuradamente al contemplar lo que el objeto le mostraba. No era su reflejo como esperaba, como sucedía cada noche.

No.

El espejo le estaba mostrando una lujosa mansión que antaño fue su hogar. Dentro, entre sonrisas y ojos brillantes de alegría, estaba su familia, cenando y bebiendo vino.

Bella cayó de rodillas con las lágrimas bañando sus blancas mejillas.

# Capítulo 19

Gracias al ungüento mágico de la mayor de las doncellas, como ella lo llamaba, su espalda se quejaba cada vez menos. Había pasado las horas tumbada en su alcoba, acompañada únicamente del crepitar del fuego que aportaba la calidez que necesitaba para el frío que amenazaba con invadir su intimidad.

La misma doncella le llevó la comida y echó más leña para que el fuego no osara dejar la habitación a merced de su enemigo. Blancanieves la observó mientras comía con calma. Ella misma tenía algunas tareas que llevar a cabo, pero no aquel día. Por orden de la reina, su madrastra, debía trabajar a diario. Como princesa que era, en ocasiones podía delegar en las demás doncellas y librarse en gran parte; sin embargo, era algo que no le gustaba hacer. Esas órdenes eran para prepararla como reina.

Bebió varios sorbos de agua antes de continuar con las verduras.

Otra muchacha llamó y esperó a que la voz de la princesa la invitara a entrar.

—El príncipe solicita veros, alteza.

Blancanieves bufó de mala manera.

—Dile que la princesa no está disponible hoy.

La doncella hizo una reverencia y se marchó.

La princesa se echó el níveo pelo a un lado y se lo peinó con los dedos, pensativa. Después del día anterior, ¿cómo tenía la desfachatez de pretender verla? Para ella no tenía perdón, por mucho que la reina hubiera aprobado su comportamiento.

Se levantó y con ayuda de la mujer se puso un vestido azul pálido, amplio, que molestara lo menos posible a las heridas de la espalda. Todavía sentía el escozor, pero al menos era un dolor soportable, no como las primeras horas, que habían sido el peor de los infiernos.

Cepilló su pelo y dejó que la doncella se lo recogiera en una larga trenza que caería sobre su hombro. Miró su reflejo; su piel oscura, sus labios rojos, sus ojos

del color del caramelo y su pelo blanco. Todo en ella era exótico y, aunque a veces le hacía sentirse fuera de lugar, otras le gustaba usarlo a su favor. No había, en el reino, nadie como ella.

De pronto, mientras se miraba y veía cómo la mujer ordenaba su cabello, un recuerdo vino a su mente:

Era niña y estaba en esa misma habitación, sentada en su tocador mientras la nueva reina, recién casada con el rey, cepillaba su larga melena. En la mesa que tenían delante reposaba una corona. Era de oro con rubíes engarzados. A la niña le gustaba tenerla allí, siempre limpia y brillante ante sus ojos. Algún día coronaría su cabeza.

Aquel día, su madrastra dejó lo que estaba haciendo, pasó por su lado y cogió la joya real para colocarla en su propia cabeza. Este gesto molestó a la joven princesita, que frunció el ceño con disgusto.

—Esa corona era de mi madre.

La mujer se miraba con deleite.

—Eso es, pequeña. *Era* de vuestra madre.

—A mi padre no le gusta que alguien ose tocar sus pertenencias.

Se levantó dispuesta a marcharse, pero su madrastra la detuvo.

—Esperad. —La volvió a sentar con suavidad y pasó la corona a la cabecita de la niña. Le quedaba grande, pero la mujer supo colocarla de tal forma que no se le cayera y el espejo ofreciera la imagen digna de una heredera al trono—. ¿No os veis hermosa con ella?

Blancanieves se quedó embelesada mirándose. Algunas lágrimas escaparon de sus ojos y la mujer lo vio.

—No conocí a mi madre.

Bajó la cabeza con pesar.

—No digáis eso. —Se agachó a su lado—. Vos sois como ella. Habéis heredado su fuerza y belleza. Y, a pesar de lo que dicen sobre color de vuestra piel, algún día seréis igual de bella.

—¿Y como vos?

Su madrastra sonrió con altivez.

—Mi belleza es inalcanzable. —Le acarició la mejilla y limpió sus lágrimas —. Mas no os debéis preocupar por ello. Seréis la reina perfecta. Y, hasta

entonces —cogió suavemente la joya y de nuevo la posó en su cabeza con un brillo codicioso en los ojos que Blancanieves no percibió—, seré yo esa reina. ¿Me ayudarás? —Le tendió la mano—. Toda reina necesita a su princesa a su lado. Juntas haremos que el reino florezca como el más bello de los manzanos.

La princesita sonrió, encantada, y cogió su mano para levantarse. Se miraron en el espejo y forjaron su promesa.

Promesa que, en la actualidad, Blancanieves seguía cumpliendo.

# CAPÍTULO 20

—Mañana debes ir a la ciudad y comprarme polvo de dragón. Angela te informará de los detalles.

Estas habían sido las palabras de la reina la noche anterior, cuando Bella concluyó su trabajo crepuscular.

«Polvo de dragón», repetía la muchacha en su cabeza.

«Polvo de dragón».

Le recordaba a los cuentos que solía contarles su padre cuando eran pequeños, en los que las brujas, para hacer sus pociones, utilizaban polvo de dragón, moco de trol y cuerno de bicornio. Hasta ese momento nunca había creído que tales ingredientes pudieran existir. Nunca había visto tales criaturas ni había oído hablar de ellas fuera de los libros. Salvo a los viajeros y a los trovadores; pero, aunque gozaba con sus historias, sabía que no eran más que mitos que buscaban llamar la atención.

«Polvo de dragón».

¿Existían entonces los dragones? Su aventurero corazón dio un agradable vuelco, deseoso de poder ver uno.

Después de desayunar, se acercó a Angela. También por la noche había acudido a su habitación a untarle por última vez el ungüento, alegando que ya las heridas tendrían que sanar solas porque no podía desperdiciarlo salvo en casos de necesidad. Esto hizo que Bella se preguntara de dónde lo sacaría. ¿Sería mágico? La había curado sorprendentemente rápido…

—¿Dónde puedo comprar polvo de dragón?

La mujer miró a su alrededor y comprobó que el resto de doncellas no prestaba atención.

—¡No lo digas tan alto! —la regañó—. ¿Te lo ha ordenado la reina?

Bella asintió. La mujer suspiró y agachó la cabeza.

—Antes era yo la encargada de salir a la ciudad… —Su voz sonó nostálgica a oídos de la joven, que sintió cómo algo se removía en su interior—. En la plaza del mercado hay un puesto lleno de objetos tales como unas sandalias con alas o un escudo con una cabeza llena de serpientes. El dueño te lo venderá.

La joven le agradeció su ayuda y fue corriendo a coger su capa, ansiosa por salir de los terrenos del castillo aunque fuera poco tiempo. Podría conocer la ciudad, ver a otras personas, y quizás encontrar la forma de enviar un mensaje a su familia. Su padre había comerciado en muchas ciudades, era probable que alguien le conociera y pudiera ayudarla.

Un soldado la acompañó hasta la verja.

—Abrid. Tiene el permiso de la reina.

Los custodios inclinaron la cabeza en un gesto de asentimiento y abrieron. Bella tomó buena nota de esto; era imposible salir si la soberana no lo permitía.

—Tienes hasta mediodía. Si te retrasas, serás castigada.

A pesar de esta advertencia, el humor de la joven no menguó, y se alejó dando alegres saltitos, con la bolsa de dinero bailando atada a su cinto.

Atravesó el Bosque de la Primavera Eterna y disfrutó con su encanto. Los árboles brillaban de un verde arrebatador, las flores inundaban el camino con su aroma y los pájaros entonaban una dulce melodía que acompañaba el ir y venir de los conejos. Se detuvo unos instantes y aspiró el ambiente. Se sintió muy afortunada de poder disfrutar de ello, algo que las demás doncellas tenían vetado. Este pensamiento la hizo sentirse culpable. El palacio era maravilloso y sus terrenos una fantasía. Mas no dejaba de ser una prisión… Una cárcel de oro que brillaba para hacer creer que la vida era maravillosa en su interior. Solo que no lo era. Regresó a la realidad sintiendo la molestia de las heridas de su espalda.

El vello de su nuca se erizó y tuvo la sensación de estar siendo observada. Miró en todas direcciones y, salvo un par de jabalíes que se alejaron de ella ignorándola por completo, no vio nada raro. Sin embargo, la sensación seguía allí. ¿Habría alguien más por el bosque? Quizás algún campesino buscando setas.

Se encogió de hombros y continuó. Debía aprovechar el tiempo que le había sido dado. Desconocía cuándo podría volver a salir, así que pensaba disfrutar al máximo con cada detalle que se cruzara en su camino.

Tras los árboles aparecieron las primeras casas de piedra gris rodeadas de vallas de madera y animales de granja. Sus habitantes se encargaban de alimentarlos o de la tierra, silbando canciones campestres. Bella estuvo tentada de saludarlos y compartir su alegría, pero supo que sería ridículo. Ni siquiera sabían quién era ella. Tan solo una extraña con una sonrisa estúpida en la cara.

Avanzó adentrándose en la ciudad. Las calles de arena pasaron a estar pavimentadas con piedras blancas regulares que permitían el ir y venir de carros y caballos con suavidad. Observó que en las avenidas principales había, a cada lado, una parte del pavimento más alta, por donde caminaban los ciudadanos a salvo de quienes circulaban por el centro de la calle. Las casas eran de otro tipo de piedra entre blanca y gris cuyos tejados estaban rematados en madera. Todas ellas regulares y más altas conforme se acercaba al centro. Llegó a contar hasta cinco pisos.

Preguntó a una mujer que llevaba a un niño de la mano dónde estaba la plaza del mercado. Mientras se lo explicaba, el pequeño se entretuvo haciendo sonar la bolsa de monedas que Bella llevaba. A cambio recibió una regañina de su madre. Se despidieron de la muchacha y continuaron su camino.

La doncella hizo lo propio, intentando entretenerse lo menos posible en los escaparates de cristal de las tiendas de ropa, joyas y zapatos que encontraba a su paso. Hasta que se detuvo en seco delante de uno cuyo interior mostraba libros. Libros nuevos, de colores, ilustrados, grandes y pequeños. Pegó la nariz al cristal, mirando con emoción aquel paraíso. Un tenue reflejo le mostró que alguien la observaba y se giró, mas no vio a nadie. Seguramente quien la viera admirar una librería debía de pensar que era rara. En su pueblo no era muy habitual y, por lo que apreciaba, allí tampoco. Mientras que las demás tiendas estaban a rebosar de gente, esa estaba vacía, salvo por un par de niños tumbados en el suelo con sendos libros de dibujos delante de ellos. Pensó en Rubí y la melancolía la invadió. Miró las pulseras que adornaban sus muñecas, los únicos recuerdos materiales que conservaba de su familia, y se permitió dedicarles un breve pensamiento.

Se prometió volver más tarde, cuando terminara el recado. Memorizó dónde estaba y siguió, esta vez a paso rápido, para comprar el polvo de dragón cuanto

antes y disfrutar de aquella inesperada maravilla que había aparecido ante ella como un cálido rayo de sol.

Le fue muy fácil encontrar el mercado. El griterío la envolvió, abrumándola. Se subió al pedestal de una farola de vela y buscó el puesto que la doncella le había descrito. Estaba justo en el centro, rodeado de decenas de curiosos mientras el tendero se pavoneaba de su mercancía y daba precios elevados que ahuyentaban a la mayoría.

Bella se acercó. Se entretuvo contemplando los curiosos objetos que llenaban el puesto, pero enseguida recordó la librería. Llamó la atención del tendero. El hombre, rubio y corpulento, se acercó, evaluándola. El gesto despectivo que le dedicó no afectó a la joven. Estaba claro que pensaba que ella no podía pagar por nada de lo que tuviera allí.

—Necesito polvo de dragón, por favor.

Varios rostros se volvieron hacia ella. El silencio reinó a su alrededor, roto por susurros acusadores. Sin embargo, el tendero sonrió. Era la sonrisa de quien va a hacer un buen negocio, mas la muchacha enseguida supo que no sería con ella.

—¡Guardias! —gritó él, señalando a una Bella aterrada.

# CAPÍTULO 21

Se escondió detrás de un carruaje cuando Bella se giró. Había estado a punto de descubrirla. Iba bien tapada con una capa negra y capucha que cubría su verdadero rostro, mas quizás no fuera suficiente para ocultarla.

Blancanieves había aprovechado la oportunidad para abandonar el castillo, simulando que la doncella había olvidado parte del dinero para su compra. Los soldados no objetaron nada y la dejaron marchar tras los pasos de Bella. Pocas veces podía permitirse salir, pasear por el bosque o por la ciudad y disfrutar de una breve libertad en la que no tuviera órdenes que cumplir.

Había visto a la joven detenerse delante de un escaparate. ¿Qué habría llamado tanto su atención? ¿Joyas? ¿Zapatos? Tuvo que esperar para descubrirlo. Cuando pudo acercarse, cerciorándose de que Bella se había alejado lo suficiente, ladeó la cabeza ante lo que se extendía delante de sus ojos.

—¿Libros? —se le escapó.

Algunos eran bonitos, no cabía duda, pero no servían más que para coger polvo. Ella, como princesa que era, sabía leer y escribir, pero solo lo hacía con documentos reales que debía redactar, aprobar o firmar. Jamás había leído un libro. No llamaban su atención ni los consideraba útiles.

Continuó hacia el centro. Se desvió para contemplar una catedral gótica blanca que se alzaba hacia el cielo como si pretendiera alcanzar a los dioses. En ella se habían casado sus padres y tantas otras parejas contraían matrimonio. Algún día ella desfilaría por su interior hasta llegar al brazo de su futuro marido. Pensó en el príncipe invitado de palacio y apretó los dientes. Esperaba que su estancia no se demorara demasiado. Le había estado evitando a pesar de los intentos de él por verla.

No se casaría con un príncipe así. Sabía que la decisión no dependía de ella, sino de la reina, mas haría lo posible por que no llegara a suceder. Podía

gobernar sin un hombre a su lado que solo pensara en castigar, comer y enriquecerse a costa de sus súbditos.

Sí.

Podía reinar sin un hombre a su lado.

Sus pasos serenos llegaron hasta la plaza del mercado. Gritos sobre precios y género inundaron sus oídos, y se sintió abrumada. Estaba a rebosar de gente chillando, discutiendo, riendo.

Se puso de puntillas y buscó a Bella con la mirada. No la encontró, y ello le permitió ir con tranquilidad, observando cada puesto. Sin embargo, estuvo alerta en todo momento por si aparecía.

Llegó hasta un tenderete lleno de auténticas extravagancias. Se entretuvo examinando una piedra plateada cuya etiqueta rezaba que había sido extraída de las minas de los enanos y que tenía propiedades para crear un espejo mágico. Ella conocía uno: pertenecía a la reina. Y, algún día, sería suyo.

Las risas del tendero interrumpieron su pensamiento. Gritaba y se carcajeaba junto a su compañero del puesto de al lado.

—¿De qué reino habrá salido? —decía el segundo.

—Pidiendo polvo de dragón…

Ambos se echaron a reír de nuevo. El hombre corpulento reparó en ella y se acercó.

—¿Necesitas algo?

Blancanieves agachó la cabeza y se alejó. Pudo escuchar sus últimas palabras:

—¡No dejan de merodear mendigas por mi tienda! Espero que la reina ponga remedio a esta situación.

No fueron pocas las ganas que le entraron a la joven de descubrirse ante él para hacerle tragar sus palabras. Y, por supuesto, de darle un merecido castigo. Pero quería pasar desapercibida y tuvo que hacer grandes esfuerzos por contenerse.

Polvo de dragón…

Se detuvo en mitad del gentío. Aquel despreciable mercader había dicho que alguien había ido pidiendo polvo de dragón. Un terrible presentimiento la invadió y se apresuró. Dejó atrás la plaza y se internó por una de sus calles laterales. En ella había una tienda con letras azules apenas legibles. Entró sin

miramientos y llegó hasta ella un aroma a canela y vainilla de lo más agradable. Un perfume que ocultaba la realidad de aquel lugar. Por doquier se alzaban estanterías con hierbas y frutos no comestibles de todo tipo.

—¿Qué deseas?

Había una niña sentada sobre el mostrador. Su pelo dorado como el sol caía sobre sus hombros con perfectas ondulaciones. Su mirada negra desprendía unos conocimientos impropios de una niña de su edad. Blancanieves nunca la había visto, pero había oído hablar de ella a Angela, la doncella mayor de palacio.

—Polvo de dragón.

La pequeña, que aparentaba alrededor de unos diez años, arrugó la nariz.

—No deberías pedir algo tan peligroso. Cualquiera que te escuche podría denunciarte a las autoridades.

Blancanieves mantuvo silencio y la niña cruzó las piernas sobre el mostrador.

—Aquí no tenemos de eso.

La princesa echó atrás la capucha y la miró, altiva.

—Vengo de parte de la reina. Si no le llevo lo que pide, será ella quien venga en persona. No querrás eso, ¿verdad?

Sus palabras pretendían asustar a la niña, pero no consiguieron tal efecto. La pequeña la observó con curiosidad y un brillo de reconocimiento cruzó su oscura mirada.

—¿Y desde cuándo envía a la princesita a un recado como este?

—¿Ha venido alguien antes que yo pidiéndote polvo de dragón? —inquirió Blancanieves ignorando la pregunta.

La rubia saltó del mostrador y sacó unos polvos dorados de una bolsa de su cinto. Extendió la mano con ellos sobre su palma y sopló. Una explosión de oro inundó el lugar y todo cambió ante los ojos de la princesa: lo que eran frutos y hierbas ahora eran ingredientes exóticos y líquidos de brillantes colores. Y la niña ya no era tal, sino un sátiro que la superaba en altura. Los labios de la muchacha formaron una perfecta «o». Hacía muchos años que Angela la había llevado consigo a aquel lugar en busca del polvo, de ahí que supiera su ubicación y la realidad que albergaba. Mas no recordaba que entonces el sátiro se disfrazara de dulce niña.

El ser le dio la espalda para buscar lo que le había pedido.

—Eres la primera visita que tengo en todo el día —respondió, cogiendo un bote de cristal con un polvo anaranjado que parecía arder.

Fue hacia el mostrador y echó una buena cantidad en otro recipiente más pequeño que tapó bien. Blancanieves extendió el brazo para hacerse con él, mas la criatura lo apartó de su alcance.

—Primero el pago, princesa.

La muchacha se descolgó la bolsa y, cuando fue a sacar las monedas, él se la arrebató entera.

—Esto será suficiente como pago también por mi silencio. Seguro que a muchos les encantaría saber que la princesa ronda la ciudad en busca de ingredientes prohibidos.

Blancanieves no respondió. Se marchó mientras la tienda volvía a ser un vulgar herbolario y él una niña insignificante.

Se quedó parada en la puerta, de nuevo tapada por su capucha. Si Bella no había acudido a la tienda y cumplido su deber, ¿dónde se había metido?

# Capítulo 22

Era la primera vez que se veía obligada a pasar la noche en una fría mazmorra, sin más compañía que el sonido de gotas lejanas cayendo sobre alguna superficie dura. Un pequeño y enrejado agujero en la pared había permitido el paso de los rayos del sol, hasta que finalmente estos habían sucumbido a la oscuridad.

Se envolvió bien en su capa mientras su mirada se perdía en los rincones más oscuros de la celda, pensando… Intentando comprender qué había sucedido. Tal y como la doncella le había indicado, ella había ido al tendero corpulento y le había preguntado por el polvo de dragón. ¿Y después qué? Unos soldados la habían arrestado. No comprendía qué había hecho mal. Era consciente de que cada reino tenía leyes diferentes, mas ¿cuál había incumplido ella?

Varios pasos se acercaron a donde estaba. Levantó la cabeza y vio un par de antorchas. Pasaron de largo y dejó de prestarles atención. Por los sonidos y las voces, supo que habían traído a un nuevo preso. Se preguntó si él sabría qué había hecho mal, por qué estaba allí, o lo ignoraba como ella.

Bella apoyó la cabeza en la gélida pared y un escalofrío recorrió su espalda haciéndola temblar. Antes se había calentado las manos cuando el sol todavía las podía acariciar.

Los guardias dejaron un mendrugo de pan duro y una jarra de agua en su celda y la contigua y volvieron a marcharse, hablando sobre lo que harían en cuanto terminaran su jornada. Uno volvería al calor de su hogar; el otro lo buscaría en casa ajena.

La joven se acercó a su escasa cena antes de que apareciera algún roedor y se la robara. Antes de llevárselo a la boca, evaluó si dosificarlo. Era la primera vez que le llevaban algo de beber y comer desde que la habían encerrado. Quizás el día siguiente se presentara igual y hasta la noche no le dieran nada. ¿Podría aguantarlo? El rugir de sus tripas le hizo olvidar cualquier previsión. Tenía hambre e iba a saciarla.

Estuvo un buen rato dando pequeños mordiscos y masticando bien, alargando lo posible la cena. En cuanto dio buena cuenta del pan, bebió media jarra y el resto la guardó para más adelante.

—¿Quieres compartir mi cena?

Una mano apareció detrás de los barrotes, ofreciéndole un pedazo de pan más pequeño que el que se había comido. La voz que había hablado era masculina y aguda; calculó que debía de pertenecer a un chico algunos años mayor que ella.

—No, gracias. Es tu porción.

—He tenido una buena comida. —La mano se agitó, incitándola a coger el pan—. El hambre ahora no es un problema para mí. Mas, por cómo has apurado hasta la última miga, no puede decirse lo mismo de ti.

—Deberías guardarlo para más adelante —respondió sin quitar los ojos del brazo.

—No estaré mucho. Si no lo coges tú, se lo daré a cualquier animalillo que pase por aquí.

Bella se acercó y tomó el pan, agradecida. Todavía tenía hambre, así que aquel gesto, por pequeño que pareciese, para ella significaba un banquete.

—Gracias. No sé cómo podré pagártelo.

Volvió a su sitio con la espalda apoyada en la piedra y empezó a mordisquearlo.

—¿Qué hace una joven en esta prisión?

Bella giraba el pan picando aquí y allá.

—No lo sé.

—¿En serio? —La voz sonó sorprendida.

—Fui a comprar al mercado, el tendero llamó a los guardias y ellos me trajeron.

Suspiró al recordarlo y revivir la enorme frustración que entonces la había invadido.

—Cada día los soldados hacen cosas más incomprensibles. O la reina malvada, quién sabe quién está detrás de las absurdas normas.

Se hizo el silencio entre los dos, roto únicamente por el roer de los dientes de Bella, hasta que su segunda cena improvisada terminó.

—¿Y a ti por qué te han encerrado? —preguntó mientras volvía a colocarse la capa y cerraba los ojos.

No necesitaba ver. Tan solo escuchar.

—Los monstruos no deben deambular por las calles y asustar a los niños.

Bella volvió a abrir los ojos de golpe.

—¿Monstruo?

—Compruébalo por ti misma.

La muchacha frunció el ceño, pero se acercó a los barrotes muerta de curiosidad. La celda de él hacía esquina con la suya. Se aferró a dos varas de formaban parte de su prisión y agudizó la vista. Sus ojos, ya acostumbrados a la oscuridad, vieron a alguien que a simple vista parecía normal: ropas verdes y marrones propias de un campesino y botas de piel. Sin embargo, al observar su rostro, comprobó con sorpresa que lo que debía ser la cara de un joven era en realidad la de una rata, que le devolvía la mirada con unos ojillos pequeños.

—¿Dónde está el monstruo?

Él se señaló la cabeza.

—Yo no veo tal.

—Entonces será porque eres alguien capaz de ver el interior.

Bella se encogió de hombros y sonrió.

—No hay que juzgar nada por su apariencia. Algunas de las criaturas más peligrosas que existen son también las más hermosas.

Se quedaron callados, pero solo hasta que ella se atrevió a preguntar:

—¿Qué pasó?

Su compañero de prisión se sentó y apoyó la espalda en la pared, y ella hizo lo propio, ansiando escucharle.

—Fui contratado por una tienda para limpiarla de ratas. Un herbolario regentado por una niña. Me dijo que sus padres estaban fuera del reino y ella se encargaba del negocio familiar. Toqué la flauta y las devolví a las cloacas. Mas, al parecer, una rata vieja y sorda no sucumbió bajo los efectos de mi música. Me mordió y, ante los ojos de la niña que decía que no me pagaría por mi incompetencia, me pasó lo que ves. En fin; no todo sale como esperamos.

—Me encanta la música. Las melodías esconden historias no narradas y sentimientos no mostrados cuyas notas son las palabras que los expresan.

Bella se echó hacia atrás y volvió a su sitio con la espalda en la pared. El chico no dijo nada más tampoco.

Una dulce melodía acarició los sentidos de la muchacha, que se dejó llevar por ella allí donde otros no podían llegar.

# CAPÍTULO 23

A esas horas su madrastra no solía estar en su torre, sino cabalgando en soledad por el Bosque de la Primavera Eterna. Se apresuró en dejar el polvo de dragón, e iba a salir cuando sus ojos se posaron en el espejo. Miró hacia la salida y aguzó el oído. Estaba sola.

Observó su reflejo y levantó la barbilla.

—Espejo, espejo mágico, ven a mi llamada.

Aparecieron unos ojos ámbar. Frunció el ceño, extrañada. Recordaba unos más bien azulados que vio en su niñez, y que tantas noches se habían hecho dueños de sus pesadillas. Hasta que había comprendido que aquel objeto tenía un poder especial.

—¿Qué deseáis, princesa?

Blancanieves enmudeció. No había pensado qué le preguntaría. Recordó lo que la reina solía preguntar.

—Dime, ¿quién es en este reino…?

Bella apareció en el reflejo sin que la princesa hubiera terminado de formular su pregunta. Se acercó a la luna para verla mejor. La muchacha estaba en un lugar de piedra, oscuro y húmedo, sentada con las rodillas a la altura de su pecho, abrazándolas, quizás para darse calor a sí misma, quizás para sentirse menos sola. Blancanieves hizo un gesto de disgusto. Se giró dispuesta a marcharse, mas, antes de hacerlo, volvió a contemplar el espejo, cuyo reflejo volvía a mostrarla a ella y su oscura belleza.

«Me ha enseñado algo sin que yo llegara a preguntarle nada», pensó.

¿Sería porque se encontraba inquieta por la desaparición de Bella?

No se le ocurría otra razón. Desde que llegó a mediodía de la ciudad había preguntado por ella y la había estado buscando en varios momentos. Dentro de sí había ido creciendo una inquietud inexplicable a lo largo de las horas.

Preocupación.

Cuando la miraba, podía sentir cómo la bruma que se había instalado en ella por la muerte de su padre se tornaba más liviana. Y se había dado cuenta de que cuando estaba en su presencia percibía su alrededor de distinta manera.

Antes tan solo ansiaba convertirse en la reina más bella de todos los reinos, sin importarle los medios para alcanzar su objetivo. Sus súbditos estaban para servirla y sufrir por ella si hacía falta. En cambio, empezaba a considerar ciertas situaciones demasiado injustas para lograr esa meta, porque esas situaciones afectaban a otros, aunque estuvieran por debajo de su estatus. Esas personas tenían familias, sentimientos, ilusiones… como ella.

Resopló y salió en dirección a las mazmorras del castillo. La habrían encerrado por no cumplir el encargo y regresar con las manos vacías. Blancanieves lo había cumplido por ella; no iba a dejar que pasara allí la noche.

Sí, eso era una injusticia.

Se cruzó con una doncella que caminaba presta en su dirección.

—¡Princesa!

La sirvienta se paró en seco al verla e hizo una torpe reverencia ante ella.

—El príncipe solicita cenar con vos y…

—Dile que me es imposible.

La despidió con un gesto de la mano y continuó caminando, mas la doncella continuó:

—… y la reina.

Blancanieves detuvo sus pasos y suspiró con los ojos fijos en la alfombra verde que decoraba aquel corredor. De eso no podía escapar. Si su madrastra estaba presente y ella no acudía… Sabía lo que significaba: problemas.

Maldijo al príncipe para sus adentros.

—Gracias —musitó cambiando el rumbo de sus pies, que la condujeron a sus aposentos para vestir algo más elegante. No tan elegante como lo estaría la reina, pero sí lo suficiente para recordar cuál era su título.

Escogió un vestido celeste con un sutil bordado plateado, adecentó su níveo cabello con la ayuda de otra doncella y, muy a su pesar, acudió al comedor donde cenarían los tres.

Él estaba sentado a la mesa dando buena cuenta de una copa de vino. Su madrastra no había llegado.

—Alteza —saludó él al verla. Se levantó y se acercó para besar su mano—, tan arrebatadora como siempre.

Tomaron asiento, ella frente a él y el príncipe le sirvió vino. Por educación, ella cogió la copa, brindaron y se la llevó a los labios, pero solo los humedeció. No le apetecía beber vino.

La reina no tardó en hacer acto de presencia, logrando enmudecer al príncipe, que no había parado de relatar a la princesa sus gestas y aventuras. La joven había tenido que contener un bostezo en más de una ocasión. La aburría. Y no solo eso; desde que había visto de lo que era capaz, un sentimiento de rechazo había crecido en ella hasta el punto de asquearle su sola presencia.

El dolor que Bella y ella habían padecido… Todavía le ardía la espalda, especialmente por la noche cuando se tumbaba bocarriba sin darse cuenta. Y era consciente de que la doncella debía de estar pasándolo todavía peor. Y encima se hallaba encerrada en una gélida y sombría mazmorra sin más compañía que ella misma. Quizás, con un poco de suerte, pequeños roedores llenaran ese silencio que la envolvería. O más que suerte debería llamarlo desgracia.

Sumida como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que su madrastra había tomado asiento y los criados servían la cena.

La mujer llevaba uno de sus mejores vestidos: azul como el zafiro más puro con estrellas de plata, que destellaban cuando reflejaban la luz de las velas con cada movimiento de la soberana. Era de escote abierto y redondeado y manga larga y estrecha, igual que el resto hasta la cintura, realzando sus curvas. Sus labios rojos resaltaban en su perfecto rostro de porcelana y su cabello recogido en un moño permitía que algunos mechones cayeran libres, aportando más belleza todavía.

—El motivo de esta cena es que tengo algo importante que deciros, Altezas —empezó el príncipe. Blancanieves removió con delicadeza la ensalada de su plato y deseó que aquella noticia fuera anunciar que se marchaba. Por fin—. Debo partir. —La princesa contuvo una sonrisa—. Debo culminar mi viaje y regresar a mi reino. Sin embargo, debo confesar que he encontrado en vuestro palacio aquello que buscaba: la belleza sin igual.

La reina sonrió y bebió de su copa de oro blanco, encantada ante los halagos del joven.

Blancanieves puso los ojos en blanco. ¿Para qué la habían invitado? Era frustrante contemplar aquel estúpido cortejo hacia su madrastra y saber que Bella estaba encerrada en una fría mazmorra y no podría hacer nada por ayudarla hasta que acabara aquella estúpida cena.

—Es justo lo que necesitaba —continuó él— para ser coronado rey. La más bella de las reinas a mi lado. Por ello os pido, soberana del Reino de la Manzana de Plata, que aceptéis concederme la mano de la princesa y llevarla conmigo como mi esposa.

La reina dejó de beber y un hilo de vino se escapó de la comisura de sus labios antes de quitarse la copa de la boca. Blancanieves tosió cuando un trozo de zanahoria se atascó en su garganta.

# Capítulo 24

Por la mañana, el flautista recuperó su apariencia humana y fue puesto en libertad. Se despidió de ella con una cálida sonrisa que reconfortó a la muchacha y sus esperanzas quedaron renovadas. Ella también saldría dentro de poco. No había hecho nada malo.

Mas pasaron las horas y nadie fue a por ella. Bella se sentó en el suelo donde los rayos solares acariciaron su piel, aportando el calor que su cuerpo pedía a gritos.

—¿Esto es el palacio de la reina malvada?

La voz chillona la sobresaltó y la muchacha buscó a su autor en todas direcciones hasta hallarlo flotando a varios centímetros del suelo, sentado en el aire junto a la ventana enrejada. El duende.

—Solo salí a cumplir con un encargo que la reina me mandó…

El ser miró en derredor.

—Veo que se te da bien.

Bella resopló.

—Por tu bien y el de tu familia, espero que vuelvas al castillo cuanto antes.

Él sonrió con malicia e hizo aparecer de la nada una copa repleta de vino. Se la llevó a los labios y saboreó el líquido carmesí.

—Delicioso.

—¿Cómo está mi familia? ¿Están todos bien? ¿Y mis hermanas? —Bella se arrodilló con ojos suplicantes. Sus sucios cabellos enmarcaron su rostro pálido y preocupado. Sus pecas habían perdido intensidad y ahora parecían feas manchas en su piel de aspecto enfermizo.

—Si tú cumples con tu palabra, yo cumplo con la mía.

El ser desapareció dando un chasquido.

—¡Espera!

Varias lágrimas escaparon de sus ojos, pero Bella no dejó que llegaran muy lejos; se las limpió con la manga.

—No deberías hacer tratos con duendes.

Una nueva voz. Rota, femenina, sin sentimientos, anciana… La joven se giró y escrutó las celdas que tenía más cerca. Frente a ella había una similar a la suya con una figura oscura en su interior. Entrecerró los ojos intentando enfocar la silueta. Esa persona se giró y pudo apreciar una piel arrugada en exceso, de un gris cadavérico y una delgadez extrema. Unos ojos oscuros hundidos y unos labios tan finos que parecían meras líneas creadas para distinguir la boca que debía haber. Unos finos hilos blancos que en otro tiempo habrían sido parte de un abundante cabello.

—Los duendes son engañosos, perversos. Nos manejan a su antojo.

—Tenía que salvar a mi familia.

La anciana soltó una lóbrega risotada.

—Claro. Solo por ellos. Puro altruismo. Tú no has recibido nada a cambio, ¿verdad?

Bella iba a contestar, mas se detuvo y cerró la boca. Había sido separada de su familia, eso era cierto. Pero ahora tenía una cálida cama, tres comidas al día y ropa. Sin embargo, ella no lo había hecho por eso, sino por los suyos. Para que tuvieran la vida que merecían.

—Mírame —prosiguió la mujer—. ¿Sabes cuál fue mi trato? —Esperó a que la joven negara con la cabeza—. Era una muchacha bella. La más hermosa de mi aldea. Ni la reina malvada podría haberse comparado conmigo. —Se acurrucó sobre un montón de paja que hacía la vez de lecho—. No quería envejecer y mucho menos morir. Así que hice un trato con este ser. Le pedí la vida eterna. A cambio tuve que darle mi fertilidad. —Bella se tapó la boca con las manos, pero la mujer se encogió de hombros—. No estaba interesada en tener hijos.

—¿Qué… qué salió mal? —se atrevió a preguntar.

La anciana clavó su tétrica mirada en ella.

—¡Nada salió mal! Me lo concedió. Pero fui estúpida al pedir mi deseo. Yo pedí la vida eterna. Ello no implicaba la juventud eterna. —Sacó de entre los pliegues de sus ropas dos manos que podrían confundirse con las de un esqueleto

—. Lentamente, me fui marchitando como cualquiera. Pero la vida no me abandonará jamás.

El corazón de Bella se encogió.

—¿No hay forma de librarte de esto? Yo puedo ayudarte.

Otra carcajada retumbó en las paredes de piedra.

—¿Crees que no he intentado quitarme la vida? Si me ahorco, mi cuello se rompe, pero sigo viva y se recompone como cuando una herida se cierra. Si me clavo un cuchillo en el corazón, la sangre mana sin descanso hasta que no queda nada y la herida se cura. Si quemo mi cuerpo, mi piel queda carbonizada y vago como un monstruo hasta que me regenero cual serpiente.

Bella cerró los ojos con desagrado al imaginarse cada una de las situaciones que la anciana describía. Un proceso tormentoso para no llegar a ninguna parte. Se compadeció de ella.

—¿No hay forma de romper el trato?

—Sí, existe una manera. —Levantó uno de sus huesudos dedos de uña afilada.

«Pronunciando su nombre».

La anciana se dio cuenta de su expresión.

—Ah, ya lo has recordado, ¿verdad?

—¿Cómo se puede descubrir su nombre?

—Querida, si tuviera la respuesta a esa pregunta, no estaría aquí.

# Capítulo 25

La reina ordenó que llevaran al príncipe a su presencia a primera hora de la mañana. Había pasado una noche terrible por su culpa.

En varias ocasiones se había dirigido a su espejo, haciéndole la pregunta habitual para confirmar una y otra vez que ella seguía siendo la más bella del reino. Mas, en esta ocasión, las respuestas del ente no habían llegado a complacerla. Y todo por culpa del principito.

—¿Queríais verme, Majestad?

La mujer resopló por su impertinencia de entrar sin llamar a la puerta. Si fuera de su familia, le enseñaría modales.

—Tomad asiento, príncipe.

El chico lo hizo después de dedicarle una reverencia que satisfizo a la soberana.

—Anoche me pedisteis algo muy delicado, príncipe Varde —empezó ella sin sentarse—. Comprenderéis que no puedo conceder la mano de mi hijastra al primer príncipe que se deje caer por mi reino. —Él se limitó a mirarla, paciente —. Tendréis que ganaros ese privilegio.

El príncipe sonrió, socarrón.

—¿Y cómo puedo ganarlo?

La reina curvó los labios con un brillo maligno en sus ojos.

—Antes de desvelarlo debéis comprender que se trata de un asunto que requiere absoluta discreción. —Levantó el índice para recalcar su importancia—. Y que, si de vuestros reales labios escapa la más mínima palabra, no solo no conseguiréis la mano de la princesa, sino que caeréis en desgracia y, con vos, vuestro reino.

Más que una petición parecía una amenaza. El príncipe Varde lo supo enseguida, tanto por el tono de la soberana como por el escalofrío que había recorrido su cuerpo de arriba abajo, alertando a todos sus sentidos de un peligro.

—Traedme la Manzana de Plata y vuestra será la mano de la princesa.

El príncipe se inclinó hacia delante con gran interés.

—¿Acaso vos no sabéis dónde se encuentra?

—El rey murió antes de pasar su legado a su reina. Comprenderéis que no es algo que pueda encomendarse a cualquiera —aduló, halagando al joven, que alzó la barbilla—. Por eso he decidido confiar en vos y en vuestro éxito.

—Os aseguro que no os arrepentiréis, Majestad —respondió, levantándose.

—Eso espero. Os pido que marchéis cuanto antes.

Él inclinó la cabeza y se fue, sin apreciar la perversa sonrisa que la malvada reina había dibujado en su perfecto rostro.

«Pobre ingenuo».

Se dirigió hacia la ventana. Desde allí vio a Blancanieves montar sobre su caballo blanco escoltada por el excapitán de la guardia real. Se dirigían hacia el Bosque de la Primavera Eterna.



La princesa no se percató de que alguien la observaba desde las alturas. Iba concentrada en su objetivo: encontrar a Bella. Se había enterado, interrogando a Angela, de que esta la había engañado. Sentía celos de Bella, pues ella realizaba algunas de las tareas de la mujer. Blancanieves lo comprendía, ya que a ella le había pasado lo mismo. Sin embargo, ello no excusaba su comportamiento. Bella no tenía la culpa.

Había tenido que convencer a un hombre que había pertenecido a la guardia personal de su padre, y ahora era soldado raso de la reina, de que la acompañara en una visita oficial a la ciudad. Rolan era el único en quien confiaba. En él y en Angela, aunque ella sentía demasiado temor por la reina. Le había explicado la situación y, aunque al principio él se había negado, finalmente había accedido. No podía negarle nada a la hija del que había sido no solo su rey, sino también un buen amigo. Y menos cuando veía en ella esa justicia que le había caracterizado también a él. Estaba seguro de que, si llegaba a ser reina, se ganaría el favor de cada pueblo. Mas parecía que la actual soberana se aferraba con fuerza al trono.

Cabalgaron en silencio. La princesa imaginaba cómo habría pasado la noche Bella y cada vez se sentía peor. No era culpa suya, eso lo sabía, pero ella no la había tratado precisamente bien a su llegada. Ni a las demás. Había primado su estatus y no su razón. Recordaba un tiempo en que solía ver personas y no clases sociales. ¿Cuándo había empezado a cegarse? Sacudió la cabeza para alejar estos pensamientos. Sí, eran personas. Todos por igual. Pero también era cierto que había diferentes estatus. Era una realidad que ella no podía cambiar. Así funcionaba el mundo. Cada uno había nacido para ocupar su lugar y cumplir con su deber.

En la ciudad recibió reverencias por parte de cada ciudadano, y se maldijo por no haber ocultado su rostro exótico. El hombre se encargó de localizar una patrulla y preguntar por la cárcel. Los condujeron hasta ella sin reparos y se ofrecieron a vigilar los caballos mientras el guardia y la princesa entraban.

—Ayer fue encerrada una doncella de palacio —dijo sin rodeos cuando el encargado se lanzó a sus pies en un acto exagerado de veneración—. La quiero en libertad ahora mismo.

—Alteza, esa doncella fue encerrada por pretender hacer negocios prohibidos por la mismísima reina.

Blancanieves era consciente de lo irónico de la situación.

—E hicisteis bien vuestro trabajo, carcelero. Mas es una doncella de palacio; por lo tanto, está fuera de vuestra jurisdicción. Seré yo quien se encargue de castigar su delito.

El hombre pareció dudar, pero enseguida ordenó que trajeran a Bella. Prefería enfrentarse a la ira de sus superiores que a la de la mismísima reina.

En cuanto la doncella apareció ante sus ojos, una sonrisa involuntaria nació en los labios de la princesa.

# CAPÍTULO 26

Por delante de la doncella avanzaban ambos jinetes a paso tranquilo. Ella mantenía la mirada clavada en el suelo, aunque de vez en cuando la levantaba y miraba la espalda de la princesa y sus cabellos blancos danzando sobre ella.

Los árboles eran testigos silenciosos de su caminar. Las flores, mecidas por el aire, trataban de acariciar a aquellos que osaban perturbar su tranquilidad. Mas solo conseguían compartir con ellos su perfume, pues sus caricias se desvanecían con la brisa.

Una liebre cruzó el sendero y se detuvo a unos pasos de Bella. Esta se quedó observándola. El animal ladeó la cabeza y ella lo imitó. Luego hacia el otro lado. En cuanto la liebre continuó su recorrido y desapareció entre los arbustos que flanqueaban el camino, Bella siguió y se dio cuenta de que Blancanieves la estaba mirando. La princesa descabalgó y cogió las riendas de su montura. Esperó a que la doncella llegara a su altura para caminar juntas.

Estuvieron un buen rato en silencio, escuchando únicamente el piar de las aves primaverales, las ramas de los árboles mecidas por la brisa y su propio caminar. Entonces, Bella se armó de valor y rompió la quietud.

—¿Por qué?

Durante unos instantes, la princesa la observó de reojo.

—No has hecho nada malo. —Esta respuesta no complació a Bella—. No voy a permitir injusticias en mi reino.

Sus palabras provocaron una sonrisa en la doncella que no escapó de la mirada real.

—Cuando te vi por primera vez, pude apreciar que había en ti algo diferente a las demás sirvientas. Un brillo especial en tus ojos —explicó Blancanieves—. Otras llegaron también con él, pero pocas lo logran mantener más de dos días. La reina es capaz de apagar cualquier llama. —Sonrió con nostalgia—. No la culpo. La muerte de mi padre ha sido dura para las dos. —Miró hacia delante y

acarició la testuz de su caballo—. El castillo se ha convertido en un lugar de disciplina con tintes tristes. Y tú, de alguna forma, has traído la luz. Tu sonrisa no se apagó con las demás. —Sus ojos se posaron en su compañera de camino —. Todas se convierten en almas errantes a las órdenes de la reina. Pero tú, a pesar de las órdenes, los trabajos, las indiferencias…, eres capaz de mantener tu sonrisa. ¿Por qué?

Las mejillas de Bella se habían sonrojado mientras la princesa hablaba.

—Tengo mucho por lo que sonreír.

Blancanieves se mostró interesada.

—Tengo a mi familia, aunque no pueda verla. Tengo sueños y esperanzas. ¿Acaso vos no soñáis?

—Claro que sí. Sueño con convertirme en reina y gobernar con justicia.

—¿Y ese gran sueño no os hace sonreír?

La princesa bajó la mirada, meditando sus palabras. La doncella pudo apreciar la batalla que se libraba en su interior y deseó saber qué estaba pasando por su cabeza. La observó embelesada. Tenía un perfil perfecto. Sus cabellos, su piel y el color de sus ojos eran una magnífica armonía que destacaba en cualquier lugar.

—¿Cuál es tu sueño?

—Algún día montaré un negocio —dijo con ojos soñadores—. Será un lugar lleno de libros donde la gente pueda ir a leer o, si lo desean, llevarse los libros durante unos días a sus casas para poder disfrutarlos. Y, además, serviré tés y galletitas mientras los lectores se hallan sumergidos en una gran aventura.

Blancanieves soltó una carcajada irónica.

—¿Eso es un sueño?

Bella se encogió de hombros y respondió:

—Para mí lo es. —Miró a la princesa—. ¿Sois consciente del poder que posee un libro?

—¿Poder? ¿Un libro?

La doncella sonrió a la princesa con tal seguridad que esta no se atrevió a emitir otra burla al respecto.

—Princesa, un libro puede llevaros más lejos de lo que jamás hayáis podido imaginar. Un libro nos puede hacer vivir aventuras sin moveros de un cómodo

sillón frente al fuego. Un libro nos puede mostrar lo que no somos capaces de ver con nuestros propios ojos. Y un libro nos puede enseñar qué errores no debemos cometer.

Blancanieves mostró su asombro.

—Creía que un libro se limitaba a narrar una historia.

Bella curvó los labios y contuvo una carcajada por la inocencia de su compañera.

—Las historias que narran los libros son también nuestras historias, princesa. Os invito a verlo por vos misma.

# CAPÍTULO 27

Bella se despidió con una inclinación y un «Gracias» y se apresuró a cumplir con su deber. La princesa se quedó mirándola hasta que giró una esquina y desapareció de su vista. Luego se dirigió a su despacho, pensando en la conversación que acababan de tener.

Había estado tan ocupada cumpliendo las órdenes de su madrastra y preocupándose por ser la mejor sucesora que, en realidad, no se había parado a pensar cuáles eran sus sueños. ¿Cómo sería su reinado? ¿Cómo quería que fuera? Quería que fuera justo, sí, pero ¿qué más? ¿Y qué había de ella? Quería ser como su madre: una soberana alegre. O eso le había contado su padre y le mostraban los lienzos, cada vez más escasos, de palacio. Su madrastra no sonreía. Y ella se había olvidado de las sonrisas sinceras.

Cerró tras de sí y se sentó a la mesa, de espaldas a la ventana. Una queja de su estómago le anunció que era la hora de comer, pero tenía tanto trabajo que ordenó que le llevaran la comida allí; así podría seguir revisando y firmando papeles sin perder tiempo. Poco a poco, la montaña fue decreciendo a la par que el sol descendía a su espalda. A media tarde le sirvieron un té con galletas que no llegó a tocar, sumida como estaba en lo que tenía delante. Era un documento de expropiación de vivienda. Normalmente leía todo por encima antes de firmarlo, pero, por alguna razón que desconocía, decidió leerlo a fondo. Su padre le había enseñado qué era la expropiación y estaba segura de que el contenido de aquel documento contenía una expropiación irregular, pues no ponía que se indemnizara al dueño que iba a ser privado de la vivienda.

Levantó la mirada y apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas. Hizo una valoración mental de la situación: un lechero que tenía una vaca cuya leche comerciaba se había visto obligado a matar al animal y vender su carne y piel para pagar varias deudas. Según el documento, había cometido un acto ilegal,

pues dicho acto provocaría un desequilibrio en el abastecimiento de leche del pueblo. Así que como castigo le quitarían la casa.

Blancanieves frunció el ceño, se levantó y observó el atardecer. Alguien agobiado por las deudas se había visto obligado a deshacerse de su único sustento y su recompensa era, además, quedarse sin casa. Si firmaba, dejaría a una familia en la absoluta pobreza, obligándola a mendigar por un pedazo de comida al día. Si no firmaba, tendría serios problemas con la reina y, por ende, con su acceso a la corona.

Se giró y miró el documento. Memorizó la información que le interesaba, lo cogió y lo echó al fuego. Vio cómo se quemaba hasta reducirse a cenizas. Nadie recordaría su existencia.

Volvió a colocarse ante su escritorio y lo vació de papeles y otros objetos. Se quitó una horquilla que llevaba siempre en su pelo, a veces bien oculta, y la sostuvo delante de sus ojos. Era un regalo que su madre le había dejado en herencia. No era una horquilla vulgar, sino una llave. Por su forma, era difícil de ver. La introdujo en una pequeña cerradura de la mesa que quedaba tapada por un adorno floral y levantó la parte superior. Era una mesa baúl, muy útil para guardar todo aquello que no quería que nadie encontrara. Como sus propias riquezas.

Desde la muerte de su padre, la nueva reina la había privado del acceso al tesoro real, alegando que así aprendería a no despilfarrar. Lo que su madrastra no sabía era que Blancanieves tenía su propio tesoro. Desde pequeña había aprendido a ahorrar por enseñanza de su padre. Hasta ese momento no había necesitado hacer uso de su riqueza particular.

Hizo un cálculo mental. Cogería el dinero suficiente para comprar dos vacas que mantuvieran a la familia y varias monedas más que pagaran sus impuestos durante varios meses, hasta que su economía volviera a la normalidad por sí sola. Se lo tendría que pedir a Rolan. Ella no podía hacerlo en persona; no podía comprometerse y permitir que su madrastra sospechara.

No le hizo gracia hacer algo a espaldas de la reina, pero sabía que sería inútil hablar con ella. Recordaba ocasiones en las que también le había parecido ver injusticias en los documentos que firmaba. Cuando se lo había mencionado, la

mujer había argumentado de una forma tan brillante que Blancanieves se había quedado sin refutación al respecto y le había tenido que dar la razón.

Esta vez no iba a pasar por eso. Aquella expropiación era injusta, se viese como se viese. Y dado que la reina haría oídos sordos a sus buenos argumentos o los tiraría por tierra, era mejor hacerlo en secreto.

Escuchó la puerta y dejó caer con sutileza la parte superior de la mesa.

—¿Puedo entrar, princesa? —preguntó una doncella con la mirada clavada en el suelo.

—Adelante.

Mientras la muchacha encendía las velas para dar la luz que el sol ya no emitía, la princesa cerró con llave y volvió a colocarlo todo. En cuanto tomó asiento de nuevo para firmar lo último, entró la reina, con elegancia y una sonrisa que Blancanieves no supo interpretar. Se sentó al otro lado de la mesa y observó lo que la princesa tenía ante sí.

—Tengo dos grandes noticias.

La joven se recostó sobre su asiento tras hacer la inclinación correspondiente.

—Mañana a primera hora el príncipe se marchará por fin, y seguramente no le volvamos a ver.

Esto hizo sonreír a la princesa, que compartió su alegría con la reina.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—Bah, no tiene importancia. —Hizo un gesto indiferente con la mano y continuó—: Vamos a lo más importante: mañana comenzarán tus cuatro pruebas.

—¿Pruebas? —Blancanieves se echó hacia delante.

—Aquellas que evaluarán si estás o no preparada para tomar la corona. Y que demostrarán al pueblo que eres digna a pesar de… —La señaló y Blancanieves tuvo claro a lo que se refería: a su color de piel.

La princesa contuvo su expresión de disgusto. Jamás había escuchado hablar de ellas de boca de su padre u otros reyes. No había leído nada en los libros de Historia y política que había estudiado. La primera vez que lo escuchó fue, precisamente, de boca de su madrastra a la muerte de su padre. Y, como ella era la reina y Blancanieves una princesa —la heredera, sí, pero princesa—, no podía oponerse.

La mujer se levantó.

—A partir de mañana te enfrentarás a Las Pruebas de la Reina.



# Segunda parte

## Las Pruebas de la Reina

# CAPÍTULO 28

La penúltima tarea de Bella, que le ocupaba toda la tarde, consistía enº sacudir las cortinas de palacio para quitar el polvo que hubiera decidido habitar en ellas. La primera vez que le tocó hacerlo se había torcido una muñeca que había curado con rapidez gracias a Angela. La doncella mayor le había contado que era lo mejor que le podía pasar, pues en las zonas del castillo donde las ventanas llegaban a la altura de tres pisos, la tarea resultaba peligrosa. Hubo una sirvienta que llegó a morir al colgarse de la propia cortina y balancearse dentro y fuera a través del ventanal abierto. Había creído que soportaría su peso. Otras habían acabado con huesos rotos y ciática.

La única manera era con la alta escalera y sacudir como mejor se pudiese manteniendo el equilibrio sobre ella. Pero esto no impedía terminar con los brazos doloridos e incluso padecer desgarros en sus articulaciones.

Bella, a pesar de todo, cada día intentaba ver el lado positivo: podía ir por cualquier sala del castillo, explorar cada rincón y a la vez disfrutar de las maravillosas vistas que las ventanas ofrecían: ya fuera el precioso jardín, el mágico bosque o la lejana ciudad.

Aquella tarde una pareja de colibrís golondrina siguieron su recorrido desde el exterior deleitándola con su música. A cada nueva ventana que iba, ellos estaban esperándola. Nunca había visto unos pájaros tan bellos, de color morado, azul y un verde azulado arrebatadores. Al final, la tarea fue más rápida de lo que pensaba, con el juego de intentar llegar antes que ellos a la próxima ventana y escucharlos piar.

Solo le quedaba una habitación situada en una de las partes más altas del castillo, que no se encontraba en ninguna de las torres. En estas no había cortinas, salvo en la torre de la reina, donde iría una vez terminado su trabajo de sacudir los telares.

Abrió la puerta y se encontró con una sala que hasta ahora siempre había estado vacía. En ese momento, una gran montaña de semillas adornaba el centro. Tras ella estaba la princesa, arrodillada, moviendo rápidamente las manos. Muerta de curiosidad, Bella olvidó la ventana y a los colibrís y se acercó a Blancanieves. Estaba separando los diferentes tipos de semillas: de amapola, de sésamo y de girasol.

—¿Qué hacéis, alteza?

La apelada le lanzó una rápida mirada de fastidio y continuó clasificando.

—Debo superar Las Pruebas de la Reina si quiero ser coronada. Esta es mi primera prueba.

Bella alzó una ceja. No conocía tales pruebas.

—¿Y qué aprenderéis de esta prueba? —preguntó con cierto escepticismo, que la joven de piel morena captó.

Blancanieves desvió su atención hacia ella, levantando la barbilla por si a la doncella se le había olvidado su posición. Esta casi rio ante este gesto, pero se contuvo y esperó la respuesta.

—Separar las semillas me ayudará a separar la razón de los sentimientos; la mente del corazón. Para ser una buena reina no debo dejarme llevar por lo que siento sino por lo que debe ser. Si no sé separar las semillas, entonces no sé actuar como la reina que debo ser. Al amanecer debo haber finalizado, así que no me distraigas, sirvienta.

Continuó con su arduo trabajo mientras Bella la miraba con angustia. Observó la montaña y supo que era humanamente imposible llevar a cabo aquella tarea. Pero Blancanieves no lo veía…, o no quería verlo.

Bella terminó su quehacer y, tras mirar de soslayo una última vez a la princesa, se dirigió a la torre de la reina.

Arriba se halló sola; los pájaros no la siguieron. Esto le provocó una leve desazón que no desapareció ni cuando estaba a punto de finalizar la limpieza. Y se preguntó si aquel sentimiento no sería por la princesa. No había dejado de pensar en ello.

La reina no quería que Blancanieves fuera coronada. Lo veía claro. Las Pruebas no eran más que una excusa para arrebatarle a la princesa lo que le

pertenecía por derecho. Y Bella no comprendía cómo esta se dejaba humillar en lugar de reclamar lo que era suyo.

En realidad, no entendía qué vínculo podía unirlas. Eran madrastra e hijastra.

Soltó un suspiro y se regañó a sí misma. Quizás estaba siendo demasiado dura con la reina y no fuera tan malvada… Miró las manzanas. Sí era malvada. Aunque tal vez no con Blancanieves. Tal vez la quisiera de verdad y solo fuera dura con ella por hacerla mejor.

Se plantó delante del espejo para limpiarlo y, antes de empezar, este le mostró a su familia, como cada noche. Cenaban, hablaban. Sus hermanas presumían de joyas. A menudo no podía evitar preguntarse si la habrían olvidado, pero su respuesta era respondida cuando, varias noches, después de los postres, se sentaban todos junto al fuego y leían el libro de la rosa. Esto provocaba una sensación de calidez y añoranza en la joven que observaba a través del espejo.

En cuanto puso el paño sobre la superficie para limpiarla, vio a Blancanieves en el reflejo. Se había ovillado en el suelo. Un río de lágrimas recorría su tez morena. Su pelo yacía desparramado en todas direcciones y su rostro mostraba la más absoluta desesperación.

Una fría mano estrujó el corazón de Bella. Terminó rápido y corrió a la habitación de las semillas. Los colibrís no se habían movido de la ventana y esto provocó una sonrisa en la doncella; se habían quedado para cuidar de la princesa. Los miró con agradecimiento antes de agacharse junto a Blancanieves y coger sus manos en la semioscuridad reinante.

—Os ayudaré.

La joven tumbada la miró y negó con la cabeza.

—Claro que sí. Con mi ayuda iréis más rápido y culminaréis la prueba con éxito.

Blancanieves se incorporó y limpió las lágrimas con la manga.

—Si lo hago con ayuda, fracasaré.

Bella acarició sus manos.

—Princesa, hasta el ser más poderoso precisa de ayuda a lo largo de su vida. Necesitar ayuda no nos hace débiles o incapaces. Nos hace personas.

Estas palabras calaron en la princesa, que asintió aceptando su apoyo. Dos sirvientes entraron con candelabros de pie alto encendidos y las chicas se

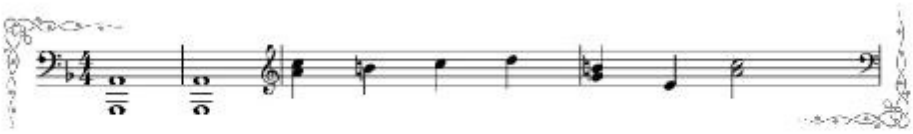
pusieron manos a la obra con ánimo.

Avanzada la noche, se dieron cuenta de que, por mucho que llevaran, la montaña no menguaba. Incluso Bella empezó a desesperarse, pero no quiso mostrarlo para no desanimar a la princesa, cuyo rostro iba perdiendo la luz de la esperanza poco a poco.

Entonces, una dulce melodía las envolvió y, ante ellas, un ejército de hormigas se acercó y empezó a separar las semillas. Ambas se apartaron, observando aquel inusual espectáculo.

La música seguía sonando, suave, abrazando sus corazones con calidez y esperanza, con luz y felicidad.

Bella miró hacia la ventana, ahora abierta, y vio sentado en el alféizar al flautista, entonando con su flauta aquellas notas que bailaban alrededor.



# CAPÍTULO 29

Una agradable calidez acarició su piel y la princesa sonrió. Abrió los ojos, parpadeando varias veces para acostumbrarse a la luz. Lo que la acariciaba era un rayo solar que se colaba por la ventana. Se incorporó y observó el entorno. No, no estaba en sus aposentos, sino en una sala vacía con tres montañas de semillas diferentes. Y una tranquila respiración a su lado. Giró la cabeza y vio, tumbada junto a ella, a Bella. Su nombre le hacía justicia. Era preciosa.

La princesa se quedó allí sentada, contemplándola mientras la doncella dormía. Sonrió. Era extraño. No sentía que estuvieran en el castillo, sino en otro lugar lleno de luz y tranquilidad. Una tranquilidad que solo Bella le transmitía; la única que sentía desde hacía mucho tiempo. Era agradable, le gustaba. Con su sola presencia, allí dormida como estaba, el mundo era diferente. ¿Qué clase de poder era aquel?, se preguntaba la heredera.

Bella abrió los ojos, que se movieron rápidamente por la estancia, desorientados, hasta dar con los de Blancanieves, que le sonreían. Respondió a este gesto y el corazón de la princesa dio un salto alegre.

La doncella se incorporó y vio, tras la muchacha, tres montones de semillas bien diferenciados.

—Lo hemos conseguido.

Blancanieves lamentó volver a la cruda realidad. Borró su sonrisa y miró por encima del hombro.

—¿Quién era ese hombre?

La doncella se levantó para estirarse y se encogió de hombros.

—Le conocí en la cárcel. Es un flautista capaz de dominar a los animales con su música, por lo que he podido ver. —Apoyó las manos en sus caderas y miró a la ventana—. Si os soy sincera, no sé cómo llegó hasta aquí, y mucho menos por qué nos ayudó.

La princesa se levantó también y fue junto al ventanal.

—Nos ayudó por ti.

—¿Por mí? —inquirió Bella sin comprender.

Blancanieves la miró desde su posición y ladeó la cabeza con una nueva sonrisa ante la inocencia de la doncella.

—Está claro que vino a devolverte un favor.

Pudo apreciar cómo la sirvienta fruncía el ceño, pensativa, seguramente tratando de recordar qué había hecho por aquel flautista. Rio. ¿De verdad no era consciente de la ayuda que solía prestar?

Unos pasos alertaron a ambas, y se miraron. La reina se acercaba. Aquel sonido aterrador solo podía provenir de los zapatos de la soberana.

Bella buscó un lugar en el que esconderse. Si la reina la veía allí, desaprobaría el logro de la princesa. Ambas lo sabían. La heredera la vio esconderse a tiempo en el hueco que había tras la puerta. Percibió cómo se pegaba lo máximo posible a la pared y cómo contenía la respiración, como si ello pudiera hacerla invisible.

Se abrió la puerta, ocultando su presencia. Entró un sirviente y, con su mano en el pomo, hizo una reverencia a la reina, que se adentró en la estancia como si entrara en una sala llena de gente a la que debía recordar quién mandaba. Claro, se lo quería recordar a Blancanieves y, como siempre, hacerle ver que ella era la soberana.

Los ojos oscuros de la reina se posaron en los montones y la sonrisa que había adornado su bello rostro se desvaneció para placer de su hijastra, que tuvo cuidado de no mostrarlo. Mas la soberana no tardó en sonreír de nuevo y mirar a la muchacha de tez morena.

—Veo que has cumplido con éxito la primera prueba. —Rodeó uno de los montones, buscando alguna semilla fuera de lugar—. No esperaba menos de ti, Blancanieves. Solo así podrás demostrar que estás a la altura de mi legado.

La princesa casi rio al escuchar «mi legado». Era el legado de su padre.

—¿Qué tal empezar cuanto antes la segunda prueba? No pareces cansada. —Le guiñó un ojo—. Cuanto antes las superes, antes serás coronada. —Lanzó estas palabras como flechas envenenadas que la princesa esquivó con un asentimiento, aceptando la propuesta. La mujer se acercó a la ventana y clavó sus ojos en el horizonte antes de hablar—. Como bien sabes, en el Bosque de la Primavera Eterna hay un pequeño rebaño sin dueño de ovejas con lana de oro.

Nadie jamás ha sido capaz de esquilar una sola. Así que… —Calló, esperando una reacción por parte de su hijastra, que le devolvió la mirada, permitiendo que terminara lo que tenía que decir—. Quien lleve una prenda hecha por esa lana de oro llevará una prenda única e inigualable. ¿Y sabes quién tendrá ese honor? —No hizo falta respuesta a su pregunta—. Ve al bosque y esquila a uno de esos bichos.

Le dio unas palmadas en el hombro y la princesa no supo si eran de ánimo o de compasión. Cuando pasó junto a una de las montañas de semillas, apretó los dientes y le dio un manotazo. Sus ojos parecían carbón encendido. Blancanieves se mantuvo en silencio, viéndola marchar.

—Tienes hasta mañana por la noche.

El sirviente lo hizo tras ella sin prestar atención a la princesa. Una vez se cerró la puerta. Un suspiro de alivio llenó la estancia y Blancanieves recordó que Bella estaba allí también. Esta se acercó a la princesa, quien volvía a mirar hacia fuera a través de los cristales.

—¿No veis lo que pretende?

La heredera no la miró cuando respondió.

—Convertirme en la soberana que este reino necesita.

—¡Ni hablar! —La cogió de los hombros y la giró para que Blancanieves viera el terror en sus ojos—. Quiere que fracaséis. Quiere la corona solo para ella.

La princesa se apartó bruscamente.

—No sabes lo que estás diciendo. Es mi madrastra, y quiere lo mejor para mí y para el Reino de la Manzana de Plata. Por eso es tan estricta. Y yo debo ser como ella. —Se alejó de la doncella—. No debo dejarme influir por alguien como tú. Solo me haces débil.

Al pronunciar estas palabras, Blancanieves fue consciente de la verdad que acarreaban. Eso era lo que había estado sintiendo: debilidad. No alegría, no felicidad ni tranquilidad. Solo debilidad. Se había dejado embaucar por una vulgar doncella y ello la estaba haciendo tropezar ante su madrastra. Tendría que poner distancia entre ellas.

«Te ha ayudado», dijo una vocecita en su cabeza.

«Y no debe volver a suceder», se respondió de forma tajante.

—Gracias por tu ayuda. Te recompensaré por ello. —Hizo un gesto de mano que denotaba su autoridad y añadió—: Recoge todo esto antes de ponerte con tus tareas diarias, sirvienta.

Se marchó siguiendo los mismos pasos y mostrando el mismo porte real que la soberana.

# Capítulo 30

La princesa cumplió su palabra. Cuando fue a desayunar, encontró en su plato algo diferente a los demás: tres tortitas de caramelo con una nota que decía: «De parte de la princesa».

Aquella vez no fue silencioso, sino que un suave murmullo inundaba cada rincón. Primero, sobre el desayuno de Bella, que todas miraban con envidia. Mas luego otra cuestión se alzó por encima de esta. Una de las cocineras decía que la princesa había ido a pedirle varias piezas de comida para llevar, y otra doncella contaba que ella había tenido que llevarle una capa de abrigo y la había visto cabalgar hacia el bosque después.

Bella supuso que había ido a cumplir la segunda prueba cuanto antes. Suspiró. ¿Cómo era posible que no viera lo que la malvada reina pretendía? «Porque la quiere», se respondió. «Siempre han dicho que el amor puede ser ciego; está claro que es verdad».

Se dio prisa por terminar sus tareas de la mañana y, un buen rato antes de la comida, se dirigió a los jardines reales con el cuerpo dolorido por el duro trabajo. Fingía pasear cuando los soldados la miraban y, cuando le quitaban los ojos de encima, buscaba forma de salir en el muro que rodeaba el castillo. Si el flautista había logrado entrar, ella podía salir.

—No creo que sea fácil escapar de aquí —dijo una voz.

De detrás de un manzano surgió el flautista, y Bella respiró aliviada. Se acercó a él controlando que nadie les estuviera prestando atención. Pero los jardines estaban vacíos.

—Gracias por ayudar a la princesa.

Él se encogió de hombros con una sonrisa.

—Tú no me trataste como un monstruo. Es lo menos que podía hacer.

—¿Cómo lograste entrar? —preguntó esperanzada.

Él chascó la lengua y alzó su flauta.

—Con ayuda.

Su respuesta desilusionó a Bella, que esperaba hallar una forma de entrar y salir a escondidas cuando quisiera.

—Entiendo que estés preocupada. Ese encargo que la princesa debe cumplir… —Negó con la cabeza—. Nadie ha sido capaz de tocar a esas ovejas jamás.

—¿Qué les pasa? —La doncella era consciente de que la soberana había encomendado una misión difícil a su hijastra, pues la primera no había sido algo que una persona pudiera hacer en cuestión de horas sin ayuda. Pero no había comprendido dónde estaba la nueva trampa.

Él apoyó su espalda en el tronco del árbol y jugueteó con su flauta.

—Esas ovejas tienen una lana que arde con los rayos solares y lunares. Es imposible acercarse a ellas y salir bien parado. Son como antorchas con patas.

—¿Y nadie lo ha conseguido? ¿Nunca?

El flautista se limitó a negar. Ella bajó la mirada. ¿Hasta dónde llegaba la crueldad de la reina? ¡Se trataba de su hijastra!

—Me gustaría poder ayudaros nuevamente, créeme, mas no hay nada que pueda hacer. —Se incorporó.

Una campana lejana indicó que era la hora de comer.

—Muchas gracias. —Le miró a los ojos—. Sin ti, la princesa no habría superado la primera prueba.

Se despidió de él con la mano y corrió hacia el castillo.

Pasó la comida y el resto de la tarde pensando cómo podría ayudar a Blancanieves. Quizás llevando algún guante especial que permitiera tocar el fuego sin quemarse. ¿Existía algo así? Por supuesto. Con magia existía cualquier cosa. Pero había que encontrar a alguien poseedor de la magia y dispuesto a hacerlo por un precio asequible. Aunque para la princesa esto no sería problema. El problema era no disponer de tiempo para encontrar a un ser mágico.

Las horas pasaron sin que se diese cuenta. Apenas prestaba atención a lo que hacía y la doncella mayor tuvo que llamar su atención más de una vez. Pero no le importó. Seguía dándole vueltas al tema de las ovejas con lana de oro. Le dolía la cabeza, mas le dio igual.

Llegó el momento de subir a la torre. Allí limpió como una autómata, pensando y pensando. Se le ocurrió preguntar al espejo. Se situó delante de él y

esperó la respuesta. Pero este no mostró nada más que a ella en su reflejo.

—No das respuestas… —dijo en voz baja, comprendiendo—. Muestras lo que anhelamos.

Se rindió y le pidió que le mostrara a Blancanieves. La princesa caminaba por el sendero del Bosque de la Primavera Eterna de regreso al castillo. Con gran angustia, Bella la contempló. Tenía las manos y las ropas quemadas y una expresión frustrada. Se acercó al cristal hasta que su nariz casi lo rozó. La princesa estaba llorando.

Y Bella no podía hacer nada para consolarla.

Nada más que ver su fracaso.

# CAPÍTULO 31

Apenas pudo dormir aquella noche. Le dolían las quemaduras de las manos y su cabeza no paraba de darle vueltas a la situación. ¿Cómo iba a cumplir la segunda prueba? Lo había intentado de varias maneras; incluso había hecho un cuenco con las manos y cogido agua del río para tirársela a una de las ovejas, pero no sirvió más que para enfurecer al animal. Tuvo que lanzarse ella misma al agua para no ser quemada por la oveja.

Cuando los primeros rayos de sol rompieron el cielo, se levantó sin perder tiempo, se vistió con pantalones, jubón y capa y guardó en un bolso unos guantes y una bufanda junto con las tijeras de esquilar que reposaban en el fondo. Se dirigió a las cocinas. Estaban vacías. Ni siquiera los sirvientes se habían levantado aún. Cogió pan, queso y fruta, que guardó cuidadosamente en su bolso, y salió del castillo. Tuvo que ensillar ella misma a su caballo. Ya lo había hecho en múltiples ocasiones cuando había salido a cabalgar con su madrastra porque los sirvientes solo se ocupaban del de la mujer.

En las puertas que daban al bosque estaban los soldados del turno de día, que abrieron sin hacer preguntas.

El día anterior había encontrado el rebaño gracias a las indicaciones del cazador, a quien no le había costado convencer de que la ayudara a encontrarlo, apelando a su antigua amistad.

Cuando llegó al árbol de doble tronco, giró a la izquierda y siguió el sonido del río. En un claro vio brillar a los animales. Eran cinco en total, que pastaban o dormían a su gusto, libres de un pastor o un perro que las obligase a ir de un lado para otro y a dormir en un redil. Desmontó y dejó que su caballo disfrutase de los manjares que ofrecía el bosque, muy diferentes del pienso de gran calidad que comía exclusivamente en el castillo.

Blancanieves se puso los guantes, cogió las tijeras y dejó el bolso a un lado. Sus pies la acercaron con sigilo a la oveja más cercana, aunque esta ya la había

visto y la observaba indiferente desde su posición. La princesa rodeó al animal para aproximarse por un costado. La lana resplandecía lanzando destellos dorados y cegándola. Pero mantuvo sus ojos fijos en su objetivo. Extendió la mano libre y preparó la otra también. Apenas rozó a la oveja, su guante prendió y, entre gritos asustados, se lo sacó y lo tiró al suelo para apagarlo. El animal baló como protesta y se quedó mirando a una princesa despeinada con la respiración agitada.

Regresó junto a su caballo con el guante chamuscado, que lanzó bruscamente junto a las tijeras. Se sentó apoyando la espalda en el árbol y sacó de su bolso un mendrugo de pan y queso. Pasó un buen rato saboreando su desayuno y mirando a cada una de las ovejas, que bebían junto al río, se tumbaban a dormir y se hacían arrumacos sin perder en ningún momento el brillo dorado que las caracterizaba.

Blancanieves llegó a plantearse empujar alguna al agua. ¿Así se apagaría el fuego? Pero las advertencias que le había dado el cazador sobre herirlas lograron que descartara esa idea. Le había contado historias: aquellos que se habían atrevido a dañarlas no habían vivido para contarlo.

Se levantó, se colocó los guantes, mirando con desagrado el que estaba chamuscado, se puso la bufanda tapando la parte inferior de su rostro y se caló la capucha hasta los ojos. Volvió a montar sobre su caballo y se dirigió a la ciudad, con la esperanza de encontrar allí una respuesta.

Estaba segura de que alguien conocería alguna leyenda sobre un héroe que logró coger la lana de las ovejas de oro. Y como todas las leyendas tenían una base real, Blancanieves daría con la respuesta a raíz de ella.

Sin mostrarse en ningún momento, recorrió las calles caminado, llevando las riendas de su caballo. Nadie se fijó en ella más de lo necesario, lo cual agradeció. No quería ser reconocida y que se montara barullo a su alrededor. Además, muchos podrían inventarse historias sobre las ovejas de oro con tal de impresionarla. Y ella quería la verdad. O, por lo menos, las auténticas leyendas que circularan al respecto.

Preguntó durante horas sin descanso. Recibió todo tipo de respuestas, pero ninguna que le sirviera.

—¿Ovejas de oro? Pero ¿eso existe?

—Mi tatarabuelo murió por querer hacerse rico con esas ovejas. ¡No quiero oír hablar de ellas!

—No hay forma de esquilarlas, no pierdas el tiempo.

—Nunca las he visto. Seguro que son bonitas.

La princesa no se dio por vencida y siguió preguntando. Hasta que su mirada se alzó al cielo y vio al sol en descenso. El atardecer había llegado. La noche no tardaría en gobernar y, con ella, llegaría su derrota.

Dio las gracias a la anciana que había empezado a contarle la historia de sus abuelos y se marchó de la ciudad. Ante sus ojos el bosque perdió todo color. Parecía como si se hubiera puesto de luto por su fracaso.

# CAPÍTULO 32

Mientras limpiaba la corona, su cabeza viajaba a las ovejas de oro y a cómo resolver aquel enigma. Ya se había preguntado más de una vez si era posible obtener la lana o si la reina le había mandado una misión irrealizable a su hijastra.

Levantó la tiara a la altura de sus ojos. Las antorchas hacían brillar algunos de los rubíes mientras otros quedaban fuera de su alcance.

«Pero la oscuridad no sirve, porque las lunas reinan e impiden acercarse a ellas».

Así pasó la mañana, buscando respuestas en cuanto veía. En la comida se atrevió a preguntar a las demás doncellas, pero las pocas que se dignaron a darle una respuesta no supieron cómo ayudarla.

Luz y oscuridad.

Sol y lunas.

Sacudía las cortinas con toda la fuerza de que disponía, atendiendo a sus pensamientos, que bullían sin descanso.

Sol y lunas.

Luz y Oscuridad.

Se le ocurrió que la prueba podía ser cumplida en una noche sin luna, mas quedaban días para que eso ocurriera.

Suspiró, agitando la última tela, anaranjada como el atardecer. Se quedó contemplándola, ceñuda.

El atardecer…

Se acercó a la ventana y contempló el descenso del sol. Sus ojos se abrieron, perplejos.

Corrió hacia las puertas del castillo.

—¡Tenéis que dejarme salir! —imploró a los soldados que hacían guardia.

Estos se miraron, pero no dieron muestra de hacer caso a su petición.

—¡Vamos! Se trata de la princesa.

De nuevo se miraron, mas Bella supo que no conseguiría nada. Puede que respetaran a Blancanieves, pero temían a la reina malvada.

Soltando una maldición, se encaminó de nuevo a palacio y buscó al soldado que había ido con la princesa a sacarla de la cárcel. Era su última esperanza. El tiempo se agotaba.

Le encontró cerca de las mazmorras, jugando a las cartas con soldados más jóvenes.

—¿Qué haces aquí, doncella? —le preguntó el de menor edad.

La muchacha le ignoró y se dirigió directamente a su objetivo.

—Necesito tu ayuda. Si te importa la princesa, ordena que me dejen salir al bosque.

El hombre la estudió y ella contuvo la respiración. Los segundos se le antojaron horas. El tiempo seguía pasando…

Echó una última carta que provocó quejas e insultos por parte de sus contrincantes y se levantó para guiarla. Fuera, Bella contempló con angustia lo bajo que estaba el sol. Rozaba el horizonte.

—Te importa, ¿verdad? —le llegó la voz ronca del soldado. Ella asintió como respuesta, pero enseguida se dio cuenta de que él estaba de espaldas.

—Sí.

—Eso espero. —Se detuvo y la miró, amenazador—. Porque como le hagas daño, juro que te arrepentirás del día en que pusiste un pie en este castillo.

Bella tragó saliva y volvió a asentir, sin atreverse a decir nada.

Él giró sobre sus talones y se aproximó con paso seguro a los guardianes. Les dio varias órdenes a las que ella no prestó atención, pues tenía los ojos pendientes del recorrido del sol. Los muchachos la miraron y luego a él.

Abrieron las puertas.

La doncella no perdió tiempo. Le dio las gracias mientras salía corriendo, sin ser consciente de que no sabía a dónde dirigirse, hasta que escuchó unas palabras que corrieron tras ella hasta alcanzar sus oídos:

—¡Al llegar al árbol de doble tronco debes girar a la izquierda!

Corrió y corrió como si la vida le fuera en ello. Llegó hasta el árbol mencionado y se detuvo. Escrutó el camino que llevaba a la ciudad, mas no vio

señales de la princesa. Cogió aire y se dirigió hacia la izquierda en busca del rebaño.

«Y si lo encuentras y no está Blancanieves, ¿qué piensas hacer? ¿Esquilarlas a mordiscos?».

Ya encontraría la forma. Lo primero era comprobar si la princesa estaba allí. Si no, ya se preocuparía de qué hacer a continuación.

Un brillo lejano le indicó que iba por buen camino. Llegó hasta un claro donde cinco soles iluminaban el bosque. Se detuvo en seco y contempló boquiabierta tanta belleza. Entonces un sollozo le hizo girar la cabeza. Allí estaba Blancanieves, contemplando el espectáculo.

—¡Blancanieves!

La apelada la miró con ojos llorosos que se enfurecieron al reconocerla.

—¿Qué haces aquí? ¿Te envía ella para que seas testigo de mi derrota?

Bella mostró una expresión confundida.

—He venido a ayudaros.

—¡Ja! —Se limpió las lágrimas con la manga—. ¿Por qué querrías ayudarme?

Pero la doncella ignoró su pregunta.

—No queda tiempo. Las ovejas pueden ser esquiladas, pero solo en el único momento del día en el que ni el sol ni las lunas gobiernan.

—Tal momento no existe. Siempre está uno u otras.

—¡El crepúsculo! —Señaló al cielo. Aunque los árboles ocultaban el horizonte, sabían que el sol ya había desaparecido, mas la oscuridad no era total y las lunas no brillaban todavía—. El sol se ha ocultado y las lunas no han tomado posesión del cielo.

Blancanieves iba a replicar, pero enmudeció sin culminar una sílaba al percatarse de una repentina semioscuridad; las ovejas habían dejado de brillar. Sus ojos parpadearon varias veces, perplejos, y miró a Bella con una mezcla de incredulidad y gratitud.

Cogió las tijeras y se acercó con cierto temor. Ya se había quemado antes y, aunque ya no resplandecieran, no estaba muy segura de que no fueran a arder. Las manos le temblaban. Respiró hondo, se armó de valor y posó sus dedos en la lana de oro.

# CAPÍTULO 33

Blancanieves no podía creer el alivio que sentía. Sobre su caballo yacía la lana dorada. En un principio, se había preguntado cómo podría llevarla al castillo, pues en cuanto las lunas brillaran esta se incendiaría, mas ambas jóvenes descubrieron que, una vez se separaba del animal, no sucedía nada.

La princesa imaginaba con gusto la cara que pondría su madrastra. Había conseguido superar la segunda prueba. Mas enseguida empezó a preocuparle la tercera. ¿Qué le depararía esta vez?

Decidió alejar estos pensamientos.

—Gracias.

Bella no respondió. Caminaba por detrás, sin querer perturbar el espacio de la princesa. Esta se detuvo y la esperó. Y, aun sin hablar, Blancanieves sintió sus fuerzas renovadas gracias a la presencia de la doncella. Sintió que podía con todo. Y sonrió.

En cuanto llegaron, ordenó que se encargasen de su montura y que preparasen una buena presentación para llevar el trofeo ante la reina. Quedaba poco para la cena, momento en el que se la entregaría.

—Ven conmigo —le pidió a Bella, que la miró con extrañeza.

Con una sonrisa, la doncella la siguió sin preguntar.

Subieron y recorrieron pasillos hasta llegar a unas grandes puertas que Bella no había cruzado nunca. Siempre estaban cerradas con llave, por lo que no había podido entrar ni cuando había tenido que sacudir todas las cortinas de palacio. Blancanieves lo sabía, y sabía que de haber descubierto lo que había al otro lado, Bella se habría emocionado.

—Cierra los ojos, por favor.

Bella dudó, mas la mirada cálida de la princesa le hizo confiar en ella. Blancanieves se aseguró de que no veía nada y abrió las puertas con la llave

maestra que llevaba siempre consigo. Cogió las manos de la doncella y la condujo al interior.

—Espera aquí y no hagas trampa.

Dio órdenes de que iluminaran la estancia. En cuanto estuvo todo listo, le pidió a la otra muchacha que abriera sus ojos. Esta, al hacerlo, casi se cayó del susto. Vio libros. Y más libros a su derecha. Y otros tantos a su izquierda. ¡Estaban por todas partes!

Blancanieves sonrió, complacida.

—Pero ¿cuántos hay?

—Nunca me había planteado dedicar mi tiempo a contarlos —ironizó la princesa.

Ambas se miraron y rieron. La heredera se quedó quieta mientras su compañera caminaba de un lado a otro como un niño en una juguetería.

—Cuando tengas tiempo libre… En fin. Podrás venir siempre que quieras. A partir de ahora estará abierta.

—¿Por qué ha estado cerrada? —preguntó Bella conteniendo su emoción y prestando atención a la princesa.

La heredera acarició varios lomos antes de responder con voz melancólica:

—Era el lugar favorito de mi madre. No quería que nadie la deshonrara. Pero creo que es hora de que estos libros vuelvan a vivir. —La miró con ojos brillantes—. Y sé que contigo lo harán.

Bella no supo qué decir. Mas no le dio tiempo, pues alguien las interrumpió.

—Ah, aquí estás, sirvienta indisciplinada.

Ninguna la había oído llegar. Tras ella había dos soldados esperando órdenes.

—Prendedla y concededle el castigo que merece.

—¡No! —gritó la princesa extendiendo su brazo por delante de Bella.

—¿Es compasión lo que veo en tus ojos? —La reina soltó una carcajada que resonó por toda la biblioteca—. La compasión no tiene cabida en una reina.

—¿Qué ha hecho?

La mujer se acercó y se humedeció los labios con placer.

—Faltar a sus tareas y escapar para quién sabe qué. ¿Vas a oponerte al castigo que sabes que merece?

La barbilla de la princesa tembló. Quería responder, mas sabía que no tenía razón. Bella había faltado a sus deberes. Por ayudarla.

La doncella bajó su brazo con suavidad, la miró haciendo un asentimiento y se colocó entre los guardias, que la escoltaron hasta desaparecer.

—Bien, ocupémonos de cosas más propias de nuestro estatus, ¿sí? —La malvada reina paseó alrededor de su hijastra, que todavía miraba el lugar por el que habían desaparecido—. He podido comprobar que has tenido éxito en la segunda prueba. —Su voz sonó afilada y sus ojos se oscurecieron, llenos de rabia, contemplando con odio la nuca de la joven—. Será mejor que empieces cuanto antes con la tercera, ¿no crees? Una reina debe estar siempre alerta, no tiene tiempo de relajarse. —Blancanieves pensó en la ironía que escondían estas palabras; su madrastra estaba continuamente dándose baños, contemplándose en el espejo o tumbada frente a un buen fuego, deleitándose con trovadores que contaban historias sobre su belleza—. Debes ir a la laguna Estige y rellenarme este frasco —sacó de su capa un pequeño recipiente de cristal— que se me ha agotado.

La princesa lo tomó, preguntándose por dicha laguna, pues, a pesar de haber estudiado geografía y conocer bien los reinos, no recordaba tal nombre.

—Te daré de nuevo un día. Con las ovejas te relajaste demasiado y estuviste a punto de fracasar. —Se alejó—. No me falles. Y no falles al Reino de la Manzana de Plata.

Blancanieves esperó a que se marchara para aliviar la tensión que había estado soportando. Su mano libre se había mantenido cerrada en un puño con tanta fuerza que sus uñas se habían abierto camino a través de su piel.

No perdió el tiempo en cenar ni cambiarse de ropa. Estaba hecha un desastre, pero tenía que encontrar la ubicación de aquella laguna y cumplir la tercera prueba. Parecía bastante sencilla y rezó por que así fuera. Guardó el frasco y cogió uno de los libros de geografía. No encontró en él la laguna Estige. Resopló, lo dejó en su sitio y cogió otro. Nada. Furiosa, se hizo con varios y los desparramó por el suelo, los abrió desesperada y buscó durante toda la noche. Pero en ningún reino existía una acumulación de agua con ese nombre.

Golpeó el suelo y gritó hasta quedarse sin voz, maldiciendo a su madrastra, desahogando la rabia contenida durante tanto tiempo.

Bella tenía razón. La soberana no quería cederle la corona. Solo le estaba haciendo perder el tiempo.

Pensar en la doncella le hizo pensar en el castigo que estaría sufriendo por su culpa, y estuvo tentada de ir a liberarla. Mas sabía que no debía hacerlo. Ello solo supondría un desafío para su madrastra y un paso atrás en su futuro como reina. No. Debía hallar la respuesta, debía ser coronada y, entonces, podría cambiar las cosas y nadie, y mucho menos Bella, sufriría cruentos castigos.

—Bella… —musitó.

Se incorporó bruscamente y observó la biblioteca de su madre.

—¡Claro!

Chasqueó los dedos. El amanecer llegó igual que la lucidez había llegado a su cabeza. Allí tan solo había libros contemporáneos. Los más antiguos databan de la juventud de sus padres. Apostaba su futuro reinado a que existían libros más antiguos con mapas que reflejaran el mundo antes de la formación de los reinos. ¿Y dónde encontrar tales libros?

—¡En la librería de la ciudad!

Recordó haberlos visto cuando había seguido a la doncella la mañana en que fue encarcelada.

Una vez más, Bella la había ayudado.

# CAPÍTULO 34

Cuando por fin la bajaron, tuvo que caminar apoyada contra las paredes. Sentía un gran mareo, y lo que era peor: tenía la visión borrosa. El haber estado parte de la noche colgada boca abajo le había provocado una gran presión en los ojos. Mientras se dirigía al comedor, se preguntó si sería temporal o se quedaría así para siempre. Estuvo tentada de llorar solo de pensar que podía ser permanente.

Algunas de las tareas no le supusieron gran problema, como limpiar la corona o cepillar al bagual. Donde lo pasó realmente mal fue al revisar los trajes de la soberana. Tuvo que hacer uso del tacto y confiar en sus manos y en su olfato. Esta tarea sustituía algunos días a la limpiar los cristales por dentro y por fuera, que hacía otra sirvienta, pues la mayoría de los trabajos eran rotativos.

La tarea consistía en examinar todas las prendas y seleccionar aquellas que tuvieran una mancha o una arruga para llevar a la lavandería.

Al dirigirse de nuevo al comedor, sintió una punzada de esperanza al darse cuenta de que veía algo más nítido. ¿O era simplemente que había más claridad? Procuró ser positiva. La doncella que tenía a su lado se compadeció de ella y la ayudó con el plato de caldo. El resto conversaban por lo bajo sobre la princesa y la tercera prueba. Ninguna sabía en qué consistía, y se preguntaban unas a otras.

—Ha ido a la ciudad bien pronto por la mañana, sin darse siquiera un baño. ¿La habéis visto?

—Tampoco ha desayunado con normalidad. Está muy entregada a esas pruebas.

—¿Merece la pena?

—Yo, si fuera ella, desistiría. Ya puede disfrutar de ciertos privilegios, ¿para qué arriesgarlos?

Los cuchicheos aumentaron de tono.

—No lo hace por ella. Lo hace por el Reino de la Manzana de Plata y por darle una soberana mejor.

Las voces se apagaron al momento y Bella sintió cómo contenían la respiración. Nadie se atrevía a faltarle al respeto a la reina, aunque no estuviera presente. Solía enterarse de todo. Mas a ella no le importaba. ¿Qué más podía hacerle? No conseguiría callar lo que pensaba.

Como después de cada comida, tuvieron un pequeño descanso que la muchacha agradeció. Estaba cansada de forzar la vista. Se dirigió tambaleante a su habitación y se tumbó sobre la cama con los ojos cerrados. Escuchó unos pasos, pero supuso que sería una de las doncellas con las que compartía dormitorio e hizo caso omiso a su llegada. Hasta que sintió peso sobre su cama. Alguien se había sentado.

—No abras los ojos —le ordenó una voz que reconoció al instante.

—¿Vienes a ayudarme o a quitarme de en medio de una vez por todas?

Aquella mujer la tenía confusa. Le curó las heridas y luego la había engañado.

Escuchó un suspiro por su parte. Notó algo muy frío sobre los ojos y se revolvió.

—No te muevas y aguanta. Te ayudará con la circulación y tu visión mejorará.

Bella hizo caso.

—¿Por qué?

Un nuevo suspiro.

—Porque te importa la princesa. Y a mí también.

No hubo más palabras. La muchacha tumbada sintió alivio con el paño helado y obvió la incomodidad que le provocaba el contacto frío. Rezó por que su visión mejorara de verdad.

Al principio, su vista siguió igual, pero, mientras pasaba la tarde limpiando pescado en las cocinas, percibió que se aclaraba. Sintió una inmensa alegría. Su humor mejoró y se dirigió a la torre acompañada del candelabro, canturreando. Limpió rápido y de buena gana. De vez en cuando echaba miradas al espejo que en esos momentos le mostraba a sus hermanos entrenando. A veces observaba a su familia durante un rato al terminar su tarea; otras, mientras limpiaba, y de esta forma, de algún modo, se sentía parte de sus vidas.

En cuanto terminó, dejó los utensilios de limpieza a un lado. Ya casi había oscurecido. Se situó delante del espejo y le pidió que le mostrase a Blancanieves.

Vio a la princesa, oculta bajo una capucha y una bufanda, salir a paso rápido de la librería que la había maravillado días atrás.

«¿Qué puede haber de interesante en esa librería cuando tienes cientos de libros en tu propio castillo?», se preguntó intrigada.

No podía ver la expresión de la princesa; supuso que quería ocultar su identidad a los ciudadanos. Se sentó frente al espejo y continuó observando cómo la princesa vagaba por las calles mirando en todas direcciones. ¿En qué consistiría la tercera prueba? En esta ocasión sería una simple espectadora. Se mordió el labio con nerviosismo y entrecruzó los dedos, infundiéndole ánimos silenciosos a Blancanieves.

La princesa se detuvo frente a un pozo. Se asomó y frunció el ceño. La espectadora hizo lo mismo. Estiró el cuello, mas solo vio oscuridad. La joven del espejo lanzó el cubo ajado atado a una cuerda y esperó a que llegara al fondo. Luego lo subió y examinó. Bella esperaba verlo mojado, pero no fue así. Supuso que la princesa esperaba lo mismo. Esta se acercó a un hombre fornido, le dio varias monedas de oro y le indicó algo señalando el pozo. Él la miró como si estuviera loca, pero accedió a su petición. ¿Qué le habría pedido?

—¡No! —exclamó tapándose la boca cuando vio a la heredera subir al borde del pozo y sujetarse a la soga.

El hombre agarró la cuerda y la fue soltando hasta que la princesa desapareció de la vista. Algunos curiosos se detuvieron a mirar.

—Ese pozo lleva años seco, ¿qué pretende? —le decía una mujer a su marido, que llevaba a su hija de la mano.

El corazón de Bella latía con fuerza. La oscuridad a su alrededor era casi total, salvo allí donde los rayos lunares se atrevían a posarse o el propio reflejo del espejo. Debía marcharse cuanto antes. Quería ver si Blancanieves tenía éxito, mas permanecer allí supondría ser descubierta por la reina. Y no le importaba que la encontrara allí, pero no quería que la soberana descubriera que hacía uso del espejo.

Deseaba mantener ese privilegio que ningún otro habitante del castillo tenía.

Recogió y bajó a toda prisa. Se encontró con la mujer justo al inicio de las escaleras. Como de costumbre, la reina no se dignó a prestarle la más mínima atención.

Bella no se dirigió al comedor para cenar como las demás. Sus pies la llevaron a los jardines. Quería esperar a Blancanieves. Quería ver su triunfo, porque sí, sabía que lo iba a lograr. Ya había superado dos pruebas y la tercera no iba a poder con ella. Estuvo unos minutos allí, con la mirada fija en la puerta, a varios metros de ella. Entonces se miró las manos.

«¡No puedo recibirla con las manos vacías!».

Pensó qué sería digno de una princesa. Recorrió los jardines hasta llegar a un manzano con un rosal a su alrededor. Las rosas eran rojas como la sangre. Algunas lucían esplendorosas, abiertas, permitiendo que su aroma inundara a todo aquel que se acercara. Otras estaban semicerradas. Escogió una no muy abierta ni muy cerrada. La forma perfecta, a su parecer. Con cuidado la cortó, se la llevó a la nariz y cerró los ojos con deleite. Definitivamente, la rosa era su flor favorita.

Corrió a las puertas en el momento en que se abrían y aparecía ella. Cuando la tuvo más cerca llegó a ver sus níveos cabellos, ahora grises, sucios y despeinados. Su piel manchada y magullada. Sus ropas rotas, dejando a la vista arañazos con sangre seca. Pero lo que más llamó la atención de la doncella, fue su mirada. Una mirada de orgullo.

Y supo que Blancanieves lo había conseguido.

—Princesa —pronunció con emoción. Esta la miró y sonrió—, quería recibiros y ofreceros algo digno de vos, mas esto es lo único que puedo daros.

Se sintió estúpida. ¿Una rosa? ¿Para una princesa que podía tener cuanto quisiera? Seguramente la despreciaría. Por eso se sorprendió cuando Blancanieves la cogió con cariño, la olió y miró a Bella con intensidad.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

El corazón de la doncella se vio envuelto por un sentimiento indescriptible. La princesa se acercó a uno de los manzanos, tomó su fruto rojo y se lo tendió a Bella.

—Sé que no es comparable a tu regalo.

Bella no respondió, desconcertada. Aquella manzana era infinitas veces mejor que la simple flor que había arrancado de los jardines del castillo. Las manzanas reales, aunque podían ser recogidas por las sirvientas, no podían ser comidas por nadie más que por la princesa y la reina. No sabía qué podía pasar si se atrevía a

morder una, pero no había querido averiguarlo, pues había escuchado terribles historias sobre venenos, transformaciones y, sobre todo, castigos por parte de la soberana. Solo podían probar aquel fruto prohibido si la reina o la princesa lo permitían. Y eso jamás había sucedido… hasta ahora.

—No tenéis que regalarme nada…

La princesa puso la manzana en las manos de Bella y las envolvió entre las suyas, con la rosa entre ellas también. Se miraron a los ojos.

—He superado la tercera prueba gracias a ti, Bella.

# CAPÍTULO 35

La laguna Estige estaba bajo la ciudad. Lo había descubierto gracias a un antiguo mapa en el que la ciudad no existía, sino que era un pequeño pueblo construido alrededor de la laguna. Había deambulado por la ciudad de un lado a otro buscando una forma de acceder a ella, pero nadie sabía de su existencia. Llegó a pensar que se había secado, mas había sacado el frasco de su madrastra y había visto en él unas gotas resplandecientes. Si se lo había mandado, tenía que ser real.

Y entonces vio el pozo. Aunque sabía que no sería tan fácil, lanzó el cubo con la esperanza de que cuando lo subiera estuviera lleno de esa misma agua que había contenido el frasco. Como no fue así, vio el pozo como una entrada a la laguna subterránea.

No se equivocó.

Había sido un duro camino: pasadizos estrechos, estalactitas y estalagmitas que arañaron hasta su alma y caídas en la oscuridad. Después vio la luz azulada. Para ella la esperanza siempre había sido de un verde brillante, mas en aquel momento supo que era más bien turquesa: un turquesa resplandeciente y frío.

Allí estaba la laguna Estige, tranquila, incitándola a acercarse. Lo hizo. Abrió el frasco y lo sumergió. Una mano la cogió de la muñeca y un ser pálido de cabellos azules emergió, mirándola a los ojos. No pasó nada más. Blancanieves se mantuvo en silencio y a la espera, preparada por si tenía que defenderse. El ser ladeó la cabeza, la soltó y volvió a las profundidades.

La princesa ni siquiera se había detenido a pensar en lo que había sucedido. Se limitó a marcharse rápidamente con el fruto de su misión.

El recuerdo de su aventura dio paso a otro más reciente: Bella esperándola con una rosa. La felicidad que la había invadido al verla no podía explicarse con palabras. Le hubiera gustado disfrutar más tiempo de su compañía, mas debía ir a ver a la reina y Bella necesitaba descansar tras el castigo que había sufrido la

noche anterior. En cuanto había visto sus ojos hinchados le había hervido la sangre.

—Ya queda menos… —susurró frotándose con suavidad su oscura piel en la intimidad de su baño.

Alguien la observaba a través de un espejo.

Su madrastra sostenía el frasco de líquido turquesa entre sus dedos. Tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no exprimirlo.

La había visto llegar con esa expresión triunfante que solo podía significar una cosa. Y había estado tentada de descargar su ira contra el espejo. Pero él no tenía la culpa.

Vio a esa doncella llamada Bella recibir a su hijastra. Y sus ojos sintieron lo que había florecido entre esas dos.

—Amor… —escupió con desprecio—. El amor nos hace débiles. Un rey no debe amar. —Colocó el frasco entre tantos otros en una de sus vitrinas y observó su perfecto reflejo al cerrar las puertas de cristal—. Un rey solo debe amarse a sí mismo, pues, ¿cómo va a gobernar si no lo hace? —Se giró y contempló el cristal que poco antes le había mostrado a las muchachas unidas por una rosa y una manzana, y ahora le enseñaba a su hijastra con una sonrisa radiante—. Si te amas a ti mismo, darás lo mejor de ti. ¡Pobre necia! Jamás podrás ser reina. —Dio un puñetazo sobre su mesa—. ¡Se acabaron las pequeñeces! Las pruebas anteriores han sido un juego de niños. Pero la cuarta… —Sonrió con malicia.

Ordenó a un soldado que llevara a Blancanieves a su presencia. Aun después del baño, su aspecto no había mejorado demasiado. Se la veía cansada, herida, y su pelo salvaje había decidido no volver a su sitio. La reina se horrorizó por tener semejante imagen en su presencia, mas enseguida sus labios se curvaron en una maléfica sonrisa.

«No hay nadie más bella que yo».

—Bien, querida. Ha llegado el momento de enfrentarte a la última prueba. La que decidirá si mereces o no ser coronada.

Blancanieves se mantuvo en silencio, esperando estoica. No iba a darle el placer de mostrar el más mínimo atisbo de debilidad.

—Debes ir a la Isla de las Almas. Allí, su reina te dará para mí los polvos mágicos de belleza. Al anochecer del tercer día deberás haber regresado… por tu

bien —añadió con un brillo de advertencia en su mirada.

La princesa hizo una reverencia y se marchó. Mantuvo la barbilla levantada en el recorrido hasta su habitación y solo en ella se permitió derrumbarse. Se acurrucó contra la puerta.

La Isla de las Almas era un lugar errante que, se decía, estaba en el océano y al que solo se podía llegar de una forma: muerto.

# CAPÍTULO 36

A pesar del dolor que exprimía sus ojos y su cabeza, Bella realizaba sus tareas matutinas con una sonrisa en el rostro. Varias doncellas cuchicheaban al pasar por su lado, mas ella no las escuchaba. Solo pensaba en la princesa y la buscaba con la mirada siempre que tenía ocasión.

Había pasado gran parte de la noche contemplando el regalo de Blancanieves: la manzana. No quería comérsela, ni probarla siquiera. Quería conservarla, aunque sabía que en algún momento la fruta empezaría a marchitarse y tendría que dar cuenta de ella.

Comió ansiosa ante las disimuladas miradas que le echaban sus compañeras y se levantó rauda en dirección a la biblioteca. Tenía un rato antes de que comenzaran los trabajos de la tarde, y quería hacer algo que llevaba mucho tiempo sin hacer: sumergirse en una buena historia. Todavía no se creía el regalo que le había hecho la princesa. Su rosa, en comparación, era una minucia. Sentía vergüenza.

El lugar se hallaba sumido en la soledad más absoluta. Bella sintió pena. Algo tan hermoso no merecía estar abandonado. Los libros necesitaban ser leídos, no sentirse huérfanos. Así es como sobreviven las historias: siendo contadas, siendo escuchadas. Si no hay nadie para recibirlas, entonces mueren… A la muchacha se le encogió el corazón al contemplar tantos y tantos libros que debían de llevar años sin ser tocados. Era como estar en un cementerio que nadie visitaba, cuyas almas habían caído en el olvido…

Sus pasos resonaron entre las estanterías mientras su mirada leía los títulos, a cada cual más interesante. Vio varios que llamaron su atención y se sintió indecisa. ¡Quería empezarlos todos a la vez!

Sus ojos toparon con *Frankenstein* y su corazón dio un vuelco. Era su libro favorito desde pequeña. Llevaba años sin leer esa historia, desde que su padre perdió su fortuna y se vieron obligados a dejar la ciudad. En la tetería de

Esmeralda había pocos libros y ninguno era aquel. Lo cogió entre sus manos con delicadeza. Era un auténtico tesoro. Lo abrió y lo hojeó, leyendo frases por encima que la hicieron viajar junto a *Frankenstein* y su creación. Bella siempre había sentido una extraña conexión con el monstruo; ambos eran juzgados por el exterior y no por lo que había en sus corazones. Él, por ser deforme. Ella, por no ser como sus hermanas: presumida y coqueta. El monstruo solo quería estar con su padre y tener amigos. Y, a cambio, recibía desprecio. Todos huían de él… hasta que esto le hizo cambiar.

Bella suspiró y abrazó el libro, cerrando los ojos con tristeza al recordar la segunda parte de esa historia. De repente, se le ocurrió una idea. Sostuvo el libro ante sí y sonrió. ¿Por qué no llevárselo a la princesa para que lo leyera? Estaba segura de que le gustaría y le enseñaría mucho. Además, ardía en deseos de hacerle un buen regalo, y no se le ocurría nada mejor que compartir con ella su libro favorito, una historia especial para Bella.

Con esta ilusión llameando en sus entrañas, se olvidó de buscar un libro para sí y salió a todo correr de la biblioteca en busca de Blancanieves. Fue a sus aposentos, pero los halló vacíos e intactos. La hora de comer ya había pasado. Quizás estaría cabalgando o paseando por los jardines. Salió, mas no la encontró, y su caballo estaba en los establos. Empezó a preocuparse.

Entonces vio Rolan y obligó a sus pies a que le alcanzaran. El soldado se dirigía al bosque, tirando de las riendas de un caballo marrón. El animal iba cargado con unas mantas y una bolsa llena de algo que Bella no logró adivinar.

—¿Dónde está?

Escuchó un suspiro por parte de él, pero no obtuvo respuesta. La doncella le cogió del brazo y le hizo detenerse.

—Por favor… —suplicó.

El hombre la miró con ojos cansados.

—Ha ido a cumplir la cuarta y última prueba de la reina.

Bella le soltó y él continuó. Parecía llevar prisa. Sin embargo, se detuvo y echó una última mirada a la muchacha. Se compadecía de aquella joven de expresión confusa.

—No sé si volverá.

A la doncella no se le escapó el dolor del que iban cargadas aquellas palabras. Él se giró y retomó su camino. Los soldados que custodiaban la entrada a los terrenos del castillo le abrieron las puertas y el cazador desapareció entre los árboles, cabalgando a gran velocidad.

Todavía se quedó un rato más parada, asimilando lo que el cazador acababa de decirle. ¿En qué consistiría la cuarta prueba? Había salido victoriosa de las anteriores, ¿por qué no iba a hacerlo de esta? Sus ojos recorrieron cada piedra del palacio hasta llegar al balcón de la torre de la reina. ¿Qué cruel prueba le habría impuesto a su hijastra en esta ocasión? Desvió la mirada hacia sus manos, que todavía sostenían el libro. Tendría que esperar para descubrirlo.

Se encaminó de vuelta a su habitación, dejó el libro junto a la manzana y realizó sus tareas. Se moría de ganas de que llegara el momento en que el sol iniciara su descenso, indicando así la hora a la que debía subir a la torre. Necesitaba saber dónde estaba Blancanieves. Necesitaba saber si estaba bien. Necesitaba saber si…

«No, ella no te necesita», se dijo mientras frotaba un jarrón de oro. «Ella puede hacerlo sola. Eres tú quien la necesita…». Suspiró.

Y llegó la hora. Tuvo que hacer grandes esfuerzos por no correr torre arriba. Si se cruzaba con la reina o con otra sirvienta, podría levantar sospechas. Hizo su trabajo todo lo rápido que pudo, evitando la tentación de preguntar al espejo. Hasta que por fin pudo ponerse frente a él. No llegó a formular nada. Su reflejo desapareció dando lugar al de la princesa. El corazón de Bella no se relajó, sino que se aceleró hasta alcanzar una velocidad inhumana. Sus ojos estaban viendo a Blancanieves, sí. Pero la joven flotaba en el océano, a orillas de la playa, con sangre manando de sus muñecas.

«¿Qué has hecho?».

# CAPÍTULO 37

Blancanieves despertó con una extraña sensación. Sentía algo diferente dentro de ella. Parpadeó varias veces. O fuera de ella. Se miró las manos. Tenían un tono grisáceo de lo más perturbador. Al contemplarlas al detalle, se fijó en sus muñecas, y le vinieron a la mente los últimos acontecimientos: su marcha del castillo hacia la playa para cumplir la última misión. Había pasado horas a la orilla escudriñando el horizonte oceánico en busca de la Isla de las Almas. Por supuesto, su madrastra no le había dicho cómo se podía acceder a ella. Debía de haber algún modo, no solo el que ella conocía… Debía haber algún modo. Todas las pruebas, aunque parecieran imposibles, habían tenido solución. Pero ¿cuál era? No sabía dónde estaba la isla. Navegar por el océano en su busca era un viaje que le llevaría semanas y con pocas probabilidades de éxito.

Finalmente, había optado por la única opción que tenía, y la última que quería escoger: se había cortado las venas y se había tumbado en la arena, permitiendo que las aguas acariciaran su cuerpo. Había sido desagradable sentir el frío en su piel y cómo las energías menguaban con cada gota de sangre que la abandonaba. Mientras, había visto cómo las lunas se alzaban para contemplarla y cómo las estrellas se encendían una a una. Hasta que cerró los ojos, cogió aire y sintió… la oscuridad.

Y allí estaba. Tumbada. ¿Dónde? ¿Sobre qué? Se apoyó sobre los codos. Estaba en una barca de madera. Alguien remaba delante de ella, de pie, con un único remo entre sus manos huesudas. O lo que la princesa suponía que era un remo, porque solo veía una gruesa vara de madera cuyo final desaparecía de su vista. Se sentó y se asomó por un lateral. Una densa neblina la saludó, junto con unas oscuras aguas que nada tenían que ver con el océano que bañaba las costas de su reino. Y el silencio. Un silencio sobrecogedor. No se escuchaba siquiera el danzar de la barca sobre aquel océano muerto.

—¿Dónde estoy? —se atrevió a preguntar mientras se sentaba con cuidado sobre el único banco que había en la popa.

—Al otro lado —le respondió la ronca voz del barquero.

Blancanieves tragó saliva. Volvió a mirarse las muñecas, intactas, y luego, cuanto los rodeaba. De la vara que él sostenía colgaba un farol de luz verde, y al notar que no ayudaba a distinguir nada, la princesa se preguntó si no serviría más bien para que los vieran. ¿Quiénes? Contempló la oscuridad que fluía por debajo, tranquila y silenciosa. Prefería no descubrirlo.

Se asustó cuando la barca tocó tierra. El barquero se giró, mas ella no pudo ver su cara, oculta por una capucha gris. Sin soltar el remo, extendió su mano libre impidiéndole el paso. Blancanieves rebuscó en el bolsillo de su capa y se sacó una moneda de plata que depositó en la cadavérica mano que se alzaba ante ella. El barquero la hizo rodar entre sus dedos delante de sus ojos y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Gracias.

No obtuvo respuesta. No estaba segura de si tenía que darle las gracias, ya que aquel era su trabajo, después de todo.

Saltó de la pequeña embarcación a una tierra negra y gris. Ceniza. Miró hacia delante. Le extrañó ver lápidas repartidas hasta donde alcanzaba su vista. ¿No se suponía que era el mundo de los muertos? ¿Para qué servían las tumbas? Se arrebujó en su capa, a pesar de no sentir frío ni calor, porque le daba sensación de protección. Tragó saliva, cogió aire y dio el primer paso.

Y el segundo.

En el décimo ya estaba rodeada de lápidas a las que prefirió no prestar atención. El cielo que había por encima de ella era completa oscuridad. Lo que aportaba luz eran unos fuegos fatuos que flotaban mezclando tonos celestes y verdes. Blancanieves no estaba muy segura de si se sentía agradecida por las luces o aterrada por la visión que aportaban a sus ojos.

Llegó hasta el centro, donde vio un enorme trono de esqueletos negros coronado con una calavera de dragón, en cuyas cuencas brillaban dos luces naranjas. Sentada había una figura femenina con largos cabellos negros y piel blanca, labios rojos y mirada violeta. Acariciaba sobre su regazo un gato negro.

Cuando la princesa logró sobreponerse y llegar hasta el trono, la mujer se puso un dedo en los labios y miró las tumbas.

—Están durmiendo —susurró.

El gato maulló.

Blancanieves sintió miedo.

El animal escapó y se alejó, saltando entre las lápidas. La mujer lo observó divertida hasta que reparó de nuevo en la presencia de la muchacha. Se levantó y se acercó a ella.

—¿Por qué no ha venido ella?

Blancanieves sintió su aliento frío sobre el rostro y se alejó unos pasos de forma inconsciente. Alzó una ceja, intrigada. ¿Era la propia reina la que acudía a por esos polvos? ¿Y cómo lo hacía? Así que sabía cómo hacerlo… y no lo había compartido con su hijastra.

Porque no quería que volviera.

Blancanieves apretó los dientes.

—Yo soy la futura reina.

Esta respuesta pareció satisfacer a la soberana de los muertos. Sonrió complacida y sacó de la nada una caja de nácar negro.

—No la abras hasta haber salido de aquí. Vete.

«¿Y ya está?», se preguntó la joven.

—¿Cómo…?

Pero la mujer hizo un gesto con la mano y el gato, que había regresado de su pequeña incursión, bufó a la princesa, erizando su pelo.

La joven supo que había terminado allí y que alargarlo podía suponer su perdición, de modo que regresó por el mismo camino.

Empezó a escuchar sonidos guturales que le helaron el corazón.

Estaban despertando.

Apresuró el paso. Su curiosidad la instaba a mirar en derredor y averiguar qué o quiénes producían aquellos sonidos de ultratumba, mas la razón tomó el control de la situación y no le permitió detenerse.

El barquero estaba donde lo había dejado, algo que la alivió. Subió a la barca haciéndola tambalearse peligrosamente y se sentó, sintiéndose a salvo, sobre todo cuando, sin hacer comentario alguno, el hombre inició el camino de vuelta.

El trayecto transcurrió tan silencioso como a la ida. Blancanieves miraba al frente, aferrando la caja como si le fuera la vida en ello. Tenía ganas de mirar en su interior, pero las palabras de la soberana resonaban en su cabeza como una amenaza mortal. Respiró hondo, conteniéndose. Y llegaron a la otra orilla.

El barquero extendió el brazo. Blancanieves ya tenía preparada la segunda moneda de plata. Por todos era sabido que a los muertos había que enterrarlos con una moneda de plata para que el barquero los condujera al otro lado y no terminaran vagando en un océano de oscuridad ahogándose por la eternidad. Ella había sido precavida y había llevado dos monedas, pues su viaje era de ida y vuelta.

Bajó de la barca y escuchó las últimas palabras del barquero a sus espaldas, antes de desaparecer en la niebla:

—Solo alguien del otro lado puede hacerte regresar.

# CAPÍTULO 38

Aunque Bella estaba preocupada, había algo que superaba este sentimiento: la incomprensión. Había visto a Rolan llegar hasta donde estaba Blancanieves desangrándose, mas, en cuanto el hombre puso sus ojos en el lugar exacto, la princesa ya no estaba. No quedaba rastro de ella.

Había desaparecido.

Desde su posición, la doncella buscó minuciosamente un rastro o alguna pista que le indicara qué había sucedido. Hasta que escuchó los pasos de la reina y tuvo que abandonar la torre, presurosa.

Pasó todo el día siguiente intentando comprender qué habían visto sus ojos. O, quizás, qué no habían visto.

El soldado se había quedado allí un buen rato. De hecho, ella no le había visto marcharse. Pero aquella mañana se lo había encontrado por el castillo y, aunque ardía en deseos de preguntarle por lo sucedido, no había llegado a hacerlo. ¿Para qué? ¿Acaso él no había visto lo mismo que ella? Que la princesa no estaba. Y había vuelto solo, por lo que no había llegado a encontrarla.

Bella se sentía irremediablemente atraída por el espejo, con la esperanza de hallar en él a Blancanieves. Mas tenía que contenerse, ser paciente y esperar que llegara el momento.

Empezaba a pensar que no había sido buena idea ver lo que el espejo le mostraba. Cada vez se sentía más esclava de él y sus reflejos. ¿No sería mejor vivir en la ignorancia? ¿No entrometerse en la vida de la princesa? ¿Dejar que las cosas siguieran su curso?

Pero ella quería ver todo lo que el espejo le podía mostrar.

*Necesitaba* verlo.

Y cayó la tarde. Y llegó el momento.

Bella preparó lo necesario para la limpieza y se dirigió a la torre. A mitad de las escaleras, tomó en su mano su compañero de luz: el candelabro. Subió

sintiéndose más ansiosa con cada paso que daba. Dejó el objeto a un lado, como siempre, y se dedicó a limpiar, echando rápidas miradas a la luna vacía del espejo. Tuvo que hacer grandes esfuerzos por no abandonarlo todo y plantarse delante de él, pero sabía lo que conllevaría dejar sus quehaceres de lado: un severo castigo. Mas no era esto lo que le importaba. Si la reina descubría lo que había estado haciendo cada vez que subía a la torre…, ¿qué podía llegar a hacerle? Y lo que era peor: podía prohibirle subir allí, castigo que le impediría ver a la princesa y a su familia siempre que quisiera.

No quería que le robaran el único hálito de libertad que quedaba en su vida.

Terminó, recogió los utensilios de limpieza que dejó junto al candelabro y fue a ver su reflejo frente al espejo. Su aspecto había mejorado desde el último castigo. Tan solo quedaban unas marcadas ojeras como huella de lo que había sufrido. Su cabello castaño caía en desorden por sus hombros y su espalda. Su vestido amarillento de doncella empezaba a necesitar un buen lavado.

Ladeó la cabeza al tiempo que su imagen desapareció para dar lugar a la de Blancanieves. Lo primero que sus ojos buscaron fueron las muñecas de la princesa; estaban intactas. Frunció el ceño, confusa. ¿Se habría imaginado los cortes? Hizo un gesto con la cabeza. Imposible. No solo estaba segura de lo que había visto, sino que, de haberse imaginado los cortes, habría imaginado también la sangre y la palidez que había dominado a la otra joven. Su imaginación no daba para tanto.

La vio caminar por una ciudad gris. Estaba desierta. La ceniza flotaba en el ambiente. Los edificios, en su mayoría intactos, tenían un aspecto desolador. El cielo era negro completamente.

Bella se acercó al cristal hasta que su nariz rozó su frialdad. Entrecerró los ojos. Si el cielo no tenía lunas ni estrellas, si no había antorchas, ¿de dónde provenía la luz? ¿Por qué podía ver a Blancanieves? ¿Por qué la princesa podía ver el camino que sus pies seguían? Había algo sobrenatural en lo que estaba viendo.

—¿Dónde estás, princesa? —susurró posando su mano en la imagen.

La muchacha abandonó la ciudad exánime para atravesar un bosque que no tenía mejor aspecto. En su mayoría, los árboles se elevaban sin vida a su alrededor, despojados de toda hoja que pudiera aportar un mínimo de vitalidad.

Los pies de la joven se arrastraban sobre un manto grisáceo, dejando un rastro a su paso. Copos de cenizas se posaban en sus cabellos blancos y sus ropas.

Bella apreció en sus ojos un brillo atemorizado, a pesar de que avanzaba con la seguridad propia de una reina. Se alejó para observarla mejor. Tenía las ropas inmaculadas, y eso que la doncella sospechaba que deberían de estar sucias tras su aventura. Dudaba que la reina le hubiera puesto una prueba fácil. Una prueba que, según parecía, no había terminado. Pero allí estaba, caminando firme, con sus ropas intactas ondeando de forma fantasmal sobre ella. Con árboles muertos como guardianes de la que iba a ser la futura reina. Porque sería coronada, a Bella no le cabía ninguna duda de ello.

Entonces, la princesa se detuvo.

El reflejo cambió y le mostró a la doncella lo mismo que veía la otra joven.

Una verja oscura yacía ante ella, protegiendo un tétrico castillo que se alzaba hacia la inmensa oscuridad.

«Está aquí».

# CAPÍTULO 39

Cruzó el camino de ceniza que conducía a un palacio apagado. Y no apagado porque no hubiera luz, sino porque aquel lugar parecía… muerto. Caminaba a través de lo que un día debieron de ser unos esplendorosos jardines llenos de color y alegría. La hierba lucía pálida y mustia. Los matorrales estaban desnudos, mostrando sus negros esqueletos. Los árboles, de troncos grises y negros, se elevaban exánimes con un buen número de hojas oscuras y marchitas que parecían luchar por desprenderse de su prisión. Los ojos de la princesa apreciaron algo más entre las ramas. Se acercó al árbol más cercano y alzó la mirada. Había unos frutos redondos cuya piel brillaba ante la luz fantasmal que inundaba todo. Cogió uno y lo puso a la altura de sus ojos. Eran manzanas negras.

Estuvo tentada de probarla, pero decidió que no era el momento. Tenía que averiguar dónde estaba y cómo salir de allí. Se la guardó y avanzó.

Las ventanas del castillo carecían de cristales y cortinas. Mostraban una oscura negrura capaz de engullir cualquier hálito de luz que osara acercarse. Las puertas, que se abrieron nada más acercarse ella, dejaron ver a sus ojos aquella misma oscuridad que parecía llamarla en silencio. Por un momento, Blancanieves se detuvo, preguntándose si hacía bien en buscar la salida en ese lugar. No había hallado nada en la ciudad exánime y mucho menos en el bosque muerto. Era su última opción.

Cogió aire, miró hacia atrás. Un bosque que no le ofrecía nada o una oscuridad que ansiaba devorarla. Optó por lo último y avanzó con valentía. Una vez cruzó el umbral, las puertas se cerraron a su espalda y le provocaron un sobresalto. En cuanto sus ojos se acostumbraron al interior, comprobó que no había una densa oscuridad como parecía, sino que flotaba en el ambiente una luz gris igual que en el exterior. Una luz sobrenatural, que no alcanzaba a

comprender de dónde provenía, pero que cumplía bien su función: colorear cada rincón con el color de la muerte.

Y fue en ese momento, al contemplar el amplio vestíbulo que se alzaba ante ella, cuando comprendió dónde estaba: en su propio castillo. En su hogar. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Corrió a su habitación presa del pánico que empezaba a invadirla, ahogando el raciocinio que hasta ahora había tenido. La puerta estaba abierta. El escenario que se encontró era desolador. La alfombra de piel que protegía sus pies en invierno había desaparecido. Flotaban volutas en el ambiente de lo que un día fue. Su cama era gris, apagada, como todo lo demás. Se acercó a ella. Y fría. Era fría al tacto. Sabía que los muebles no tenían vida, pero al acariciarla la sintió precisamente como si la vitalidad la hubiera abandonado. No sabía explicarlo. Se dirigió al tocador donde reposaba su cepillo de plata, exánime. Lo rozó con los dedos y los apartó como si le hubiera dado un calambre. Mas no fue eso lo que provocó su gesto, sino la ausencia de su reflejo en el espejo. Levantó los ojos y los buscó frente así. El cristal le devolvía el reflejo de su habitación carente de vida, pero no de ella. Era como si no existiese.

Se arrodilló y se abrazó, sintiendo por primera vez el frío penetrar en su interior y acariciar hasta lo más hondo de su ser.

—Esta vez ha ganado… —susurró entre lágrimas gélidas que brillaron en sus mejillas oscuras como diamantes.

Su madrastra quedaría como la única soberana del Reino de la Manzana de Plata y Blancanieves jamás podría regresar y recuperar lo que era suyo. La nueva reina se inventaría cualquier historia sobre su desaparición y todos la olvidarían en cuestión de días. Con el tiempo, nadie recordaría que una vez existió una princesa de piel oscura que sucumbió a Las Pruebas de la Reina.

La nueva reina controlaría a todos desde su espejo mágico y nadie, jamás, podría escapar a su mirada ni a su poder.

Su madrastra…

… y el espejo.

Detuvo su llanto y se incorporó con la respiración agitada. Echó a correr como si la vida le fuera en ello, y llegó hasta la torre del ala oeste. La torre de la reina. Subió los escalones de dos en dos hasta llegar a la sala circular desde donde la

mujer ejercía su reinado. También allí faltaba el color. En las vitrinas, los frascos estaban vacíos, cubiertos de telarañas. Había un libro abierto sobre la mesa cuyas hojas tapizaban el suelo, como si alguien se hubiera dedicado a arrancarlas sin piedad. Y allí estaba el espejo. Haciendo acopio del poco valor y esperanza que le quedaban, cerró los ojos y se colocó ante él. Este sí le devolvió el reflejo, y no pudo evitar sonreír aliviada. Tenía que significar algo.

Esperó.

Nada sucedió.

Se acercó a él hasta tocar con la mano el frío cristal. No sintió nada. No pasó nada.

Se echó hacia atrás con el labio temblando de frustración y las lágrimas a punto de escapar de nuevo.

No había nada que pudiera hacer.

Nada.

Se giró sin mirar una última vez su reflejo. No quería volver a ver esa imagen de princesa acabada.

Cruzó las cortinas y escuchó un susurro. Se detuvo. Mas había sido obra de su imaginación, o quizás de aquel cruel lugar, que disfrutaba con su tormento. Dio un paso más.

*Blancanieves.*

# CAPÍTULO 40

Bella vio a la princesa detenerse y mirar hacia donde estaba ella con expresión confusa. La doncella frunció el ceño. ¿La había escuchado? Eso era imposible.

Ambas permanecieron quietas, esperando algo que nunca sucedió. Blancanieves, con el rostro abatido, dio media vuelta. El corazón de Bella se aceleró al verla marchar. No podía dejarla ir, mas ¿cómo detenerla?

—¡No!

De nuevo, la princesa se detuvo. Esta vez no se giró, sino que esperó…

—¿Puedes oírme?

Blancanieves volvió sobre sus pasos mirando en todas direcciones. En sus ojos, Bella pudo leer que había reconocido su voz.

—¿Cómo…? —Las palabras murieron en los labios de la princesa.

—El espejo —respondió la doncella.

La joven de piel oscura se situó delante del objeto y miró su reflejo. Sus ojos recorrieron el cristal y se detuvieron en un punto concreto. Por un momento, Bella pensó que la estaba mirando a ella, pero no. No podía verla.

—¿Puedes verme?

Bella sonrió y asintió, colocando la mano en el cristal. Entonces recordó que Blancanieves no podía verla.

—Sí, puedo verte.

Vio a la princesa sonreír también. Parecía aliviada a pesar de la situación. Bella adivinó el porqué: ahora no estaba sola. No se sentía sola porque la doncella estaba con ella, de alguna forma. Lejos pero muy cerca a la vez.

—Gracias por la luz que has traído a mi vida.

Bella cerró los ojos sin apartar la mano del espejo.

—Gracias a ti por demostrarme que merece la pena vivir y luchar.

—Creía que debía hacer lo que se esperaba de mí —siguió hablando la princesa con los ojos clavados en la doncella, aunque no pudiera verla—, pero

aprendí que debo seguir a mi corazón… aunque ya sea tarde.

La muchacha de cabello y mirada castaños abrió los ojos de nuevo.

—Nunca es tarde, princesa.

—Para mí lo es —respondió mirando el mundo exánime que se convertiría en su hogar—. Bella, no dejes que mi madrastra…

—¡No!

—Bella…

La princesa levantó su mano y acarició la superficie plateada. Las dos manos se unieron aunque ninguna pudiera sentirlo. Ambas cerraron los ojos sin saber bien qué más decir.

Una no podía volver.

La otra no podía recuperarla.

Bella quería abrir los ojos y verla por última vez, mas, por otro lado, temía que al hacerlo ella ya no estuviera. Que la hubiera perdido para siempre.

Sintió un cálido abrazo sobre su mano. Dirigió a ella su mirada y la vio arropada por una mano oscura. La princesa estaba a su lado.

Se miraron sin comprender qué había pasado, pero ninguna se preocupó por ello. Estaban las dos allí y estaban juntas. Eso era lo que importaba. Bella quiso abrazarla, pero vio las muñecas sangrantes y su palidez. Le pidió que se arrodillara, rasgó su vestido y vendó ambas heridas.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó con voz temblorosa.

—Era la única forma… —Blancanieves tenía la voz débil, pero llena de vida —. Además, estaba todo controlado. Él impediría que llegara más lejos de no lograr mi objetivo.

Rolan. Bella lo comprendió. Por eso se había marchado del castillo. Por eso le vio a través del espejo en el lugar en el que Blancanieves había desaparecido momentos antes de llegar él. Él protegía a la princesa. La habría reanimado.

Bella, sin poder contener las lágrimas por la tensión contenida y por la emoción que la embargaba en aquel momento, pegó su frente a la de la princesa. Sus narices se rozaron y disfrutaron de ese poderoso contacto que hacía estremecer a cada una y envolvía sus corazones en un cálido abrazo. Sus labios se fueron acercando, luchando por disminuir la distancia que los separaba, ansiando beber del otro, ansiando saborear un manjar nunca antes probado y que

prometía ser mejor que la mismísima ambrosía. Mas cuando apenas llegaron a rozarse, unos pasos soberbios y una voz capaz de congelar el fuego detuvieron el momento.

—Has vuelto, querida hija.

# CAPÍTULO 41

Cuando los rayos de sol acariciaron su oscuro rostro, la joven princesa no abrió los ojos. Quería disfrutar de aquella sensación que la embargaba.

Después de que la reina las descubriera en su torre, la mujer las dejó marchar sin decir una sola palabra. Y aunque ello solo podía significar la calma antes de la tormenta, ambas muchachas se echaron a reír cuando estuvieron lejos de su alcance. Blancanieves sentía tanto alivio por haber escapado del mundo de los muertos que en ese momento sentía que cualquier otro problema era insignificante.

Bella la había acompañado a su habitación y se empeñó en esperarla hasta que la princesa saliera de un merecido baño. Sin embargo, cuando esta salió, descubrió a la doncella dormida sobre la cama. En lugar de llamar a algún sirviente para que se la llevara, Blancanieves se acostó junto a ella, le acarició el pelo y se dejó llevar a un profundo y tranquilo sueño.

Había superado la cuarta y última prueba. Había regresado del mundo de los muertos y ahora descansaba junto a alguien por quien su corazón latía con fuerza. La princesa abrió los ojos y se dio cuenta de algo. Sonreía. Desde que había despertado, una sonrisa había florecido en sus labios y no parecía dispuesta a abandonarla.

Pero ella no era la única que había descubierto esa sonrisa.

Alguien la observaba también.

A través de un espejo.

✳ ● ✳

La reina veía aquel reflejo con ira contenida.

Blancanieves no solo había superado cada una de las pruebas imposibles que le había impuesto, sino que había logrado regresar de un lugar del que era impensable volver: el mundo de los muertos. ¿Cómo? Era algo que se le escapaba. Tan solo ella, con la ayuda de sus manzanas, podía ir y venir a placer.

Cuando la vio arrodillada frente a aquella doncella y a su espejo tuvo que hacer todo lo posible por no montar en cólera. ¿Qué hacían allí? ¿Habría tenido el espejo algo que ver? Eso era imposible. Solo le obedecía a ella.

Resopló paseando por la sala de su torre.

Por si fuera poco, desde que *esa* doncella había llegado a palacio, Blancanieves había cambiado de actitud. Había empezado a valorar más a los que estaban por debajo de ellas, un grave insulto a su Majestad. Que su propia hijastra se mezclara con la plebe y hubiera comenzado a pensar cambios en la forma de gobierno no significaba nada bueno. Había pasado años instruyéndola, enseñándole que la realeza estaba muy por encima incluso de la nobleza. Que era su deber tomar decisiones que en primer lugar les beneficiaran a ellas, porque, si a ellas les faltaba algo, repercutiría en su reino.

Sus ojos volvieron a posarse en el espejo.

Y, además, Blancanieves había establecido un vínculo con esa doncella. Sí, ella podía apreciarlo claramente: lo veía como si un lazo fuerte y brillante las uniera. Sin duda, aquella era la peor de las afrentas.

No sabía qué le molestaba más.

La princesa con una vulgar sirvienta.

O la princesa con otra mujer.

No podía permitirlo. ¿Y si se enteraban los demás reinos? ¿Y si se enteraba el pueblo? La princesa de piel oscura coqueteaba con un ser inferior y de su mismo género. Sintió náuseas solo de pensarlo. Apretó tanto los nudillos que empalidecieron y las uñas desgarraron su piel.

—Debo calmarme.

Respiró hondo y ordenó al espejo que borrara aquella repulsiva imagen. A continuación, hizo lo único que lograba tranquilizarla.

Un denso humo negro cubrió parte de la superficie y unos ojos ámbar resplandecientes aparecieron, como tantas otras veces que ella lo requería.

—¿Qué deseáis, mi reina? —preguntó una cavernosa voz femenina.

Eso le gustaba. ¿Quién mejor que otra mujer para reconocer una verdad como la que estaba a punto de escuchar?

—Dime, ¿quién es en este reino la más hermosa?

El humo desapareció para mostrar una imagen que dejó a la soberana completamente helada. Ante sus ojos apareció la imagen de Blancanieves con esa vomitiva sonrisa.

—Vos, Majestad, erais la más bella del reino y más allá.

La mujer sonrió complacida, hasta que esta sonrisa se congeló en su rostro en cuanto fue consciente de que no era la misma frase de siempre.

—Mas Blancanieves ahora os supera en beldad. La princesa de ébano y nieve la mayor belleza del reino tiene.

La reina se echó hacia atrás, aterrada con estas palabras y esta imagen. Su espalda chocó con la mesa, que se inclinó, y un vaso cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¡Desaparece! —rugió al espejo.

Ya no pudo contener su ira. Arrancó las cortinas de seda. Tiró jarrones y figuras cuya única función era la decoración. Deshojó libros sin piedad. Gritó hasta quedarse sin voz, acompañada por varios truenos que se unieron a su rabia.

Se aferró a la mesa, respirando con dificultad.

Calma.

Debía mantener la calma.

Blancanieves no podía ser reina. Lo había intentado todo. Incluso, cuando llegó al reino, había sopesado utilizar la misma pócima que el rey Endimión y la reina Selene le administraban a su hijo desde niño; una pócima creada por ella misma que retrasaba su crecimiento, y, por lo tanto, prolongaría el reinado de sus progenitores. Mas no era una solución para siempre: llegaba un momento en que la pócima dejaba de hacer su efecto y el niño crecía. De hecho, pronto el príncipe Adrien crecería con normalidad. Y, por otro lado, estaba el padre de Blancanieves. Por aquel entonces habría sido muy sospechoso intentar algo así. Y cuando murió ya era tarde; la poción debía empezar a suministrarse a temprana edad.

Solo había una forma de impedir que Blancanieves fuera reina.

Mandó llamar al cazador.

El hombre llegó y se postró ante ella, mirando con disimulo el destrozo que inundaba la estancia y preguntándose si parte de esa ira caería sobre él. Jamás había pisado aquella torre. Siempre que la reina requería sus servicios se reunían

en la sala de los consejeros, ya que no se le daba ningún uso desde que el rey muriera y la nueva reina los despidiera a todos, alegando que no necesitaba de sus servicios, pues ella sola se bastaba para gobernar.

—Mi fiel cazador. Debemos atender un asunto de vital importancia.

Él levantó la mirada y esperó.

—Hemos perdido a la princesa.

Los ojos del muchacho se abrieron como platos, sorprendido. Ella había regresado sana y salva tras superar la última prueba, era noticia en todo el castillo.

La reina adivinó sus pensamientos.

—No es la misma que se fue. Pretende llevar el reino a la perdición. —Se acercó unos pasos y se colocó junto a la mesa de cristal, sobre la cual había un pequeño cofre de madera oscura y diamantes incrustados—. He visto vestigios de la muerte en sus ojos, vestigios del otro lado. Su alma no regresó con su cuerpo, y ahora coquetea con una vulgar doncella y desatiende los designios de nuestro pueblo. Si esto sale del castillo, si llega a oídos de cualquiera de los habitantes del Reino de la Manzana de Plata, me pedirán que se la entregue para torturarla, y yo no podré defenderla.

El cazador tragó saliva.

—¿Qué deseáis, mi reina? —preguntó con voz neutra.

—Llevadla a lo más profundo del bosque, lejos de los ojos del reino. Dadle una muerte rápida y digna. Y para demostrar que has cumplido tu misión —cogió la caja—, en este cofre me traerás su corazón.

# Tercera parte

## La princesa y el cazador



# Capítulo 42

Una sonrisa que no podía borrar coloreaba el rostro de Bella desde que se había levantado en la habitación de la princesa. No había encontrado a Blancanieves, pero sí una flor sobre la almohada: una rosa, la misma que Bella le regaló. Le bastó para saber que, aunque la princesa no estaba, esa rosa la representaba. Habría acudido a atender sus obligaciones. Lo mismo que debía hacer ella, que se apresuró por los pasillos hacia el comedor.

Allí ya estaban desayunando todas las sirvientas. Al verla llegar, algunas cuchichearon mirando en su dirección. Bella las obvió. Nada iba a estropearle el día. Absolutamente nada.

Fue la última en terminar. La encargada de recoger la mesa resopló varias veces de mala manera, metiendo prisa a la doncella. Bella se disculpó, bebió de su taza tragando con tanta rapidez que se atragantó y abandonó la sala tosiendo sin parar. Se dirigió hacia la sala de la corona, preparada para limpiarla con los utensilios y esa sonrisa que no había forma de borrar.

Y que no quería borrar.

Cuando llegó, se quedó parada en la puerta. Había una sirvienta haciendo el trabajo que ella se disponía a realizar.

—¿Qué…?

No fue capaz de finalizar la pregunta.

La otra muchacha se giró y sus mejillas se sonrojaron.

—La reina ha ordenado que me encargue de esta tarea. —Se encogió de hombros—. Pregunta a Angela.

Confusa, Bella dejó los objetos, se marchó de allí e hizo caso a la chica. La sonrisa dio paso a un gesto de duda.

Con indicaciones de varias sirvientas, encontró a Angela encargándose de seleccionar los vestidos de la reina que ya no servían y que debían ser sustituidos por otros. Al verla aparecer, soltó un suspiro con un deje molesto.

—La reina quiere que te encargues de la limpieza de las mazmorras.

La joven de cabellos castaños frunció el ceño sin comprender. La doncella mayor estiró uno de los vestidos sobre la cama endoselada negra, que ocupaba gran parte de la habitación real.

—Mira, no sé qué habrás hecho ni me importa. Pero más vale que hagas caso y dejes a un lado tu rebeldía antes de que salpique a alguna de nosotras.

—Pero yo… —trató de excusarse.

Angela levantó un dedo para hacerla callar mientras se alejaba y observaba la prenda.

—He dicho que no me importa. Ve a las cocinas, te darán lo necesario. Tendrás que permanecer allí abajo de sol a sol, por lo que no tendrás derecho más que al desayuno y la cena.

Bella se mordió el labio. ¿Habría descubierto la reina que de alguna forma había ayudado a Blancanieves a regresar del otro lado? Agachó la cabeza. Lo que más le dolía no era el hecho de tener que pasar el día en las mazmorras de palacio ni perderse una comida. Era alejarse del espejo, su única ventana al mundo exterior, a su familia.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó levantando la mirada con las lágrimas contenidas.

—Hasta que termines.

Con un movimiento de su mano, Angela le ordenó que se marchara.

Bella salió y se quedó en el pasillo, apoyada en la pared con la respiración agitada. Pensó en Blancanieves y ello la reconfortó. Podría ir a verla por la noche, cuando terminara de cenar y se hubiera adecentado. Sonrió. Sí, era una buena recompensa tras un duro día de limpieza sin descanso en lo más profundo del castillo.

Siguió las directrices de Angela y, tras preguntar a los guardias, encontró el camino a las mazmorras. Apenas se fijó en nada… tan solo en soportar el castigo que le había sido impuesto.

Tras una puerta de madera con una pequeña reja en la parte superior había cinco escalones que daban a un largo pasillo, únicamente iluminado por antorchas colgadas a izquierda y derecha, entre las cuales se abrían espacios con barrotes: las celdas. Avanzó sin prestar demasiada atención hasta el final,

creyendo que encontraría una pared, mas no fue así: halló un recodo arqueado con otros cinco escalones que conducían a un nuevo pasillo exactamente igual que el anterior. Suspiró. Dos niveles de celdas hasta arriba de suciedad. Iba a ser una tarea tediosa y larga…

Sacudió la cabeza.

«Lo haré y todo volverá a la normalidad», se dijo para darse ánimos.

Sin embargo, mientras avanzaba hacia el final del pasillo, halló un nuevo recodo y cinco nuevos escalones que descendían hasta un tercer nivel de la prisión.

Ella siempre tenía esperanzas difíciles de apagar, mas en esos momentos sentía que la llama estaba a punto de extinguirse.

Descendió cogiendo aire y pensando en cosas positivas: en Blancanieves, en volver a ver a su familia a través del espejo… Y por fin encontró el final. Una pared maciza la aguardaba al otro lado del silencioso corredor. A su derecha, una celda con barrotes. A su izquierda, otra. Dejó todo lo que llevaba y puso los brazos en jarras, examinando sus instrumentos de limpieza. Junto a ellos vio un cántaro de barro volcado sobre el suelo. Sus ojos se movieron hacia el calabozo de su derecha y, con horror, vio un esqueleto humano, pequeño, cuyos brazos sobresalían entre los barrotes como si tratara de alcanzar la jarra.

Presa de tan aterradora imagen, se alejó hasta que desapareció de su vista. Apoyó su cuerpo en las gélidas barras de otra de las celdas y cerró los ojos, respirando hondo.

Unas frías y fuertes manos rodearon su cuello.

# Capítulo 43

Le habría gustado esperar a que la doncella despertara, pero tenía asuntos que atender antes del desayuno. No quería tener una discusión con la reina por descuidar sus deberes reales. Dejó la rosa sobre la almohada, junto a la dulce cara de Bella, y se las quedó mirando a ambas, embobada. Incluso cuando dormía, la doncella desprendía un brillo especial. Blancanieves se inclinó y permitió que sus labios acariciaran la mejilla de la joven, quien sonrió en sueños al sentir el contacto, o eso quiso pensar la princesa, que se demoró en separarse.

Se acicaló y, antes de salir, echó una última mirada a la joven durmiente. Le gustó lo que sus ojos vieron: su cama ocupada por una preciosa muchacha y una rosa, acariciadas por el sol, que no hacía sino mejorar aquella imagen. Un sueño, eso era lo que parecía. Un sueño del que Blancanieves no quería despertar. Y, por un momento, se permitió volar, imaginar que, algún día, cuando fuera reina, despertaría cada día junto a Bella, ella le sonreiría y juntas iniciarían un nuevo día de su reinado.

¿Podría llegar a ser real?

Deseó con todas sus fuerzas que así fuera, antes de salir y dejar atrás sus sueños.

Ya en su despacho, Blancanieves revisaba varios documentos urgentes, algunos de los cuales contenían varios desahucios de familias granjeras, cuyas propiedades pasarían a pertenecer a la realeza y en las cuales se instalarían soldados fieles a la reina. La joven leyó uno tras otro sin firmar. Suspiró y se recostó sobre la silla, preguntándose una y otra vez si era lo correcto. Cada vez con más frecuencia, las dudas se instalaban en su cabeza y danzaban con sus ideales impuestos hasta convertirlos en débiles recuerdos de humo.

Alguien interrumpió el baile llamando a la puerta.

—Adelante.

Se sorprendió cuando vio a Rolan. Cerró con cuidado tras de sí, hizo una reverencia y se acercó hasta la mesa. La princesa le invitó a tomar asiento, pero él declinó el ofrecimiento. Ella le observó, esperando lo que tuviera que decir. Ya se le veía mayor, aunque no había perdido la energía y fuerza que le caracterizaban. No le extrañaba que fuera el mayor confidente de su padre. Siempre le había sido fiel y, una vez muerto, pasó a serlo de la reina y a cuidar de Blancanieves hasta convertirse en un segundo padre. Las canas ocupaban gran parte de su cabello corto al igual que su barba, perfectamente recortada. En tiempos del rey solía vestir una cota de malla cómoda que mezclaba el dorado y el azul. Ahora su uniforme era negro, como el del resto de los soldados, con detalles en oro destacando su rango y una capa escarlata.

—Princesa, no tenemos mucho tiempo. Debéis huir de palacio.

Por un momento, Blancanieves se olvidó de respirar. Entonces, soltó una sonora carcajada.

—No deberías gastarme esas bromas con el estómago vacío.

El hombre se acercó y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Alteza, esto no es ninguna broma. La reina ha ordenado que el cazador os dé muerte.

La joven tuvo el impulso de reír de nuevo, mas la seriedad del capitán se lo impidió. Se aclaró la garganta, que de repente notó seca.

—¿Por qué iba a querer mi muerte?

—El poder la ha corrompido hasta límites inimaginables.

Blancanieves se levantó y negó con la cabeza, dándole la espalda mientras miraba a través de la ventana cómo el sol se abría paso por los jardines.

—Hablaré con ella.

Escuchó cómo él resoplaba.

—¿Para qué? Si lo hacéis, su rostro será lo último que veáis en vida.

—No. —Le miró—. Ella me crio cuando murió mi padre. Estás equivocado. Es mi madre —afirmó con decisión.

—Madrastra.

—¡Es lo mismo! Ha estado a mi lado, me ha instruido en el camino a la corona. ¿Por qué iba a hacerlo si no…?

El capitán se atrevió a salvar la distancia que los separaba rodeando el escritorio y la cogió de los hombros.

—¿De verdad creéis que os impulsaría a huir si tuviera la más mínima duda? Princesa, vuestra madrastra quiere ver vuestra sangre derramada. Ahora que sois toda una mujer, sois un estorbo en su camino al poder y la belleza.

Blancanieves se llevó la mano al pecho y sintió cómo su corazón cabalgaba desbocado en su interior. La cabeza le daba mil vueltas y tuvo que apoyarse sobre él, el único sustento que ahora le quedaba.

—Pero… Si le ha enviado a él… No podré escapar… Él… yo… Nosotros ya no…

La llegada de su madrastra lo había cambiado todo entre ellos. Poco a poco, el cazador se separó de ella para convertirse en quien siempre había querido: el cazador real. Pero no uno cualquiera; él era el mejor. Conseguía todo lo que la malvada reina le exigía. Nunca fallaba en su misión. Y lo más importante: nunca erraba un tiro. A pesar de ello, Blancanieves siempre había creído entrever que todavía quedaba algo entre ellos, los posos de su amistad sobrevivían en su interior. ¿Acaso no la había ayudado con la segunda prueba? ¿O había sido por mera diversión que dar a su reina?

Le miró con ojos brillantes y se vio reflejada en los iris verdes de él. Pudo percibir cómo el corazón del hombre se rompía y no tuvo ninguna duda: decía la verdad. Su madrastra quería su muerte.

—Yo me encargaré. Ahora debéis marchar. Ya lo he dispuesto todo.

Se abrazó a él, llorando. ¿Cómo se había derrumbado su mundo de repente? Al despertar todo fluía: Bella estaba a su lado, había superado Las Pruebas de la Reina, su madrastra iba a coronarla… ¿Qué broma macabra era aquella?

Con el mayor de los sigilos, el capitán la condujo hacia los establos, donde un mozo aguardaba con su yegua preparada con varias bolsas colgadas de la silla.

—¿A dónde iré?

—Lo más lejos que podáis de este reino. Allí donde nadie os conozca, estaréis a salvo.

No había nadie en las puertas del castillo. Se encontraban abiertas. La princesa supo que Rolan se las había arreglado para que su marcha quedara en el más absoluto de los secretos.

—¿Cómo te lo puedo agradecer?

Cogió su mano, ansiando sentir por última vez el calor de la única familia que le quedaba. Él se la apretó con firmeza y le devolvió la mirada.

—Sobrevivid, princesa. Y cuando las cosas mejoren, reclamad lo que es vuestro.

Ella asintió en una promesa silenciosa.

—Dile a Bella que… Dile… —No le salían las palabras. Soltó un suspiro y miró el palacio—. Dile que lo siento. Y que haga todo cuanto la reina le ordene. Así estará a salvo. —Sus ojos volvieron a posarse en los de él—. Protégela, por favor. Y ten cuidado también tú.

Salió de los dominios del castillo y se permitió mirar atrás una última vez antes de espolear a su caballo. Se dio cuenta enseguida de lo que dejaba atrás; ni el calor de palacio ni las riquezas inaccesibles.

No.

Dejaba atrás una parte de sí misma escondida en los pasillos, esperando su regreso.

Y dejaba un pedazo de su corazón en manos de la persona que se lo había robado.

# Capítulo 44

Bella luchaba por zafarse de aquella robusta mano, que no parecía tener intención de soltarla, aunque tampoco hacía fuerza para estrangularla. Cuando lo consiguió, sospechó que aquella persona había decidido soltarla. Cayó a cuatro patas y se llevó la mano a la garganta, tosiendo para recuperar el aliento que había dejado atrás.

Se atrevió a mirar al dueño de la mano. La luz de las antorchas le mostró un pelo oscuro que parecía ceniza a causa del polvo. Una mirada marrón cansada y altiva. Labios finos y agrietados. Una cota de malla que quizás una vez había sido de un tono blanco, o eso supuso por los escasos resquicios limpios que asomaban, mas ahora era gris apagado. Una capa roja a su espalda yacía deshilachada y sujeta a su musculoso cuello por un broche negro que enseguida reconoció.

Él se levantó e hizo una reverencia burlona acompañada de una sonrisa.

—¿Qué hacéis vos aquí? —acertó a decir la joven.

—¿Te parece un saludo adecuado ante un príncipe? ¿Dónde ha quedado el respeto? Ah, claro. —Miró alrededor con tristeza—. Las tornas han cambiado, ¿verdad? Ahora no soy más que un vulgar prisionero.

Bella se frotó la frente, pensativa. Lo último que sabía, de boca de otras doncellas, era que el príncipe se había marchado con su séquito.

—¿Quién sois en realidad? —inquirió cruzándose de brazos. No estaba dispuesta a dejarse engañar.

El joven sonrió con suficiencia. Levantó la barbilla con gesto altivo y le respondió con otra pregunta:

—¿Quién crees que soy?

—Como habéis dicho antes, un vulgar prisionero… que intenta engañarme.

Él puso los ojos en blanco y suspiró con impaciencia. La joven se encogió de hombros y dio un paso hacia sus utensilios de limpieza.

—La reina os habrá asegurado que me marché, pero aquí estoy. —Extendió los brazos—. Mi broche lo demuestra. Sé que lo has reconocido.

—Puede ser robado —objetó ella.

—¿Eso crees?

Bella no respondió.

—Acércate y compruébalo por ti misma.

La doncella dudó. ¿Y si volvía a apresarla y esta vez acababa con ella de verdad? El muchacho pareció leer sus pensamientos. Sonrió y se quitó la capa, que lanzó a través de los barrotes. Bella la miró confusa.

—Adelante, coge el broche.

Hizo lo que le pedía, mas en cuanto sus manos tocaron la delicada pieza, una quemazón se apoderó de sus dedos, que retiró con un gemido de dolor. En sus yemas brilló una luz anaranjada que se extinguió dejando un escozor tras de sí.

—Como ves, nadie que no tenga mi sangre, es decir, la sangre real que recorre mis venas, puede tocarlo.

Bella se frotó la zona dolorida.

—¿Y qué hacéis aquí?

Él puso los ojos en blanco.

—Quitarme de en medio. ¿No está claro?

—¿Por qué?

El príncipe resopló desesperado. Se llevó las manos a la espalda y paseó por la celda, echando miradas exasperadas a la muchacha.

—Entiendo que eres una mera doncella, pero podrías usar de vez en cuando ese cerebro de insecto que tienes en tu cabecita. ¡Siempre os lo tenemos que dar todo hecho! ¿Y luego pedís igualdad? ¡Ja!

—«Una mera doncella» que ahora mismo es vuestra única esperanza —replicó ella irguiéndose para hacerse valer.

—Si yo desaparezco, la reina no tendrá con quién casar a su hijastra por el momento y, por tanto, conservará la corona —explicó, ignorando las palabras de la joven.

—Pero la sometió a Las Pruebas de la Reina para darle acceso al trono. —Bella no estaba convencida de que fuera el motivo, ya que sostenía que habían sido una excusa para tratar de quitarse de en medio a Blancanieves; pero la

princesa las había superado, por lo que la reina no tenía más remedio que ceder la corona.

—Eso no ha sido más que una invención suya. ¿No lo entiendes? No existen Las Pruebas de la Reina. La Ley de los Reinos estipula que un príncipe o una princesa solo podrán ser coronados con un consorte.

Bella conocía aquella ley. Mas pensaba que podía haber excepciones. Siempre las había habido: reyes y reinas que habían gobernado sin estar prometidos siquiera.

—Esa harpía me engañó también a mí. Me hizo creer que me necesitaba para encontrar la Manzana de Plata.

—¿La Manzana de Plata?

El príncipe Varde resopló.

—El objeto mágico que protege este reino. La bruja lo quiere. Lo necesita para aumentar su poder y ¿por qué no? Su colección de manzanas.

Bella frunció el ceño ante esta revelación.

—¿Cómo sabéis vos de la existencia de esas manzanas?

—Porque las vi con mis magníficos ojos. —Bella tuvo que contenerse para no echarse a reír ante el gesto presumido que acompañó estas palabras—. Esa harpía me llevó a la torre del ala oeste y me hizo preguntar a un espejo por la Manzana de Plata. No sé qué esperaba que sucediera. Un espejo no tiene otra función que la de reflejar la hermosura que hay delante de él. —En esta ocasión, la muchacha puso los ojos en blanco—. Y después… desperté en este cuchitril. —Su expresión cambió a una que reflejó lo asqueado que se sentía por estar allí —. Así que ahora vas a sacarme de aquí. —El príncipe se agachó y estiró el brazo a través de los barrotes para recuperar su capa—. Y voy a recuperar lo que es mío.

La doncella sabía que lo que tenía delante de ella era otra de las muchas injusticias de la reina. Y por mucho que aquel engreído príncipe mereciera un buen escarmiento por su comportamiento, ese no era su lugar. Así que tuvo que armarse de valor cuando volvió a hablar, apartándose de su alcance.

—Me temo que eso no es posible, alteza.

Él terminó de ponerse la capa y la miró. Se frotó el oído.

—¿Cómo dices? Creo que no te he escuchado bien.

—No voy a sacaros de aquí.

El semblante del muchacho se enfrió.

—Espero que no estés hablando en serio, por tu bien.

—Soy la única, aparte de algunos soldados, con acceso a las mazmorras. Si escapáis, la reina sabrá enseguida quién ha sido la culpable.

El príncipe se agarró con tanta fuerza a los barrotes que los nudillos se le quedaron blancos.

—¿Vas a dejar que esa bruja se salga con la suya? Esto no solo me afecta a mí, criada; afecta a todo tu reino.

«Este no es mi reino».

—Pero mi familia seguirá a salvo.

Se alejó de él dejándole con la palabra en la boca y empezó su tarea, ignorando los gritos e insultos que profería el príncipe.

Bella era consciente de la situación, pero, si fallaba a la reina, fallaba a su familia. Y ellos eran lo que más le importaba.

# Capítulo 45

Tras cabalgar durante horas sin descanso, se detuvo para darle tregua a su montura. Ambos necesitaban abastecerse, especialmente ella, que no había llegado a desayunar. A través de las hojas de los árboles pudo apreciar la caída de la tarde. No sabía cuánto le quedaba para dejar atrás el Bosque de la Primavera Eterna, pero calculaba que no debía ser mucho. Apoyó la espalda en un tronco y se dejó caer con una de las bolsas sobre su regazo, mientras el caballo se alimentaba de lo que pillaba a su alrededor.

Sacó un bollo blanco que todavía estaba templado. Su dulce olor llegó hasta sus fosas nasales y aspiró con gusto. No tardó en invadirla la nostalgia. Partió el bollo por la mitad y descubrió su interior beis esponjoso. La boca se le hizo agua. Le dio un primer mordisco y disfrutó de aquel manjar, preguntándose cuándo podría volver a saborear esos bollos.

Cerró los ojos mientras comía y respiraba hondo, tratando de ordenar sus pensamientos. Mas era difícil con una imagen invadiendo su mente como un aterrador presagio: el cazador. No sabía cuánto tiempo podría conseguirle el soldado, pero sí sabía que nada escapaba de él. Todo el reino lo sabía. Si la reina mandaba al cazador, su presa podía darse por perdida. Jamás fallaba. Cuando él disparaba una flecha, esta siempre atravesaba un corazón.

Ambos habían prometido ser fieles a la reina. Ambos habían jurado lealtad y, a pesar de ello, su madrastra la quería muerta.

Muerta a manos de quien una vez formó parte de su vida como sus padres.

Su mente viajó…

Recordó…

Y unas risas chillonas la despertaron, sobresaltándola. Se había quedado dormida sin darse cuenta. Buscó su caballo. Seguía a su lado, descansando. Sus ojos se alzaron y buscaron el sol. No debía de haber pasado mucho tiempo, algo que la alivió. No quería perder más del necesario.

Escuchó de nuevo las voces. Todas femeninas. Gritaban y reían. Y un murmullo masculino…

Se levantó silenciosa, sacó su daga y, sin soltar la bolsa de comida, se acercó al sonido. Antes de que sus ojos vieran nada, llegó a sus oídos un chapoteo juguetón. ¿Agua? No había ningún río ni lago donde ella se encontraba. Examinó los alrededores. Estaba segura de que no se había equivocado de dirección; el capitán se lo había dejado muy claro. Debía abandonar el sendero principal y caminar bosque a través en dirección noroeste, con el sol a sus espaldas.

Se escondió tras un amplio tronco y observó la escena que tenía lugar a varios metros de ella. Había un hombre desnudo a la orilla de una laguna cristalina cuyas aguas resplandecían por la luz del sol. Aunque más bien parecían ellas iluminar el claro y no el astro. Alrededor de él, algunas nadando y otras recostadas a su lado, vio a varias mujeres de corta estatura cuyas partes íntimas estaban tapadas con… ¿agua? Blancanieves frunció el ceño. Sí, agua era lo que usaban por ropa. Sus orejas eran puntiagudas y sus cabellos variaban entre el blanco y el azul con diferentes tonalidades. Su piel era blanca e iban descalzas fuera del agua. Dentro, sus cuerpos brillaban con un azul intenso que parecía querer hacer sombra al propio sol.

—Yo… tengo que irme ya… —decía el hombre.

Se le veía cómodo con todas las atenciones que estaba recibiendo; su cuerpo lo delataba.

—¿No quieres quedarte a jugar un poco más? —preguntó una con melodiosa voz, acariciando sus muslos y subiendo lentamente.

—Yo… —Soltó un gemido placentero.

Una voz ajena a las del claro se alzó entre las copas de los árboles. Las mujeres se apartaron de él, que se incorporó recobrando la cordura.

—Mi familia me busca, debo volver.

Como respuesta recibió varias risas traviesas.

—¡Claro que sí!

—Pero antes…

—… ¡debes encontrar tu ropa!

—La hemos escondido por el bosque.

Rojo de vergüenza, el campesino se perdió entre los árboles en dirección contraria a la que estaba la princesa. Ellas se reunieron sobre las aguas y, tras aparecer alas acuáticas a sus espaldas, salieron volando en pos del hombre entre risas cargadas de diversión.

«Oceánides», se dijo Blancanieves una vez que se quedó sola.

Seres acuáticos, de buen corazón, pero muy traviesos. Nunca había tenido oportunidad de verlas, tan solo de escuchar historias acerca de ellas. De cómo jugaban con hombres y mujeres por puro placer y luego se entretenían con ellos escondiendo sus pertenencias por el bosque o jugando a un escondite en el que ellas eran las protagonistas. También era cierto que ayudaban a aquellos que se perdían a encontrar el camino de vuelta, aunque en muchas ocasiones tras divertirse a su manera.

Sin darse apenas cuenta, Blancanieves se encontró a las orillas de la laguna. En cuanto las oceánides terminaran su juego, volverían y desaparecerían con el agua para aparecer en otro lugar del Bosque de la Primavera Eterna y buscar una nueva víctima para sus juegos.

Miró el lugar por el que habían desaparecido. ¿Cuánto tardarían en volver? Quizás dependiera de la paciencia del hombre. O de su nivel de cordura. Solían llevar al objeto de su diversión hasta el límite. O quizás no siempre fuera así. En cualquier caso, podían volver en cualquier momento.

La princesa no pensó en lo que hacía. Llevada por una fuerza invisible, una voz en su cabeza que la apremiaba a hacerlo, guardó su daga y sacó de la bolsa un frasco lleno de leche. Se la bebió de un trago y se agachó junto a las aguas, que ahora permanecían tranquilas. Sintió un tacto que distaba mucho de lo que era el agua que ella siempre había conocido. Mas no se detuvo a admirarlo; simplemente sumergió bien el frasco y, una vez lleno, lo sacó y guardó de nuevo.

Echó una última mirada al lugar. Se respiraba magia, pura y traviesa, blanca y alegre.

Blancanieves se alejó, montó sobre su caballo blanco y cabalgó hasta bien entrada la noche, rezando por no encontrarse con el hombre ni las oceánides en su camino. Quizás tuvieran buen corazón, pero ¿qué pasaría si descubrían que alguien había robado su agua?

# Capítulo 46

El cansancio pudo con ella esa noche. Las manos le escocían del agua fría y de frotar sin descanso. Ni siquiera tuvo las fuerzas suficientes para ir en busca de Blancanieves, aunque fuera para desearle las buenas noches.

«Por la mañana», se prometió cerrando los ojos sobre la almohada.

En cuanto escuchó cómo sus compañeras de habitación se ponían en marcha, Bella se levantó y se vistió. Miró con una sonrisa la manzana que descansaba sobre su mesilla y, atropellando a las otras doncellas, que la miraron con disgusto, salió corriendo de la habitación. Quería ver a la princesa antes del desayuno y le daba igual que no le diera tiempo de comer algo antes de bajar a trabajar. Ver su sonrisa sería suficiente para soportarlo.

Llamó a la puerta de los aposentos de Blancanieves y esperó con impaciencia. Cambiaba el peso de una pierna a otra y miraba hacia uno y otro lado del corredor vacío. Volvió a llamar. No recibió respuesta. ¿Estaría dormida? Podría abrir con cuidado y comprobarlo, solo por asegurarse; mas, cuando por fin se envalentonó, Angela apareció por una de las esquinas con ropa de cama sobre sus brazos. Se detuvo en seco al verla.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería… —Bella no supo explicar su presencia allí.

Angela la miró y sus ojos pasaron enseguida a la puerta de la princesa.

—Deberías ir a desayunar si no quieres desfallecer hoy.

Posó la mano en el pomo de la puerta y Bella colocó la suya sobre su antebrazo.

—Dile que he venido, por favor.

La otra doncella asintió con un suspiro y abrió para entrar. Las prendas perdieron el equilibro que mantenían sobre su brazo y se desparramaron por el suelo. Angela soltó un improperio antes de agacharse a recogerlo todo, con la ayuda de Bella, que no se lo pensó dos veces. La doncella apreció varios

mechones que escapaban del recogido de la mujer, algunos blancos. Angela, al darse cuenta de su mirada, dejó enseguida lo que estaba haciendo y rehízo su peinado, de tal forma que esos mechones quedaban ocultos. Bella adivinó al momento que Angela tendría que haber abandonado el castillo hacía tiempo, pues una arruga o un único pelo blanco era símbolo de vejez y, por tanto, debilidad (en opinión de la reina). Se levantaron al mismo tiempo, mirándose la una a la otra. La joven comprendió que Angela solo podía tener un motivo para querer quedarse allí el máximo tiempo posible: fuera no la esperaba nada… ni nadie.

Se compadeció de ella. Ahora comprendía muchas cosas. Que se hubiera sentido reemplazada y amenazada por su presencia desde que llegara al castillo. La mujer no quería perder lo único que tenía.

Bella le mostró una sonrisa de cariño. Una de esas sonrisas que lo dicen todo. Le decía que la entendía. Le decía que la perdonaba. Y le decía que no la delataría.

Angela asintió y entró en los aposentos de la princesa. Bella intentó otear el interior, pero no le dio tiempo de ver nada.

Encaminó sus pasos tristes hacia el comedor, donde el desayuno llegaba a su fin. A pesar de no sentir hambre, se obligó a comer algo por poco que fuera, consciente de que hasta la noche su estómago no recibiría nada. Sin embargo, cuando nadie la miraba, guardó bajo el vestido un bollo pálido e insípido. Daba energías, por eso todos los sirvientes del castillo lo desayunaban: para que su trabajo no se viera afectado por una debilidad alimenticia. Bella incluso estaba segura de que contenían algún tipo de magia, porque a pesar del cansancio que pudiera invadirlos, su energía no disminuía. Tras haber trabajado en persona en la torre de la reina, sus sospechas estaban casi confirmadas.

En cuanto se hizo con los utensilios de limpieza, dirigió sus pasos a las mazmorras. Miraba con ansia a cada persona que se cruzaba, deseando que fuera Blancanieves. Mas supuso que debía de estar muy ocupada en sus tareas reales como para andar de paseo por palacio. Como para preocuparse por ella.

Una gran desazón la sobrevino, mezclada con confusión y dudas. Algo había pasado entre ellas, estaba segura. Y si la reina no las hubiera interrumpido aquella noche… Sus mejillas se sonrojaron al recordarlo. Durmieron juntas y,

por la mañana… La princesa había desaparecido. ¿Se arrepentiría de todo? ¿De haberse dejado llevar? ¿De verse con una sirvienta?

Apartó estos pensamientos de sí y se centró en frotar las paredes con el cepillo, cuyas cerdas habían perdido su fuerza y la obligaban a emplearse a fondo para sacar toda la suciedad. El agua fría del cubo, con un potente jabón, goteaba entre sus dedos, recorriendo sus muñecas y colándose por las mangas de su vestido. Le escocía, especialmente en las manos, donde se estaban reabriendo heridas del día anterior y alguna ampolla nacía por el roce constante.

Cuando estaba limpiando la celda vacía que había frente a la del príncipe, se fijó en la comida intacta de este y le miró, deteniendo su tarea.

—¿No coméis?

A la luz de las antorchas, le vio sentado junto a los barrotes con la mirada perdida frente a sí.

—Debo racionar la única comida que se me da.

Los ojos de ella se posaron en el trozo de carne seca y salada, el mendrugo de pan duro y una jarra a medio llenar de agua. Suspiró y sacó el bollo blanco, que dejó junto a la escasa comida del prisionero. Él la miró con desdén.

—¿Crees que necesito tu caridad?

Bella volvió a su trabajo, dándole la espalda.

—Podéis comeroslo o podéis dejarlo a merced de las ratas. La decisión es vuestra.

Al poco, y con una sonrisa triunfal en sus labios, la doncella le escuchó comer.

—Una vulgar sirvienta compadeciéndose de mí. Lo que me faltaba —espetó él masticando con placer aquel insípido manjar.

—Una vulgar sirvienta con más dignidad que vos, me atrevería a decir.

El príncipe iba a responder, pero fue interrumpido por un soldado.

—La reina ha ordenado que nos presentemos en la sala del trono de inmediato.

Bella dejó lo que tenía entre manos y se marchó sin mirar atrás.

La sala estaba abarrotada, no solo de los sirvientes del castillo, sino de nobles y campesinos que susurraban intrigados, preguntándose el motivo por el que habían sido llamados. La doncella se abrió paso entre ellos hasta colocarse junto a Angela y la escena que vio le hizo fruncir el ceño; la reina estaba sentada en el

trono rodeada por tres sirvientas. Lloraba ruidosamente y se pasaba un pañuelo negro para secar las lágrimas que salían de sus ojos.

—La princesa… —Las palabras murieron en sus labios. Sollozó antes de continuar. Bella tembló. ¿Qué le pasaba a Blancanieves?—. La princesa ha sido secuestrada.

Gritos de sorpresa, incredulidad e ira nacieron en cada rincón de la sala. La boca de la doncella se abrió y Angela se llevó las manos al pecho.

—Hace días recibimos la visita de un príncipe que pidió su mano. —Hizo una pausa—. Pero como mi querida Blancanieves no aceptaba ser su esposa, me negué a tal petición… —Un gemido lastimero muy exagerado—. No puedo casar a mi querida Blancanieves con alguien a quien ella no desea. —Miró a los presentes a los ojos—. El príncipe partió, mas al poco regresó… y se la llevó con él en contra de su voluntad. Envié soldados que lo confirmaran y solo uno regresó malherido… —Se levantó, secó sus últimas lágrimas y su rostro se enfrió—. ¡Su reino nos ha declarado la guerra!

Varios gritos se unieron al suyo y muchos de los presentes alzando sus puños clamando venganza por el secuestro de su princesa.

Bella, sin embargo, se había quedado lívida. No acababa de comprender la situación.

El príncipe estaba encerrado en las mazmorras y solo ella y algunos soldados lo sabían. La doncella entendió que la malvada reina tenía gran influencia sobre muchos de los habitantes del castillo si estos estaban dispuestos a guardar su secreto y mentir por ella. Incluso sobre ella misma, al tenerla amenazada con sus seres queridos. La soberana no sabía de la familia de Bella, pero con la ayuda de su espejo podría descubrirlo en menos de un parpadeo. Así que la doncella no podía revelar lo que sabía. Y ya no solo por proteger a su familia. Miró a su alrededor. ¿Quién no era leal a la reina? ¿En quién se podía confiar?

Y lo más importante, ¿dónde estaba Blancanieves?

# CAPÍTULO 47

Había intentado quedarse despierta durante la noche por todos los medios, pero el sueño había logrado vencerla.

Despertó antes del amanecer. Había escogido una irregularidad del terreno donde las raíces de los árboles sobresalían formando una pequeña cueva rodeada de arbustos. Allí, ella y su caballo pasaron desapercibidos de lo que acechara en el Bosque de la Primavera Eterna.

Se desperezó y se levantó estirando bien las piernas. Dio de comer a su montura y cogió las riendas para guiarla en la semioscuridad de la noche, rota por las lunas, que se convirtieron en sus guías a través de los árboles, cuyas sombras parecían vigilarlos.

No habían caminado mucho cuando se encontró con una luz no muy lejana, azulada, que la invitaba a acercarse. Le gustaría descubrir qué era, mas enseguida escuchó las palabras del soldado en su cabeza:

«Lo más hermoso puede ser también lo más peligroso».

Prefirió dar un rodeo aunque ello retrasara su salida del bosque. Era mejor prevenir. Sin embargo, cuando la luz desapareció a sus espaldas y se sintió segura, a los pocos pasos, frente a sí, volvió a verla. Se quedó extrañada. Habría jurado que había cambiado de dirección. Miró la posición de las lunas y lo confirmó.

—Quizás el bosque me esté confundiendo…

Optó por volver a cambiar su dirección, aunque el rodeo fuera mayor, teniendo que retroceder para luego avanzar. Agarró las riendas de su caballo y respiró hondo intentando mantener la calma.

Pero cuando se volvieron a alejar de la luz, esta reapareció delante de ellos.

—No puede ser… —musitó.

El corazón empezó a latirle de forma tan alocada que pensó que estallaría en cualquier momento. Se llevó la mano libre al pecho para impedírselo. Miró hacia

atrás, hacia la oscuridad que los rodeaba. ¿Volvería a pasar si cambiaba el rumbo? Se debatía entre intentarlo una vez más, quedarse allí y esperar el amanecer o avanzar y enfrentarse a la luz.

*Acércate, princesa.*

Se quedó sin respiración. Una voz cantarina penetró en cada uno de sus sentidos, que lucharon contra su razón. Hasta que se armó de valor, sacó la daga y siguió su dirección. No tenía más remedio que luchar contra ello, ya que no podía huir.

Jamás habría esperado lo que encontró al avanzar varios metros: una laguna resplandeciente, como la que había visto por la tarde. Se le cortó la respiración. ¿Era ella la nueva víctima de las oceánides? ¿Jugarían con ella hasta desesperarla? Ató las riendas en una rama y, sigilosa, se acercó, ocultándose entre la vegetación. Vio a una mujer de cabello blanco paseando sobre las aguas que subían y bajaban alrededor de su cuerpo, tapando sus zonas más íntimas. Sus ojos celestes se clavaron en la princesa escondida, quien se sintió estúpida al momento. Salió de su escondite y se acercó a la orilla.

—Sé por qué estáis aquí —canturreó con un burbujeo.

Blancanieves prefirió no responder. La oceánide se acercó a ella.

—Ello no excusa vuestro acto.

La princesa tragó saliva. Sabía muy bien a qué acto se refería.

—¿Creíais que no nos enteraríamos? Todo lo que sucede en este bosque llega a nuestra laguna, princesa.

—Lo siento…

—Volátiles palabras… —Hizo un delicado gesto de la mano—. Sin embargo, podemos arreglarlo.

—Os devolveré lo que os robé.

La princesa se giró, pero la oceánide la detuvo con su dulce voz.

—Eso ya de nada sirve, princesa. Vos habéis robado nuestro secreto, y queremos algo a cambio.

Blancanieves volvió a mirarla, aguardando su petición.

—Un secreto por otro es lo justo, ¿no creéis?

Varias oceánides la rodearon, empuñando armas hechas solo de agua, pero que prometían ser letales.

—¿Qué queréis saber? —Ladeó la cabeza con los ojos entrecerrados.

El cielo empezaba a clarear y la luz de la laguna perdía fuerza.

—El mayor secreto del Reino de la Manzana de Plata. Contádnoslo y os dejaremos marchar, princesa.

La joven tragó saliva. Le pedía la ubicación del objeto mágico del reino: la Manzana de Plata. Un secreto que jamás debía ser revelado, pues de caer en las manos equivocadas, el tesoro podía ser terriblemente destructor.

La oceánide se acercó más, mirándola amenazante. Una daga acuosa se materializó en su mano y la colocó en el cuello de la princesa, que le devolvió una mirada llena de terror al sentir la fría arma contra su piel.

Tuvo que hacer acopio de toda su valentía para contestar, siendo consciente de que la respuesta conllevaría terribles consecuencias para sí misma.

—No puedo desvelar un secreto real que no me concierne solo a mí, sino a todos mis antepasados. Un secreto que, de ser revelado, sería fatal. Hallar la Manzana de Plata podría suponer el fin para quien se oponga a su portador.

La oceánide la miró unos instantes más mientras sus hermanas se alejaron de ellas danzando sobre las aguas. Rio. Blancanieves esperó lo que viniera sin moverse. Cuando la mujer retiró la daga, le dedicó una amplia sonrisa.

—Habéis demostrado ser capaz de guardar un gran secreto aun a costa de vuestra vida, princesa. —Se inclinó ante ella—. Mis hermanas y yo os dejaremos marchar con nuestro secreto.

Las oceánides la reverenciaron para luego desaparecer tal y como habían llegado. La mujer de cabellos blancos se dirigió danzando hacia el centro, hizo un gesto de despedida y se sumergió con delicadeza. La laguna desapareció y Blancanieves se quedó sola, respirando agitadamente, pero con una sensación de alivio en su interior.

# Capítulo 48

Ni siquiera era consciente de cómo había regresado a las mazmorras. De repente, estaba allí, y sus manos, guiadas por una fuerza invisible, limpiaban sin descanso. Ella estaba allí, mas su cabeza estaba lejos, muy lejos: en la reciente reunión que acababa de presenciar. ¿Qué pretendía la reina? ¿Dónde estaba la princesa? Se había atrevido a preguntar a doncellas y soldados y todos le habían dado la misma respuesta: Blancanieves había sido secuestrada por el príncipe.

Una voz pugnaba por interrumpir sus pensamientos, aunque sin éxito. Ni siquiera estaba segura de reconocerla. Era una voz masculina, arrogante.

Bella no la escuchaba. No podía dejar de darle vueltas a todo, e incluso llegó un momento en que tuvo que detenerse y respirar hondo a causa del mareo. No estaba segura de si por tener el estómago vacío o por darle tantas vueltas a la cabeza.

Miró a su alrededor. Le quedaba poco en aquella parte de las mazmorras. Al día siguiente terminaría y subiría una planta. Un paso más hacia sus antiguas tareas y que sus manos —se las miró con pesar— pudieran sanar, si sus otros quehaceres se lo permitían. ¿Recuperaría el trabajo de limpiar la torre de la reina?

Algo golpeó su cabeza y se giró, molesta.

El príncipe le había lanzado una piedrecita para llamar su atención.

—¿Se puede saber en qué estás pensando?

—¿Qué quieres? —espetó, perdiendo el respeto por aquel hombre.

—A mí no me hables así.

Ella se levantó y se acercó a la celda con los brazos en jarras.

—¿Por qué debería mostrar respeto por alguien que no lo tiene?

El príncipe puso los ojos en blanco.

—Yo soy de la realeza. Tú eres inferior. ¿Te basta esta explicación? —Se levantó también, se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

Por la suciedad de su cara, su pelo enmarañado y sus ropas ajadas, parecía un mendigo. Pero Bella se lo guardó para sí. No era justo: él no tenía la culpa de encontrarse en aquellas condiciones.

—¿Qué es lo que más os importa en el mundo? —inquirió la joven.

Esta pregunta pareció descolocarle, y se apartó varios pasos de los barrotes con el ceño fruncido. Abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Bella sonrió.

—Alteza, si no sabéis responder a esa pregunta, bien poco merecéis respeto.

Durante las horas siguientes, el silencio los inundó. Ella trató de enfocar toda su atención en borrar la suciedad del suelo y las paredes, mas su cabeza no se concentraba.

Otra vez una voz masculina.

—¿Qué te preocupa?

Se giró, molesta.

Le extrañó que el príncipe mostrara interés por ella. Supuso que era por mero aburrimiento. Se había sentado con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Mordisqueaba su mendrugo de pan duro y la miraba a través de su prisión.

Bella no respondió enseguida. Se planteó si contarle la verdad. Surgió un debate en su interior con los pros y los contras de hacerlo. Él estaba allí encerrado, ¿qué más le daba saberlo o no? Sería causarle mayor sufrimiento e impotencia por no poder hacer nada. Por otro lado, había sido apresado injustamente y acusado de un falso delito. Y esto consiguió que Bella le compadeciera.

—La reina ha anunciado hoy que la princesa Blancanieves ha sido secuestrada.

Esperó a ver su reacción.

Él abrió mucho los ojos y se acercó a los barrotes, olvidando su cena a un lado. Aferró el frío metal.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha osado cometer semejante atrocidad?

La doncella casi sonrió por su cambio de actitud.

—La reina os ha acusado a vos.

Los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas. Su boca se abrió de par en par y de ella salieron sonidos incomprensibles. Se llevó las manos a las sienes

y las masajeó, cerrando los ojos, asimilando esta información.

—¿La reina ha dicho que yo he secuestrado a la princesa del Reino de la Manzana de Plata?

Abrió los ojos y vio que Bella respondía con un asentimiento de cabeza y el rostro sombrío.

—Espero que lo hayas desmentido.

Ella desvió la mirada.

—Nadie sabe que estáis aquí, salvo ella y varios soldados de su máxima confianza. ¿Qué creéis que hubiera pasado si hubiera alzado la voz acusando a la reina de engaños?

—¡Eso me importa una mierda! ¡Tienes que decir la verdad!

Bella se alejó dos pasos de él y le miró dolida.

—Solo pensáis en vos. No sois capaz de ver más allá.

—¿Qué se supone que debo ver, eh? Mi honor ha sido mancillado y no hay mayor delito que ese.

La sirvienta negó con la cabeza y volvió a su tarea. ¿Cómo explicarle que si delataba a la reina se jugaba la vida de su propia familia? Las cosas no eran sencillas. Nada lo era. Ella quería hacer justicia, pero no sabía cómo hacerlo sin poner en riesgo a los suyos. Debía tener a la reina contenta, pues, si era expulsada del castillo, el duende iría contra su familia por romper el trato. Y la propia reina lo haría, si osaba hablar más de la cuenta.

Muy dentro de sí también quería ayudar a ese pobre desdichado, pues nadie merecía lo que le estaba pasando; ni siquiera él, a pesar del trato que brindaba a todo el que considerara inferior. Por otro lado, creía que no le vendría mal pasar allí una temporada y aprender que no todo era como él pensaba. Suspiró. Encontraría la forma de ayudarle sin perjudicar a su familia.

Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para ignorar los insultos del príncipe el resto de la tarde. Casi no se lo creyó cuando llegó la hora de cenar. Hambrienta y aliviada se marchó de allí lo más rápido posible y, en el comedor, devoró su comida como si no hubiera un mañana. Fue la primera en terminar y retirarse.

A pesar de que su cuerpo le pedía ir a su habitación y tumbarse en la cama por fin, sus pies y su cabeza se compenetraron para llevarla al ala oeste, a la torre de

la reina. Necesitaba preguntarle al espejo por Blancanieves.

El pasillo estaba vacío, salvo por las armaduras que parecían vigilarla. Bella avanzó varios pasos y, de repente, se detuvo en seco. Volvió a mirar las armaduras. Le resultó curioso ver cómo todas tenían sus cabezas giradas hacia ella. Nunca se había fijado en ello… o quizás nunca había pasado. Un escalofrío recorrió su espalda. Observó la puerta a varios metros de sí. Solo un poco más y la alcanzaría, y podría hallar las respuestas a sus preguntas.

Pero…

Otro escalofrío.

Algo no iba bien.

Algo había cambiado.

De nuevo sus ojos examinaron las armaduras.

Bella volvió sobre sus pasos con la certeza de que había algo o alguien vigilándola, a pesar de estar en un corredor vacío y en el más absoluto de los silencios.

# CAPÍTULO 49

Le llevó toda la mañana y parte de la tarde dejar atrás el bosque. Una inmensa ladera roja y amarilla por el otoño la saludó. La princesa se colocó la capa y echó hacia delante su capucha, más por discreción que por el frío que arreciaba fuera del abrigo del bosque mágico.

Desmontó para dar un respiro a su caballo y juntos avanzaron con calma hasta encontrar el camino. Permitió al jamelgo pastar mientras ella se sentaba en una piedra y miraba los carteles.




Había llegado a un cruce de cuatro caminos con destinos muy diferentes, y no sabía cuál escoger. ¿Dónde podría encontrar su lugar? Y más importante todavía: ¿dónde podría encontrar ayuda para regresar y reclamar *su* corona?

Suspiró con pesar. Miró hacia atrás, a todo aquello que había dejado, y el rostro de Bella se materializó en su mente. Había huido sin oportunidad de despedirse de ella, sin oportunidad de darle explicación alguna. La había dejado a merced de su terrible madrastra. Pero había creído que era lo mejor, ya que a ella la perseguía el cazador. ¿Y si también daba muerte a Bella? No se lo perdonaría.

Sonidos de pisadas llegaron a sus oídos. Se levantó presurosa y fue junto a su caballo, dispuesta a huir si era necesario. Por el camino que venía de Camelot y Locksley llegaban tres figuras. ¿Mercaderes, quizás?

La princesa ladeó la cabeza cuando los viandantes acortaron la distancia y pudo distinguirlos. Eran cuatro en total, solo que una de las figuras iba sobre otra. Se trataba de un gato, un perro, un burro, y un gallo posado sobre la cabeza de este. Blancanieves alzó una ceja, pero no se movió, atenta a tan curiosa escena. Los animales hablaban y reían despreocupados, hasta que la vieron y se detuvieron.

—¡Saludos! —dijo el burro.

La joven no se atrevió a hablar. No estaba segura de si por miedo o sorpresa.

—¿Qué hace una joven sola por aquí? —preguntó el perro esta vez.

—Solo soy una viajera.

Se miraron unos a otros.

El gato se acercó dando alegres saltitos y se plantó delante de ella.

—¡Nosotros vamos al Reino de la Aurora a ofrecer nuestros servicios! ¿Por qué no te unes a nuestro viaje? Cinco son mejor que uno, ¿no crees?

Sus compañeros se mostraron de acuerdo. El caballo de Blancanieves resopló.

—Perdón, ¡perdón! Seis son mejor que dos —rectificó el gato, y el jamelgo agitó la cabeza conforme.

Blancanieves miró hacia el Bosque de la Primavera Eterna. Allí no podía volver, y viajar en compañía le parecía buena opción, aunque fuera tan extravagante como aquella.

Aceptó con un asentimiento de cabeza.

—¡En marcha! —gritó el gallo, señalando el camino que debían tomar.

Así, Blancanieves se unió a unos compañeros de viaje que, si bien hablaron poco o nada de sí mismos durante el camino, no dejaron de narrar sus aventuras desde que viajaban juntos.

Al caer la noche, se apartaron del camino y cada uno desapareció en busca de su comida, salvo la princesa y su montura, quien pastó mientras su dueña sacaba alimento de sus bolsas y pensaba si había hecho bien aceptando viajar con aquellos animales.

# Capítulo 50

Encontró al príncipe dormido cuando volvió a las mazmorras. Al principio sintió alivio y se dedicó a lo suyo, mas, con el pasar de las horas, se dio cuenta de que no le agradaba tanto el silencio que la envolvía. Resultaba irónico que echara de menos la arrogancia del principito.

En un pequeño descanso, se acercó a la celda y dejó un nuevo bollo que había guardado del desayuno. Luego siguió limpiando hasta que se dio cuenta de que por fin había terminado aquella planta. Respiró aliviada. Todavía le quedaban dos, pero ya se había quitado de encima una gran parte. Había logrado cumplirlo sin ningún problema.

Se miró las manos. Estaban en carne viva. Suspiró. Bueno, sin ningún problema salvo las heridas de sus manos. Había probado a vendarlas y trabajar así, pero el roce y la humedad las habían empeorado.

—¿Ya te vas? ¿Me abandonas?

—Tengo responsabilidades que atender.

—Responsabilidades…

Le vio humedecerse los labios y echar la cabeza hacia atrás.

—Qué sabrás tú de responsabilidades.

Bella perdió el control; se plantó frente a él y le espetó:

—Al igual que vos, tengo dignidad, tengo honor y tengo sentimientos. Y mi responsabilidad va mucho más allá de lo que vuestros ojos reales son capaces de ver, alteza. Porque no sois capaz de tener otra visión que no sea la vuestra propia; no sois capaz de concebir la realidad tal y como es, sino como vos queréis verla. Una realidad en la que todo el mundo está para atenderos y en la que no servimos más que para eso, y donde vuestra única preocupación es hacer suspirar a las damas de la corte. Considero una injusticia que estéis aquí encerrado y seáis acusado de un delito que no habéis cometido, pero quizás os venga bien para abrir los ojos de una vez y daros cuenta de cómo es el mundo en

el que vivís, para gobernar un día pensando en vuestro reino y no en qué ropa debéis poneros para pasear.

La doncella recogió todo y se marchó. Le temblaban las piernas; lo notó nada más salir de allí y tuvo que apoyarse en la pared. El soldado que hacía guardia en la entrada de las mazmorras la miró, evaluando si debía ayudarla.

Bella era consciente de lo que acababa de hacer. Si el príncipe salía un día de prisión, le haría pagar su impertinencia. Mas había sido inevitable. Necesitaba una buena bofetada y, ya que el propio cautiverio no había sido suficiente, quizás sus palabras y su nueva soledad le hicieran ver las cosas. Confiaba en ello, o, más bien, quería confiar.

Le dolían tanto las manos que ni siquiera se presentó a la cena. Solo quería tumbarse, cerrar los ojos y que el dolor desapareciera. No tenía fuerzas ni para intentar acceder al espejo. Ya lo haría al día siguiente.

Angela entró en su habitación, acercó un taburete de madera a su cama y colocó una jofaina sobre la mesa, junto a la manzana. Salía humo de un líquido blanco verdoso viscoso desagradable. Otra doncella entró con una bandeja que llevaba un plato de verduras y un vaso de agua. La colocó en una cama libre y se fue.

—Siéntate —le ordenó Angela.

Bella obedeció. La mujer sacó varias vendas de un bolsillo de su vestido y las dejó a un lado. Cogió las manos de la joven y las hundió en la sustancia. Bella tuvo que cerrar los ojos al notar el escozor.

—No vas a cambiar, ¿verdad?

La muchacha abrió los ojos, sorprendida.

—No puedo cambiar quien soy…

Angela suspiró. Giró las manos de la chica dentro de la jofaina.

—¿Sabes por qué a mi avanzada edad sigo aquí?

Bella negó con la cabeza, ansiosa por conocer la historia de aquella doncella.

—Tenía mis principios y quería luchar por los mismos ideales que tú. Me revelaba a pesar de los castigos. Hasta que comprendí que no conseguiría nada… tan solo fastidiar a los demás sirvientes del castillo, que tenían que cargar con mis *tonterías*. —Hizo hincapié en esta palabra. Sacó las manos de Bella y empezó a vendarlas mientras ella la miraba sin perderse palabra—. Acabé siendo

como las demás doncellas: dedicada a mis quehaceres y contando los días que me quedaban para ser libre fuera de los muros de este castillo. Mas un día me enamoré. —Esta confesión pilló por sorpresa a la muchacha, que soltó un leve gemido—. Era uno de los mozos de cuadra. Y me quedé embarazada…. —Una lágrima nació en su ojo derecho—. La reina me mandó llamar. Me dijo que en ese estado no podría cumplir con mis obligaciones. Que había desobedecido sus órdenes y que debía pagar por ello. Me arrodillé ante ella y le rogué piedad. Me dijo que expulsaría al mozo y que, cuando naciera mi bebé, ella se quedaría con él. Quise negarme, pero me dijo que, si no aceptaba, mataría a mi amado y me encerraría por siempre. —A Bella se le encogió el corazón. Angela había tenido que elegir entre su bebé y la vida de aquel a quien amaba—. Pero cuando di a luz… —Sollozó. Terminó de vendar con sumo cuidado las manos de la joven, pero no las soltó—. Mi bebé nació muerto. Ni siquiera pude verlo… —Se hizo un rato de silencio, hasta que la mujer logró recomponerse—. Cuando quedaba poco para mi libertad, la reina me envió a por polvo de dragón. Aproveché y busqué al mozo del que seguía enamorada. Quería contarle lo que había pasado con nuestro hijo, recibir su cariño y apoyo. Pero cuando le encontré… vi que ya tenía su propia familia. A mí me había olvidado. —Una lágrima se atrevió a escapar de sus ojos—. Por eso sigo aquí. Porque no me queda nada por lo que vivir. Esto —extendió uno de sus brazos— es lo único que tengo.

—Podías haber empezado de cero en otro lugar. —No comprendía cómo Angela había podido quedarse allí, donde solo había recibido sufrimiento y había perdido su verdadero ser.

—Mi única opción ahí fuera es la mendicidad. Mejor verme privada de mi libertad que pasar el resto de mis días mendigando por un mísero pedazo de pan mohoso. —Se encogió de hombros—. La reina malvada no es tan malvada.

Sus palabras horrorizaron a Bella quien envolvió sus manos y la obligó a mirarla.

—Blancanieves no ha sido secuestrada, Angela.

La doncella abrió mucho los ojos.

—¿Qué estás diciendo?

—Hemos sido engañados para llevarnos a una guerra sin sentido. El príncipe es un prisionero en las mazmorras de palacio. Nunca se marchó.

Angela entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Y dónde está entonces la princesa?

Bella agachó la cabeza, abatida.

—No lo sé…

—¡Esto es el colmo! —Se levantó, furiosa—. Te curo, me abro a ti y lo que recibo es una muestra de traición a mí y a mi reina. —Cogió la jofaina y la miró por última vez—. Espero que sepas mantener tu boca cerrada y no inventar esas mentiras si no quieres tener problemas más serios de los que has tenido hasta ahora.

Y se marchó, dejando a una Bella confundida y preocupada.

# CAPÍTULO 51

—¿Puedo preguntaros algo?

Blancanieves nunca se había considerado una persona curiosa en exceso, pero no dejaba de llamarle la atención que un burro, un perro, un gato y un gallo se hubieran hecho amigos y viajaran juntos.

—¡Maúlla por esa boquita! —le respondió el gato, que trotaba haciendo zigzag por el camino.

—¿Cómo os conocisteis?

Los cuatro amigos se miraron y fue el burro quien inició la narración.

—Yo antes trabajaba para un molinero, cargando sacos de un lado a otro. Sin embargo, llegó el día en que las fuerzas me abandonaron y no cumplía bien con mi trabajo. Mi dueño pensó que privándome de la comida me esforzaría más. No comprendía que simplemente había envejecido y ya no tenía la misma fuerza que antes. Así que decidí marcharme. Había oído hablar de una ciudad llamada Bremen y pensé que allí podría dedicarme a lo que más me gusta: la música. En el camino me encontré con él —señaló al perro con el hocico.

—Yo era un perro de caza. Era el mejor —explicó el can con añoranza—. Y como era el mejor, me rodeaban de cuanto necesitara. Pero, como él, me hice mayor y dejé de correr como antes. Mi dueño, al verme convertido en un inútil, me privó de todo y planeó matarme. Por eso me escapé. Burro me habló de sus intenciones y pensé que sería interesante unirme a él, acompañando el laúd que él comprará con el bombo que yo compraré. Y en el camino nos encontramos con él. —Señaló al gato.

Este, antes de empezar con su historia, trepó al burro para quedar a una mayor altura ante los ojos de la princesa. Se puso a dos patas y se llevó una a la frente mientras con la otra gesticulaba con dramatismo.

—Yo, un gato con pedigrí y perteneciente a una renombrada familia caza ratones, era famoso en toda la ciudad por mi audacia, mi porte, mi agilidad y mis

bigotes. Ningún ratón se me podía escapar. Ningún mísero roedor me ha burlado jamás. Las gatas más coloridas me cortejaban allí donde iba. Los humanos me ofrecían sus mejores pescados y hasta los perros se arrodillaban a mi paso. Mas un día de oscuras nubes, un rayo cayó a mi vera mientras dormitaba en mi alféizar favorito. Aquel fue el comienzo de mi maldición. Los ratones se hicieron más rápidos y listos que yo y los humanos ya no me contrataban, sino que pedían los servicios de otros gatos, que se pavoneaban delante de mí como si fueran los dueños de la ciudad. Las gatas los perseguían y me miraban con desdén, y los perros me gruñían. La maldición del rayo destrozó mi vida.

—¿No será que te hiciste mayor como ellos? —inquirió Blancanieves con perspicacia.

El burro y el perro se miraron, conteniendo una risilla. El gato los miró con indiferencia, se aclaró la garganta y continuó:

—Yo sigo en la flor de mis bigotes, jovencita. Podría demostrarlo ahora mismo retándoos a todos a una carrera y dejando atrás hasta a tu vulgar potrillo. —El animal inclinó su cabeza hacia el felino y resopló con furia. El gato no se dejó amedrentar, se aclaró la garganta y siguió—. Mas debo terminar mi historia: mi dueña, al ver que ya no cumplía y estaba todo el día ronroneando y tumbado junto al fuego, decidió poner fin a mi existencia con sus propias manos y diligencia. Mi agilidad, como ya sabéis que poseo, me permitió huir de tan fatal destino, hasta que encontré a mis nuevos amigos en el camino. Y dada mi gran voz nocturna, acompañaré sus instrumentos hasta la llegada de la luz diurna.

Terminó su relato con las patas delanteras extendidas, los ojos cerrados y la cabeza inclinada, como si fuera un artista esperando un aplauso que nunca llegó. El gallo interrumpió el silencio:

—Siempre he cumplido con mi cometido anunciando el nuevo día. Pero una mañana, mi ama se enteró de que recibiría visita para la hora de la comida y ordenó a la cocinera que me cortara la cabeza y me echara al puchero. Escapé y, en el camino, los encontré. Cuando lleguemos a Bremen elegiré el mejor instrumento para mí y mis plumas.

La princesa había quedado maravillada. Cómo la desgracia que había acechado a cada uno los había unido hasta hacerse buenos amigos.

—¿Y qué hacéis por aquí? Bremen está muy lejos, en otra dirección.

—Recientemente ha llegado a nuestros oídos que el Reino de la Aurora se ha dormido —explicó el perro—. Queremos ofrecer nuestros servicios musicales para despertar a todo el reino.

# CAPÍTULO 52

Aunque seguía con las manos vendadas, despertó con un gran alivio en ellas.

—Me ha dicho Angela que te diga que las mantengas así hasta la noche —le dijo su compañera de habitación antes de salir.

Bella la siguió hasta el comedor. Quiso agradecérselo a la doncella mayor, mas esta se había sentado al otro lado, bien lejos de ella, y en ningún momento le dirigió la mirada. La muchacha se sintió culpable por haberla ofendido. No había sido su intención. Tan solo quería hacerle ver que la reina malvada era llamada así por una razón. Y precisamente Angela debería saberlo mejor que nadie.

El tema que inundó el desayuno no fue otro que el secuestro de Blancanieves. Bella tuvo que contener el impulso de contar lo que sabía. Angela no había querido creerla y ni siquiera se había molestado por comprobarlo. ¿Tanta influencia tenía la reina sobre los habitantes del castillo? ¿Cómo era posible?

Porque todos le tenían miedo, así que nadie osaba dudar de sus palabras.

La joven se dirigió a las cocinas a coger los habituales utensilios de limpieza y se encaminó hacia las mazmorras. Pasó delante de varias ventanas que dejaban entrar la brillante luz del sol y miró con envidia a quienes podían disfrutarla, aunque fuera trabajando. Ella debía sumergirse en una oscuridad únicamente rota por un fuego que, si bien aportaba la luz suficiente, no transmitía la calidez que debería. Las mazmorras estaban frías, alejadas de toda vida.

Intentó ser positiva. Ese día empezaba con la segunda planta. Estuvo tentada de visitar al príncipe antes de empezar con su trabajo, mas, al llegar al final, donde empezaría su quehacer, se encontró con un nuevo guardia apostado. La miró ceñudo, pero no le dijo nada, y Bella supo que estaba allí para impedirle el paso. ¿A ella o a algún curioso? ¿Habría dicho algo Angela de su conversación? ¿Se lo habría dicho a la reina? El soldado le hizo un gesto y descendió hasta la tercera planta. Parecía haberla esperado para que fuera consciente de que, aunque no le viera, estaba allí y no la dejaría pasar.

Bella suspiró y empezó a trabajar.

Las dos primeras celdas le llevaron toda la mañana y gran parte de la tarde. Cuando llegó a las siguientes, quiso gritar de sorpresa, pero su voz se quedó atrapada en algún rincón de su garganta.

En una de las celdas había cojines, comida en abundancia, juegos y, lo más importante: un niño acurrucado con un libro de dibujos entre las manos, cuyas páginas pasaba lentamente.

¿Cómo no lo había visto antes, cada vez que había pasado por allí? Se respondió a sí misma: iba tan ensimismada pensando en sus cosas, que apenas se había fijado en cuanto la rodeaba.

—¿Qué haces *tú* aquí?

Él se giró y la miró con interés.

—Vivo aquí —respondió encogiéndose de hombros.

Bella le miró estupefacta.

—¿Cómo puedes vivir aquí?

—El mundo exterior es malo. Aquí estoy a salvo.

La doncella estaba atónita. Ni siquiera sabía qué decir.

—¿La reina malvada te mantiene prisionero?

El niño dejó a un lado el libro y se levantó para mirarla. Tenía el pelo oscuro que le tapaba las orejas, unos ojos castaños y un rostro pecoso. Lucía un cuerpo rollizo, seguramente por la comida y el hecho de no salir nunca de allí. Bella no le echaba más de siete u ocho años.

—¿Malvada? Ella me salvó la vida. Y me protege. No deja que ningún monstruo entre aquí. Ni una mujer mala que quiere hacerme daño.

—No deberías estar aquí… solo… —musitó.

—No estoy solo. —Volvió a encogerse de hombros y señaló con la cabeza hacia la celda que quedaba de espaldas a la joven.

Esta se giró mientras el niño perdía interés y volvía al libro de dibujos.

Al principio, Bella no distinguió nada, pero en cuanto sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad de la celda y se acercó, vio una figura oscura en ella. También disponía de ciertas comodidades, pero más estropeadas que las que había en la del niño.

—Hola, jovencita —la saludó una voz femenina, seguida de una tos seca.

Una anciana.
Un niño y una anciana estaban encerrados en las mazmorras del castillo.

# Capítulo 53

A lo largo de la jornada, Blancanieves les hizo innumerables preguntas con afán de saber más sobre aquel curioso grupo que la había acogido con las patas, los cascos y las alas abiertas. Le habían preguntado y habían aceptado su versión de campesina que buscaba un nuevo hogar. Le habían ofrecido irse con ellos, y la princesa había estado tentada de aceptar.

Ya se veía en el horizonte una línea verde que indicaba el comienzo del Bosque del Esmeralda Perpetuo, del Reino de la Aurora. Se preguntaba cómo lo hallarían tras lo que le habían contado.

—¿Cómo os enterasteis de que el reino está dormido?

Caminaba junto a ellos llevando las riendas de su caballo y acariciando su testuz de vez en cuando. A ratos, el gato saltaba del perro al burro y al jamelgo, provocándolo sin cesar. En esta ocasión, el caballo estaba preparado: levantó sus patas traseras y el felino salió escopetado hacia delante, cayendo sobre el camino y arrastrándose varios metros por el impulso. Todos rieron salvo la princesa, que se limitó a sonreír con discreción.

—¿Estás bien? —inquirió.

El gato se levantó de forma teatral, emitiendo gemidos que intentó disimular, y se sacudió.

—Estoy perfectamente, querida.

—Eso te pasa por pesado —le recriminó el gallo sin dejar de reír.

—Bah.

El gato ocupó de nuevo su sitio en el lomo del burro, detrás del gallo, y se colocó sobre dos patas. Sus amigos pusieron los ojos en blanco, pero Blancanieves le miró con interés.

—Las noticias vuelan, jovencita. Así fue como nos enteramos. Era una noche oscura y tormentosa….

—En realidad era por la tarde —apuntó el perro sin mirarle.

—… yo me hallaba haciendo guardia para sorprender a aquellos delincuentes que se atrevieran a acercarse a nosotros para…

—En realidad tú dormías a pata suelta. Era yo quien vigilaba —le interrumpió el gallo.

El felino se cruzó de brazos.

—Bueno, ¿me dejáis contarlo a mi manera?

Nuevas risas, esta vez acompañadas de las de Blancanieves.

El gato se aclaró la garganta y prosiguió.

—La noticia atravesó viento y marea hasta llegar a nosotros. En ella, decía que una bruja de la lejana tierra de Oz había partido en busca de un reino donde establecer su hogar. Pero allí no fue bien recibida; ni siquiera fue invitada cuando nació la princesa y todo el reino acudió al castillo con presentes para la pequeña. Ahora, todos yacen en un profundo sueño en el Reino de la Aurora. Y la bruja controla sus sueños, oculta en lo más profundo del Bosque del Esmeralda Perpetuo, vigilando que ningún osado príncipe se atreva a romper el hechizo.

Blancanieves tragó saliva.

—¿Y vosotros tenéis pensado entrar en el reino sin más?

—No deberías hacer caso de la mitad de lo que dice —le explicó el perro a la joven colocándose a su lado mientras trotaba moviendo el rabo.

—Es cierto que una bruja lanzó una maldición sobre todo el reino, pero no se sabe nada más —comentó el burro.

El felino puso los ojos en blanco.

—Cómo os gusta destruir la magia de mis historias. ¡Además, no me la he inventado!

—La noticia no decía eso —terció el gallo.

—Vale, vale. —El gato agitó la garra—. Pero me lo dijo la anciana.

Sus amigos estallaron en carcajadas que la princesa no comprendió.

—¡Era real! —se defendió el felino.

—¿Quién? —se interesó Blancanieves.

—Tiene unos sueños de lo más fantasiosos —le restó importancia el burro.

Pero el gato sabía que había captado la atención de la muchacha, así que respondió, encantado, haciendo uso de sus dotes teatrales:

—Una noche vi a una anciana convertir una calabaza en carroza y unos ratones en caballos para viajar. Ella me lo contó. Me advirtió sobre la bruja de Oz si íbamos hacia el Reino de la Aurora. Quise advertirlos y les propuse cambiar el rumbo e ir a Bremen directamente. No me gustan las brujas. Esclavizan a los gatos. —Se lamió las patas delanteras y se frotó las orejas, ronroneando—. Yo nací para ser atendido con los mejores cuidados.

Carcajadas.

Blancanieves no estaba segura de si unirse a ellas. ¿Y si el felino tenía razón? ¿Y si era peligroso adentrarse en el Reino de la Aurora?

—¡Mirad! —gritó el gallo.

Se giraron, dando la espalda al Bosque del Esmeralda Perpetuo, y dirigieron sus ojos al cielo despejado. Algo amarillento se dirigía hacia ellos volando. Blancanieves hizo visera con las manos y descubrió que se trataba de un pedazo de papiro. Lo cogió en cuanto lo tuvo al alcance y lo leyó, quedándose lívida.

—¿Qué pone? —preguntó el burro.

El gallo se lo arrebató.

—Dice que la princesa Blancanieves del Reino de la Manzana de Plata ha sido secuestrada por el príncipe de un reino muy, muy lejano. Y dice que la reina malvada le ha declarado la guerra.

# CAPÍTULO 54

La anciana pasó toda la mañana dormida emitiendo suaves ronquidos mientras el niño se dedicaba a dibujar sin prestar atención a la doncella que limpiaba las celdas contiguas. Su trabajo allí terminaría pronto, pues aparte de las celdas ocupadas, las cercanas estaban considerablemente limpias.

Hizo su pequeño descanso a media tarde, cuando ya no podía más. Había querido trabajar sin parar para que le cundiera y acabar cuanto antes. Sentada en el interior de la celda contigua a la de la anciana, disfrutaba del bollo blanco imaginando que era uno de los que hacía Esmeralda en la tetería. Cerró los ojos y se imaginó allí, tomando el té y leyendo con Rubí. Sonrió al sentir la calidez y los recuerdos invadiéndola. Incluso los olores la embargaron.

Unos pasos rompieron el encantamiento. Unos pasos altivos y poderosos que reconoció al instante. La reina se acercaba. Se pegó a la pared, como si pudiera fundirse con ella, y se mantuvo en las sombras, rezando por que la mujer no la viera o, por lo menos, no le prestara atención.

La reina entró sola en aquella segunda planta, con una mirada fría y calculadora. Pasó por delante de Bella sin percatarse de su presencia, o fingiendo no hacerlo. La joven ni siquiera respiraba.

Se detuvo entre las celdas ocupadas y miró primero a la de la anciana. La doncella se dio cuenta de que hacía rato que los ronquidos habían dejado de escucharse. ¿Habría despertado? La vio a través de unos barrotes laterales. La vieja se irguió al ver a la reina, pero no se levantó ni le mostró ningún tipo de respeto.

—Hola, madre.

La sangre de Bella se congeló en sus venas cuando la soberana pronunció estas palabras sin un atisbo de cariño.

—No te veo muy bien hoy —respondió la ronca voz—. ¿Acaso alguien ha usurpado tu belleza?

La mandíbula de la reina se tensó.

—Un desliz sin importancia. Ya me he encargado de ello.

Bella frunció el ceño sin comprender de qué estaban hablando. La reina se giró y se agachó para ponerse a la altura del niño, que dedicó una sonrisa a la reina.

—¿Me has traído algo?

—Siempre lo hago. Pero antes, ya sabes lo que toca.

La malvada reina tendió a través de las barras de hierro una manzana pequeña, inmadura, de un rojo amarillento nada apetecible. La sirvienta prestó toda su atención desde donde estaba. El niño cogió una aguja de algún lugar y se pinchó un dedo, que posó sobre la manzana. La sangre del pequeño recorrió el fruto haciendo un camino en espiral hasta cubrirlo por completo. Luego, la sangre desapareció, dando paso a una manzana blanca de lo más atrayente.

—Muy bien, pequeño.

La reina la retiró y sacó un tren lleno de colores. El niño abrió los ojos con fascinación y alargó las manos hacia su nuevo juguete. Lo observó dándole mil vueltas y lo puso en el suelo. El tren empezó a moverse solo.

—¡Es mágico! ¿Qué es?

—Es nuestro pequeño secreto.

El niño sonrió feliz y se puso a jugar entre risas y gritos. Bella se preguntó cómo podía ser feliz un niño prisionero, hasta que comprendió que no había conocido nada más allá. Para él, esa era su realidad, y todo lo que había fuera era malvado. Un mundo de monstruos del que la reina le protegía. Pero ¿cuánto duraría eso? Ahora era pequeño, mas cuando creciera se haría preguntas…

La reina se incorporó, dio un mordisco a la manzana mientras echaba una última mirada a su prisionero, y se marchó ignorando a la anciana, que no había quitado los ojos de ella. De nuevo, la doncella contuvo la respiración como si ello pudiera hacerla invisible ante los ojos de la bruja. Siguió con la mirada cada paso de la mujer, apreciando cómo se hacía más pequeña y su rostro cambiaba… Bella parpadeó varias veces creyendo que el cansancio le estaba jugando una mala pasada. Pero no. La reina estaba cambiando. Se estaba convirtiendo en el niño.

Esperó un rato antes de moverse. Miró el lugar por el que la reina se había marchado, tratando de entender lo que acababa de ver. Y de escuchar. Se dirigió a la celda de la anciana y se sujetó a los barrotes, pues sus piernas temblaban y no estaba segura de cuánto más podrían sostenerla.

—¿Eres su madre?

No recibió respuesta.

—¿Por qué te tiene encerrada?

—Nos protege de los monstruos.

El niño continuaba jugando, pero había escuchado la pregunta de Bella.

La anciana estaba acurrucada con la mirada perdida en alguna parte de la celda. La doncella pensaba que no recibiría respuesta, así que agachó la cabeza y soltó el primer barrote.

—¿Quién sabe más de su propia hija que una madre?

Los ojos cansados de la anciana se clavaron en los suyos.

—¿Quién podría hacerla caer bajo su propio peso si no su madre? Ten cerca a tus enemigos.

Y tras esta misteriosa frase, la anciana se acurrucó y se giró, dándole la espalda a la doncella, que se quedó llena de preguntas. ¿Se odiaban? ¿Qué podría saber aquella mujer sobre la reina que pudiera destronarla?

Suspiró. Hablar con la mujer sería imposible. Miró de nuevo al niño y ladeó la cabeza, observándole jugar. Había algo en él que le resultaba familiar. Pero estaba segura de que era la primera vez que lo veía. Entonces recordó la historia de Angela y su hijo muerto. ¿Y si…?

Se tapó la boca con las manos.

No, no podía ser.

Aunque así fuera, no tenía forma de saberlo, y decírselo a Angela, darle esperanzas que luego resultaran falsas, sería muy cruel.

Bella no quería causarle mayor daño del que ya habitaba en su corazón.

# CAPÍTULO 55

Al atardecer alcanzaron el bosque. No tuvieron que adentrarse mucho para dar con un pueblo en el que reinaba el más absoluto de los silencios. Se detuvieron a varios pasos y lo observaron con cautela. Aquel silencio resultaba de lo más escalofriante. No se escuchaba siquiera el canto de un pájaro.

—Quizás debería ir alguien por delante a investigar… —propuso el gallo.

Se miraron unos a otros. Blancanieves iba a dar un paso adelante para ofrecerse, mas fue interrumpida por el gato, que dio un salto y se puso delante de todos a dos patas.

—No os preocupéis, yo me encargo.

Les dio la espalda, escrutó el lugar con sus ojos felinos y dijo:

—Creo que esta es una misión para el perro. Con su agudo olfato rastreará mejor si hay algún peligro.

La princesa alzó una ceja. Por un momento había llegado a creer que se había ofrecido a ir él mismo a investigar. Y estaba segura de que sus acompañantes habían pensado lo mismo.

El can soltó un gruñido, pero hizo caso y se adentró en el pueblo. Los demás le esperaron impacientes.

Un escalofrío recorrió la espalda de Blancanieves y terminó en su nuca, erizando su vello. Se giró y miró a sus espaldas; a los árboles de un verde tan intenso que daban nombre al bosque, al sol que empezaba a despedirse de los reinos.

«El cazador», se dijo.

No, había recorrido mucho camino. No había podido encontrarla tan pronto. No importaba lo bueno que fuera: era imposible. El capitán le había prometido que lo detendría todo lo que pudiese, y ella confiaba en su palabra.

—Todos están dormidos.

La voz del perro la sacó de sus preocupaciones. Se armaron de valor y siguieron sus pasos, adentrándose en el pueblo durmiente. Hallaron varias personas en mitad del camino, otras apoyadas en una fuente apagada, en sus casas o encima de caballos dormidos.

—¿No será peligroso que estemos aquí? —inquirió Blancanieves aferrando las riendas de su montura por miedo a que se quedara atrás y cayera bajo la maldición.

El burro se acercó a un hombre y le dio suavemente con su casco. No sucedió nada.

—La maldición debió de caer a la vez sobre todo el reino. No parece afectar a extranjeros.

—¿Seguro? —preguntó el gato bostezando con ruido excesivo—. A mí me está entrando mucho sueño…

—Tú siempre tienes sueño —repuso el gallo.

Y era verdad. Cuando no contaba historias fantasiosas se dedicaba a dormir sobre la grupa del caballo de la princesa. No se había hecho cargo de ninguna guardia nocturna más de dos minutos por quedarse dormido.

Siguieron avanzando hasta llegar a una plaza con una enorme fuente y lo que parecía ser el edificio principal. Se dispersaron, examinando los alrededores. Blancanieves se fijó en una estatua que había al pie de las escaleras del edificio. Se acercó a observarla. Le extrañó que la hubieran colocado allí, en medio, y no hubiera una placa diciendo quién era. Tenía una pose extraña: parecía que tenía intención de huir de algo que había tras él. Su rostro reflejaba terror.

Se giró. Vio cerca de él un carro sobre el que estaban sentados una mujer y un niño en su regazo. También eran de piedra. Se acercó. Los ojos de ella estaban fijos en la estatua del hombre mientras abrazaba con fuerza a su hijo, como si intentara protegerle de algo.

—Qué extraño… —musitó.

—Se quedaron dormidos en mitad de sus tareas —dijo el perro, acercándose sin fijarse en las estatuas—. Niños jugando, el herrero trabajando, el mercado con sus compras y ventas…

—Hasta este estaba escribiendo una poesía. —El gato miró un papel que sostenía un hombre de mediana edad. El animal bufó con disgusto—. Menos mal

que cayó la maldición sobre él, porque si alguien hubiera llegado a leer esto, no se duerme… ¡se desmaya de lo mal escrito que está!

Recibió miradas de reproche por parte de todos. La princesa se acercó curiosa y lo leyó:

*La pesadilla domina el reino durmiente*
*y no la romperá ni un acero candente.*
*Un beso puede ser la solución,*
*mas también traer la perdición.*
*Extranjero, no temas al bosque ni a la vereda,*
*pero ten cuidado con el canto de la rueca.*
*Si hallas el oro en tu camino,*
*la fría roca será tu destino.*

Blancanieves dio vueltas a estas palabras, pues le daba la impresión de que no se trataba de una simple poesía, sino que pretendían transmitir un mensaje.

Y solo cuando levantó la mirada y vio a sus nuevos amigos alrededor de una rueca de oro, su corazón lo comprendió y sus labios se abrieron en un grito de horror.

# CAPÍTULO 56

Bella no tuvo tiempo de despedirse del niño y la anciana. Cuando llegó a su puesto de trabajo, se encontró al guardia de la vez anterior custodiando la bajada a la segunda planta de las mazmorras. Eso significaba que había terminado su trabajo allí. Y aunque sintió una inmensa alegría y sonrió en cuanto le vio desaparecer escaleras abajo tras una silenciosa advertencia, también la invadió una gran frustración. Quería hacer algo por ellos. Por el niño, por la anciana, por el príncipe.

Pero ¿qué podía hacer una vulgar sirvienta como ella?

Angela no la había creído cuando le contó lo del príncipe y ni siquiera se había molestado en comprobarlo. ¿Por qué lo haría ahora?

Decidió no pensarlo por el momento. Se concentró en su trabajo, preparando las cosas. Sus manos estaban prácticamente curadas y ese día podría realizar las tareas sin los vendajes, algo que agradeció en silencio a la doncella mayor.

En cuanto se dio cuenta de lo limpia que estaba aquella planta, supo que terminaría ese mismo día si se aplicaba bien. Le motivó pensar que al día siguiente podría retomar sus tareas.

Podría volver al espejo.

Podría preguntarle por Blancanieves y volver a verla, aunque fuera a través del cristal. Sabría si estaba bien y si la necesitaba.

Paró de frotar y suspiró.

Necesitarla…

¿Por qué iba a necesitarla? La princesa era valiente, independiente y lista. Y aunque había salido sola de Las Pruebas de la Reina, Bella quería creer que ella había tenido algo que ver. Que, en cierta medida, la había ayudado, aunque fuera un poco.

En el primer piso las celdas estaban vacías, lo que hizo su labor algo monótona. Se había acostumbrado a encontrarse prisioneros que habían logrado

sorprenderla. Pero cuando llegó a la última estancia, halló a alguien que no solo no esperaba, sino que logró congelar hasta la última gota de sangre que corría por sus venas.

—¿Qué haces tú aquí?

El hombre de pelo cano estaba de pie, mirando hacia la pared como si fuera una ventana. Al escuchar su voz, se giró y la miró con fastidio. Bella apreció sus facciones cansadas y envejecidas.

—Eso mismo podría preguntarte yo, ¿no crees?

La doncella frunció el ceño.

—Eres un soldado veterano. No se me ocurre ningún motivo por el que la reina te encerraría.

Él soltó una carcajada irónica que retumbó por todo el lugar y provocó un escalofrío en ella. Se acercó a las rejas sin dejar de mirarla.

—¿Y qué te parece haber traicionado a la reina para proteger a la princesa?

La joven se olvidó de respirar.

—¿Pro… tegerla? ¿De quién?

—De la única persona capaz de encontrarla y arrebatarle su corazón. Llevo días protegiendo a Blancanieves de la flecha del cazador de la reina.

Bella dio unos pasos hacia atrás sin poder creer lo que estaba escuchando.

—La reina no…

—La reina ha ordenado que le traiga su corazón.

Se estremeció al escuchar estas palabras. No podía creer aquello.

—Me dijo que te transmitiera un mensaje: que lo siente. Y que obedezcas a la reina… por tu bien. Se preocupa por ti. Los ojos le brillaban cuando mencionó tu nombre. —Suspiró. Bella sintió una cálida emoción recorriendo cada parte de su ser—. Ayudé a Blancanieves a escapar y retrasé cuanto pude la marcha del cazador. Pero fui descubierto. Es cuestión de tiempo que la encuentre…, si no lo ha hecho ya.

# Capítulo 57

No llegó a tiempo. Todos, curiosos, tocaron la rueca y, ante los ojos de la joven princesa, el burro empezó a transformarse.

—Empiezo a encontrarme pesado… —comentó.

—¡Te estás convirtiendo en piedra! —exclamó el gallo.

El burro se miró y, en lugar de asustarse, sintió curiosidad.

—Vaya… ¿no es interesante?

Blancanieves se arrodilló junto a él tapándose la boca con las manos, pensando cómo detener aquella maldición.

El perro se puso encima del burro, buscando una forma de parar el hechizo, pero lo que sucedió fue que su amigo acabó convertido en piedra del todo y las patas del can empezaron a perder también su vida.

—Siempre estaremos juntos, compañero —logró decir antes de que su cara perdiera la luz.

El gato trepó encima de sus amigos, miró a la princesa y dijo:

—Cuenta nuestra historia.

—Recuérdanos como los músicos de Bremen que nunca llegamos a ser —finalizó el gallo, posándose sobre la cabeza del felino antes de convertirse también en piedra.

La joven se quedó quieta, mirándolos con lágrimas en los ojos, sin poder creer lo que acababa de pasar. Posó la mano en ellos y sintió el frío, la ausencia de vida. Sollozó, impotente.

—Ellos no lo merecían… —Miró alrededor—. Nadie lo merecía.

Quiso maldecir, pero ¿a quién? ¿Quién podía haber hecho algo así?

Recordó las palabras del papel.

Una maldición que atraparía en sus garras de maldad a todo aquel que osara adentrarse en el Reino de la Aurora.

Blancanieves posó sus ojos en la rueca de oro. Algo la atraía hacia ella. Algo la llamaba sin voz y la rodeaba sin tocarla para llevarla frente al huso, para extender su mano como habían hecho sus amigos.

Para caer en la maldición.

—¡No! —gritó levantándose y rompiendo el encanto.

La rueca desapareció.

La princesa suspiró, se recostó junto a la estatua de los músicos y se quedó dormida, sintiéndose muy sola…

✳ ● ✳

Algunos rayos de sol, valientes y juguetones, se posaron sobre su rostro y la despertaron. Su estómago rugió pidiendo algo de comer y Blancanieves se desperezó con gusto antes de hacerle caso. Mas, en cuanto se levantó, sintió algo que ya antes había sentido… una ineludible atracción hacia… Miró a su derecha. La rueca dorada había reaparecido, más brillante, más atractiva, más cautivadora.

La joven habría caído por completo bajo su embrujo de no ser porque el susurro de unos pasos apresurados logró distraerla, y se preguntó quién más se hallaba en aquel bosque dormido. El caballo había huido durante la noche; pero no le parecían los pasos de un animal…

Siguió el sonido sin estar muy segura de si seguía la dirección correcta. Se adentró entre la vegetación y dejó atrás el pueblo. El sol luchaba por iluminar su camino entre las hojas esmeralda de los árboles, por lo que Blancanieves se veía sumergida en un mar de luces y sombras que bailaban aquí y allá.

Se detuvo. El silencio reinaba en el lugar. Los pasos ya no avanzaban. Se sintió descorazonada al suponer que habría perdido a quien fuera que había estado allí. Sin embargo, una voz femenina llegó a sus oídos llevada por la suave brisa y la esperanza resurgió en ella.

Avanzó en silencio, aguzando sus sentidos. En un pequeño claro vio a una persona con una capa añil y brillantes estrellas. Sobre la capucha, echada a su espalda, caía un cabello liso y negro con algún que otro mechón blanco. Blancanieves trató de no hacer ruido y observó. Ante la mujer apareció una elipse en cuyo interior había una espiral celeste que deformaba la imagen del

bosque. La princesa entrecerró los ojos, fijando mejor la vista. No estaba muy segura, pero parecía no ser el mismo bosque el que mostraba la elipse. Su tonalidad era diferente, había nieve y… ¿animales?

No pudo evitar soltar una exclamación que la descubrió ante la extraña. La mujer se giró con una expresión desconfiada y la examinó con su mirada gris. La joven apreció que era mayor, aunque todavía no podía calificarse de vieja. Algunas arrugas surcaban su rostro, pretendiendo darle un aspecto más anciano de lo que en realidad era. Ladeó la cabeza y sonrió con afabilidad. Le tendió una mano a la muchacha.

—¿Estás perdida?

Blancanieves asintió por impulso. Así era como se sentía. Perdida y sola.

—Este lugar no es bueno para ninguna de las dos. Es difícil eludir la maldición. Te persigue y te embauca hasta que te atrapa. Ven conmigo al Reino de la Rosa Escarlata.

Aunque sus palabras sonaban amables, la princesa no se atrevió a dar un paso. A veces, las personas que aparentaban ser inofensivas eran las más peligrosas. Así se lo había enseñado su padre.

«Una bella rosa puede esconder las espinas más venenosas de todos los reinos. Nunca te fíes de las apariencias».

Y cuánta razón tenía. ¿Acaso su bella madrastra no lo había demostrado? Escondía un corazón mucho más oscuro de lo que mostraba.

Mientras cavilaba en su interior, la mujer se había acercado a ella con la mano extendida.

—Mi nombre es Día y, como tú, huyo para buscar una vida mejor.

Sonrió.

Y Blancanieves confió en ella.

Cogió su mano y juntas fueron ante la elipse. La princesa la miró con curiosidad y algo de miedo.

—No te preocupes. Solo es un Arco Mágico. El último grano de mi magia se ha consumido en él para sacarme de aquí —explicó con melancolía en su mirada gris. Blancanieves se preguntó quién y qué era, mas no le dio tiempo de preguntar—. No sueltes mi mano —las miró fijamente—, o quién sabe dónde

acabarás. Dentro de un Arco Mágico, el tiempo y el espacio juegan a su antojo con aquellos espíritus que desconocen el camino.

La joven asintió sin ser capaz de articular palabra. Día tiró de ella suavemente en una invitación silenciosa a seguirla. Blancanieves sintió miedo, pues cada paso que daba, la alejaba más de Bella. Cada noche soñaba con ella, con la noche que pasaron juntas en su cama, abrazadas y felices. Quería recuperar aquello, mas solo había una forma de hacerlo: enfrentarse a su madrastra.

Entraron juntas.

Y alguien lo hizo tras ellas.

# CAPÍTULO 58

Subió lo más rápido que le permitieron sus cansadas piernas. Empujó a quien se interpuso en su camino y musitó un «perdón» tras otro sin detenerse a ver si lo habían escuchado siquiera. No le importaba. Su único objetivo era llegar al ala oeste, subir a la torre de la reina y buscar a la princesa a través del espejo. Todo lo demás no importaba.

Paró en seco cuando llegó al corredor de las armaduras, al final del cual la esperaba la puerta a su destino. Los caballeros sin cuerpo la observaron atentos, aunque sin dar muestras de ello. Pero Bella lo percibía. Sentía sus inexistentes ojos puestos en ella. Cogió aire, levantó la barbilla y caminó ante ellos sin importarle las consecuencias. ¿La detendrían? ¿La matarían, quizás? ¿O informarían a la reina? Le daba igual. Tenía que arriesgarse.

Por ella.

En cuanto su mano se posó sobre el pomo de la puerta, miró hacia las armaduras. La seguían vigilando, mas no hicieron movimiento que delatase sus intenciones. Pensó que tal vez era una medida para amedrentar a quien se acercara y que volviera sobre sus pasos, asustado. Pero ella no iba a hacerlo.

Se armó de valor y cruzó el umbral hacia su objetivo. En aquella ocasión las escaleras se le hicieron infinitas; parecían no terminar nunca. Se sintió atrapada en una espiral sin fin. Y solo cuando se detuvo a recuperar el aliento, se dio cuenta de que no estaba avanzando. Había pasado varias veces por la misma ventana y la misma oquedad que contenía el candelabro que siempre la acompañaba.

«No puede ser», se dijo. «Debe de ser fruto de mi cansancio».

Cerró los ojos y mantuvo la calma. Luego retomó el ascenso con firmeza: en cualquier momento alcanzaría la sala de la torre…, pero no. De nuevo, llegó hasta la misma ventana, con las mismas vistas, y el candelabro, que parecía observarla con compasión.

—Las armaduras eran una advertencia —murmuró limpiándose el sudor de la frente.

Y aunque cruzó por su cabeza la idea de regresar al corredor, la descartó enseguida. No podía volver: tenía que ver a Blancanieves. Lo *necesitaba*. Su corazón la necesitaba.

Hizo un nuevo esfuerzo. Subió con calma, fijándose en cuanto la rodeaba, por si había algún detalle que pudiera darle una pista de cómo sortear aquel hechizo. Sin embargo, en cuanto llegó al mismo lugar, empezó a perder la esperanza.

«¡No te rindas!», se animó.

Decidió descender y volver a empezar. Era lo mejor. Seguro que se le había pasado algo y por eso había acabado en aquella escalera de espiral infinita.

Su pulso se aceleró hasta niveles que no creía posibles en cuanto, una vez iniciado su descenso, se dio cuenta de que seguía pasando por el mismo sitio una y otra vez.

«No mires, sigue bajando».

Prestó toda su atención a los escalones. En cualquier momento podía llegar el final de los mismos, el último escalón que la conduciría a su libertad.

La ventana.

El candelabro.

Y la semioscuridad que envolvía cada rincón por la marcha del sol.

Gritó, frustrada, y dio un puñetazo a la pared. Se hizo daño, mas no le importó. ¿Qué importaba el dolor? ¿Qué importaba ella? Estaba atrapada.

Se sentó con la espalda apoyada en la piedra y sus ojos se perdieron más allá del tragaluz, observando cómo se encendían las estrellas y las lunas se posicionaban en lo más alto, en su trono como soberanas de la noche.

Bella no pensaba, se frotaba el nudillo de forma inconsciente.

La gélida brisa se coló por la ventana sin cristal y fue consciente del frío que hacía allí. Pero esto no la obligó a moverse. Se abrazó para darse el máximo calor posible.

Y empezó a nevar. Suave, muy suave, apenas visible. Los finos copos de nieve eran una caricia helada en medio de la noche. Algunos, juguetones, se atrevieron a cruzar al interior y posarse sobre los cabellos castaños de aquella muchacha que empezaba a tiritar. Uno osó pasearse delante de sus ojos en un baile

silencioso que culminó en el dorso de su mano. Bella lo miró derretirse lentamente por su calor corporal.

Los copos morían al tocarla.

La nieve encontraba en ella su final.

La nieve… Blancanieves…

¡No! Ella no podía encontrar su final.

Se levantó, miró por última vez la dulce y gélida nieve que tanto le recordaba a los níveos cabellos y la mirada de la princesa, y buscó las últimas cenizas de valor y esperanza que quedaban en su interior. Cogió el candelabro y subió con paso firme, repitiéndose que no se arrepentiría.

Y sucedió.

Encontró las cortinas que anunciaban la entrada a su destino.

No supo cómo lo había logrado ni quiso pararse a pensarlo. Tan solo dejó que el ardor de su triunfo la invadiera, devolviendo el calor a su cuerpo. Dejó con suavidad el candelabro en el suelo y se acercó al espejo.

—Muéstrame a la princesa, por favor.

La imagen que se encontró al otro lado desbocó su corazón.

El cazador había encontrado a Blancanieves. Ella le miraba con ojos melancólicos que suplicaban en silencio por su vida. A su espalda había un árbol, que sería quien abrazaría su cuerpo sin vida llegado el momento. Él la apuntaba con una flecha letal. Sus ojos oscuros se mostraban fríos, deseosos de arrebatar la vida que había ido a robar.

El cazador disparó.

Blancanieves agachó la cabeza.

Bella gritó.

Y un cálido corazón fue atravesado.



# Cuarta parte

## La manzana envenenada

# Capítulo 59

Su corazón dejó de latir, atravesado por una flecha que le había arrebatado hasta la última gota de sangre. La vida abandonó aquel cuerpo que empezaba a enfriarse.

Lágrimas lo arroparon en su viaje al otro lado, mientras el cazador miraba impasible su obra. Seguía siendo el mejor.

Hacía tiempo, la reina se lo había propuesto. Ser el mejor. El mejor cazador del Reino de la Manzana de Plata y, algún día, de todos los reinos. Él le había preguntado cómo podría convertirse en el mejor. La reina le regaló un arco. A simple vista, normal, salvo por las filigranas de oro negro que recorrían la madera blanca de arriba abajo. Ella le invitó a probarlo. El joven colocó una flecha y disparó sin pensar, sin siquiera apuntar. Solo quería probarlo. Cuál fue su sorpresa al ver cómo la flecha cortaba el aire en un grito de muerte silencioso y se clavaba en el corazón del cazador real. Con tan solo trece años supo que la reina tenía razón: sería el mejor.

—Siempre que dispares una flecha, esta se clavará en un corazón.

Eso le había dicho y, hasta ese momento, se había cumplido. Normalmente, el cazador disparaba a un objetivo concreto, pero de vez en cuando le gustaba probar la verdad en las palabras de la reina y tiraba al azar. La flecha siempre encontraba un corazón al que matar.

Era el mejor.

Mas esta era la primera vez desde que se convirtió en cazador real que había errado en su objetivo.

Sí, la flecha había encontrado un corazón, pero no aquel al que él había apuntado.

Blancanieves sostenía en su regazo a quien, en un acto altruista, había recibido la muerte por ella: un ser que tenía cuerpo de macho cabrío de la cintura para abajo, una pequeña cola en la punta de la espina dorsal, y torso, brazos y rostro

humanos. De su cabeza nacían orejas de cabra y cuernos, y estaba coronada con una diadema de vid. Sus ojos marrones se hallaban abiertos, mirando a la princesa con expresión tranquila. Ella le cerró los párpados. Ahora, a pesar de la flecha que sobresalía de su pecho, parecía que dormía.

La princesa levantó la mirada vidriosa hacia aquel que había jugado y reído con ella por los jardines de palacio.

—Hubo un tiempo en el que éramos amigos… —Su voz tembló.

—También hubo un tiempo en el que planeábamos viajar por todos los reinos —respondió el cazador preparando una nueva flecha letal—. Hasta que apareció ella y vos dejasteis todo atrás.

—Tenía que pensar en mi reino.

—Y yo tenía que pensar en mi futuro.

La muchacha le miró desde el suelo, todavía con el fauno entre los brazos, sintiendo mucho más que su peso. El joven cazador tenía su edad. Su pelo rubio a tazón reflejaba el sol y sus ojos marrones habían perdido gran parte del brillo que antaño poseían. Siempre había tenido un cuerpo delgado, mas ahora había ganado músculo, lo que, junto a su reputación y su altura, hacía suspirar a todas las doncellas del reino. Llevaba ropas verdes y negras ligeras que le permitían libertad de movimientos además del camuflaje en caso de que lo necesitara.

—¿En convertirte en un asesino?

—En un cazador, alteza. —Hizo una reverencia ante ella y sonrió—. En el mejor.

—Ya eras el mejor…

Él chasqueó la lengua.

—Quizás lo fuera para vos. Mas ahora es cuando de verdad destaco, y no por ser el amiguito de la princesita.

Blancanieves cerró con fuerza los ojos. Los abrió de nuevo y le miró.

—¿Lo has olvidado todo?

Hubo un momento de silencio y la joven creyó apreciar un debate interior en él, que la observaba sin pestañear. Finalmente, suspiró y bajó el arma para sorpresa de ella.

—Tenéis razón. Hubo un tiempo en el que fuimos amigos. No lo he olvidado, pero aferrarme al pasado solo me hará fallar.

Paseó de un lado a otro delante de ella hasta que tomó una decisión.

—Marchaos. No volváis al Reino de la Manzana de Plata. Si lo hacéis, me veré obligado a mataros, princesa. Y creedme cuando os digo que no es lo que quiero, aunque sea una orden directa de la reina. Todavía queda un resquicio de aquella amistad que me unió a vos.

—Debes llevarle una muestra de que has cumplido tu misión… —Blancanieves apartó con suavidad al fauno y se atrevió a levantarse. Se sentía aliviada de que todavía quedara dentro del cazador un vestigio de quien había sido en realidad.

—No os preocupéis por eso.

—Ella sabrá que sigo viva en cuanto pregunte al espejo.

Él movió la cabeza en una respuesta negativa.

—La reina solo pregunta quién es la más bella del reino. Mientras no volváis al Reino de la Manzana de Plata, estaréis a salvo de ella… y de mí. —Clavó sus ojos en ella.

Blancanieves no quiso desperdiciar aquella oportunidad. Miró con pena al fauno por no poder darle un entierro digno y después al cazador real, enviándole un agradecimiento silencioso que él aceptó con un asentimiento.

Sintió algo rebotando en su pecho al girarse, lo palpó con la mano y recordó lo que había allí bien guardado.

—¿Puedo pedirte un último favor?

—¿Os parece poco perdonaros la vida?

Haciendo caso omiso de sus palabras, se acercó a él mientras sacaba un frasco de cristal con un líquido transparente y azulado que relucía con el movimiento.

—Dáselo a Angela.

Él lo cogió y lo sostuvo entre los dedos con desconfianza.

—No es veneno, si es lo que estás pensando —le espetó la princesa—. Yo no soy como ella —apuntó refiriéndose a la reina—. Tan solo es un regalo a alguien que *siempre* fue fiel a mí. Dile que es edinaeco.

—Así lo haré. Ahora marchaos, antes de que tenga que mataros. El tiempo corre en nuestra contra y ella podría descubrirnos.

Blancanieves desapareció entre los árboles.

El joven giró sobre sus talones y se marchó en busca de un animal cuyas entrañas pudiesen sustituir a las de la princesa y, con ello, engañar a la malvada reina. Había descartado al fauno por su complexión. Tenía un corazón demasiado grande para hacerlo pasar por el de Blancanieves.

La tarde cayó sobre él y todavía no había hallado un ejemplar que pudiera servirle como prueba. Hasta que vio al lobo. Un lobo gris perla de patas blancas. Una criatura perfecta para cazar y perfecta para extraerle el corazón.

Lo siguió, esperando el momento perfecto para acabar con su vida, y el animal le llevó hasta una madriguera. El cazador esperó escondido por si volvía salir.

Escuchó gritos en el interior. Los habría ignorado si no los hubiera reconocido como voces de niños.

Niños.

A merced de un lobo.

Se apresuró y, con una flecha preparada, se adentró en la cueva. Dentro vio numerosas piezas de fruta por los suelos, un niño de elegantes ropajes y pelo claro y revuelto que yacía en el suelo con un arañazo en su brazo, y al lobo, que mordía en el hombro a una niña rubia de capa rubí que chillaba de dolor y le pedía que parase. El niño se levantó de nuevo y se lanzó al cuello del animal, pero la bestia era más fuerte y no consiguió nada.

El cazador consideró que ya había visto suficiente. Se preparó y disparó. La flecha se clavó en el corazón del lobo, que encontró la muerte al instante, sin ser consciente de qué o quién le había arrebatado la vida. Se acercó a los pequeños y se agachó para ponerse a su altura. El niño se puso delante de la chica a modo de protección, como si pensara que serían las próximas víctimas del cazador.

—¿Cómo te llamas?

El niño frunció el ceño, pero respondió:

—Adrien, señor.

—Bien, Adrien. Debes llevar a esta pequeña…

—Rubí —lloriqueó la niña interrumpiendo al joven.

—A Rubí… de vuelta a su casa. Necesita que le curen el mordisco y a ti el arañazo. El camino está a la izquierda de esta madriguera; no tenéis más que seguirlo y llegaréis al pueblo. ¿Podrás hacerlo?

Adrien alzó la barbilla y mostró una gran valentía que el cazador admiró. Parecía un príncipe.

—Claro que podré hacerlo. Es mi deber.

El niño ayudó a Rubí a levantarse y juntos abandonaron la cueva sin mirar atrás. El cazador esperó a que estuvieran lejos para abrir en canal al lobo y extraer el corazón que haría pasar por el de la princesa.

# CAPÍTULO 60

Bella no se atrevía a mirar al espejo. No se atrevía a ver el cuerpo sin vida de Blancanieves. Le daba la espalda y gemía, con el rostro bañado en lágrimas. Tardó un buen rato en armarse de valor y girarse lentamente. Mas el espejo no le mostraba a la princesa. Ni tampoco su reflejo. Tan solo unos ojos de un amarillo anaranjado que la observaban con… ¿pena? Durante un instante, la joven aparcó su dolor, tratando de comprender lo que veía. Era como si el espejo hubiera hecho desaparecer la imagen para no causarle dolor.

Sacudió la cabeza. Estaba empezando a pensar estupideces.

Unos pasos la alertaron justo cuando sus labios se abrían para pedirle de nuevo que le mostrara a Blancanieves. Empalideció, sabiendo que solo podía ser la mismísima reina. Miró en derredor buscando un lugar en el que esconderse, mas, aparte del balcón, no había un escondite seguro.

Se mordió el labio inferior, nerviosa, girando sin parar.

«¡Detrás del espejo!».

Había un hueco entre la pared y el espejo en el que podría ocultarse. No estaba muy segura de que fuera lo mejor, pero no tenía otra opción. Corrió a su escondite y se sentó a rezar para no ser descubierta.

Se dio cuenta tarde del candelabro que había dejado en el suelo. Si la reina lo veía…

Las cortinas se abrieron y apareció la soberana. Llevaba un vestido azul marino escotado que realzaba sus curvas, ornamentado con oro. También una capa negra de terciopelo, perfecta para el invierno. Su cabeza portaba la corona sobre un cabello oscuro recogido en un moño regio. Su rostro parecía el de una muñeca; ni una sola arruga lo surcaba, las mejillas estaban sonrojadas, sus ojos perfilados y sus labios de un rojo seductor.

Bella la observaba sin atreverse a asomarse demasiado. Vio cómo la mirada de la mujer se posaba en el candelabro olvidado y se maldijo. Sin embargo, la reina

lo ignoró y avanzó hacia el espejo.

—Quiero ver el Reino de la Laguna Dorada.

La doncella dejó de respirar. Aquel era el reino del príncipe encarcelado.

Escuchó voces que provenían del otro lado del espejo.

—¿Crees que estamos preparados para una guerra contra el Reino de la Manzana de Plata? —decía una voz femenina.

—Lo estaremos —respondió una voz masculina.

—Quizás deberíamos…

—¡No voy a entregar mi reino para que caiga en manos de esa bruja! —interrumpió el hombre.

—¡Nuestro hijo sufrirá las consecuencias!

—Escúchame, Frog, vamos a recuperar a nuestro hijo y a limpiar su nombre y nuestro honor. Tenemos un ejército poderoso que luchará por él hasta el final.

La mujer suspiró.

—Tienes razón, Toad. Esa bruja se ha atrevido a injuriarnos. Vamos a demostrarle de qué está hecho el Reino de la Laguna Dorada.

Y se escuchó una risa capaz de congelar al mismísimo océano. Esa risa provenía de la malvada bruja.

—Pobres necios —siseó—. Su reino caerá a mis pies y ellos se postrarán ante mi belleza y mi poder.

Bella se llevó las rodillas al pecho y las rodeó sintiendo una gran inquietud abrasando su interior.

# CAPÍTULO 61

No comprendía cómo se había separado de Día al cruzar el Arco Mágico. Desde que pusiera un pie en su interior se había repetido constantemente que no debía soltar su mano.

Y la había soltado.

Algo la había impulsado a hacerlo. Había sentido la necesidad.

Porque…

La había visto a *ella*.

En un primer momento se había convencido de que no era real, sino tan solo un recuerdo, un cruce entre el pasado y su presente, tal y como la mujer le había dicho que sucedería. Mas, de repente, pudo verlo. Su madrastra le arrancaba el corazón a Bella. Vio cómo sus uñas atravesaban su pecho, cómo el rostro de la doncella se retorcía de dolor y cómo la reina sacaba la mano con un corazón sangrante que todavía latía.

Recordaba haber gritado.

Recordaba haber corrido para impedirlo.

Y sí, recordaba haber soltado la mano de Día para salvar a Bella.

Una pesadilla, eso era lo que había visto. Uno de sus mayores temores: perderla. Ahora estaban separadas, pero por lo menos sabía que Bella estaba a salvo, o eso era lo que quería creer. Mientras obedeciera a su madrastra, lo estaría.

No sabía en qué dirección iba. Ni siquiera había sido consciente de cuánto había caminado ni hacia dónde, pues su cabeza daba vueltas y más vueltas.

A Bella.

A su madrastra.

A su futuro.

Buscaba a Día, su única esperanza. Su error fatal de soltarle la mano en el interior del Arco Mágico no solo las había separado, sino que podía haberla

dejado a merced del cazador. Ni siquiera se había parado a pensar cómo la había encontrado tan rápido.

Y entonces un pensamiento cruzó su mente, respondiendo a su pregunta: ya la había encontrado en el Reino de la Aurora… y cruzó tras ellas. Mas, si Día le había explicado que era fácil perderse en el interior, ¿cómo había aparecido justo donde ella mientras que Día no? ¿Tendría que ver con algún poder del que la reina malvada le hubiera dotado?

Sacudió la cabeza y se centró en la anciana. No podía estar muy lejos, ¿o sí? Una cosa tenía clara: ambas estaban en el Reino de la Rosa Escarlata. Día le dijo que se dirigía a él. Y aquel era el Bosque del Invierno Mágico, no había más que fijarse en la nieve que cubría hasta la última piedra y sentir el frío gélido. Pero la distancia que las separaba podía ser muy larga.

Trató de apartar cualquier pensamiento de angustia y echó a correr. Atravesó el bosque dejando huellas en la nieve. Varios animales salvajes huyeron a su paso, pero la princesa no se detuvo. Quería llegar a alguna parte: a un pueblo, al mar, a una ciudad. Donde fuera. Donde hubiera vida.

Donde poder empezar de cero.

Y por fin vio algo: una casita en mitad del bosque. Se detuvo respirando entrecortadamente y la observó. Parecía grande y pequeña a la vez. Salía humo de la chimenea, así que pensó que habría alguien viviendo en ella. Se acercó con cautela. Estaba rodeada de flores y tenía un huerto muy bien cuidado, suficiente para alimentar a varias personas. Se preguntó si viviría allí una familia. Aguzó el oído esperando escuchar voces o algún indicio de vida, ya fuera allí o en los alrededores. Suponía que, si había una casa allí, tenía que haber alguna aldea cerca también.

Estaba atardeciendo y pensó que lo mejor era no seguir buscando el pueblo que suponía que habría por allí. Corría el riesgo de alejarse y acabar todavía más perdida, a merced de los animales peligrosos que pudieran habitar en el Bosque del Invierno Mágico.

Dio varios pasos más hasta llegar ante la puerta, que era de pequeño tamaño. A pesar de las dos plantas que la componían y la amplitud que aparentaba, parecía una casita de niños.

Llamó una vez.

No recibió respuesta.

Llamó por segunda vez.

Silencio.

Llamó una tercera vez.

Y entró.

Cerró tras de sí para que el frío no rompiera la calidez que había en el ambiente.

—¿Hola?

Nadie respondió.

A su derecha había una cocina completa, con horno de piedra y una mesa alargada en el centro rodeada de siete sillitas. A su derecha, sofás, sillones y cojines alrededor de la chimenea encendida. También pequeñas estanterías con libros. Frente a ella, unas escaleras que conducían al piso superior y una puerta cerrada tras ellas.

Se quedó allí parada observando con curiosidad. Cada mueble, cada utensilio, todo era más pequeño de lo normal. Le resultó gracioso.

Se acercó a la mesa. Había un mantel blanco sobre ella. También siete platos, cubiertos y copas llenas de vino. Un cesto de pan reposaba en el centro, y entonces sintió el hambre y el cansancio que pesaban sobre ella. Temerosa y hambrienta, cogió un mendrugo. Estaba delicioso. Parecía horneado ese mismo día. Luego bebió un sorbo de cada copita para no vaciarlas del todo y que, quienes fuera que vivieran allí, no se enfadaran mucho con ella.

Fue a las escaleras, suponiendo que arriba encontraría los dormitorios. Aparte de un cuarto de aseo, había otro de juegos y el resto del piso era una habitación común con siete camas desiguales. Algunas eran más grandes que otras, y todas, menos una, estaban deshechas. Apreció que en cada una había un nombre tallado y paseó entre ellas leyendo en voz alta:

—Berilo, Obsidiana, Zafiro, Topacio, Zircón, Ónix y… —se detuvo en la última, la que estaba hecha— Ámbar. —Se acarició la barbilla y los volvió a leer —. ¡Qué nombres tan curiosos!

Pensó en bajar y sentarse en el sofá a esperar, mas un bostezo anunció el sueño que tenía y sus párpados empezaron a pesarle tanto que decidió acostarse. Escogió la cama que no estaba deshecha; además, era perfecta para su tamaño.

Cayó enseguida en un sueño muy profundo. Ni siquiera se enteró de que seis hombrecitos llegaban y entraban en el piso inferior. Dejaron sus herramientas en la puerta que había tras las escaleras y encendieron varias velas, que iluminaron el hogar junto con la chimenea.

—Alguien ha estado aquí —dijo uno de ellos con los ojos color zafiro.

Los seis se miraron entre ellos.

—Ónix, ¿cerraste la puerta? —preguntó el de ojos obsidiana.

—¡Siempre cierro la puerta!—respondió el de ojos amarillentos, como el ónix.

—No estaba cerrada con llave —intervino el de ojos berilo.

Examinaron cada rincón hasta darse cuenta de que algo raro pasaba en la mesa.

—Alguien se ha comido un panecillo… ¡Y ha bebido de mi copa!

—¡Y de la mía!

—¡También de la mía!

—¡Y de la mía!

—¡De la mía también!

—¡Y de la mía!

Un murmullo inundó la estancia hasta que Ónix puso orden.

—¿Y si quien ha entrado sigue aquí?

Corrieron a armarse con sus herramientas. Miraron hacia arriba y acordaron con la mirada subir todos juntos y sin hacer el menor ruido. El de ojos color zircón fue elegido para ir el primero. Tragando saliva, inició el ascenso.

Las escaleras crujieron levemente en cuanto puso un pie en ellas. Sus hermanos le chistaron, pero él se encogió de hombros, pues no podía hacer nada. Llegaron a la segunda planta y esperaron unos segundos hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad.

Ónix, que era el último, les pasó la vela que había cogido y el objeto pasó de mano en mano hasta llegar hasta Zircón. Avanzó por el dormitorio examinando cada cama. Todas estaban tal y como las habían dejado al marcharse.

Salvo una.

Rodearon la cama que rezaba «Ámbar» con sus herramientas preparadas.

Vieron a una jovencita de cabellos blancos y piel oscura que dormía plácidamente.

Intercambiaron miradas de desconcierto.

—¡Qué bella es! —susurró Obsidiana.

—¿Y si es una bruja? —inquirió Zircón alejándose un paso.

—¿Cómo va a ser una bruja esta niña? —replicó Zafiro.

—A mí no me parece una niña —dijo Zircón.

No sabían qué hacer. No les parecía peligrosa, pero tampoco convenía fiarse.

—Dejémosla dormir. Hagamos guardias toda la noche y por la mañana, cuando despierte, le pediremos explicaciones —propuso Berilo, que lo único que quería era meterse en su camita.

Todos se mostraron de acuerdo.

Así, cada uno ocupó su cama menos Zircón, pues de nuevo la suerte le abandonó y le tocó hacer la primera guardia mientras escuchaba los ronquidos de sus hermanos y la suave respiración de la desconocida.

# Capítulo 62

Bella recogía las manzanas de esa semana junto con las demás doncellas. Una capa amarilla de lana muy usada abrigaba su cuerpo. Las demás no tenían mejores prendas que ella. Todas daban saltitos para entrar en calor.

La joven había recuperado algunas de sus tareas habituales, aunque no todas: ya no le tocaba limpiar la torre de la reina. Esto le había hecho preguntarse si la reina sospechaba algo o simplemente ya no quería confiarle su lugar.

Y lo peor era no poder ver a su familia ni a Blancanieves. Suponía que ellos estaban bien, no había motivos para lo contrario. Pero la princesa… Suspiró. La echaba de menos. Cuando pensaba en ella, las lágrimas se hacían dueñas de sus ojos y galopaban por sus mejillas sin piedad.

Ya se acercaba la hora de comer. Cogió su cesta llena de manzanas apetitosas y dirigió sus pasos al interior del castillo. Las manzanas no se llevaban a la cocina. Había una sala, cerca de la torre del ala oeste, donde debían dejarlas en vitrinas, ordenadas por fecha de recogida. Al entrar en la estancia, se sintió extraña. Estaba rodeada de manzanas sin árbol. Manzanas que no maduraban, sino que se mantenían tal y como las habían recogido. Suspiró y colocó con otras dos doncellas las de ese día en un armario de cristal vacío, donde habían estado otras que ya habían cumplido su función para la reina. ¿Qué función? Eso solo lo sabía la soberana. Bella sospechaba que experimentaba con ellas, sobre todo después de ver las de la torre. Pero ¿qué más buscaba la reina? Además, tenía la sensación de que en los últimos días estaban recogiendo muchas más manzanas de lo que era habitual. ¿Para qué querría tantas la reina?

—Bella. —Angela estaba en el umbral de la puerta—. Ven conmigo a las cocinas. Tienes algo que hacer.

La apelada se extrañó, pero la siguió sin rechistar. Nunca había tenido que ayudar en la cocina, ni siquiera para fregar.

Cuando llegaron, vio sobre una mesa un cofre oscuro que la doncella le señaló con la mirada. A su lado había una botella de una bebida alcohólica muy fuerte que al usarse para cocinar endulzaba y daba un toque exquisito a la comida.

—Debes cocinar para la reina lo que hay en el cofre.

A Bella le extrañó tanto misterio. Se acercó a la mesa y lo abrió. Dio un paso hacia atrás con una exclamación al descubrir su interior. Las cocineras se acercaron a mirar.

—¿Un corazón?

Se miraron asqueadas.

—A veces la reina pide cosas raras para comer…

—Pero es la primera vez que quiere algo así.

Los murmullos inundaron la cocina y las chicas empezaron a cuchichear entre sí.

—Hay a quienes les gustan todas las partes de los animales. Mi abuelo se comía hasta los testículos de los cerdos —comentó una arrugando la nariz—. Decía que era una exquisitez.

—¡Qué asco!

—¡Basta ya, a trabajar! —ordenó Angela, y se dirigió a Bella—: No tardes, la comida de la reina debe estar a su hora.

La joven se puso manos a la obra en silencio. Limpió el corazón y lo troceó en una sartén en la que previamente había dorado y endulzado cebolla. Lo rehogó y echó la bebida. Cuando estuvo hecho, lo sirvió en un plato de oro y lo puso en una bandeja para que se lo llevaran a la soberana.

Angela regresó.

—La reina quiere que se lo lleves tú.

—¿Por qué? —Bella miró el plato con confusión.

La mujer se encogió de hombros antes de responder con mirada cansada.

—Son órdenes de la reina.

—Espera, Angela… —Comprobó que las demás no les prestaban atención antes de hablar—. Creo que tu hijo no murió. —Captó la atención de la mujer—. Hay un niño encerrado en las mazmorras, tal vez…

La doncella mayor se apartó con brusquedad de ella.

—¿Qué pretendes? —Elevó la voz, lo que provocó que las demás las miraran —. ¡Deja de hacerme daño! —Y salió corriendo con lágrimas en los ojos.

Bella sabía que podía hacerle daño, pero al final había creído que, si aquel niño era su hijo, Angela tenía derecho a saberlo. A luchar por él. A recuperar lo que le habían quitado.

Con un suspiro, la doncella cogió la bandeja y se dirigió al comedor, donde encontró a la soberana en un extremo de la mesa elegantemente servida. Tenía sobre ella recipientes de cristal y oro con frutas variadas y coloridas, panes de diferentes formas y tonalidades, quesos y mermeladas. También jarras de agua, zumo y vino. Todo perfectamente ordenado, aunque no al alcance de la mujer, pues normalmente había un criado que se encargaba de servir lo que pidiera. En esta ocasión, mientras Bella se acercaba, se percató de que estaban solas.

Hizo una reverencia antes de llegar hasta ella y esperó a obtener su permiso. La reina la miró de reojo mientras se comía una uva azul y la degustaba con tranquilidad.

—¿Qué manjar me traes?

—Lo que habéis ordenado, Majestad.

—Acércate.

Bella hizo caso y puso delante de la mujer el plato con la comida perfectamente dispuesta. Se alejó tres pasos y esperó. La reina cerró los ojos y aspiró con gusto aquel aroma que llegaba hasta su nariz.

—Delicioso. —Cogió el tenedor y pinchó el primer trozo, que sostuvo ante sus ojos—. ¿Sabes? No muchos, por poderosos y ricos que sean, han tenido la oportunidad de degustar algo así.

Se lo llevó a la boca y soltó gemidos de placer que incomodaron a la sirvienta.

La soberana cogió un tenedor y se lo ofreció.

—¿No te gustaría probarlo? Te aseguro que no comerás nada igual en toda tu vida.

Bella la miró más confusa de lo que ya estaba. Se acercó y cogió el tenedor, dudosa. ¿De verdad la reina le estaba ofreciendo algo a ella? ¿O había alguna trampa que no alcanzaba a vislumbrar?

La mujer extendió el plato y la animó con la mirada a pinchar un trozo. Un brillo cruel cruzó sus ojos y Bella tragó saliva, aunque obedeció. Cogió una

porción pequeña, mas no se atrevió a llevársela a la boca.

—No seas tímida. Te gustará.

—Yo…

—¿De verdad vas a rechazar un manjar de tu propia reina?

«No eres mi reina». Con gusto lo habría dicho en voz alta, mas sabía que solo significaría buscarse más problemas.

Suspiró, cerró los ojos y se llevó el trozo a la boca.

No le gustó y lo escupió a un lado sin poder evitarlo.

Evitó la mirada de la reina, esperando unas palabras ofensivas por su gesto. Sin embargo, lo que escuchó la dejó descolocada.

Una risa.

Una risa malvada.

Una risa fría.

La reina se reía.

Cogió su copa de vino y dio un sorbo.

—Tanto aprecio que le tienes a mi hijastra, pensé que te gustaría catarla.

Bella palideció y miró el desagradable trozo que yacía en el suelo.

¿El corazón de Blancanieves? No. No podía ser…

—He estado años instruyendo a esa chica para que fuera la princesa que necesitaba que fuera… —Meció el contenido de la copa con la mirada perdida —. Toda gran reina necesita una princesa a su sombra. Pero Blancanieves me falló. —Dio otro sorbo—. Ahora hay una vacante. —Miró a Bella y se levantó. La joven no se atrevía a moverse. Todavía intentaba asimilar el horror de lo que la reina había hecho—. Y tengo la sensación de que eres la más indicada para ocupar este puesto.

—No… —Le habría gustado ser más tajante, pero su voz se negaba a salir.

—Querida. —Se acercó más a ella—. No te lo estaba pidiendo.

Sin que la doncella pudiera reaccionar, la soberana acercó la mano derecha al pecho de la joven. Entonces ya no pudo moverse, tan solo sentir cómo una garra fría y oscura la atravesaba y abrazaba con violencia su corazón…

# CAPÍTULO 63

Por la mañana, la muchacha despertó desorientada, y solo cuando vio a un hombrecillo de barba marrón y mirada zafiro recordó lo sucedido el día anterior. Él la observaba serio. Silbó y cinco hombrecillos más se unieron a él en paños menores y la apuntaron con sus armas.

Blancanieves gritó.

—¡No me hagáis daño, por favor!

Los enanitos vieron sus ojos aterrorizados y bajaron las armas.

—¿Quién eres y qué haces en nuestra casa? —preguntó Topacio con cara de pocos amigos.

La princesa los miró uno por uno antes de responder:

—Me llamo… Nieveblanca. —Creyó que lo mejor era ocultar su nombre real —. Me he perdido en el bosque y… solo buscaba un lugar donde descansar y pasar la noche. Perdonad… Estaba desesperada, hambrienta y cansada…

Obsidiana la estudió.

—¿Huyes de algo? ¿Eres una criminal?

—¡Obsidiana! —le recriminó Berilo.

—¿Quién en su sano juicio se internaría en el Bosque del Invierno Mágico sin conocerlo? —Se encogió de hombros.

La joven bajó la mirada.

—Estoy huyendo de mi madrastra.

—¡Madrastra! —exclamaron al unísono.

—¿Cómo va a querer tu madre hacerte daño? —inquirió Ónix.

—Madrastra —matizó Zafiro.

—¡Sigue siendo su familia! Se supone que las madres o *madrastras* cuidan de sus hijos.

—También se supone que tú debías cerrar la puerta ayer —apuntó Topacio.

Ónix resopló.

Blancanieves tuvo que hacer grandes esfuerzos por no echarse a reír ante aquella escena. Se levantó, adecentó la cama y los miró.

—Perdonad la intrusión. Lo necesitaba, lamento haber sido una molestia. Ahora mismo me marcho.

—¡Espera! —Obsidiana se puso en su camino—. ¿Tienes a dónde ir?

La joven pensó en Día, mas ¿cómo encontrarla? Se limitó a negar con la cabeza.

Los enanos se miraron entre ellos, le pidieron que esperara e hicieron un corro en una esquina. De nuevo, a la joven le dio la risa, aunque se aguantó. Los escuchaba perfectamente desde donde estaba, así que era ridículo verlos debatir sobre qué hacer con ella como si no se enterara de nada. De vez en cuando alguno alzaba la cabeza y la miraba con suspicacia, mientras ella simulaba no prestar atención.

Deshicieron el círculo y se colocaron en hilera frente a ella.

—Puedes quedarte con nosotros —anunció Zircón con alegría—, siempre que no supongas una carga.

—¡Gracias! Haré todo lo posible para que mi presencia aquí no sea una molestia para vosotros.

Entonces, de izquierda a derecha, empezaron a presentarse:

—Yo me llamo Zafiro, aunque mis hermanos me llaman Zaf.

—A mí puedes llamarme Ber.

—Pues a mí debes llamarme Topacio con todas sus letras.

—Yo soy Obsidiana.

—Y yo Ónix.

—A mí puedes llamarme Zirc si quieres.

Los seis hicieron sendas reverencias que Blancanieves les devolvió, encantada. Sus ojos se dirigieron a la cama en la que había pasado la noche y leyeron el nombre que había allí tallado.

—¿Y Ámbar?

Se miraron unos a otros y la joven pudo percibir que lo hacían con tristeza.

—Ámbar desapareció tras nuestro último trabajo —explicó Obsidiana.

—A día de hoy no hemos recibido noticias suyas…

—No sabemos si está…

—¡No lo está! —exclamó Zirc totalmente convencido interrumpiendo a sus hermanos.

—Ha pasado demasiado tiempo —le dijo Topacio—. No sé cómo sigues pensando que algún día volverá.

—La esperanza es lo último que se pierde —afirmó Ónix apoyando a su hermano—. Hasta que veamos lo contrario, seguiremos pensándolo.

Blancanieves se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable por haber preguntado por un hermano desaparecido que la mayoría daba por muerto al parecer.

—Lo siento.

Los hombrecillos le restaron importancia.

—¿Os habéis dado cuenta de que estáis en ropa interior ante una dama? —preguntó Zaf con una de sus pobladas cejas levantadas.

Sus hermanos se miraron a sí mismos y corrieron de un lado a otro entre gritos, chocando entre sí, para vestirse y adecentarse frente a Blancanieves. Ella los observó divertida.

Estaría bien allí; estaba segura.

# CAPÍTULO 64

Cuando abrió los ojos, observó con deleite su nueva habitación. Sabía que antes le había pertenecido a ella, pero ahora era suya y solo suya. Sonrió y llevó las manos detrás de su cabeza.

Alguien llamó a la puerta. Se incorporó.

—Adelante —ordenó con voz autoritaria.

Angela entró, llevando con ella un vestido negro y plateado. Esa misma mañana se celebraría el funeral de Blancanieves, y todos, por orden de la reina, debían estar presentes para honrar a la nueva princesa.

La doncella lo dejó sobre la silla del tocador y permaneció allí, mirando a la muchacha.

—¿Qué esperas? ¡Prepárame el baño!

Angela vaciló y Bella se levantó con impaciencia.

—¿Acaso no me has oído?

—Sí.

La mujer bajó la cabeza y se encaminó a la habitación contigua, mas la joven la detuvo.

—A partir de ahora, cuando te dirijas a mí, lo harás diciendo: sí, alteza. A ver si voy a tener que enseñarte yo modales.

—Sí, alteza.

—Bien, retírate —ordenó con un gesto despectivo de la mano.

Bella se dirigió descalza hacia la mesa de cristal que adornaba el centro de la habitación. Allí reposaban, sobre un recipiente cristalino, varias manzanas de un negro arrebatador. Cogió una y fue hacia la ventana para contemplar el nuevo día de su nueva vida. Mordió el fruto con placer y sintió cómo un líquido resbalaba desde sus labios hasta su camisón blanco. Mientras masticaba con gusto aquel manjar, vio en el cristal de la ventana la mancha roja que decoraba su vestimenta. Alzó la manzana ante sus ojos. Estaba sangrando.

Bella le dio un segundo mordisco.

# Capítulo 65

Por la mañana, la muchacha despertó desorientada, y solo cuando vio a un hombrecillo de barba marrón y mirada zafiro recordó lo sucedido el día anterior. Él la observaba serio. Silbó y cinco hombrecillos más se unieron a él en paños menores y la apuntaron con sus armas.

Blancanieves gritó.

—¡No me hagáis daño, por favor!

Los enanitos vieron sus ojos aterrorizados y bajaron las armas.

—¿Quién eres y qué haces en nuestra casa? —preguntó Topacio con cara de pocos amigos.

La princesa los miró uno por uno antes de responder:

—Me llamo… Nieveblanca. —Creyó que lo mejor era ocultar su nombre real —. Me he perdido en el bosque y… solo buscaba un lugar donde descansar y pasar la noche. Perdonad… Estaba desesperada, hambrienta y cansada…

Obsidiana la estudió.

—¿Huyes de algo? ¿Eres una criminal?

—¡Obsidiana! —le recriminó Berilo.

—¿Quién en su sano juicio se internaría en el Bosque del Invierno Mágico sin conocerlo? —Se encogió de hombros.

La joven bajó la mirada.

—Estoy huyendo de mi madrastra.

—¡Madrastra! —exclamaron al unísono.

—¿Cómo va a querer tu madre hacerte daño? —inquirió Ónix.

—Madrastra —matizó Zafiro.

—¡Sigue siendo su familia! Se supone que las madres o madrastras cuidan de sus hijos.

—También se supone que tú debías cerrar la puerta ayer —apuntó Topacio.

Ónix resopló.

Blancanieves tuvo que hacer grandes esfuerzos por no echarse a reír ante aquella escena. Se levantó, adecentó la cama y los miró.

—Perdonad la intrusión. Lo necesitaba, lamento haber sido una molestia. Ahora mismo me marcho.

—¡Espera! —Obsidiana se puso en su camino—. ¿Tienes a dónde ir?

La joven pensó en Día, mas ¿cómo encontrarla? Se limitó a negar con la cabeza.

Los enanos se miraron entre ellos, le pidieron que esperara e hicieron un corro en una esquina. De nuevo, a la joven le dio la risa, aunque se aguantó. Los escuchaba perfectamente desde donde estaba, así que era ridículo verlos debatir sobre qué hacer con ella como si no se enterara de nada. De vez en cuando alguno alzaba la cabeza y la miraba con suspicacia, mientras ella simulaba no prestar atención.

Deshicieron el círculo y se colocaron en hilera frente a ella.

—Puedes quedarte con nosotros —anunció Zircón con alegría—, siempre que no supongas una carga.

—¡Gracias! Haré todo lo posible para que mi presencia aquí no sea una molestia para vosotros.

Entonces, de izquierda a derecha, empezaron a presentarse:

—Yo me llamo Zafiro, aunque mis hermanos me llaman Zaf.

—A mí puedes llamarme Ber.

—Pues a mí debes llamarme Topacio con todas sus letras.

—Yo soy Obsidiana.

—Y yo Ónix.

—A mí puedes llamarme Zirc si quieres.

Los seis hicieron sendas reverencias que Blancanieves les devolvió, encantada. Sus ojos se dirigieron a la cama en la que había pasado la noche y leyeron el nombre que había allí tallado.

—¿Y Ámbar?

Se miraron unos a otros y la joven pudo percibir que lo hacían con tristeza.

—Ámbar desapareció —explicó Obsidiana.

—A día de hoy no hemos recibido noticias suyas…

—No sabemos si está…

—¡No lo está! —exclamó Zirc totalmente convencido interrumpiendo a sus hermanos.

—Ha pasado demasiado tiempo —le dijo Topacio—. No sé cómo sigues pensando que algún día volverá.

—La esperanza es lo último que se pierde —afirmó Ónix apoyando a su hermano—. Hasta que veamos lo contrario, seguiremos pensándolo.

Blancanieves se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable por haber preguntado por un hermano desaparecido que la mayoría daba por muerto al parecer.

—Lo siento.

Los hombrecillos le restaron importancia.

—¿Os habéis dado cuenta de que estáis en ropa interior ante una dama? —preguntó Zaf con una de sus pobladas cejas levantadas.

Sus hermanos se miraron a sí mismos y corrieron de un lado a otro entre gritos, chocando entre sí, para vestirse y adecentarse frente a Blancanieves. Ella los observó divertida.

Estaría bien allí; estaba segura.

# CAPÍTULO 66

Las llamas iluminaban la gran plaza de la ciudad. Allí congregados estaban los nobles y las personas más poderosas del reino. Todos habían acudido a la llamada de la reina para formar parte del funeral de la difunta princesa tras varios días de luto. También estaban allí los ciudadanos, comerciantes y campesinos, aunque no todos tenían una visión privilegiada de la pira; llenaban las calles adyacentes mostrando sus respetos a pesar de no ver ni oír nada.

Se había levantado un trono improvisado para la reina, que, de pie, observaba cómo las llamas anaranjadas consumían el cuerpo y la madera hasta reducirlos a cenizas. A su derecha estaba el cazador, contemplando impasible lo que se extendía a sus pies.

En cuanto el fuego devoró hasta el último hueso, la soberana, con un movimiento de la mano, ordenó que depositaran las cenizas en una urna de cristal opaco y las llevaran al panteón real.

Cuando los soldados que cumplían la orden se abrieron paso entre los congregados, estos se arrodillaron, en señal de último respeto a su princesa.

En el centro de la plaza quedó limpio y vacío el hueco que había ocupado la pira. Nadie se atrevía a poner un pie en él.

—Querido reino —empezó la soberana—, hemos sufrido una gran pérdida. Otra más. —Calló unos instantes para que todos rememoraran al difunto rey y le presentaran sus respetos silenciosos—. Mas quiero que sepáis que este crimen no quedará impune. —Varias cabezas se levantaron y la miraron confusas—. El Reino de la Laguna Dorada se someterá a nosotros o se atendrá a las consecuencias de sus actos: la guerra.

Varios susurros se iniciaron en oleada hasta llegar a los límites de la ciudad, donde todavía aguardaban campesinos viendo marchar a su princesa al cementerio.

Muchos se mostraron dudosos, pero otros manifestaron su acuerdo con la reina. Aquel crimen debía ser castigado.

—Además, tengo una buena noticia que compartir con vosotros. —Los ojos de la mujer brillaron al sentir cómo había captado la atención de sus súbditos, que se mostraron impacientes—. Tengo una nueva heredera.

Un silencio sepulcral invadió la plaza. Todos los ojos estaban fijos en la reina, y ninguno se percató de la figura que caminaba por el hueco de la pira.

—Os presento a Bella.

La joven notó cómo los presentes se giraban hacia ella, la observaban con curiosidad y se abrían a su paso hacia el trono. Tras ella caminaba un sirviente con un cojín azul marino entre sus manos y tres apetitosas manzanas color sangre sobre él. La muchacha se mantenía oculta por una capucha verde bosque que solo se quitó cuando se colocó a la siniestra de la reina. Se giró y permitió que la examinaran. Sus cabellos castaños ondulados y recogidos, que dejaban caer varios mechones en cascada por su espalda. Su rostro maquillado e impoluto con una sonrisa de suficiencia. Sus ojos marrones, que se negaban a mirar una cara en concreto, y pasaban de una a otra sin detenerse más de una décima de segundo, pretendiendo demostrar que estaba a la altura de su nuevo papel. Ella gobernaría el reino junto con la soberana.

Nada escaparía a su control.

—Brindemos, pues: por un nuevo amanecer en el Reino de la Manzana de Plata.

Todos cuantos allí había, y los que no lo presenciaban directamente, pero estaban siendo informados por soldados y sirvientes repartidos por toda la ciudad, cogieron las manzanas que varias doncellas repartieron. Las alzaron como si de copas se tratara y solo cuando la reina, el cazador y la nueva heredera dieron un primer mordisco, ellos los imitaron.

Bella sintió cómo el líquido de la fruta resbalaba desde su boca y se lo limpió antes de que nadie se percatara de ello. Debía estar siempre impoluta. Tendría que aprender a comer manzanas. A su alrededor no vio que a nadie más le sucediera.

«Es cuestión de práctica».

Tras el primer mordisco, todos alzaron de nuevo las manzanas, que relucieron ante las luces de la ciudad y las lunas.

La reina malvada había impuesto esta forma de brindis para salir de la vulgaridad de brindar con mero alcohol, algo que, en su opinión, carecía de clase y estilo.

Bella miró su manzana antes del segundo mordisco y vio a todos disfrutar de la situación.

Le gustaba esa forma de brindis.

Tendrían que imponerla en todos los reinos, empezando por el Reino de la Laguna Dorada.

# CAPÍTULO 67

Fabricaron un biombo de madera para ofrecer intimidad a la cama en la que dormiría Blancanieves. Luego estuvieron cantando y contando historias. La joven lo pasó realmente bien.

Llegó la noche y, tras la cena, fueron pronto a dormir. Al día siguiente trabajaban y querían estar descansados. Ella no tenía sueño, pero subió también y, tras mirar a sus nuevos amigos, se metió detrás de su improvisada pared. Su cama quedaba junto a una de las ventanas, y se sentó a observar el bosque, de tonalidades grises y azules por la nieve y la luz de las lunas. Dedicó un pensamiento a su reino. A su madrastra. A Bella.

Quizás lo mejor fuera olvidar…

Se desnudó y tumbó. Apenas fue consciente de lo rápido que se durmió.

Por la mañana fue la primera en despertar. Escuchaba los acompasados ronquidos de sus compañeros. Se vistió y asomó. Tuvo que contener las carcajadas que pugnaron por salir de su garganta al ver la escena: algunos destapados casi por completo, otros babeando y Zirc con medio cuerpo sobre el suelo, bien abrazado a su almohada. Pasó junto a sus camas tratando de hacer el menor ruido posible y bajó. El sol iluminaba la planta de abajo, dándole los buenos días. Le resultó curioso que la luz del astro lograra abrirse paso en aquel bosque de eterno invierno. Mas no por nada se llamaba el Bosque del Invierno Mágico.

Pensó en hacerles el desayuno y buscó en la cocina los ingredientes para una receta que Angela le preparaba de pequeña. Era sencilla y rápida, pero estaba exquisita. Siempre había causado sensación a quienes la probaban. Tan solo necesitaba queso, jamón cocido, pan, leche y azúcar. Partió el pan, el queso y el jamón en finas láminas y en un recipiente de metal colocó agua con azúcar para hacer un caramelo casero. Una vez hecho, repartió lonchas de jamón hasta cubrir por completo el cristal y el caramelo. Luego, mojó las rebanadas de pan en la

leche y las puso; sobre ellas, el queso, jamón, y vuelta a empezar hasta alcanzar el borde del recipiente. Cerró todo con las lonchas de jamón, encendió el horno y esperó unos minutos hasta que se dorara.

—Huele de maravilla.

Zaf había bajado con algunos de sus hermanos y olfateaba con gusto el ambiente.

—Es una receta familiar. Espero que os guste —respondió ella sacando el recipiente con un paño y volcándolo sobre un plato.

Lo dejó en el centro de la mesa ya puesta mientras los enanitos terminaban de bajar y se sentaban todos alrededor, observando el apetitoso pastel que se alzaba ante ellos. Topacio fue el único que lo miró con recelo.

Obsidiana preparó el té mientras Blancanieves repartía generosas porciones en los platos de cada uno.

—¡Está delicioso! —exclamó Ónix con la boca llena, soltando perdigones a diestro y siniestro.

—¡Esa educación! —le recriminó Ber, y no solo porque su hermano hablara con la boca llena—. No debes empezar hasta que estemos todos sentados a la mesa.

Comenzaron a comer y gimieron con gusto al probar tan delicioso manjar.

—Parece mentira, con lo sencilla que es… —comentó Ber examinando minuciosamente cada capa.

—¡Jamás se me habría ocurrido ponerle caramelo al jamón! —Ónix estaba emocionado con el pastel y se sirvió más sin esperar la aprobación de nadie.

La joven estaba encantada. Por el rabillo del ojo apreció cómo Topacio los miraba a todos con el ceño fruncido. Todavía no lo había probado. Cogió su tenedor, partió un trozo y se lo llevó a la nariz. Sus fosas nasales se abrieron, dando paso al aroma. Luego se lo llevó a la boca y Blancanieves escuchó un gruñido placentero. Sonrió.

En cuanto hubieron recogido y limpiado, los hombrecitos se hicieron con sus herramientas.

—¿Puedo acompañaros? El día se me va a hacer muy largo aquí sola…

Se miraron y mostraron su consentimiento.

—Las minas no son lugar para una mujer —espetó Topacio.

Obsidiana puso los ojos en blanco, pero todos ignoraron su comentario y la invitaron a ir con ellos. Sin embargo, Blancanieves apreció —si no se lo había imaginado—, que el tono de Topacio era de preocupación. ¿Preocupación por ella?

Se alejaron de la casa y atravesaron el frondoso bosque saliéndose del camino. Blancanieves temió que se perdieran tal y como le había pasado a ella, mas enseguida se dio cuenta de que los enanos seguían un camino marcado en varios árboles que ellos mismos, o quizás sus padres, debían de haber hecho.

Y llegaron a la mina. Si la princesa no hubiera sabido de antemano lo que era, habría pensado que se trataba de una simple cueva. No aparentaba ser una mina, no como las que había visto ilustradas en los libros de palacio: con grandes entradas, vigas de madera y raíles con carretas. Allí fuera no había más que maleza y una roca con una abertura.

Siguió a sus guías y, en cuanto entró, todo cambió. Tras un pequeño pasadizo estrecho fueron a parar a una gran caverna que los enanos iluminaron con antorchas que colgaban de las irregulares paredes. Allí sí había vigas, raíles y mesas de trabajo con multitud de instrumentos y minerales sobre ellas. Se pusieron los monos de trabajo y Zafiro se centró en una de las mesas, mientras que otros se perdieron por dos de las galerías que salían de allí. Obsidiana fue el único que se encaminó a la galería de la derecha.

Blancanieves dudó de si quedarse con Zaf o seguir a este último, y se decidió por ir tras Obsidiana. Antes de entrar en la galería, leyó un cartel de madera que rezaba, precisamente, «Obsidiana».

Encontró al enanito tras varios metros de estrecho pasadizo, en otra caverna; no tan grande como la anterior, pero igualmente impresionante. Sin embargo, esta no estaba excavada del todo. La amplia galería rodeaba un centro cilíndrico irregular de piedra. La princesa caminó por ella, siguiendo los golpes sordos, hasta dar con Obsidiana, que trabajaba en una de las paredes de la galería, alejado del centro. Con mucho esmero, trataba de sacar una piedra negra.

—¿Eso es obsidiana?

Él asintió sin dejar de trabajar.

Blancanieves miró a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Eso no es una piedra volcánica?

—Veo que estás bien enterada.

Las mejillas de ella se sonrojaron, pero él no lo vio.

—Pero aquí no hay ningún volcán…

Él dejó lo que tenía entre manos y señaló el centro con la cabeza.

—¿No te has fijado en lo que recorre esta caverna de abajo arriba?

A la joven le extrañó el matiz de «abajo arriba». ¿Qué cosas iban de abajo arriba? Las estalagmitas, quizás, pero aquello era demasiado grande para serlo.

—Ven conmigo.

Le siguió hasta el exterior, caminaron alrededor de la mina, subieron y llegaron hasta un lago. «Más bien un charco», pensó la joven, pues era tan pequeño que no debía de medir ni cinco metros de diámetro. Lo curioso era el tono de sus aguas. Más claras en la orilla, pero en el centro, justo en el centro, de un oscuro sobrecogedor. Tenebroso, se atrevería a decir.

—Si alguien alcanzara el fondo de estas aguas, se encontraría con la cámara magmática de un volcán dormido.

Ella siguió contemplando aquella oscuridad.

—¿Esto es un volcán?

—Tú lo has dicho. Con el tiempo las nevadas lo han inundado, pero sus aguas nunca llegan a congelarse.

El hombrecillo se marchó por donde habían venido. La joven tardó en reaccionar, sobrecogida por aquel hallazgo. ¿No temían los enanitos trabajar junto a un volcán? Pero quizás estaba apagado y no hubiera ningún peligro ya.

Aunque…

Alcanzó a Obsidiana en su propia caverna.

—Has dicho que está dormido, no apagado.

—Así es.

—¿Y cómo lo sabes?

Él se limitó a poner una mano en la chimenea que ocupaba el centro de la cueva. Ella le imitó.

—Está templada…

—Por eso sé que está dormido.

—¿Y no teméis su despertar?

Obsidiana suspiró.

—Su despertar es lo que puede ayudarnos. De todo lo que trabajamos aquí, la obsidiana es lo que más dinero da, lo que nos permite comprar carne, pieles y todo lo que necesitamos para sobrevivir. No somos cazadores, así que no podemos abastecernos nosotros mismos. Necesitamos el dinero. Por mis herramientas vienen de todas partes, incluso de otros reinos, y pagan un buen dinero. Aunque soy consciente de que menos de lo que deberían. —Soltó una carcajada irónica—. Se aprovechan de nuestra necesidad, y no puedo negarme.

Miró la piedra que trataba de sacar de la pared sin dañarla.

—Apenas queda obsidiana ya. Una erupción volcánica podría darnos lo que necesitamos durante otra temporada…

# CAPÍTULO 68

Después de un agradable desayuno, probando delicias que jamás habría imaginado, la reina le pidió que la acompañara. En cuanto se levantaron, la mujer extendió el brazo y señaló un frutero lleno de suculentas manzanas negras.

—¿No te apetece una? Recién recogidas.

Bella frunció el ceño. Recordaba vagamente que cuando ella era una simple doncella, las manzanas se recogían a lo largo de la mañana. Quizás las cosas hubieran cambiado. Cogió una y la mordió con gusto. Echó a andar tras la soberana limpiándose el jugo rojo que caía de su boca.

Para su sorpresa, se dirigieron hacia las mazmorras. Terminó el fruto antes de entrar y lo tiró al suelo, sabiendo que enseguida acudiría un sirviente a recogerlo.

Pasaron por delante de la celda que encerraba al capitán. Este levantó la mirada, que se posó directamente en Bella. Alzó las cejas, intrigado, mas no dijo nada. Ella se limitó a caminar con la cabeza bien alta, siguiendo los pasos de la reina.

Dejaron atrás las celdas de la anciana y del niño, que apenas les prestaron atención.

Por último, llegaron al nivel más profundo, aquel que contenía un único prisionero: el príncipe. El joven miró a la reina con desconfianza y sus ojos pasaron a la muchacha, mostrando un brillo curioso. Tenía barba de varios días y sus ropas, antes impecables, estaban sucias y empezaban a romperse. Nadie diría, al verle, que formara parte de la realeza. Sin embargo, su mirada altiva y su porte seguían siendo de príncipe.

—Sacadme de aquí, bruja. —Se aferró a los barrotes con rabia y desesperación.

Bella se mantuvo a un lado de la soberana, un paso por detrás.

—¿Así es como le habláis a una reina?

—Vos no merecéis ser llamada reina.

—He venido a ofreceros algo que creo que os gustará. —Sonrió y él se echó hacia atrás con recelo—. Sin duda, habrá llegado a vuestros oídos la inminente guerra que desataré sin piedad contra vuestro reino.

—Vuestro ejército no es rival para el ejército del Reino de la Laguna Dorada.

—Tenéis razón, príncipe, tenéis razón. —Su sonrisa se ensanchó—. Mas yo poseo algo mucho más poderoso que un ejército.

Sacó de su capa una manzana que el príncipe y Bella miraron con interés. Él abrió la boca, extrañado, pero no salió ningún sonido de su garganta. Carraspeó y volvió a intentarlo.

—¿De qué estáis hablando?

—Todo ejército debe estar bien alimentado —explicó mientras jugaba con la manzana entre las manos—, especialmente durante el transcurso de una guerra. Imaginad… El avance de vuestros soldados. Y entonces, justo delante de ellos, un campo de manzanas; de apetitosas manzanas. Numerosas manzanas que pueden abastecer a miles de hombres y mujeres. —Clavó sus ojos en él—. Manzanas envenenadas, príncipe. Imaginad la belleza: un campo sembrado de soldados que parecen dormir y manzanas mordidas.

»Y después de vuestro ejército, caerá vuestro reino y, con él, vuestros padres. El Reino de la Laguna Dorada desaparecerá. Se convertirá en un reino muerto. Hombres, mujeres, niños, ancianos… Sus restos serán el abono del nuevo Reino Exánime.

El joven sintió arcadas al escucharla. Quiso gritar. Quiso abalanzarse sobre ella y estrangularla, mas unos barrotes de hierro se lo impedían. Ella sonreía con malicia, visualizando cada palabra que había salido de sus venenosos labios.

—Os ofrezco un trato para salvar sus vidas, príncipe.

El apelado hizo un esfuerzo por volver a mirarla y escuchar lo que tenía que proponerle.

—Casaos con mi heredera y unid vuestro reino al mío. De esta forma, no habrá muertes; no habrá guerra, y el Reino de la Laguna Dorada pasará a formar parte del Reino de la Manzana de Plata y a servir para siempre bajo mis órdenes.

Dejó que sus palabras calaran en él y extendió el brazo en dirección a Bella, que avanzó y se colocó a su lado, frente al príncipe.

—¿Vuestra heredera? —Arrugó la frente—. ¿Y Blancanieves?

—Nuestra princesa murió en un lamentable accidente.

Por alguna razón, aquellas palabras sonaron huecas. El príncipe no acertó a dilucidar si era por ser una mentira o por el poco amor que aquella mujer le había tenido a su hijastra.

—¿Y bien, aceptáis mi oferta?

—¿Acaso tengo otra opción?

—Por supuesto que la tenéis. Podéis pudriros en esta celda. Podéis sentaros y mirar, como siempre habéis hecho, sin mover un solo dedo por vuestro reino.

El príncipe apretó los dientes con fuerza, conteniendo sus ganas de contestar a aquella provocación.

—Acepto —dijo con resignación.

—No esperaba menos, alteza.

Ordenó a Bella avanzar y extender su brazo izquierdo. Él tuvo que hacer lo mismo y ambos se cogieron de la muñeca. La reina sacó una daga y partió la manzana encima de sus manos. Un líquido negro salió de ella y sus gotas cayeron sobre la piel de los jóvenes. Tras un breve destello negro, se extendieron en distintas direcciones como serpientes hambrientas, formando una enredadera desde los dedos hasta el codo en cada uno de los muchachos.

—Si rompéis vuestro compromiso, si abandonáis este palacio y este reino sin mi permiso, una maldición caerá sobre vos.

El príncipe apartó su mano de la de Bella y se la examinó.

—¿Y si es ella quien lo hace?

La reina se colocó tras su nueva heredera y sonrió de nuevo. Apoyó los brazos sobre sus hombros y dijo con voz firme y segura:

—Ella no lo hará.

# CAPÍTULO 69

—¡Esto es increíble!

Los gritos llegaron desde el interior de la mina a oídos de la princesa, que se había retrasado para preparar zumo de melocotón y canela a los enanitos y dárselo mientras trabajaban.

—¡Qué pasada!

Era la voz de Zaf. O quizás de Ónix. ¿Tal vez Zirc? Blancanieves todavía no los distinguía. Sabía que no se trataba de Topacio, pues no se lo imaginaba gritando de alegría. Jamás había mostrado una sonrisa delante de ella. Aunque llevaba poco tiempo con ellos; quizás en cualquier momento se rompiera la barrera que había erigido alrededor de él y permitiera el acercamiento de la muchacha igual que había hecho con los demás.

Cuando llegó a la sala principal, antes de que le diera tiempo siquiera de ver quién estaba allí, un nuevo grito y un fuerte empujón la sorprendieron. La bota de piel cayó de sus manos y el líquido anaranjado se esparció por el suelo.

—¡Zirc! ¿Cuántas veces tengo que decirte que mires antes de probar esas cosas?

Junto a la joven estaba Ónix, que era quien la había tirado al suelo. Sobre sus cabezas, clavados en la pared, había dos objetos, uno azul y otro verde: dos cuchillas con forma de estrella. Blancanieves abrió mucho los ojos, sorprendida; nunca había visto nada igual.

—¡Uy! —Zirc se fijó en la joven y se acercó corriendo a ella, ignorando a su hermano—. ¿Estás bien?

La ayudó a levantarse.

—Sí… ¿Qué es eso?

El otro enanito resopló, molesto, se sacudió la ropa y se fue a su mesa de trabajo. Zirc sonrió orgulloso mientras arrancaba las estrellas.

—Esto, querida, es una nueva arma que he inventado. Estas cuchillas —señaló los filos de las estrellas— cortan más que el acero.

—¿Son de zircón? —preguntó interesada.

—Tú lo has dicho. Son pequeñas y se pueden usar a gran distancia. Llevo meses trabajando en ellas y por fin he conseguido mi objetivo. ¡Serán todo un éxito en el mercado!

—¡Oh, baja ya de las nubes, Zirc! A nadie le van a interesar esas cosas.

La princesa y el apelado miraron a Ónix, que se había girado, sujetando un cincel en la mano derecha.

—A la gente le gusta comprar cosas raras, especialmente las que facilitan el trabajo —se defendió Zirc.

—¿En qué se diferencian de las flechas o los cuchillos arrojadizos? Solo has perdido el tiempo en lugar de dedicarlo a algo de provecho, a algo que nos dé dinero para vivir, como hacemos los demás. Deja ya de soñar. Tú no eres papá.

Con lágrimas en los ojos, el más pequeño de los enanitos abandonó la mina, abrazando sus pequeñas posesiones con delicadeza. Ónix suspiró y volvió a su quehacer. Blancanieves se quedó mirando con angustia el lugar por el que había desaparecido Zirc, pero prefirió dejarle un rato a solas para no agobiarle.

—¿Por qué le has dicho todas esas cosas? —inquirió acercándose a Ónix.

Tardó unos momentos en responder.

—Todos hemos tenido sueños y nos hemos hecho ilusiones con crear algo que nos hiciera ricos y famosos. Pero es imposible, y cuanto antes lo sepa, mejor. No quiero que sus sueños se rompan como nos ha ido pasando a todos. Mejor que se dé cuenta ahora.

—A mí me gusta su invento. Sería muy útil para un ejército. Un arma pequeña que se puede esconder en cualquier parte.

—A la realeza no le interesan los objetos de unos vulgares enanos. Esto es la vida real.

Blancanieves se mordió la lengua. A ella sí le interesaba, incluso lo que él mismo estaba tallando: un tablero octogonal amarillo y varias figuras negras que todavía no tenían una forma definida. Un juego al que ella había jugado de pequeña y que sabía que muchos niños querrían tener en sus casas.

Suspiró.

Miró el zumo derramado y se marchó a por algo para limpiarlo. De camino a la casita buscó a Zirc con la mirada, pero no le encontró. Deseó que estuviera mejor y que en el fondo supiera que su hermano únicamente se preocupaba por él.

# CAPÍTULO 70

Bella acompañaba a todo a la reina. Estaba presente en cada momento, incluso cuando se daba un baño. La mujer quería que tomara nota de todos sus movimientos. Su nueva heredera debía ser perfecta.

La joven siguió los pasos de su mentora y reina mientras se comía una de aquellas apetitosas manzanas de jugo rojo. Subieron hasta la torre y la mujer se situó delante del espejo. Bella se quedó tres pasos por detrás, tal y como le había enseñado. Había que dejar siempre claro quién era la reina y quién la princesa. Quién mandaba en realidad.

La mujer se colocó los minúsculos desperfectos que encontró en su vestido de terciopelo violeta, ordenó un mechón rebelde y sonrió a su reflejo.

—Perfecta.

Bella observó el reflejo de la reina y corroboró su afirmación.

El cristal dio paso a una imagen que nada tenía que ver con la sala de la torre. Mostró un bosque del más puro verde esmeralda. La imagen avanzó hasta llegar a una ciudad donde todo el mundo… dormía.

—El Reino de la Aurora… —musitó la mujer con una sonrisa maliciosa—. Pobres ilusos, creer que podrían sobrevivir a la ira de Nessarose. —Chasqueó la lengua—. Mirad a dónde os ha llevado: al sueño perpetuo.

La imagen subió hasta una torre circular de ese mismo castillo. Bella miró con curiosidad. Había una joven de cabellos dorados dormida sobre una elegante cama.

—Y ahora, el Reino de la Aurora yace a la espera de una reina digna de él.

Todo desapareció.

La reina y Bella se miraron en el espejo.

La joven intentó comprender qué significado tenían las imágenes que acababa de presenciar.

Una malvada sonrisa floreció en su rostro cuando lo comprendió: ya tenían prácticamente en su poder el Reino de la Laguna Dorada.

El Reino de la Aurora era su próximo objetivo.

Y con los reyes en un sueño eterno, la reina del Reino de la Manzana de Plata, reina, lo tenía en la palma de la mano.

# Capítulo 71

Despertó pronto aquella mañana. Se quedó un rato en la cama, con la mirada puesta en la ventana y los árboles mecidos por la brisa que veía a través de ella. Pensó en Angela, en Rolan y… en Bella. Suspiró en silencio. ¿Estaría bien? ¿Habría seguido su consejo? ¿Estaría enfadada con ella por haberse marchado sin despedirse? Ojalá hubiera podido hacerlo. Ojalá le hubiera podido decir todo lo que bullía en su interior cuando estaba a su lado. Ojalá pudiera volver a verla.

Se acarició los labios recordando el tacto de su piel en ellos. Cerró los ojos y se dejó llevar a su habitación, a su cama, donde Bella dormía hermosa y tranquila. Donde Blancanieves se había sentido la persona más feliz de los reinos.

Abrió los ojos dejando que el recuerdo se diluyera en la realidad que la rodeaba y se levantó para preparar el desayuno. Normalmente, los enanitos se encargaban de casi todo, incluso de las comidas y limpiezas, y, aunque la dejaban ayudar, no le permitían encargarse por entero de algo. Le habían dejado claro que ella era una invitada, y como tal, no tenía que encargarse de las tareas del hogar.

Así que intentaba levantarse antes que ellos para sorprenderlos con un rico desayuno. No siempre podía recrear las recetas de palacio, pero se apañaba bien haciendo uso de los ingredientes de que disponía en la casita.

Al bajar a la salita, se encontró con Zafiro y Berilo concentrados frente a un tablero de ajedrez. Topacio estaba en un sillón apartado, ocupado con lo que parecía ser un guante de uñas afiladas. Blancanieves se había dado cuenta de que era el único que se traía trabajo a la cabaña. Se había fijado en que ponía mucho empeño en aquello que tenía entre sus manos, y aunque le había preguntado qué era y para qué servía, siempre había recibido un gruñido como respuesta.

—¡Buenos días! —saludó con alegría.

—Buenos días, Nieveblanca.

Así era como se había presentado, por ocultar su verdadera identidad. No sabía hasta dónde llegaba el conocimiento del nombre de la princesa, si iba más allá de las fronteras del Reino de la Manzana de Plata. Y no era porque no confiara en ellos, sino por protegerlos. Desde el principio se habían portado muy bien con ella.

Blancanieves sabía que no debía quedarse mucho tiempo. Su madrastra la daba por muerta, pero con su gran poder… ¿Y si descubría la verdad? No podía permitir que ellos pagaran el precio de su engaño.

Dirigía sus pasos hacia la cocina cuando algo llamó su atención. El tablero de ajedrez era más largo de lo normal, haciendo una forma rectangular. Dos filas más largo. Se acercó y prestó atención. Aunque había varias piezas dispersas por los diferentes cuadrados negros y blancos, apreció que en lugar de empezar la partida con dos filas de piezas, los enanitos usaban tres. En primer lugar, como era lo habitual, estaban los peones, unos de azul zafiro y otros rosa berilo. Sin embargo, no eran peones como tal, sino enanitos. Esto fascinó a la joven, cuyos ojos recorrieron el resto de las piezas. Reconoció a la reina, las torres, al rey, los alfiles…

—¿Por qué hay una tercera fila? ¿Qué figuras son esas?

Los hermanos dejaron de lado el juego. Ber, cuya memoria superaba con creces la de sus hermanos, memorizó dónde estaban dispuestas sus fichas y las llevó al lugar del inicio para proceder a la explicación.

—Imagino que conoces las piezas habituales. —Zaf, mientras tanto, se recostó con los brazos cruzados. Blancanieves asintió, pues desde pequeña había jugado al ajedrez—. Nosotros hemos ampliado el juego con dos filas y, por tanto, con ocho figuras más por jugador. Como ves —señaló su parte del tablero—, detrás de cada torre hay dos puertas. Las torres emulan las murallas de un castillo, pero tras las murallas están las propias puertas, ¿verdad? —La joven asintió, viendo muy lógico el razonamiento—. A su lado, detrás de cada caballo, está la guardia real: los soldados que darán su vida por los herederos a la corona en caso de caer los reyes. —Dos figuras de caballeros con espadas—. Detrás del rey, la que siempre ha sido la pieza más importante, está la gobernanta. ¿Sabes quién es ella?

—Claro —respondió sin pensar—. Es la jefa de los criados, quien lleva absolutamente todo en el castillo. Sin ella, el castillo no funcionaría como debe.

Berilo sonrió y señaló la pieza, parecida al rey, pero con una llave en lugar de una cruz en la parte superior.

—Has dado en el clavo. Sin ella, el castillo no funciona. No es el rey el más importante, sino la gobernanta. Es por ello que, en nuestro juego, es la más protegida. A su izquierda está el príncipe —una figura con dos cruces— junto a uno de los guardias reales, y a su derecha la princesa —una figura con una corona doble—. Los herederos. Más importantes que el rey y la reina. Si los soberanos mueren, el reino pasará a manos de sus hijos y, con la gobernanta y consejeros, el reino seguirá funcionando. En cambio, si mueren los herederos, ¿quién continuará el mandato del rey?

Blancanieves lo meditó unos instantes antes de responder.

—Si el rey no tiene hijos o estos mueren, siempre puede nombrar un sucesor —razonó—. El reino puede seguir funcionando hasta que lo designe y ceda la corona.

—Eso es cierto, pero dime: ¿cuántos reyes conoces que estén dispuestos a designar un sucesor que no sea su propio descendiente?

La joven no respondió, pues el enanito tenía toda la razón.

—Por eso, en este juego, son tan importantes los herederos. Sin ellos, el poder se desestabiliza. Y por último, en el hueco libre entre el guardia real y la princesa, tenemos a la doncella e institutriz de la misma. Mientras que la educación del príncipe corre a cargo del capitán de la guardia y del propio rey, la de la princesa está en manos de la doncella y la gobernanta. Por eso hemos incluido esta pieza. —Una figura con un vestido.

Ber recolocó las piezas donde estaban y Zaf se inclinó hacia delante, pensando el movimiento que haría a continuación.

—¿No habéis pensado ofrecer este juego a la nobleza? Creo que podría gustar mucho. Es de lo más interesante.

Zafiro movió su caballo y respondió con un encogimiento de hombros:

—Nuestro ajedrez muestra una realidad que ni la nobleza ni la realeza quieren reconocer.

Volvieron a concentrarse en su juego mientras Blancanieves se dirigía hacia la cocina pensando en cuánta verdad había en sus palabras. Ella misma había estado muy ciega hasta no hacía mucho…

# CAPÍTULO 72

Un constante repiqueteo contra la ventana la despertó esa mañana. Le resultó un ruido molesto. Al principio creyó que formaba parte de sus sueños, pero cuando abrió los ojos, convencida de que dejaría de escucharlo, el sonido siguió martilleando su cabeza.

Se giró. Lluvia. Un día gris.

Puso los pies en el frío suelo de piedra y caminó hacia el origen del ruido. Las gotas chocaban contra el cristal y lo recorrían en ríos interminables.

Hacía mucho tiempo que no veía la lluvia. Una extraña melancolía se apoderó de ella. Había algo familiar en aquella sensación que estaba experimentando, algo que no lograba recordar.

Bostezó con pereza y le restó importancia. Quizás estuviera evocando un sueño. Nada más.

Al ver en su reflejo en el cristal el brazo con la marca negra hasta el codo, sonrió con malicia.

Princesa heredera.

Sonaba bien.

Muy bien.

Se giró y observó su lujosa habitación.

Tenía cuanto quería. Sus sueños hechos realidad. Sin embargo, no recordaba haber soñado con ello. Ni dormida ni despierta. Cada noche, en cuanto su rostro acariciaba la almohada, se sumía en un oscuro viaje sin vida ni color. Y al despertar simplemente salía de la oscuridad para saludar al nuevo día que la esperaba.

Angela entró en su habitación como cada mañana, portando una fuente plateada llena de manzanas negras y apetitosas, las manzanas del jardín de la reina. A Bella le encantaban. Sabía que los manzanos reales daban manzanas rojas, mas nunca le había dado importancia al hecho de que las que comía fueran

de otro color. La reina hacía maravillas con esta fruta; quizás había logrado mejorarlas. Comía una o dos al levantarse y varias a lo largo de la tarde. Incluso antes de dormir. Si por ella fuera, se alimentaría solo de esa fruta.

La doncella dejó la fuente sobre la mesa de cristal. Bella devolvió una última mirada al día gris que la saludaba al otro lado del cristal. Daba igual la lluvia: sería otro grandioso día siguiendo los pasos de la reina.

Un ruido la hizo girarse.

Angela se agachaba y recogía varias manzanas esparcidas por el suelo. La nueva princesa la miró con desdén.

—¿Es que no tienes ningún cuidado?

La mujer terminó de recogerlas en el interior de su delantal y se incorporó con la mirada fija en el suelo.

—Por tu culpa se han desperdiciado varias manzanas.

—Las lavaré y os las traeré de nuevo.

Bella puso cara de asco mientras se acercaba al otro lado de la mesa.

—¿De verdad crees que comeré algo que ha tocado el suelo? ¿Por quién me tomas? —Le lanzó uno de los dos frutos restantes. Impactó en el hombro de la doncella—. ¡Soy la heredera al trono del Reino de la Manzana de Plata! Mi paladar solo lo tocarán los más exquisitos manjares que existan. ¡Y eso no incluye nada que haya tocado el suelo o tus sucias manos de criada!

Angela tragó saliva. Se mantuvo en silencio.

La princesa, contenta con su inexistente reacción, alargó su brazo y cogió la única manzana que quedaba en la fuente. Roja. Chasqueó la lengua con disgusto. Quizás debería hablar con la reina sobre la ineptitud de Angela. No podían permitirse tener a alguien así en palacio.

Como de costumbre, el líquido de la manzana resbaló desde la comisura de sus labios hasta su barbilla. Se limpió con una servilleta blanca que tiró al suelo sin miramientos. Las servilletas siempre acababan rojas tras limpiar sus carnosos labios humedecidos con el jugo de las manzanas.

La doncella se apresuró a recoger la servilleta y ocultarla en el interior de su delantal junto a las manzanas. Hizo una reverencia y se retiró.

Bella no disfrutó como solía de aquellos frutos que tanto le gustaban. La incompetencia de su doncella le había estropeado su momento de deleite.

Pasó la mañana de aquí allá siguiendo los pasos de la reina. Un callado príncipe se unió a ellas, que disfrutaron con su pesar y soltaron comentarios jocosos sobre el Reino de la Laguna Dorada, que pronto pasaría a formar parte del suyo. Él no dijo nada en ningún momento. Tan solo se fijó en que Bella se llevaba una mano a la cabeza cuando la reina no miraba.

Durante la comida, la heredera sintió estallar sus sienes, pero mantuvo la compostura. En cuanto acabaran los postres se retiraría a su habitación. Suponía que era el día gris lo que le provocaba aquel infernal dolor de cabeza. Mas debía ocultarlo ante la reina; no podía mostrar debilidad ante ella. Un vulgar dolor de cabeza podría hacerle perder la confianza de la mujer, y eso no lo iba a permitir.

Ella era Bella, la nueva heredera y futura reina del Reino de la Manzana de Plata, del Reino de la Laguna Dorada y del Reino de la Aurora.

Por el momento…

# Capítulo 73

Lo había intentado. Cada vez que Topacio se quedaba rezagado o se apartaba para dedicarse a sus tareas, Blancanieves había iniciado un acercamiento. Mas había sido infructuoso. No conseguía que el enano cruzase más de dos palabras con ella. Más de una vez había querido preguntarle por qué ese rechazo, qué había hecho para merecerlo, pero nunca reunía el valor suficiente. Tenía miedo de conocer la verdad. ¿Y si había descubierto quién era en realidad? Sería normal que no la quisiera allí. Si la reina se enteraba… todos correrían un grave peligro.

Se mordió el labio inferior mientras terminaba de limpiar los platos del desayuno. Los enanitos se habían ido a la mina y no volverían hasta varias horas después.

Era consciente de que tenía que marcharse de allí. Terminó de fregar, cogió un plato y lo secó con un trapo amarillo mientras observaba la acogedora sala. El problema estaba en que no quería irse. Se sentía bien allí. Llevaba pocos días y ya parecía una más de aquella familia. De aquel hogar.

«Hogar».

Esta palabra retumbó en su cabeza. ¿Cuánto hacía que no pronunciaba esas letras?

—Hogar —dijo en voz alta mientras colocaba el plato en la alacena y cogía otro.

Ella y Bella al calor del fuego, abrazadas, riendo o leyendo uno de los libros favoritos de la doncella. Sonrió. Eso también era un hogar.

Sonaba bien. Sonaba muy bien.

Desde que su padre había muerto no había vuelto a llamar hogar al castillo. Ni familia a su madrastra, a pesar de ser consciente en todo momento de que era la única familia que le quedaba en el mundo.

Una familia que había querido acabar con su vida.

Su mandíbula se tensó y a punto estuvo de perder el plato que sostenía. Apartó sus recuerdos y se centró en el presente. Se marcharía, lo tenía decidido.

Y pronto.

Decidió limpiar el suelo. Cogió una vieja escoba que había bajo las escaleras y subió a la planta superior. Empezó a tararear las primeras estrofas de una canción que solía cantar con su padre cuando era pequeña. No recordaba bien la letra entera.

*Tus miedos me solías contar,*
*pero ahora solo quieres callar.*
*¿Qué fue lo que te pudo hacer cambiar?*
*Recuerdo que*
*te fui a besar*
*del cielo la vimos bajar*
*y respirábamos ese Aleluya.*



Siguió tarareando una y otra vez. Ya iba por el salón. Dejó la escoba a un lado para apartar una alfombra circular que cubría la parte vacía que había entre los sillones. Fue a sacudirla fuera. El polvo la hizo toser.

—¿Cuánto hará que no quitan el polvo de esta alfombra?

Era vieja y fea. Estaba desgastada, mas supuso que debió de pertenecer a sus padres y por eso la conservaban. La tendió sobre los maderos que formaban la

valla del huerto y volvió a entrar. Retomó el barrido hasta que notó algo raro al caminar.

Tap, tap.

Toc, toc.

¿Por qué el suelo sonaba diferente en el centro de la salita?

Tap, tap.

Toc, toc.

Era como si estuviera hueco.

Blancanieves bajó la mirada hacia sus pies. Tuvo que forzar la vista, pero logró ver una trampilla disimulada en el suelo de madera. ¿Tenían sótano y no le habían dicho nada? ¿Tendrían algo que ocultar?

«Todos guardamos secretos», se dijo.

Estuvo a punto de continuar con lo que estaba haciendo y obviar aquel descubrimiento. Sin embargo, su curiosidad fue más fuerte. Necesitaba descubrir qué escondían los enanitos.

Examinó con esmero la puerta para averiguar cómo se abría. Halló un agujero con forma de cerradura que quedaba camuflado por una mancha en la madera. Sus ojos buscaron la llave. No le fue difícil encontrarla. Había varias colgadas de un mismo aro junto a la puerta, y entre ellas había una cuyos dientes eran del mismo tamaño. No tuvo ninguna duda de que encajaría a la perfección.

Antes de hacer nada, escudriñó el exterior nevado a través de la ventana. Sabía que no era la hora de regreso de los hombrecillos, pero quería asegurarse de que no la pillarían con las manos en la masa.

Metió la llave con cuidado y, tras expulsar un suspiro de alivio, la giró. La trampilla emitió un suave clic y se abrió varios centímetros. Con ambas manos, la princesa la levantó. Unas escaleras de madera descendían a lo más profundo y se perdían en la negrura. Se hizo con una de las antorchas que iluminaban de noche la cabaña, la encendió y, armándose de valor, inició su descenso.

Sintió el frío y la humedad penetrar en su piel. El vaho salía de sus labios cada vez que respiraba. Tras un corto pasillo donde no había nada más que roca excavada, llegó a una pequeña sala decagonal. Todas las paredes estaban desnudas, salvo tres. Desde su posición acertó a adivinar que se trataba de sarcófagos de piedra pulida.

Estaba en una cripta.

No le costó suponer que uno de aquellos sarcófagos debía de estar ocupado por la madre de los enanitos. Se acercó. Por la inscripción supo que había acertado. Era de ópalo opaco con varios colores que brillaban a la luz de la antorcha. Ópalo. Así le habían dicho que se llamaba su madre. Junto a él, el sarcófago que había era de citrino, un color amarillento transparente que le permitía ver el interior. Vacío.

—Claro, Citrino, su padre, desapareció… —susurró.

Supuso que habrían construido el sarcófago por si un día lo encontraban y podían darle sepultura.

En el lado opuesto de la pared vio que el sarcófago era de un color anaranjado. Ámbar. Así rezaba la inscripción. El séptimo enanito, el séptimo hermano, también desaparecido.

Blancanieves miró el sarcófago de ópalo, luego el de citrino y por último el que tenía delante. Dos transparentes y uno opaco.

Uno con el cuerpo de una madre y dos encerrando esperanzas.

# Capítulo 74

Si tuviera que definir un día como el peor, sin duda sería ese. La noche llegó como un salvavidas, ya que pudo encerrarse en su habitación y lidiar con lo que le estaba pasando.

—¿Y qué es lo que me está pasando?

No lo sabía.

Un fuerte dolor de cabeza.

Visiones de una vida que no recordaba. ¿Retazos de sueños, tal vez?

Había sido difícil mantener la compostura ante la malvada reina.

Se tumbó sobre la cama sin desvestirse y luchó por quedarse dormida.

*Un duende que la apartaba de su familia.*

*Ser criada en un glorioso palacio bajo las órdenes*
*de una malvada reina.*

*Un espejo mágico.*

*Una bella joven de piel de ébano y cabellos níveos*
*venida del Más Allá.*

La joven despertó cubierta por una capa de sudor frío que adhería el vestido de la noche anterior a su piel. Tenía la respiración acelerada y el corazón bombeaba más rápido de lo que podía soportar. Quiso pedir ayuda. ¿En quién podía confiar que no corriera a contárselo a la reina?

Y entonces vio su salvación: Angela.

No sabía por qué, no lo recordaba, pero sabía que esa doncella era de confianza.

La mujer llegó, como cada mañana, con la fuente llena de manzanas. En esta ocasión, Bella las miró con reticencia. A su estómago no le agradaba la idea de comer manzanas.

—¿Puedes traerme un zumo de algo que no sean manzanas?

A lo mejor era eso lo que necesitaba, comer algo diferente. Había comido tantas manzanas que seguramente le estaba afectando.

Un rato después, volvió Angela con una jarra y una copa sobre una bandeja de cristal. Bella se aseguró de que el líquido era naranja y nada tuviera que ver con las manzanas.

—Gracias —dijo con amabilidad mientras ella misma, para sorpresa de la doncella, se servía.

Al ir a beber, la heredera se percató de cómo la miraba.

—¿Qué pasa?

Esta desvió la mirada.

—Nada, alteza. Soy yo quien debería daros las gracias.

Sus ojos se tornaron vidriosos. Bella no comprendió sus palabras, y se limitó a contestar:

—Bien.

Se lo bebió de un trago olvidándose de todo protocolo. Estaba sola en la habitación con la única presencia de una sirvienta. No hacía falta andarse con finezas.

Se alisó el vestido, colocó los mechones rebeldes de su pelo y se perfumó antes de salir. ¿Para qué cambiarse? Lo que llevaba puesto era perfecto para aquel nuevo día.

En el desayuno con la reina y el príncipe, la mujer sí se fijó en que su aprendiza llevaba el mismo vestido de la noche anterior. Cogió una copa, la llevó a sus húmedos labios sin quitarle la vista de encima y habló:

—Llevas el mismo vestido de ayer.

No era una pregunta. Bella notó cierto tono despectivo en su comentario. Mas alzó la barbilla con orgullo.

—¿Por qué no repetir una prenda que es de mi agrado? Si un vestido tiene calidad y se ajusta bien a mi cuerpo, considero que sacarle el mayor partido posible es lo mejor.

El príncipe la miró, sorprendido por su respuesta. Bella se dio cuenta y lo utilizó en su favor.

—¿Veis?

La mujer miró de reojo al joven, pero sonrió.

—Creo que hoy he aprendido una importante lección.

Ambas brindaron entrechocando sus copas y bebieron con gusto el dulce vino que únicamente la reina podía permitirse para desayunar.

—Bien. Creo que ha llegado el momento.

Bella y el príncipe se miraron sin comprender. La reina se levantó y ambos supieron que debían ir tras ella. Con paso tranquilo, los guio hasta su torre. Él se quedó rezagado; no estaba muy seguro de que le estuviera permitida la entrada. A esas alturas ya estaba al tanto del funcionamiento del castillo y de dónde estaban los límites. Mas la mujer se giró e indicó a ambos que subieran tras ella.

Estaban confusos. Bella especialmente, y no solo por el hecho de que el príncipe las acompañara a un lugar que la reina tan solo había compartido con ella, sino también porque, de nuevo, algunas imágenes golpeaban su mente. Imágenes de aquel mismo lugar.

El príncipe, nada más cruzar las cortinas que separaban la sala de la escalera espiral, se fijó, anonadado, en la belleza terrorífica que envolvía la estancia. Pócimas de colores, libros antiguos y una vitrina a la que no se atrevió a acercarse, pero en la que creyó vislumbrar… manzanas. Manzanas de diferentes tamaños y colores.

Tragó saliva.

Con un codazo, Bella le indicó que se colocara al lado izquierdo de la reina, un paso por detrás, tal y como estaba ella. Él vio que se encontraban ante un espejo de marco plateado que les devolvía el reflejo.

—Hoy quedará patente quién es la más bella de los reinos. Y si alguien me supera en beldad, conocerá mi crueldad —les dijo a los muchachos mirando sus reflejos en la fría luna.

Ambos se limitaron a esperar sin decir nada. La reina, tras examinarlos coplacida, volvió a hablar:

—Espejo, espejo mágico, ven a mi llamada.

El muchacho alzó una ceja y miró con disimulo a Bella, quien tenía sus ojos fijos en el cristal.

Cuando un denso humo negro cubrió parte de la luna y unos ojos ámbar resplandecientes aparecieron, él ahogó un gemido. Ninguna de las dos mujeres

parecía asustada ni perturbada lo más mínimo por la presencia del ente.

Una voz habló:

—¿Qué deseáis, mi reina?

Esta sonrió antes de preguntar:

—Dime, ¿quién es en los reinos la más hermosa?

Bella frunció el ceño. No recordaba que fuera esa la pregunta que la malvada reina soliera hacer al espejo. No. Siempre preguntaba por la más bella del reino, es decir, del Reino de la Manzana de Plata. Y siempre recibía la misma respuesta: ella. Sin embargo, ahora había preguntado por la más hermosa de todos los reinos. ¿Podía existir alguien que la superara en belleza? Sin entender por qué, se inquietó. ¿Cuán grande podía ser la cólera de la reina si descubría que había alguien más bella que ella? Ya había ordenado asesinar a su propia hijastra.

El espejo ya les estaba mostrando una imagen. Había una joven agachada sobre un huerto. Los guantes y la capucha de su capa les impedían ver quién era. Tarareaba una canción mientras recogía los frutos maduros. Entonces se irguió y miró hacia atrás, escudriñando los alrededores, como si supiera que la estaban observando.

Bella tragó saliva.

Era la hijastra de la reina.

La antigua y verdadera heredera a la corona.

Era Blancanieves.

Y Bella la recordaba muy bien. Sí, recordaba cada momento que había vivido con ella en el castillo. Recordaba haberla ayudado en las pruebas. Y… recordaba su repentina desaparición. Y cómo, obligada por la reina, había tenido que cocinar sus entrañas para ella. Pero no eran sus entrañas. No podían serlo, porque Blancanieves estaba viva.

Para su sorpresa, la reina no dijo nada; mas la tensión de sus labios apretados lo decía todo. Se marchó con violencia de allí, atropellando lo que tuviera a su paso.

Sus ojos se cruzaron con los del príncipe y leyó el más absoluto de los terrores en ellos.

Ella no sentía miedo. Y no sabía por qué.

Se acercó a la imagen del espejo y posó la mano en el rostro frío de Blancanieves. Recordaba haber sentido algo por ella. Y al igual que sus recuerdos, lo había olvidado. Mas ¿por qué había recuperado sus recuerdos y no los sentimientos?

—Manzanas para olvidar…

Volteó la cabeza y vio que el príncipe, en ausencia de la reina, se había atrevido a acercarse a la vitrina de las manzanas y sus ojos estaban clavados en una de color negro.

Bella se llevó una mano al pecho mientras devolvía su atención al espejo y la imagen de este se desvanecía. Nada latía en su interior, porque le había sido arrancado.

Recordaba gracias a que alguien —Angela, sin duda alguna— había cambiado las manzanas.

Ahora tenía que recuperar su corazón.

# Capítulo 75

Al atardecer, cuando los seis hombrecillos llegaron, se encontraron una cabaña limpia, perfectamente ordenada y un agradable aroma que se coló juguetón por sus fosas nasales.

Ella estuvo más callada de lo normal durante la cena. Lanzaba miradas furtivas a cada uno de ellos cuando no la miraban. Hubo un momento en que sus ojos se cruzaron con los de Topacio. No supo descifrar su expresión. ¿Sospechaba algo? Eso era imposible. Lo había dejado todo tal y como estaba.

Apenas pudo conciliar el sueño durante la noche. No dejaba de dar vueltas a lo que había visto. Los enanitos tenían la esperanza de que Citrino y Ámbar siguieran vivos. Era bonito y a la vez desolador.

No se levantó cuando los enanitos abandonaron la mesa y recogieron sus herramientas. Mientras los demás salían por la puerta, Ber se acercó a ella.

—¿Estás bien?

La muchacha alzó la mirada apenas unos milímetros, ya que ni sentada la superaban mucho en altura.

—Sí, he pasado una mala noche por las pesadillas, nada más.

Estaban al tanto de que solía ser acosada por sueños terribles que formaban parte de su pasado. No le preguntaban por ello. Consideraban que, si ella quería decírselo, algún día lo haría por voluntad propia y no por obligación.

Berilo asintió y se marchó por la puerta que Topacio mantenía abierta. Este la miró una última vez antes de salir tras los pasos de su hermano y cerrar de forma brusca. Blancanieves suspiró y se recostó en la silla. Sus ojos se posaron sobre la alfombra que ocultaba la trampilla. Giró la cabeza bruscamente.

Decidió que lo mejor era recoger, limpiar y salir a dar un paseo. Le vendría bien despejarse un poco.

Bien abrigada, se dirigió hacia el camino. Sabía que no debía salirse de él o se perdería en el bosque. Como cuando llegó.

¿Dónde estaría Día? ¿Qué habría sido del príncipe del Reino de la Laguna Dorada? ¿Cómo estaría Angela? ¿Qué había sido de Citrino y Ámbar? ¿Por qué su madrastra había ordenado matarla? ¿Qué estaría siendo de Bella? Sintió un pinchazo en el corazón con la última pregunta. Ojalá hubiera podido enviarle aunque fuera una carta con dos palabras: «Estoy bien». Aunque dos palabras no eran suficientes para todo lo que quería decirle, para todo lo que necesitaba contarle.

A lo tonto, sumergida en sus pensamientos, el camino la llevó hasta la salida del bosque, donde había un pueblo. Se quedó allí entre los árboles, oculta, observando en la distancia. Tal vez Día estuviera entre sus gentes, como una más. No como ella. Porque Blancanieves no podría ser jamás una más. Su piel y su nombre la delataban, aunque estuviera en un reino diferente.

¿Quién no había oído hablar de la princesa de piel oscura del Reino de la Manzana de Plata? ¿Quién no había escuchado en medio de bebidas alcohólicas los rumores de infidelidad sobre la reina?

Si se iba de casa de los enanitos, ¿a dónde iría? Podría hacer como ellos y construirse una cabaña en medio del bosque. Cultivar un huerto para alimentarse y pasar allí el resto de sus días… O podía buscar la forma de regresar y recuperar lo que le pertenecía por derecho.

Volvió sobre sus pasos a la cabaña. Se quedó mirando la alfombra. La apartó sin miramientos, metió la llave y bajó sin importarle la oscuridad. Cuando sus ojos se acostumbraron a la negrura, avanzó torpemente. En la sala decagonal apenas percibió el brillo de los sarcófagos, que oscilaba en un lúgubre baile impulsado por algo desconocido. O tal vez fuera solo su imaginación.

Se detuvo y presentó sus respetos delante de Ópalo. También de Citrino, aunque su ataúd estuviera vacío. Y sus pies la condujeron al sarcófago ámbar. Tan vacío y transparente como el día anterior. Posó las manos en la tapa. Le entristecía que sus nuevos amigos no tuvieran la certeza de que su padre y su hermano siguieran vivos. Tenía que ser desgarrador llorar una pérdida a la vez que se mantenía la esperanza.

Se mordió el labio inferior. Ojalá ella pudiera ayudarlos. Si pudiera preguntar al espejo de su madrastra, los encontraría.

El sarcófago empezó a brillar. Se apartó de él con el corazón latiéndole a mil por hora. Sin embargo, enseguida descubrió que lo que sucedía era que la piedra reflejaba la luz de una antorcha. No estaba sola allí abajo.

Se giró bruscamente y se encontró con Topacio, que tenía cara de pocos amigos.

—¿Con qué derecho profanas a los nuestros?

—¡No he hecho nada! —se defendió, aunque sus palabras no tuvieron ningún valor.

—Sabía que no eras de fiar. Husmeas donde no debes y guardas secretos.

—¡Vosotros también!

Señaló los sarcófagos.

El hombrecillo no siguió su mirada. La ignoró y dio media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¿Por qué mantenéis la esperanza después de tanto tiempo?

Topacio resopló, deteniendo sus pasos.

—No vas a parar hasta obtener una respuesta, ¿verdad?

Lo dijo molesto y Blancanieves lo percibió.

—¿Por qué me odias tanto?

Él se mantuvo en silencio. Giró sobre sus talones, se acercó a la muchacha y colocó la antorcha en uno de los soportes de la pared. Se acercó al sarcófago de Ámbar.

—No te odio.

Esta respuesta pilló desprevenida a la princesa.

—Ámbar y yo éramos mellizos. Desapareció en las minas por exceso de curiosidad hacia lo que padre hacía. Tras esto, nosotros hicimos un pacto: jamás, ninguno de los seis perseguiría tal sueño. Ninguno seguiría los pasos de padre o Ámbar para no acabar desaparecidos, o peor, muertos, como madre. —Acarició la superficie ámbar—. La propuesta vino de Obsidiana, por supuesto. El mayor. El más responsable. Tuve muchas discusiones con él. No entendía cómo de repente nuestra familia no le importaba lo más mínimo. Padre y Ámbar debían seguir vivos y teníamos que buscarlos.

»Con el tiempo comprendí que la intención de Obsidiana fue protegernos a nosotros, sus hermanos pequeños: la única familia que le quedaba. Así que me

encomendé esa misma misión junto a él. Ninguno iría tras los pasos de Ámbar ni de padre.

»Tras la muerte de madre, hicimos también dos sarcófagos para ellos. Traslúcidos. Símbolo de que todavía estaban vivos, al menos para nosotros. Pero esta creencia tan solo nos trajo dolor. —Miró a Blancanieves con ojos tristes—. Así que ocultamos esta sala también para nosotros. De esta forma, apagamos la esperanza que pueda quedar en nuestro interior. Padre ha muerto para nosotros. Ámbar ha muerto para nosotros. Y tú no vas a correr su misma suerte.

—Me estás protegiendo…

Topacio se limitó a bajar la mirada.

El corazón de la joven fue invadido por una cálida sensación. Todos los enanitos la habían acogido como a un miembro más de su familia. Incluso él, que la protegía. No quería que fuera a las minas porque no quería que su curiosidad la llevara a seguir los pasos de su padre y hermano.

Y eso la conmovió.

# Capítulo 76

—Mi venganza será terrible —musitó la malvada reina antes de apurar su copa del desayuno y marcharse.

Por primera vez en esos días, no pidió a Bella que la acompañara. Por primera vez tenía planes de los que la joven no formaba parte. Pero no le importó. La muchacha había aparecido, como cada mañana, con la expresión fría y dura que la había caracterizado en las últimas semanas. Se había sentado y había desayunado sin prestarle más atención que a la comida que se extendía ante ella.

La reina ni siquiera se había dignado a mirarla, centrada como estaba en sus propios asuntos. Y el príncipe, acostumbrado al desprecio de ambas, sintió que el ambiente se había tornado incluso más frío y cruel. Había lanzado discretas miradas a la nueva heredera, buscando un cambio en su expresión tras lo que habían descubierto la noche anterior.

Blancanieves estaba viva.

Oculta en el Reino de la Rosa Escarlata.

En cuanto la reina desapareció, Bella se levantó.

—Me dais asco —espetó el príncipe.

La joven se giró. Él se levantó y se situó a pocos pasos de ella.

—Me importan más mis riquezas y mi gloria que mis súbditos, mas hay algo que no se me puede negar: tengo sentimientos. Por mis padres, por mis amigos… y soy el legítimo heredero. No he usurpado el trono, sino que me corresponde por derecho. Mas vos —escupió a los pies de ella, que ni se inmutó — no solo habéis desplazado y expulsado a la verdadera heredera, sino que, sabiendo cuál es el destino que le espera, no mostráis la más mínima reacción. Sois despreciable.

Bella esperó a que dijera algo más. No lo hizo. Ella no respondió y se marchó tras los pasos de la reina, aunque varió el rumbo y regresó a su habitación. Se miró en el espejo y estudió su semblante.

Nada.

No había expresión en sus ojos. Ni la más leve.

No sentía nada.

Porque no tenía corazón.

Miró las manzanas que descansaban sobre su mesa. Extendió el brazo para coger una. La miró. La observó. No volvería a probar una manzana jamás.

La lanzó contra el espejo y este se dividió en pedazos que le mostraron varias Bellas sin sentimientos. Ladeó la cabeza y los reflejos la imitaron.

Pensó en Blancanieves.

La recordaba bien. Y, aunque no sentía nada al hacerlo, sí recordaba haber tenido sentimientos hacia ella. Recordaba haber reído con ella. Recordaba algo que un día fue cálido, pero ahora se había tornado frío y oscuro.

Como el hueco que había dejado su corazón en su pecho.

Sus ojos avellana se posaron en algo que había junto a la fuente de manzanas. Era un frasco de cristal lleno hasta la mitad con un líquido azul transparente. Frunció el ceño y se agachó hasta tenerlo a la altura de los ojos. El interior estaba en movimiento. Bajo él reposaba una nota con una caligrafía que no reconoció.

# La más negra de las ponzoñas no es rival para la más pura de las aguas.

Cogió el papel y lo sostuvo delante de su rostro. Sus ojos recorrieron una y otra vez estas palabras, pero en ningún momento cobraron sentido para la doncella sin corazón.

✳ ● ✳

Después de pasar el día dando vueltas y cenar en solitario, el príncipe dirigió sus pasos hacia sus aposentos. Por el camino vio la silueta de la nueva heredera, su prometida. No la había vuelto a ver desde el desayuno, ni tampoco a la reina, algo que no era normal. Les gustaba tenerlo a su vera y presenciando cuanto hacían.

Sin pensarlo, sus pies siguieron a la joven. Le gustó experimentar la sensación de seguir a alguien. Le recordaba a los días en los que salía a cazar. Seguía a algún ejemplar especial con el mayor de los sigilos. Lo acechaba, esperando su momento. Y ahora haría lo mismo.

Bella se dirigió hacia la torre de la reina. El corazón del príncipe latió con fuerza. Era el único lugar al que había tenido acceso restringido. Le excitaba la idea de descubrir algo sorprendente. Algo que pudiera utilizar en su propio beneficio y librarse de aquella prisión.

Esperó a que la muchacha subiera y, cuando creyó que no notaría su presencia, subió con calma y silencio. A través de las ventanas que encontró a su paso pudo ver la gélida noche estrellada que se había apoderado del reino. Una brisa le revolvió el cabello negro, algo más largo de lo que solía llevarlo. Había tenido que prescindir de sus habituales cuidados como el prisionero que era.

Puede que estuviera viviendo en un lujoso palacio, y que tuviera sirvientes a su servicio en sus necesidades básicas, y que la reina no dejara de decir que era su invitado, mas las limitaciones que le habían sido impuestas lo dejaban claro: no era más que un prisionero, como aquellos que yacían en lo más profundo de las mazmorras.

Cuando llegó arriba, se escondió tras un lateral del arco que daba paso a la sala y apartó con delicadeza la cortina. Desde allí no tenía una buena visión de todo, pero sí de lo que había ido a espiar: a Bella.

La joven estaba parada frente al espejo mágico. El cristal no mostraba su reflejo elegante, sino que mostraba un bosque invernal. Él agudizó la vista. Quería ver con exactitud qué estaba observando la muchacha. Dudaba mucho que hubiera subido hasta allí arriba sin la reina tan solo para contemplar un paisaje de invierno. Bastaba con mirar por las ventanas del castillo para ello.

Un movimiento captó su atención. Alguien se movía por el bosque.

Un niño de cuerpo rollizo caminaba dando saltitos y silbando de alegría. Llevaba una gruesa capa de piel que le protegía de la nieve. El reflejo les permitió ver sus facciones: tenía el pelo oscuro que le llegaba a tapar las orejas, unos ojos castaños cargados de malicia y abundantes pecas.

Recordaba haber visto aquel rostro en alguna parte y, a juzgar por la expresión de Bella, supo que ella también lo había reconocido.

El pequeño avanzaba en mitad de la semioscuridad, rota únicamente por la luz de las lunas. Jugueteaba con un lazo rojo como la sangre que, por alguna razón, hizo que el príncipe sintiera un escalofrío.

# Capítulo 77

Topacio no había cambiado su actitud con ella, pero al menos la joven comprendía el porqué de su comportamiento. Y eso la emocionaba.

Aquellos hombrecitos no la conocían apenas y desde el primer momento le habían abierto no solo las puertas de su cabaña, sino también sus brazos y su propio corazón.

La casita se había convertido en un hogar.

Tras la marcha de los enanitos a la mina, Blancanieves hizo lo primero que pensaba hacer a partir de ahora: bajar a la cripta y llenarla de flores silvestres que aportaran la esperanza que algunos habían perdido. La princesa sabía lo que era perder a alguien tan cercano como unos padres, mas ellos podían mantener esa llama de esperanza que Blancanieves había tenido que apagar hacía mucho tiempo. Quería creer que su padre y su hermano estaban vivos, en alguna parte, y que algún día volverían, llenando las vidas de los hombrecitos de felicidad.

Deseaba con todo su corazón que sucediera. Y deseaba aún más poder ser de ayuda, pero ella nada podía hacer.

Porque no tenía nada ya.

Se lo habían arrebatado todo.

Recogió las más bonitas flores que crecían cerca de la cabaña y preparó coronas y ramos coloridos. Cuando terminó de limpiar en profundidad y adornar la cripta, estaba sudorosa, con su pelo blanco pegado a la cara húmeda y los labios más rojos de lo habitual. Su piel oscura estaba sucia de polvo y sus manos tenían heridas por las espinas. Pero se sentía orgullosa. Había quedado todo muy acogedor y esperaba que a sus nuevos amigos les gustara la sorpresa que quería darles.

Recogió los utensilios de limpieza y, tras echar una última mirada a los sarcófagos y dedicar unas palabras desde su corazón, subió para continuar con su trabajo en la cabaña. Cuando terminara se daría un baño en las termas que los

propios enanitos habían construido detrás de la casita. Era impresionante la cantidad de cosas que sabían hacer, y todavía le sorprendía que no tuvieran más reconocimiento en el pueblo.

¡A ella le parecían unos auténticos genios!

Por último, se sentaría y estudiaría el ajedrez. Le gustaba observar a Zafiro y Berilo jugar y aprender de ellos. Alguna vez la habían invitado, pero las partidas contra ella solían finalizar con rapidez, ya que le costaba hacerse a las nuevas fichas que habían incluido.

Se tomó más tiempo del habitual dentro del agua, y es que disfrutar de aquel momento le encantaba. Era relajante; dejaba la mente en blanco y se centraba en su respiración, en el sonido del agua y la melodía del bosque. En aquellos momentos sentía que no necesitaba más.

Pero ese día su mente no se quedó en blanco. Como si tuviera vida propia, recreó una figura ante ella, tomando un baño y dedicándole una sonrisa que Blancanieves, a pesar de saber que era fruto de su imaginación y que aquella silueta la había formado su mente gracias a los vapores y las sombras, sintió dentro de su corazón.

Bella.

—Ojalá estuvieses aquí… —susurró.

Estiró el brazo, cubierto de gotas transparentes que comenzaron un recorrido causado por el movimiento, y trató de acariciar el rostro de la doncella. Este se desvaneció entre sus dedos y Blancanieves se sintió muy sola de repente.

¿Qué sería de Bella?

No había día ni noche que no se lo preguntara.

A veces deseaba tener el espejo mágico de su madrastra para observarla, para saber que estaba bien…

Roto su momento de relajación, salió soltando un suspiro, se envolvió en una bata que ella misma había cosido durante esos días con retazos de telas que había encontrado por la casita y corrió al interior para no coger frío.

Arriba, detrás de su biombo, se secó e hizo lo que pudo con el pelo. En cuanto se cercioró de que ya no goteaba, se puso un vestido marrón con delantal.

Entonces, lo oyó.

Un silbido alegre.

Desde que estaba allí no había escuchado nada que no tuviera que ver con el canto de los pájaros o las voces de los enanitos cuando regresaban de trabajar. Jamás había escuchado a otra persona.

Se asomó a la ventana y el frío golpeó sus mejillas oscuras. Oteó los alrededores sin éxito. El silbido cesó y Blancanieves supuso que se lo había imaginado. Cerró para impedir que la más mínima brisa lograra colarse y recogió su pelo en un moño alto.

Estaba bajando las escaleras cuando llamaron a la puerta. Se detuvo en seco con el miedo martilleando en sus oídos. ¿Quién podía ser? ¿La habían descubierto? Sintió cómo su respiración se aceleraba y se aferró a la barandilla de madera. Tuvo un mareo. Se llevó la mano la cabeza.

«Respira hondo», le dijo una voz en su cabeza.

—¿Hola? ¡Vendo lazos, pedrería, encajes!

Era la voz de un niño.

Blancanieves se relajó.

Tan solo era un niño que habría venido del pueblo para vender las mercancías de sus padres mientras ellos se ocupaban del mercado. Sí, tenía que ser eso.

Aun así, abrió la puerta una pequeña rendija y estudió el otro lado.

No tendría más de nueve años. Su pelo oscuro estaba desordenado, su rostro infantil sucio apenas dejaba entrever las pecas que decoraban su nariz y mejillas, y sus ojos castaños la miraban con una ternura a la que la joven no pudo resistirse. Abrió más y le hizo pasar, salvándole del invierno y acogiéndole en el calor del hogar.

El jovencito entró cogiendo con ambas manos la cesta de mimbre que cargaba. Era grande, casi más que él, y estaba llena de todo lo que había pregonado. Lo dejó sobre la mesa de la cocina.

—¿Quieres tomar algo, pequeño? Seguro que necesitas entrar en calor después del paseo que te has dado desde el pueblo.

Él miró todo con ojos curiosos.

—No, gracias, señorita. Tengo que vender para que padre no me regañe y me encierre en el cuarto oscuro. Si me entretengo, me sorprenderá la noche y no cumpliré y…

Sus ojos se empañaron. A Blancanieves se le encogió el corazón al escuchar sus palabras.

—Bien, voy a ver qué tienes. Hay cosas realmente bonitas.

La joven echó un vistazo a la cesta sin saber qué escoger. Quería ayudar al muchacho, pero no disponía de mucho dinero.

—¿Me permites una recomendación? —inquirió él.

—Por supuesto. Nunca se me han dado bien estas cosas —reconoció ella.

El niño rebuscó entre todas las cosas y sacó un lazo rojo como la sangre. A pesar de que no era más que un trozo de tela alargado, Blancanieves no pudo evitar admirarlo. Poseía una belleza inusual que atrapaba los ojos de quien la mirase.

—Creo que resaltaría todavía más tu cabello. Mi madre me lo enseñó. —La joven sonrió y se soltó el pelo para probárselo—. ¿Me dejas que te lo coloque?

—Será un placer.

Tomó asiento para ponerse a su altura y el niño empezó a desenredarle el cabello con los dedos. No parecía tener mucha experiencia, y lo hacía con rudeza y cierta brusquedad. En más de una ocasión, Blancanieves tuvo que contener un gemido de dolor. Sintió cómo le trenzaba parte del cabello junto con la cinta, que pasó por encima de su cabeza a modo de diadema. Cuando terminó, dejó que ambos extremos de la cinta colgaran rozando su cuello hacia su pecho.

El niño sacó un espejo de la cesta y le mostró su trabajo a la princesa.

—¡Es una preciosidad!

Giró la cabeza una y otra vez y se contempló encantada.

Su cabello trenzado con la cinta roja.

Sus párpados cada vez más pesados.

Su piel cada vez más pálida.

—¿Qué…?

Blancanieves se desplomó sobre el suelo de madera.

# CAPÍTULO 78

—Sois detestable.

Ni siquiera esperó a verla para pronunciar estas palabras. Sabía bien que los pasos que se acercaban pertenecían a Bella.

Habían sido citados por la reina al atardecer y ya se imaginaban para qué.

Se giró y la observó acercarse con parsimonia por el pasillo. La mandíbula se le desencajó al ver su atuendo: Bella había elegido un vestido de terciopelo ajustado que resaltaba sus curvas y arrastraba por detrás una pequeña cola. Mas no era esto lo que le había sorprendido, sino el color. Era de un rojo intenso, un rojo atrayente, un rojo como la sangre… como la cinta que había robado la vida de Blancanieves.

El príncipe abrió la boca para emitir un nuevo insulto, pero ninguno de los que le venían a la cabeza bastaban para definir a aquel ser que se erguía ante él, frío y cruel.

La joven hizo caso omiso de sus palabras y de su mirada cargada de odio. Tal y como le había visto hacer en las mazmorras cuando estuvo preso, alzó la barbilla y mostró una porte altiva propia de una reina.

—¿Vamos?

Él gruñó como respuesta, inclinó la cabeza y le cedió el paso.

Bella estaba tranquila. Se cogió la falda y subió dando pasos seguros, sabiendo lo que se iban a encontrar.

Y acertó.

La malvada reina los esperaba frente al espejo, que le devolvía su propia imagen: la de una mujer hermosa, de piel blanca de porcelana, pelo negro recogido en un moño cuyos cabellos enmarcaban su perfecto rostro, labios morados que sonreían con malicia y un vestido verde oscuro, de terciopelo, bien parecido al que llevaba su pupila, en la que no se fijó cuando entraron.

—Observad mi obra maestra.

Bella se colocó un par de pasos tras ella, a su izquierda, mientras que él hizo lo propio a su derecha. El espejo les devolvió su imagen tan solo unos segundos, pues enseguida su interior cambió para mostrarles una cabaña en medio de un bosque nevado.

El príncipe contuvo la respiración y se revolvió su pelo negro, nervioso, con la mínima esperanza de ver algo diferente a lo que esperaba. Miró a Bella, quien parecía imperturbable y no alcanzaba a entender por qué.

—Esto… no está bien —se le escapó sin poder evitarlo.

La joven le miró sin expresión. La reina se giró, ampliando su maléfica sonrisa. Extendió el brazo señalando hacia la escena del espejo.

—¿No creéis que el fin justifica los medios, príncipe?

Él tragó saliva. Sí, siempre había pensado así. Había sido uno de sus mayores lemas. ¿Qué importaba lo que hiciera o cómo? Todos sus actos al final conducían hacia un final: su coronación. Y lo más importante para un rey era contar con el apoyo pleno de la nobleza, por lo que él había desterrado, embargado y condenado en favor de los nobles de su reino. Todo por un fin. Mas aquello… era diferente.

—No creo que esto lo justifique —se atrevió a decir sosteniendo la mirada de la reina.

—¿Qué te parece? ¡Un príncipe con algo de moral! Podría esperarlo de cualquiera, pero no de vos. —Él bajó la mirada—. Parece que todavía no comprendéis mi gran propósito.

—¿Usurpar todos y cada uno de los tronos de los reinos?

La mujer se humedeció los labios.

—Vedlo de este modo, alteza: ¿por qué reinos diferentes, leyes diferentes y culturas diferentes? ¿Acaso no sería mejor aunarlo todo en uno solo y vivir en paz sin diferencias ni posibles guerras?

—¿Y la libertad?

—Oh, habría libertad, príncipe, por supuesto. —Se llevó las manos a la espalda y ladeó la cabeza, permitiendo que su cabello oscuro cayera a un lado—. Siempre y cuando se cumplan las normas impuestas en el nuevo reino.

—Eso no es libertad.

—Todos los reinos necesitan normas que seguir para su buen funcionamiento; si no, reinaría el caos absoluto, la delincuencia, las rebeliones… ¿O me vais a decir que vuestro reino carece de normas?

Tras la reina, el príncipe pudo ver cómo seis hombrecitos se acercaban a la casita dejando un rastro en la nieve. Volvió a centrar su atención en la reina.

—No es lo mismo establecer leyes en favor de la ética y la moral que establecer normas que limiten los privilegios y las decisiones de cada uno.

La mujer rio.

—Sois realmente admirable, querido príncipe. Admiro vuestra hipocresía. Defendéis algo de lo que no sois partidario. Será un honor teneros de nuestro lado.

Con estas palabras, zanjó la conversación, y giró su cuerpo con elegancia para deleitarse con lo que el espejo les enseñaba.

Los seis enanitos estaban entrando. Los primeros gritaron de sorpresa y horror al hallar a Blancanieves desplomada sobre el suelo, pálida y sin respirar.

—¿Se ha desmayado? —preguntó uno de ojos zafiro.

—¡Buscad alguna herida! —ordenó otro de ojos obsidiana.

—¡No tiene pulso! —confirmó el de ojos ónix.

Se formó un gran revuelo entre ellos mientras trataban de averiguar qué le había pasado a la joven.

—¡Un momento! —Un enanito de ojos pardo amarillento como el topacio impuso el silencio—. ¿Qué es eso? —Señaló la cinta que se enredaba con el cabello de Blancanieves. Todos la miraron con curiosidad y él estiró la mano para cogerla.

—¡No la toques! —El hombrecito de ojos berilo le dio sus guantes de trabajo y su hermano procedió a apartar la cinta de la joven.

La observaron con ceños fruncidos y miradas recelosas hasta que escucharon un gemido femenino.

Blancanieves abrió los ojos.

El príncipe sonrió.

Y la reina gritó de rabia.

# CAPÍTULO 79

Una vez acostada en su cama y repuesta del susto, Blancanieves se vio obligada a confesar a los enanitos quién era. Al finalizar su relato, terminando con que había encontrado la casita de los hombrecitos, Zirc le subió un cuenco con caldo caliente que ayudó a la joven a sentirse bien.

—Lo que no entiendo es qué ha pasado. Vino un niño vendiendo cintas y encajes, y entonces…

—No era un niño —la interrumpió Topacio con mirada seria y dura—. Era tu madrastra, la reina malvada.

La joven se llevó una mano a la boca y se sintió totalmente estúpida. No conocía la magnitud del poder de su madrastra, mas sí sabía que, si descubría que seguía viva, no pararía hasta verla muerta. Y tenía medios para descubrirlo.

—El espejo… —Sus amigos levantaron la mirada y la centraron en ella con interés—. Posee un espejo que le muestra todo cuanto desea. Mas, creyéndome muerta, no pensé que le preguntaría por mí…

Se mordió el labio inferior y pasó a acariciarse la frente. Algunos mechones taparon parte de su rostro avergonzado.

—No te tortures. Ha podido preguntar cualquier cosa y simplemente tu imagen se ha cruzado en su petición —la consoló Obsidiana.

—No podías imaginar que ese niño podía ser ella disfrazada —continuó Zirc, el más pequeño de todos. Le dio unos golpecitos en el hombro.

—A partir de ahora debes tener más cuidado —le dijo Ber.

—Y, sobre todo, no debes hablar con extraños, por muy inofensivos que parezcan —terminó Topacio.

Blancanieves alzó los ojos y los miró uno por uno.

—No… ¿No queréis que me vaya? ¿Después de haberos mentido y de haberos puesto en peligro?

Los hombrecitos se miraron unos a otros y asintieron, llegando a un acuerdo sin necesidad de palabras.

—Nosotros te protegeremos, pequeña.

La joven se sintió emocionada y contuvo las ganas de llorar, aunque no pudo ocultar sus ojos empañados.

—Podríamos quedarnos uno con ella cada mañana, para asegurarnos —propuso Ónix rascándose la barbilla.

—¡No! No quiero que vuestra vida se trastoque por mi culpa —respondió ella —. Tendré cuidado, lo prometo. No volverá a pasar. Además, ahora sí cree que estoy muerta. Ella misma lo ha llevado a cabo…

Se encogió de hombros sin ser capaz de decir más. Era doloroso saber que su propia madrastra la quería muerta, pero expresarlo en voz alta había sido peor.

Los enanitos bajaron a cenar y poco después se fueron a dormir.

Blancanieves se terminó el caldo, ya frío, y miró la nieve caer a través de su ventana. ¿Cómo había descubierto la reina que continuaba viva? ¿Qué estaría pasando en el castillo? Con estas y miles de preguntas más revoloteando en su cabeza, tardó en conciliar el sueño.

En cuanto amaneció, los enanitos se pusieron en marcha. La muchacha se había quedado dormida y no les preparó el desayuno como solía, sino que se los encontró con él en la mesa. La saludaron con alegría y la invitaron a sentarse y disfrutar con las peleas que solían tener Ónix y Zafiro. Sin embargo, a la joven no se le escaparon las miradas disimuladas que de vez en cuando recibía por parte de alguno. Sabía que estaban preocupados y eso le hacía sentirse mal. Pero no les daría más motivos para ello. Tendría el mayor de los cuidados.

De esta forma, pasaron tres días sin contratiempos. Blancanieves no había vuelto a recibir ninguna visita y ellos no habían visto nada extraño por el bosque, mas no por ello bajaron la guardia. Si la reina había dado con ella una vez, podía volver a hacerlo. Incluso habían tomado medidas y reforzado la casa. Gracias a algunas de las propiedades de los minerales que trabajaban, pudieron protegerla: no podría entrar en ella ningún extraño que no fuera expresamente invitado por alguien del interior. Otra de las grandes ocurrencias de los hombrecitos que no eran reconocidas por nadie.

Aquella mañana, tras limpiar y llenar de flores la cripta, Blancanieves subió con ganas de preparar un pastel de arándanos, manzana y canela en agradecimiento a su nueva familia por todo lo que estaban haciendo por ella y por cómo la habían acogido a pesar de saber la verdad. Se lavó las manos y empezó con la masa. A través de la ventana, vio a una mujer anciana de cabellos blancos y grises y profundas arrugas que marcaban un rostro cansado. Llevaba una capa ajada en la que se envolvía lo mejor que podía para protegerse del frío. Desde su posición, Blancanieves apreció que le costaba caminar y, gracias al vaho que soltaba su nariz, que su respiración se tornaba cada vez más rápida.

Sacudió la cabeza, recordando lo acontecido días antes y centró su atención en la masa. La colocó en un molde y empezó a darle forma, pero sin dejar de echar curiosas miradas al exterior. La anciana caminaba cada vez más despacio, hasta que se desplomó sobre la nieve. A la princesa se le heló el corazón en el pecho. Sin pensarlo ni un momento, dejó lo que tenía entre manos, cogió su capa y salió corriendo hacia la mujer. Todavía respiraba cuando llegó hasta ella, y dio gracias por eso. La envolvió en la tela y la ayudó a levantarse. Fue difícil, pero consiguió llevarla dentro y sentarla frente al fuego para que entrara en calor. Calentó caldo que había sobrado de la noche anterior y lo puso entre las manos temblorosas de la anciana, que parecía recuperar control sobre su cuerpo.

—¿Por… por qué me ayudas?

—Porque es lo que se debe hacer.

Durante un rato reinó el silencio entre ellas. La anciana bebía sorbos pequeños y centraba su mirada en las llamas que bailaban enfrente de sí. Blancanieves le dejó espacio y se mantuvo a la espera de que mejorara.

—¿Cómo pagarte por esto?

—No tienes que pagarme nada. Lo haría una y mil veces —sonrió con calidez.

La mujer dejó el cuenco sobre una mesita y se levantó con dificultad.

—Debo continuar mi camino.

—¿A dónde vas?

—Me dirijo al castillo en busca de trabajo.

La muchacha la miró de arriba abajo pensando que una anciana como ella no podría hacer gran cosa.

—Oh, que no te engañe mi débil aspecto, jovencita —dijo como si le hubiera leído la mente—. Tengo más fuerza de la que parece.

Sus ojos reflejaron sus palabras y la chica la creyó.

—Gracias por tu amabilidad. Espero que la vida te compense como mereces, muchacha.

—Y yo espero que encuentres lo que buscas en el castillo —sonrió.

—Eso no lo dudes.

«Extrañas palabras», pensó la princesa, mas no les dio mayor importancia. Acompañó a la anciana hacia la salida y la vio marchar. Antes de desaparecer entre los árboles, la mujer se giró y le dijo adiós con la mano.

Blancanieves cerró la puerta y fue a recoger el cuenco de caldo para lavarlo. Junto a él vio algo en lo que antes no había reparado: una preciosa horquilla de oro con pedrería engarzada. La cogió entre las manos y admiró su belleza. También había una nota con letra irregular.

—«Toda buena acción merece su recompensa» —leyó.

Un regalo de la anciana.

Encantada con aquel objeto, corrió al espejo a probárselo. Se recogió la parte de arriba del pelo y la enganchó con la horquilla. Hizo presión para que quedara bien encajada y no se le cayera y notó un agudo pinchazo.

—Me he pasado —rio.

Mas la risa enseguida se apagó.

# CAPÍTULO 80

Tres días habían pasado.

En ese tiempo, Bella había intentado averiguar cómo recuperar su corazón. Debía reconocer que no era algo que le importara demasiado, pero recordaba haberlo tenido y recordaba haber sentido. Y quería recuperar lo que ella era.

No se había cruzado con el príncipe, mas había mantenido su papel tras la reina, quien se había dejado ver poco, y cuando lo había hecho, había mostrado un semblante lleno de rabia y odio.

Blancanieves había sobrevivido al veneno de su lazo. Debía preparar algo más potente. No podía permitirse ese tipo de errores. No cuando se acercaba su gran momento como soberana de los reinos. Y su hijastra podía estropearlo todo con su mera existencia.



La tarde anterior, Bella había salido de la torre de la reina guardando en un bolsillo de su capa un objeto que el príncipe, que se hallaba paseando en esos momentos por los pasillos sin rumbo fijo a la espera de encontrarse con alguna de ellas, no llegó a ver.

—Lo vais a volver a intentar, ¿cierto? —preguntó nada más verla, mirando receloso el lugar donde la joven había ocultado lo que había cogido.

—Blancanieves vive. Y eso no es bueno para la reina —dijo la muchacha.

Bella continuó su camino.

—Vi lo que Blancanieves sentía por vos. Ni lo comprendí ni lo comprendo. Una princesa y una doncella… —Hizo una mueca de asco que la nueva princesa no vio porque caminaba de espaldas a él—. Mas creía que era recíproco. Está claro que no. ¿Ella lo sabía, al menos?

Bella hizo amago de detenerse, pero en el último momento decidió no hacerlo. No podía responder a aquella pregunta y ese estúpido príncipe no podía entenderlo. No tenía corazón. No sentía.

Fue directa a su habitación y se dejó caer sobre la cama endoselada. No se molestó en cambiarse. El sueño pudo con ella a pesar de lo que sabía que la esperaba al día siguiente…

… Y este no tardó en llegar. Había dormido toda la noche y, sin embargo, sintió que no había pegado ojo. Recordaba haber tenido pesadillas sobre otro mundo. Un mundo muerto. ¿O eran recuerdos?

—Alteza —Angela entró después de llamar a la puerta—, la reina requiere vuestra presencia.

A Bella le extrañó que su maestra la reclamara tan pronto, pero al echar un rápido vistazo por la ventana supo que no era por la mañana, sino que ya era bien avanzada la tarde. Se levantó de un salto y se vistió con lo que tenía preparado. Esperaba haber acertado una vez más, y así lo confirmó cuando se encontró con el príncipe al pie de la torre de la reina, cuando la miró todavía más sorprendido que cuando llevó el vestido rojo. En esta ocasión había pedido que le confeccionaran un conjunto vestido y pantalón. La falda, de vuelo, se abría hacia el centro, dejando ver el interior. Era de color dorado y fina pedrería, que reflejaba las últimas luces del atardecer.

En esta ocasión, fue él quien inició el ascenso sin esperarla.

Una vez arriba, vieron a la reina mirando a través del espejo. No había tenido paciencia para esperar a que llegaran. Necesitaba confirmar que por fin había logrado su objetivo.

Blancanieves yacía en el suelo con medio cuerpo de lado y medio bocarriba. El príncipe la estudió, buscando qué le había provocado la muerte en esta ocasión. Hasta que lo halló: una horquilla de oro con pedrería. Abrió los ojos, anonadado. Sin ningún disimulo, miró a Bella, en especial su atuendo. Se acercó a ella y le susurró:

—¿A qué estáis jugando?

Mas ella se llevó un dedo a los labios. En cuanto él volvió a su lugar, la doncella sonrió, sabiendo que había logrado su objetivo.

Los enanitos llegaron. La reina se acercó todavía más al impoluto cristal.

—Vamos…

Bella y el príncipe esperaron, pacientes.

Los hombrecitos, como la vez anterior, encontraron el origen del estado de Blancanieves. Con guantes, aquel al que llamaban Obsidiana liberó el cabello níveo de la preciosa horquilla y la lanzó al suelo. Esta, tras un chirrido aterrador, se desintegró y voló como las cenizas.

La princesa abrió los ojos.

Y la reina volvió a gritar.

Estuvo tentada de descargar su ira contra el espejo, mas se detuvo a tiempo. Sin embargo, necesitaba desahogarse. Y en aquellos momentos solo tenía una forma de hacerlo.

Miró a las dos personas que estaban con ella y en sus ojos brillaron el odio y el rencor al centrarse en su elegida.

# CAPÍTULO 81

Por segunda vez, los enanitos salvaron a Blancanieves. Les costó encontrar qué había sido en esta ocasión. Buscaron una cinta, mas saltaba a la vista que su pelo no lo adornaba ninguna. Así que la buscaron por el resto de su ropa. Al no hallar nada, supusieron que debían buscar algo diferente. La joven no habría caído dos veces en la misma trampa. Algo había tenido que cambiar.

—¿Y una herida? —propuso Zirc.

Enseguida lo descartaron. No había ningún rastro de sangre.

Empezaban a desesperarse cuando Topacio dio con la clave, oculta entre el despeinado cabello.

—¡La horquilla!

Prestaron toda su atención al objeto, pero no todos estaban seguros de que se tratara de eso. Quizás Blancanieves había llegado con esa horquilla y ninguno se había fijado antes en ella. Mas Topacio estaba completamente seguro. Ante la expectación de todos, Obsidiana, confiando en su hermano, extrajo con sumo cuidado la horquilla y la sostuvo entre sus dedos enguantados. No parecía un objeto peligroso. Era bonito. Perfecto para el níveo cabello de Blancanieves. Lo lanzó al suelo de madera como hicieran con la cinta tres días atrás, y la horquilla se convirtió en cenizas que desaparecieron.

La joven fue recuperando el color y la vida volvió a ella, si es que alguna vez se había marchado de verdad.

Despertó desorientada, pero al verlos no hicieron falta explicaciones para que comprendiera lo que había pasado. Se sintió muy avergonzada.

—Una anciana se desmayó en la nieve y tuve que socorrerla… ¿Cómo iba a pensar que podía tratarse de…?

Las palabras quedaron congeladas en su garganta. Ellos la miraron con una mezcla de enfado y comprensión.

—La reina es muy inteligente y no descansará hasta verte muerta —habló Obsidiana.

—No importa lo que veas. No puedes dejarte llevar por tu buen corazón —continuó Zaf.

Una lágrima silenciosa rodó por la oscura mejilla de la joven. Ber se acercó a ella y se la limpió con cariño.

—Cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo en tu lugar.

Estas palabras trataban de consolarla, pero Blancanieves sabía que eso no era verdad. Ellos habrían desconfiado hasta de su sombra, mientras que ella había vuelto a caer en la trampa de su madrastra.

La acompañaron hasta la mesa de la cocina y sirvieron la cena. Ella apenas probó bocado.

—Quizás a partir de ahora podríamos quedarnos uno de nosotros con ella.

La propuesta de Ónix fue recibida con un silencio meditabundo.

—No —respondió ella antes de que otro lo hiciera—, no quiero convertirme en una molestia. Lo mejor será que me marche y os deje continuar con vuestra vida. —Se levantó, decidida y temblorosa—. Lamento haber trastocado vuestro hogar. Muchas gracias por todo lo que me habéis dado estos días.

Apenas había avanzado un par de pasos dándoles la espalda cuando escuchó varias sillas arrastrarse.

—Nosotros no queremos que te marches —dijo Zirc con pena.

—Juntos te protegeremos —continuó Zafiro.

A pesar de que Blancanieves se emocionó, especialmente viendo el semblante de todos, que parecían pensar lo mismo, intentó mantenerse firme. Sin embargo, antes de que le diera tiempo de replicar, Topacio se acercó.

—No hay nada que puedas decir que nos haga cambiar de opinión. Hazte a la idea.

Y con estas palabras se había zanjado la conversación y habían planificado los días siguientes.

El primer día, Obsidiana se quedó con ella; el segundo, le tocó a Berilo; el tercer día Zafiro se encargó; ese día, el cuarto, Topacio estaba con ella.

Juntos limpiaron y cambiaron las flores de la cripta. Él la protegía. No era algo que apreciase a simple vista, sino algo que podía sentir.

—Voy a hacer las camas y limpiar la habitación —dijo ella una vez que subieron.

—Yo voy a atender el huerto. Si necesitas algo, dímelo a través de la ventana. No abras la puerta, oigas lo que oigas ni necesites lo que necesites.

Blancanieves encontró esta orden un tanto radical, pero no quiso replicar. Además, con él era misión imposible.

Subió las escaleras llevando los utensilios que usaría para la limpieza del dormitorio. Nada más llegar arriba los dejó a un lado y se puso a hacer las camas hasta llegar a la suya. Del biombo colgaba un pequeño espejo que los enanitos le habían hecho y, antes de coger el cepillo para barrer, Blancanieves se miró.

Empezó a arreglarse el pelo, y se lo recogió en una trenza que colocó alrededor de su cabeza cuando la imagen del espejo dio paso al reflejo de otra persona. La sorpresa hizo que cayera sobre su cama. Desde allí no podía ver el cristal; antes de levantarse trató de convencerse de que había sido su imaginación. Se armó de valor, por fin preparada, y se levantó. La figura de Bella continuaba ahí, mirándola con una cálida sonrisa. Durante un buen rato, la princesa la contempló en silencio, deleitándose con cada uno de sus rasgos. Percibió algo diferente en ella, mas creyó que se trataba del tiempo que hacía que no la veía.

—¿Eres real?

Bella amplió su sonrisa.

—Soy yo, Blancanieves.

Los ojos se le empañaron y los ojos marrones de la doncella los acompañaron.

—Ha pasado tanto tiempo…

—Creía que habías muerto…

—Lo siento…

—Pero ahora que te he encontrado podré estar contigo, si tú quieres.

Blancanieves bajó la mirada, la volvió a levantar y clavó la mirada en el reflejo.

—Ojalá pudiera ser posible.

—¡Lo es! —La reacción de Bella la sorprendió—. He visto cómo lo hace ella. Gracias al espejo puede ir a donde quiera. Le basta con encontrar una superficie que refleje todo lo que tiene alrededor, como un lago, un abrevadero u otro

espejo. Y, por supuesto —desvió sus ojos marrones para observar el interior de la torre. Se acercó más al espejo, miró a Blancanieves con una intensidad envolvente que la princesa no pudo eludir y bajó la voz—, alguien del otro lado debe invitarla a entrar.

Blancanieves tragó saliva. No había forma de escapar de la malvada reina. Por un momento se preguntó quién en ese reino la había invitado a entrar dos veces. Ella no tenía conocimiento de que su madrastra tuviera relación con gente fuera de las fronteras del Reino de la Manzana de Plata. Bueno, en realidad conocía muy pocas cosas de su madrastra…

—Si me invitas, podré estar contigo. Huiremos de ella y viviremos por fin nuestra vida… La vida que siempre hemos soñado.

Blancanieves cerró los ojos y pensó en las palabras de Bella. Sería maravilloso empezar una nueva vida con ella. ¿Y cuál era el futuro que siempre habían soñado? ¿Alguna vez habían fantaseado juntas con ello? ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—Perdona… —Blancanieves levantó la mirada ante esta palabra afligida de la doncella—. Llevo mucho tiempo soñando con encontrarte y con volver a estar juntas. Pero quizás yo no tengo lugar en tu nueva vida. Quizás todo lo que vivimos ha quedado en un bonito recuerdo que conservaremos siempre en nosotras.

Hizo amago de girarse, pero la princesa la detuvo.

—Yo también he estado soñando con ello, Bella, créeme. Te he echado tanto de menos… Yo…

No supo qué más decir. No le salían las palabras. Tan solo quería tenerla allí y perderse en sus brazos. Con Bella no siempre hacían falta palabras.

La doncella sonrió y Blancanieves le devolvió el gesto.

—¿Me invitas a ir contigo?

La princesa miró a su alrededor. No era un espacio enorme, pero estarían bien allí; los enanitos la acogerían con tanto cariño como a ella. Incluido Topacio. ¡Topacio! Se asomó por la ventana y le vio trabajando en el huerto. Sería agradable darle una sorpresa presentándole a Bella. Se giró, extendió la mano hacia la joven del espejo y dijo:

—Ven conmigo, Bella.

Esta asintió. La doncella se acercó al cristal y apoyó su mano. Esta atravesó el espejo. Cogió con firmeza la mano de Blancanieves, quien la sostuvo mientras el resto del cuerpo cruzaba. Una vez juntas, se miraron sin poder creérselo y rieron y lloraron entre abrazos desesperados.

—Te he traído un regalo —dijo Bella apartándose unos centímetros.

Sacó una manzana del interior de su capa negra. No era como las de la reina, tan roja, tan intensa, tan atrayente y apetitosa. Era una manzana de un rojo rosado por un lado y más amarillento por el otro.

—La he cultivado yo misma. Quería compartirla contigo.

Blancanieves vio la emoción en sus ojos y asintió encantada.

Sin saber de dónde, vio a la doncella extraer un cuchillo y cortarla por la mitad. La parte rosada se la tendió a ella y se quedó para sí la otra. La entrechocó con su mitad, imitando las copas de un brindis, y dio un mordisco.

—Mmm, ha salido buena.

La princesa la imitó sin dejar de mirarla.

—¡Bruja!

Miraron hacia las escaleras, donde estaba Topacio agitando una honda, que disparó. La piedra chocó contra el biombo, que cayó hacia delante. El espejo se desprendió y se rompió.

—¡No! —Blancanieves se situó delante de la doncella—. Ella es…

Las palabras de la princesa murieron en sus labios. La mitad de la manzana resbaló de sus dedos y se convirtió en cenizas al impactar contra el suelo.

Una manzana envenenada.

Como la horquilla.

Como la cinta.

Se llevó la mano a la garganta, tratando de respirar. Se giró haciendo un último esfuerzo y vio la maléfica sonrisa en los labios de Bella. De su Bella.

—¿Por qué?

Lo último que escuchó antes de desplomarse fueron las carcajadas triunfales de quien había creído que la había amado en algún momento.

# CAPÍTULO 82

La brisa la despertó. O quizás fue el intenso dolor de cabeza. O el canto de los pájaros. No estaba segura.

Abrió los ojos y notó la visión borrosa. Tuvo que parpadear varias veces antes de ver con nitidez. Estaba en un suelo de piedra, de lado y con el brazo izquierdo extendido por encima de su cabeza. Mas allá, un pequeño recipiente de cristal tirado con su interior derramado. O lo que quedaba de él.

El agua resplandeciente. Lo que había rociado sobre la cinta y la horquilla para salvar la vida de la princesa al comprender el significado de aquella nota que, supuso, le había dejado Angela. La doncella debió de impregnar la manzana roja que Blancanieves le había regalado a Bella hacía semanas y que, al morder, le había devuelto sus recuerdos.

Estudió el lugar en que se encontraba. La torre de la reina. No recordaba haber llegado allí. No recordaba nada desde que se había acostado.

Se levantó con dificultad. Sentía el cuerpo dolorido, pero no sabía por qué. Recogió el tarro, aunque ya no le serviría de nada. Estaba vacío. Una risa chillona la sacó de su ensimismamiento. Sentado sobre el marco del espejo estaba él. El duende.

—¿Qué tal, bella durmiente? —Se rio de sus propias palabras como si fuera el mejor chiste de todos los reinos.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con frialdad.

—¿Así es como recibes a un viejo amigo?

Bella frunció el ceño.

—¿«Amigo»?

Él hizo un gesto en el aire y apareció una copa de vino, de la que bebió a sorbos.

—¿Cómo te ha ido?

—Eso ya deberías saberlo. Eras bien consciente de dónde me dejabas —le respondió ella, impasible.

El duende hizo otro gesto y de la nada salió una jarra de barro que le sirvió más líquido escarlata.

—Oh, venga. Si hasta has intimado con la princesa. ¡Tan mal no te ha ido!

—Por tu culpa me han robado el corazón.

Se llevó la mano al pecho y echó de menos los latidos.

—Por cierto, ¿qué tal está?

Los ojos de Bella se posaron sobre la superficie del espejo. No podía sentir preocupación, pero quería hacerlo; le pidió que le mostrara a la princesa, ignorando la risita del duende.

—¿Qué hac…?

El príncipe acababa de entrar. Los ojos del joven se apartaron de la nueva heredera para fijarse en el espejo de la reina y quedarse helado.

Allí estaba Blancanieves. Y también Bella, sosteniendo una manzana entre ambas.

La doncella no comprendió lo que veía. ¿Era ella realmente? Miró la manzana y miró el botecito de cristal que sostenía entre los dedos.

—Esta vez no llegaste a tiempo… —El duende agitó el contenido de su copa —. Esta vez, Blancanieves morirá.

—¡No! —bramó el príncipe—. ¿Qué significa esto?

Bella miró al espejo y después al duende.

—Hay una forma de salvarla, ¿verdad? —inquirió con suspicacia.

El duende rio.

—Oh, claro que la hay.

—¿Cuál es?

Él se tomó su tiempo. Estaba disfrutando del momento. Se llevó la copa a los labios y la apuró. Se limpió el hilo de vino que recorría su barbilla y la miró con los ojos dorados destilando diversión.

—¡Por todos los reinos, habla! —exigió el príncipe Varde, impaciente.

—Es muy sencillo —respondió el duende ignorando al muchacho—. Debes romper el espejo y entregarme la Manzana de Plata. Y quedarás liberada de nuestro trato.

—¿Rom… per el espejo?

La Bella del otro lado estaba partiendo el fruto y le ofrecía una mitad a la princesa. Esta la cogió y vio cómo la doncella le daba un mordisco tras entrechocar ambas mitades. Blancanieves se la llevó a los labios.

—Tuya es la decisión.

—¡Romped el espejo! —gritó el príncipe, viendo con horror cómo la princesa se disponía a dar el primer mordisco.

Bella dio varios pasos hacia atrás. ¿Debía hacer caso al duende? Miró el tarro de cristal que sostenía. No tenía opción. La reina se le había adelantado. O se arriesgaba y hacía caso de ese ser o la reina malvada ganaría.

—¡Hacedlo ya!

La doncella no lo pensó más. Con todas sus fuerzas, lanzó lo único que tenía en la mano, y esto impactó en el centro del espejo cuando la princesa daba el mordisco fatal. El cristal se rompió en mil pedazos que cayeron ante ella junto con los restos del tarro. Entre el desastre, la joven vio un objeto que destacaba sobre lo demás: una manzana de plata. Se acercó hasta ella y la cogió. No comprendía cómo había llegado hasta allí…

—Dámela y serás libre.

El duende flotaba ante ella con un brillo codicioso en los ojos.

—Bella, no…

El príncipe no terminó la frase, porque ella se la dio al duende, quien rio con ganas.

—Ha sido un placer hacer tratos contigo. —Dio un chasquido con los dedos —. Eres libre.

—¡Espera! ¿Qué hay de Blancanieves? ¡Has dicho que me ayudarías! —gritó el príncipe con desesperación adelantándose a la pregunta que Bella iba a pronunciar.

—Oh, yo nunca he dicho tal cosa. —Soltó una risilla mientras jugueteaba con su nuevo y preciado objeto—. He dicho que había una forma. Pero, para ello, habría que hacer un nuevo trato…

—¿Trato? —El joven no comprendió lo que quería decir.

Miró a Bella, quien se arrodilló entre los pedazos plateados y observó a la princesa tambalearse.

—Mi tiempo es oro, querida. Tic, tac, tic, tac, tic, tac…

—Desaparece.

El duende volvió a reír, pero obedeció a aquella voz vaporosa que parecía venir del propio espejo.

—Joven doncella, yo puedo salvarla.

—¿Quién eres?

El príncipe miraba a todas partes en silencio.

—Soy Ámbar, el espíritu del espejo. Puedo traer a la princesa a este lado, entonces quedará dormida y su espíritu vagará por el otro lado. Mas hay algo que debes saber…

—Continúa.

—Cuando el espejo se restaure, ya no habrá vuelta atrás. Si quieres que Blancanieves regrese, alguien debe ocupar su lugar; si no, ella se quedará al otro lado. El espejo necesita un espíritu.

Bella cogió un trozo de espejo con forma de estrella irregular de trece puntas y observó a Blancanieves, que yacía sobre el suelo.

Las últimas palabras de Ámbar resonaban en su mente. Si el espejo necesitaba un espíritu, ¿cómo salvar a Blancanieves? Nadie se había preparado mejor que ella para gobernar el Reino de la Manzana de Plata. Alguien tendría que cambiarse por ella si el reino esperaba prosperar. Miró al príncipe unos instantes, valorando si era una buena opción. Sin embargo, la respuesta llegó rápida a ella; no. Él no sería un buen candidato. Nadie lo sería más que ella. No tener sentimientos la volvía imparcial. Un espíritu sin corazón la convertiría en la juez más adecuada para el otro lado.

—Sálvala y yo la traeré de vuelta.

—Debéis daros prisa. Si Blancanieves halla el camino al Más Allá, ya no habrá vuelta atrás. El espejo se restaurará y seguirá exigiendo un nuevo guardián. Mas ella estará…

De pronto, la sala se quedó en silencio. Vacía. El príncipe puso la mano sobre el hombro de Bella.

—Deberíamos irnos.

Ella asintió. La imagen del espejo desapareció. No supo si era porque el espíritu ya no estaba en él o porque lo había logrado y había salvado a la

princesa.

Bella le siguió por los pasillos como una autómata, abrazada al trozo de espejo.

Fueron a los establos y cogieron dos caballos. Los soldados de la puerta no pusieron objeción en dejarlos marchar. Se trataba de la heredera, quien gozaba de la confianza plena de la reina.

Antes de que el castillo desapareciera a su espalda entre los árboles del Bosque de la Primavera Eterna, Bella echó la mirada atrás. Era extraño. Quería sentir pena. Quería sentir algo. Pero no podía. Porque no tenía corazón. Sin embargo, sabía que atrás dejaba muchos y buenos recuerdos que formaban parte de ella… Algún día recuperaría su corazón. No sabía cómo, y para ello debía enfrentarse a una bruja muy poderosa. Pero lo haría.

Giró la cabeza para mirar al jinete que cabalgaba a su lado, y cuál fue su sorpresa al ver que el príncipe había desaparecido… mas no su caballo.

# Quinta parte

## El secreto del espejo



# Capítulo 83

Morir.

Siempre se había preguntado cómo sería: imaginaba que se reencontraba con su madre y su padre en un jardín lleno de esplendor. Así que debía esperar a que fueran a por ella para cruzar al otro lado, nada más.

Blancanieves se sentó en medio de aquella decolorada y neblinosa oscuridad. No comprendía cómo era capaz de ver la niebla o de apreciar que aquel lugar carecía de brillantes colores.

«Los ojos del espíritu son capaces de apreciar mucho más que los nuestros».

Las palabras de su padre llegaron a ella como un susurro melódico en medio de la nada.

Palpó el suelo, o lo que se suponía que era el suelo. Era muy extraño, porque, aunque estaba sentada, aunque, en teoría, estaba sobre algo, su mano no notó nada. Ni duro ni blando; simplemente había vacío. Tampoco estaba flotando… No, estaba segura de que su cuerpo se había sentado sobre algo que no podría tocar.

Cantó.

Tarareó.

Silbó.

Mas nada sucedió. No apareció el barquero de almas para llevarla al otro lado. Se palpó. No llevaba ninguna moneda… Eso significaba que no podía pagarle y, por tanto, no podía cruzar. ¿Era ese el motivo de que el barquero no hubiera aparecido? ¿Porque sabía que no llevaba una moneda de plata?

Se levantó y giró sobre sí misma para mirar en derredor. Todo era igual. Oscuridad. Un paisaje con poco color. Una espesa niebla. Si tuviera que definir qué veían sus ojos, no sabría cómo hacerlo.

«¿Cómo va a encontrarme nadie en medio de… nada?».

Estas palabras la impulsaron a moverse en una dirección que eligió al azar. Se dejó guiar por su instinto; caminó sobre la nada para intentar llegar a algún lugar.

Pensó en sus padres y los imaginó esperándola con los brazos abiertos. Esta imagen la ayudó a continuar a buen ritmo y con buen humor.

Nadie sabía qué había después de la muerte, así que era normal que nadie supiera qué hacer una vez llegaba la hora. Había leyendas sobre apariciones de fantasmas, mas estos se dedicaban a asustar, a vengarse de quienes acabaron con ellos o a terminar aquello que dejaron inacabado en vida.

Era extraño. Blancanieves sentía su cuerpo, hasta el dedo más pequeño de sus pies. Sin embargo, no sentía hambre o sed. Tampoco cansancio, al menos por el momento. ¿Y dolor? No, dolor no podía sentir porque ya estaba muerta. Se pellizcó en el brazo.

—¡Ay!

Convencida de que no sentiría nada, había aplicado demasiada fuerza. Y sí, había dolido. Había dolido mucho. Pero no era un dolor normal, sino que del brazo pasaba al resto de su cuerpo, como cuando se tira una piedra al agua y las ondas se extienden, cada vez con menor intensidad. Eso mismo había sentido.

Deseaba llegar rápido al otro lado. Empezaba a sentir miedo.

—¿Hola?

Su voz salió con fuerza de ella para perderse en aquella nada.

Y no recibió respuesta.

¿Estaba sola? Quizás nadie más había muerto en ese momento… O quizás cada persona tenía un camino marcado en solitario que debía superar para llegar al otro lado.

Así que la vida era una prueba…

… y la muerte otra.

Y para ninguna de las dos se estaba preparado.

Continuó su camino.

Un zumbido cargado de una melancólica melodía se acercó. Blancanieves se detuvo y se agachó, como si ello pudiera ocultarla de alguna forma. Al poco vio una mariposa.

¿Una mariposa?

¿En el mundo de los muertos?

Se levantó.

La mariposa desprendía música con cada aleteo, y hasta luz. No una luz brillante que permitiera ver el lugar, pero sí la suficiente para que la joven pudiera ver su propio cuerpo. Observó al animal y descubrió mil ojos mirándola. Soltó una exclamación y se apartó. La mariposa volvió a acercarse, y Blancanieves comprendió que eran sus propios ojos lo que estaba mirando. Las alas de la mariposa estaban hechas de un mosaico de espejos que la reflejaban.

—Qué extraña eres…

Quiso tocarla, mas tuvo miedo de que desapareciera. O de asustarla. Y no quería quedarse sola. La compañía de la mariposa le infundía esperanza.

El pequeño animal comenzó a alejarse.

—¡Espera!

La mariposa aleteaba cada vez más lejos. La princesa se apresuró. Tal vez no la condujera a ninguna parte, pero por lo menos no estaría sola en aquel mundo que parecía un castigo. ¿Por qué?

Por tantas cosas…

Por abandonar a su reino.

Por no seguir los pasos de su padre.

Por ser una princesa cuya piel oscura y pelo blancos la convertían en ilegítima.

Nadie la quería a ella con la corona.

Nadie quería a una princesa negra en el trono del Reino de la Manzana de Plata.

# CAPÍTULO 84

—¡Lo sabía! ¡Ese estúpido principito me ha…! —exclamó mientras descabalgaba.

—¡Eh! ¿A quién llamáis estúpido?

La voz del príncipe, pero aguda y chillona. Bella giró sobre sí misma y escrutó los alrededores.

—¿Dónde os habéis metido?

—¿Acaso estáis ciega? ¡No me he movido de mi montura!

—¿Me estáis tomando el pelo?

Con el ceño fruncido, Bella volvió a mirar el caballo del príncipe, que continuaba vacío.

Y entonces lo vio.

Había una rana rosada sobre la silla de montar. La mandíbula se le desencajó por la sorpresa.

—No… No puede ser…

La rana se cruzó de brazos con expresión exasperada.

—¿Se puede saber qué problema tenéis? ¿Por qué estamos parados perdiendo el tiempo?

Bella se acercó con una ceja levantada. No podía creer lo que estaba viendo. Y mucho menos que él no se hubiera dado cuenta. Se le ocurrió sacar el espejo estrellado y mostrarle su reflejo; que lo descubriera por sí mismo.

El animal sujetó el objeto con las patitas y gritó. Bueno, en realidad croó, lo que provocó que se llevara los dedos a su gran boca. El espejo cayó en manos de la joven.

—¿Rosa? ¿Por qué rosa?

Se miró a sí mismo y giró sobre la silla de montar, dando varios saltitos.

—¡Soy rosa!

Ella se acercó a su montura y volvió a guardar el espejo. Miró al príncipe.

—Me sorprende que os preocupe más el hecho de ser rosa que el de ser una rana.

El animal se cruzó de brazos, se elevó sobre sus ancas y la miró con aire autoritario.

—Cada uno tiene sus prioridades, querida. Por supuesto que me sorprende ser una rana, pero no deja de ser la leyenda popular de mi reino. Sin embargo, ser una rana rosa, ¡rosa!, lo cambia todo. ¿Cómo voy a aparecer así en el Reino de la Laguna Dorada? Sería el hazmerreír, la vergüenza de mis padres. ¡Ninguna princesa se acercaría a una rana rosa para darle un beso y romper el encantamiento!

Bella se dio una palmada en la frente, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Y cómo sabéis que esta magia podrá romperse con el beso de una princesa?

La rana resopló y extendió las patas delanteras con exasperación.

—¿Acaso no leéis? No, claro que no —se respondió a sí mismo—. Una sirvienta del tres al cuarto qué va a saber lo que son los libros. —Bella iba a replicar, pero él no se lo permitió—. En todas las historias, las maldiciones se rompen con un beso. Ya en el pasado, príncipes convertidos en cerdos, en osos polares, e incluso en bestias, fueron liberados por el beso de una princesa.

La doncella chasqueó la lengua y desvió la mirada. Aquel príncipe vivía en los cuentos donde todo se solucionaba con meros actos de amor. Pero aquello era el mundo real, un mundo donde había que luchar por lo que uno quería y enfrentarse a las consecuencias que ello conllevara. Miró la tela que protegía el espejo de forma de estrella.

—Así que —continuó la rana—, ¡rumbo a los Reinos del Este!

—¿Perdón?

Bella vio al príncipe de pie sobre la montura, señalando con porte real la dirección que pretendía seguir. Para llegar a los Reinos del Este había que atravesar el Bosque de las Hadas, el Lago de los Cisnes y el sur del Reino de las Maravillas, la región que pertenecía al Rey Rojo. Un viaje largo, sin duda, si no encontraban quien les hiciera un portal por un precio que no podían pagar. Y lo

más importante: los Reinos del Este eran la dirección opuesta a la que ella pretendía tomar; el Reino de la Rosa Escarlata.

—Que tengáis buen viaje, alteza.

Hizo una reverencia burlona y montó sobre su caballo.

—¿Cómo? —La rana se colocó de un salto sobre la cabeza del jamelgo—. ¿Es que no vais a acompañarme? ¿Sabéis los peligros que puede correr un príncipe desarmado convertido en una rana rosa? ¿¡Rosa!?

Ella se encogió de hombros.

—Yo voy a salvar a Blancanieves, y ya escuchasteis a Ámbar. No sé cuánto tiempo tengo, así que debo ponerme en marcha ahora.

—Pero… pero… ¡No podéis dejarme así! Esto es culpa vuestra.

Bella espoleó a su montura para que se acercara.

—Vos solo os metisteis en esto y aceptasteis el trato de la reina. Deberíais ser consecuente con vuestras decisiones. Como veis —señaló los solitarios alrededores—, no siempre estarán vuestros padres para repartir sus riquezas con aquellos a quienes habéis ofendido.

La rana abrió la boca ante su insolencia, pero la doncella no le dejó replicar.

—Os deseo suerte, principito.

Dicho esto, incitó a su caballo a ponerse en marcha.

No miró atrás.

Pero la rana príncipe miraba hacia ella sintiendo una gran desazón.

# CAPÍTULO 85

Resultaba inquietante seguir a una mariposa de espejos. Y no porque fuera una mariposa o estuviera hecha de trozos de espejo (aunque esto le causaba curiosidad), sino porque estaba siguiendo, en un mundo de completa oscuridad, a un animalillo que quizás revoloteara sin sentido alguno.

Llegaron a un lugar sobrecogedor. El suelo estaba cubierto de espejos rotos, que crujieron bajo sus primeros pasos. Se detuvo. Levantó la mirada y vio pedazos de espejos colgando, o flotando, como cientos de estrellas. De ellos provenía la luz que le permitía contemplar el paisaje que se extendía ante ella. No podía verlo bien, pero le daba la impresión de que esa luz venía del otro lado. Que esos espejos que flotaban con un hálito de vida eran ventanas a otros lugares.

A su derecha, había un cartel que rezaba:

«Sojepse ed oiretnemec».

Se agachó para leerlo mejor. Mas eso era lo que había escrito. Frunció el ceño. No conocía esa lengua. Y tampoco sonaba a ninguna que hubiera escuchado del habla de habitantes de otros reinos. Se acarició los labios, pensativa. Quizás se tratara de un idioma que procedía únicamente de ese lugar.

Suspiró y se incorporó. La mariposa cruzó ante sus ojos y la siguió con la mirada. La vio posarse a su izquierda, en un espejo que imitaba la forma de un cartel. Blancanieves ladeó la cabeza, observando con curiosidad aquel objeto. ¿Su forma significaba algo o era producto del azar?

Entonces se le ocurrió.

Se echó varios pasos hacia atrás y permitió que el auténtico cartel se reflejara en su hermano espejo. Y lo leyó.

—Cementerio de espejos.

Chasqueó los dedos.

—¿Cementerio de espejos?

Sus ojos escrutaron una vez más el paisaje. Era cierto. Era como si los espejos hubieran ido allí a morir, a descansar por toda la eternidad, mientras aquellos que todavía vivían, los flotantes, aportaban luz a sus hermanos muertos.

Y, a pesar de tratarse de espejos, Blancanieves no pudo evitar un sentimiento de pesar. Tal vez por el espejo de su madrastra. De alguna forma, él le había demostrado que tenía vida. Aunque siempre había creído que se trataba de magia. Nada más que eso. No había necesitado otra explicación.

Avanzó con los crujidos como única melodía y con la mariposa como compañera.

Descubrió, con sorpresa, que aquello se parecía más a un cementerio normal de lo que cabría esperar. Había árboles muertos, lápidas y panteones. Todo ello hecho de espejos, por supuesto. Rotos, sucios, rayados. Exánimes.

Leyó una lápida por pura curiosidad.

—Aquí yace el Espejo de la Verdad.

Y, junto a él, su hermano, el Espejo de la Mentira. ¿Mentira? ¿Y qué mostraría?

Descubrió que los panteones guardaban varios espejos con la misma función.

Espejos para viajar.

Espejos para espiar.

Espejos para recordar.

Espejos para olvidar.

Espejos para gobernar el mundo.

Siguió caminando, asombrándose cada vez más. Cuán insignificantes parecían los espejos y cuánto poder podían llegar a albergar.

Espejos para responder.

Habría pasado por alto este último panteón si no le hubiera llamado la atención que sus puertas estaban abiertas de par en par. Muerta de curiosidad, se adentró.

—¡Ah!

La impresión al entrar fue perturbadora. Como todo allí, el interior era de espejo. Arriba, abajo, a los lados… Creaba una sensación de espacio infinito. Como solía suceder con espejos enfrentados, salvo por un detalle: ninguno,

absolutamente ninguno, la reflejaba a ella. Estuvo tentada de salir. Le aterraba aquella sensación de no ver sus otros yo como debería. Mas no lo hizo.

A uno y otro lado había nichos con espejos cubiertos de un velo semejante a telas de araña. Y al final del todo, había un espejo, de pie y en buen estado. Este sí la reflejaba. Observó su imagen: piel oscura, cabello blanco que caía trenzado a un lado, y un vestido celeste ceñido hasta su pecho, que parecía hecho de polvo de estrellas.

Le extrañó verlo ahí si estaban en un cementerio para espejos. ¿No debería estar… donde quiera que estuvieran los espejos «vivos»?

—Al otro lado —musitó recordando lo que había perdido.

Al pronunciar estas palabras, la luna del espejo cobró vida.

# Capítulo 86

Bella notó algo.

Un escalofrío.

Una llamada.

No sabría definirlo. Tan solo, como llevada por una fuerza invisible, dirigió la mano hacia la bolsa que colgaba de la grupa del caballo. La introdujo y sus dedos rozaron el pedazo de espejo con forma de estrella. Mas su acción se vio interrumpida por el incesante cotorreo de la rana, que iba sobre la nuca del jamelgo. Al otro caballo lo habían soltado, pues les resultaba inútil. Alguien lo encontraría o volvería solo al palacio.

—… debemos proceder, querida.

Bella volvió a coger las riendas con ambas manos y levantó una ceja.

—¿Perdón?

Hacía rato que había dejado de prestarle atención, y fueron sus últimas palabras las que habían logrado devolverle al presente.

El pequeño animal puso sus patitas en jarras.

—¿No me habéis estado escuchando?

—A medias —reconoció ella con una sonrisa burlona mientras dirigía la mirada al frente. Un inmenso campo se extendía ante ellos tras dejar el Bosque de la Primavera Eterna.

—Os lo resumiré… —refunfuñó cruzándose de patas y girando medio cuerpo, ofendido—. Todos los cuentos donde un príncipe es convertido en animal acaban resolviéndose de la misma forma: un beso de princesa que…

—¿Antes no suelen aprender el valor de aquello que precisamente no valoran? —le interrumpió ella.

—Esa parte nos la podemos saltar. ¡Yo no necesito aprender nada! Tan solo soy un apuesto príncipe al que han utilizado y maldecido.

—¿En serio consideráis que no debéis aprender nada?

Bella no podía comprender que, después de todo lo que había visto, siguiera con aquella actitud de superioridad.

—Ya sé cuál es el valor del oro, las joyas y el amor de mis padres. Y también sé que no se debe confiar en reinas de gran belleza. —La joven puso los ojos en blanco—. Pero vamos a lo importante. Una princesa debe besarme. Y aunque vos no poseéis sangre real de nacimiento, la reina os nombró su heredera. Así que… me podríais valer.

Echó un anca hacia delante y juntó sus labios hacia ella. Bella se apartó asqueada.

—¿Sabéis? Según he oído, también valdría que una princesa os lanzara contra algo bien duro como una pared. ¿Queréis que probemos?

—¡Eso son sandeces! ¡Finales inventados para burlarse de la realeza! Cómo se nota que sois una vulgar plebeya. Al parecer, no soy el único que debe aprender ciertas cosas.

La doncella espoleó al caballo y lo lanzó al galope. La rana tuvo el tiempo justo de agarrarse a las crines y gritó una y otra vez que cesase aquello. Mas solo cuando sus pequeñas patitas se soltaron y voló a tierra, Bella se detuvo. Volvieron sobre sus pasos y observó al pequeño animal. La rana se levantó y se sacudió.

—Tened por seguro que pagaréis por esto —la amenazó—. Nadie ultraja al gran príncipe Varde y sale impune. —Se acercó alardeando de su porte real incluso con esa apariencia y llegó hasta el caballo, que había agachado la cabeza y lo miraba con curiosidad—. Oh, sí. Y tú también pagarás por esto, bestia.

El jamelgo, en apariencia ofendido, lanzó un bocado en su dirección y la rana se echó hacia atrás de un salto.

—¿Será posible? ¡Ha podido matarme!

La joven le tendió la mano para que saltara sobre ella y lo dejó en la cruz del caballo, justo donde empezaba la silla de montar.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad?

Él refunfuñó por toda respuesta.

—Tenéis mucho que aprender, príncipe. Quizás este nuevo viaje os sirva para ello.

—¿Es que no vais a ayudarme?

—¿Besaros yo, alteza? —Se llevó la mano al pecho en un gesto burlón—. ¡Jamás se me ocurriría! —Lo cogió de nuevo y lo levantó a la altura de sus ojos —. Tengo algo más importante que hacer que ayudar a un príncipe egoísta como vos. Mas no os preocupéis. Cuando termine podré dedicaros unos minutos. Poneos cómodo, majestad. Nos espera un largo viaje.

Lo guardó en la bolsa, junto al espejo, sin escuchar sus quejas y súplicas, y espoleó al caballo para salir a la carrera.

# CAPÍTULO 87

No había llegado a ver nada. Una oscuridad leve, marrón, rota durante un instante por una claridad desconocida. Y, luego, oscuridad de nuevo.

Blancanieves condujo sus pesados pies hacia la puerta del panteón. Miró por encima del hombro al espejo, que la volvía a mostrar. ¿Y si lo había imaginado, sugestionada por la convicción de que aquel espejo podía ser como el de su madrastra y mostrarle el otro lado?

Sin embargo, no se atrevió a salir de allí. No quería alejarse por si era cierto que había visto algo. Necesitaba cerciorarse. Total, ¿acaso tenía alguna prisa?

El exterior se había apagado. Los espejos flotantes ya no brillaban. La única luz provenía de copos de nieve que caían con suavidad. La mariposa de espejos revoloteó hasta ella jugando con uno de los copos y Blancanieves extendió la mano para cobijarlos a ambos.

Los copos eran también espejos, que irradiaban una luz blanquecina y azulada.

Cerró los ojos, apoyada en el marco de la puerta. Aquel paisaje le había recordado a la celebración de la Noche del Abeto. No todos los reinos la llamaban igual, pero sí la celebraban la misma noche y partiendo de una misma base.

En el Reino de la Manzana de Plata, en su ciudad, decoraban con luces mágicas el abeto más grande que encontraran. Había una competición, incluso: hombres y mujeres se adentraban en el Bosque de la Primavera Eterna y volvían horas después con los más grandes y hermosos abetos. La última vez que se celebró el festival, antes de que comenzara el mandato de la malvada reina, la ganadora había sido una fornida mujer, que despertó la admiración de Blancanieves.

Después, todas las luces de la ciudad se apagaban y tan solo las del abeto y su reflejo en la nieve iluminaban el lugar, y empezaba a sonar un tintineo que daba

paso a la tradicional melodía.

Sí, podía sentirlo.

Podía escucharlo.

El tintineo estaba allí, la envolvía.

Abrió los ojos y fue consciente de que lo estaba escuchando de verdad. Y después el violín. Giró sobre sí misma, pero, salvo la mariposa que revoloteaba a su alrededor, no había nada allí.

Tan solo ella, el espejo y la música que invadió sus sentidos.



# Capítulo 88

Lo había logrado. Tras un pesado viaje en el que lo peor no habían sido ni el hambre ni el frío, sino la pesada carga del príncipe Varde, ya estaban en la frontera del Reino de la Rosa Escarlata. Así se lo había hecho saber él.

Debía reconocer que, sin Varde, habría tardado el doble, o incluso el triple. Él había demostrado que sabía orientarse y conocía bien los reinos.

Se habían detenido en una pequeña arboleda, donde habían comido lo poco que Bella había conseguido. Se habían envuelto en una manta y Bella estaba acostada junto al caballo, mirando las estrellas.

Cerró los ojos, mas un chillido la sobresaltó.

—¿Qué pasa?

La rana, que solía dormir dentro de la bolsa, a un lado del espejo, para evitar el frío, salió como un rayo y se lanzó al regazo de ella.

—¡Me está mirando! ¡Quiere llevarme al otro lado! ¡Ayúdame!

Bella frunció el ceño y sus ojos se posaron en la bolsa abierta, que dejaba entrever las puntas del espejo.

—No ha sido más que una pesadilla —sentenció.

Él se cogió a su cuello.

—¿Me tomáis por loco? ¡Sé muy bien lo que he visto! Una oscura cara de ojos tétricos y cabellos blancos que me miraba sin…

Se abalanzó a por el objeto sin importarle la caída de la rana. Se arrodilló y alzó la estrella ante sus ojos. Él tenía razón, había alguien observando desde el otro lado del espejo.

—Blancanieves.

Acarició la fría superficie, creyendo que desaparecería en cualquier momento.

—¿Por qué, Bella?

La doncella la miró sin comprender. La expresión de la princesa mostraba dolor y decepción.

—¿Qué?

—¿Por qué me diste la manzana envenenada?

—Yo no fui —afirmó con rotundidad.

—Necesitabais quitarme de en medio… —Blancanieves desvió la mirada.

—No, escucha…

Pero la princesa le devolvió una mirada fría y cargada de odio.

—Creía que tú… que yo… —Se miró las manos—. Cómo pude pensar que alguien podría quererme. Doy asco.

—Blancanieves…

—Lo siento… —sollozó—. No puedo. No puedo creer nada de lo que me digas después de verte allí y ofrecerme la muerte.

—¡Fue vuestra madrastra! —intervino la rana—. Tomó su apariencia para…

Pero la princesa ya no estaba. Tan solo el rostro de Bella, desencajado por la confusión ante lo que acababa de suceder. El espejo resbaló de sus dedos, y se abrazó en busca de un calor que la rehuía con ahínco.

—Blancanieves…

La creía su asesina.

¿Cómo podía hacerle entender a su corazón lo que sus ojos no habían podido ver?

—No puedo llorar… No puedo sentir…

Llevó las manos al pecho, allí donde, una vez, había latido un corazón de amor por la princesa. Ahora no sentía nada. Ni amor por Blancanieves ni la tristeza que debería embargarla por haberla perdido.

Gritó con todas sus fuerzas.

Y debería ser un grito de frustración. Pero tampoco podía sentirla.

Cabalgaban en silencio. El príncipe no abrió la boca en el resto del trayecto.

Bella miraba cada noche el espejo, llamando a la princesa. Y, aunque tenía la sensación de que su llamada era respondida, sus ojos no podían confirmarlo. Tan solo veía la luna del espejo vacía; ni su reflejo, ni la imagen de Blancanieves.

La rana rompió el incómodo silencio que hacía días se había instaurado entre ellos.

—¿Puedo haceros una pregunta?

—Ya la estáis haciendo.

Él se aclaró la garganta, evitando responder de mala manera.

—Me sorprende que, sin tener corazón, hayáis emprendido este viaje por salvar a alguien que ya no os importa.

—No tener corazón no me impide diferenciar el bien del mal, príncipe. Sé que la reina no es merecedora del trono y que Blancanieves es la heredera legítima. Hay que hacer lo correcto. Además, prometí que la traería de vuelta, y pienso cumplir mi palabra.

Se guardó para sí el tercer motivo que la impulsaba a ello: la curiosidad. Tenía curiosidad por recordar lo que era sentir. Los recuerdos que guardaba tanto de Blancanieves como de su familia le hacían ver que era algo bonito; y aunque había otros que más bien le advertían de que era mejor no sentir nada para no sufrir, su curiosidad no se veía mermada por ellos.

Miró las pulseras que adornaban su muñeca. Nunca se las había quitado, ni siendo doncella ni cuando se convirtió en la nueva heredera. Eran regalos de personas que habían sido muy importantes para ella. Sus hermanos y hermanas por los que ahora no sentía nada.

—Pues sigo sin entenderlo —refunfuñó él.

—Es normal, tratándose de alguien como vos.

La joven dios por finalizada la conversación. No tenía ganas de seguir hablando con alguien que era incapaz de comprenderla.

# Capítulo 89

Cuando Bella sacaba el espejo para buscarla, Blancanieves estaba allí. Gracias a eso sabía que era de noche, ya que en aquel lugar no se distinguía el paso del tiempo. Ni siquiera era el mismo. Unas veces, el espejo la llamaba al poco de haber estado frente a él. Otras, parecía que habían pasado días.

Pero Blancanieves no se atrevía a alejarse del espejo, su única ventana al otro lado y, quizás, su única salvación. Sabía que estaba allí por algo, algún error tal vez.

Solía esconderse cuando aparecía Bella y, desde una posición invisible para ella, la observaba. Quería sentir odio por ella. Nunca había creído que habría alguien peor que su madrastra, pero allí la tenía: una doncella de piel blanca que había jugado con sus sentimientos, había estrujado su corazón para exprimirle hasta la más mínima emoción que quedara en él. Por eso, Blancanieves ni se había planteado que existiera la más mínima posibilidad de volver al otro lado. Su lugar estaba entre los muertos, con sus padres, donde ya nadie jugaría con ella.

Donde nadie podría hacerle daño.

Su labio inferior tembló mientras observaba a Bella. Apretó los párpados y se resistió al llanto. No iba a llorar por su asesina.

El rostro de Bella no mostraba ninguna emoción. Claro, ¿qué podía esperarse de alguien como ella? ¡Qué bien había fingido durante el tiempo que pasaron juntas! ¿Era posible simular tantos sentimientos?

—Ella le enseñó muy bien… —Apretó los dientes imaginando a su madrastra, en su torre, instruyendo a Bella.

Cómo ser cruel.

Cómo jugar con los sentimientos ajenos.

Cómo ser alguien frío y sin corazón.

Tan ensimismada estaba recreando esta escena que no apreció cómo la doncella se quedaba dormida y el espejo se movía solo, alejándose de ella.

—¿Hola?

Una voz chillona que quería recordarle a alguien.

Al otro lado del espejo había una rana rosa. ¿O quizás era naranja? Seguía siendo de noche y solo las lunas rompían la negrura.

—Sé que estáis ahí, princesa.

Blancanieves tragó saliva y salió de su escondite con cautela.

—¿Quién eres?

—Vaya, creía que mi porte real os daría una pista.

El pequeño animal caminó de un lado a otro simulando ser alguien de la realeza. La princesa no pudo evitar soltar una carcajada.

—En serio, ¿quién eres? ¿Un *amiguito* de Bella?

—Eh —levantó un dedo, amenazante—, a mí tratadme con respeto, princesa. Que ahora sea una rana no os da derecho a ningunearme como a un plebeyo cualquiera. —Se miró la pata delantera, imitando el gesto de mirarse las uñas—. Y no, no soy «amigo» de esa impostora. Solo me junto con nobles y miembros de la realeza. Aunque vuestra madrastra quiso casarme con ella cuando la nombró heredera —soltó un sonido despectivo—, y por eso estoy así. Por largarme del palacio y romper mi palabra.

—No puede ser… —Blancanieves ató cabos con suma rapidez—. ¿Eres… sois…? —rectificó, mas el resto de palabras quedaron atascadas en su garganta.

—El príncipe Varde, alteza.

Hizo una reverencia ante ella, más por presentación propia que por respeto a la chica.

Los ojos de ella se abrieron de sorpresa y lo miraron de arriba abajo.

—Pero… sois una rana.

Él resopló con fastidio y se cruzó de brazos.

—Ya, ya, una rana rosa. ¿Podemos dejar el cuento de una vez? —Esperó, pero ella no dijo nada—. Quería hablaros de lo estúpida que sois.

—¿¡Perdonad!?

—¡Dejadme hablar! —Sin saber por qué, Blancanieves le hizo caso, aunque tuvo que apretar la mandíbula para no perder la compostura y ponerle en su lugar

—. Sois una estúpida —repitió—, por haber creído que Bella os dio la manzana envenenada.

La princesa se llevó dos dedos al puente de la nariz.

—Primero, el niño. Luego, la anciana. En ambos casos era vuestra madrastra disfrazada. ¿Por qué en el último no podía serlo?

—Porque era ella —respondió sin más devolviéndole la mirada.

La rana puso los ojos en blanco.

—¡Claro! ¿Y no os pareció raro que de repente Bella apareciera por allí a través de un espejo?

—¿Por qué no?

—¡Porque ella jamás traicionaría a la malvada reina para poneros en peligro, estúpida! A pesar de no tener corazón, siguió protegiéndoos y siéndole fiel a ella. ¿Por qué creéis que no moristeis con el lazo o la horquilla? Porque Bella lo impidió a expensas de la reina. Mas llegó tarde para salvaros de la manzana. Porque la reina la había descubierto. —Blancanieves intentaba asimilar tanta información—. Vuestra madrastra torturó a una doncella cuando empezó a sospechar, al ver que la treta de la horquilla tampoco había funcionado. La sirvienta le confesó que le había cambiado a Bella las manzanas negras por una que vos le regalasteis, y que la había untado con agua de no sé qué lago. Y que luego Bella debió de hacer lo mismo con el lazo y la horquilla.

—¿No tiene corazón? ¿Qué queréis decir?

—Vuestra madrastra se lo arrancó —imitó la acción— y la despojó de sus emociones, de sus sentimientos… de su amor por vos.

La joven se giró y examinó el lugar, aunque sin prestarle atención en realidad. Todo aquello no podía ser verdad. Bella la había matado…, pero… entonces…, ¿por qué creía en las palabras del príncipe?

—Porque la amo —se respondió.

—¿Perdón?

Se giró y se encaró al espejo.

—Amo a Bella… ¡y no solo no he hecho nada por ella sino que además la he juzgado como a una vulgar asesina!

Golpeó el marco, presa de la rabia y la frustración.

—Pensaba que sería más difícil convenceros. Me sorprenden cada día más mis capacidades. Está claro que ser rosa no me ha hecho perder nada de mi magnificencia.

Blancanieves se apartó y lo miró. Frunció el ceño.

—Esperad un momento… Si de verdad sois el príncipe del Reino de la Laguna Dorada… ¿por qué ayudáis a Bella?

—No os hagáis una idea equivocada, princesa. Si la ayudo es porque ella puede ayudarme. De hecho, si logra traeros de vuelta, ambas estaréis en deuda conmigo, y vos tendréis que besarme para romper mi hechizo.

—¿Besar a una rana? ¿Y rosa? —añadió sabiendo que le daba donde más le dolía—. Eso no es digno de la princesa del Reino de la Manzana de Plata. Tendréis que ganároslo, príncipe.

—¿Acaso no lo estoy haciendo ya?

La princesa se acercó tanto que su nariz tocó el espejo. Sonrió con malicia.

—No. Vais a hacer mucho más por nosotras, creedme. Gracias a vos he visto la esperanza. Gracias a vos, volveré junto a ella.

# Capítulo 90

Por fin estaban en el Reino de la Rosa Escarlata. El Bosque del Invierno Mágico era una fina línea en el horizonte que separaba el cielo de la tierra. Si avanzaban a buen ritmo, esa misma noche podrían alcanzarlo.

La tarde anterior, Bella sintió la llamada y, extrañada, sacó el espejo estrellado. Allí estaba ella, hermosa, natural. Le dedicaba una cálida sonrisa que, de no haber sido por su frío corazón, habría removido su interior. La princesa le había hecho saber que conocía la verdad y le había pedido disculpas. No reveló cómo, pero Bella tenía una ligera sospecha de quién era el culpable.

Se detuvieron junto a una cristalina laguna para descansar y beber agua. El príncipe se colocó unas pequeñas ropas que habían conseguido gracias a un mercader con objetos peculiares, como vasos con agujeros, sandalias con alas y otras rarezas. En un principio, Bella se había negado a malgastar el poco dinero que tenían en las prendas, mas finalmente había cedido; más por no tener que aguantar al príncipe que por agradarle.

Varde lucía orgulloso los pantalones blancos, la camisa verde y una capa roja.

—Sois una rana —habló ella desmontando—. ¿Por qué llevar ropa? No la necesitáis.

—Soy un príncipe —la corrigió él levantando uno de sus dedos—. No puedo ir desnudo. ¿Qué pasa si me ve alguna princesa? Se perdería toda la magia —finalizó abrochándose la capa al cuello.

Bella puso los ojos en blanco. Pensó en el Reino de la Laguna Dorada. ¿Cómo sería tener un rey así? Se acercó al agua junto al caballo y se agachó para lavarse la cara y saciar su sed.

Varde se sacudía la capa y las ropas. Debían estar perfectas. Como él.

Un terrible rugido le hizo dar un salto, y fue arrollado por la montura, que huyó despavorida. Cayó en la tierra y se llenó de polvo. Asustado, y sin darle importancia a que sus ropas estaban sucias, preguntó sin saber a dónde mirar:

—¿Qué ha sido eso?

—Un monstruo… —respondió ella como si no acabara de creérselo.

La rana se enganchó al tronco de un árbol y lloriqueó:

—¡No! ¡No me comas! ¡Cómetela a ella!

—¡Cobarde!

Él siguió gimiendo durante un buen rato, mas nada pasó. Se atrevió a abrir los ojos y dirigir su mirada hacia las aguas. Estaban tranquilas. Muerto de curiosidad, que ahogó el miedo que sentía, se acercó dando saltos. Se camufló entre las hierbas que nacían en la orilla y esperó. Nada. Después de mirar a ambos lados, estiró el cuello y se atrevió a mirar hacia delante. Vio su reflejo.

Y nada más.

Cogió una pequeña piedra, la lanzó y se escondió.

Ni rugido.

Ni movimiento.

Nada.

—Tenéis una gran imaginación. ¿O lo habéis hecho para asustarme?

Al girarse, la vio a ella de espaldas, observando el lugar por el que el caballo había huido.

Bella se giró y el príncipe rana lo comprendió todo.

Ella era el monstruo.

# CAPÍTULO 91

Blancanieves aguardaba, impaciente, la llamada del espejo. Era frustrante no saber el tiempo que debía esperar y, más todavía: aburrido. Tan solo podía dedicar su tiempo a jugar con la mariposa de espejos y a cantar.

Por fin, tras lo que le parecieron días, el reflejo cambió. Mostraba el atardecer. Nadie había al otro lado.

—¿Hola?

Escuchó voces. Conocía ambas, aunque una sonaba diferente. Más ronca. Más cavernosa. Menos… ¿humana?

«¡Qué tontería!», se reprendió.

El espejo del otro lado empezó a moverse, como si alguien lo estuviera levantando desde atrás.

—No quiero que me vea así —decía la voz femenina y cavernosa—. ¿No conocéis la historia de *Frankenstein*?

—¿Qué…? Si a mí pueden verme convertido en rana, a vos os verán seáis lo que seáis.

Blancanieves se acercó más al cristal, muerta de curiosidad. ¿Qué estaba pasando? Vio a Bella de espaldas. Percibió que era algo más grande, pero quizás se debía al ángulo desde el que la miraba: el suelo. El príncipe rana lo sostenía.

En cuando la doncella se giró, la princesa retrocedió varios pasos, llevándose las manos a la boca y conteniendo una exclamación.

Aquella no era Bella.

Cabeza de leona, cuernos pequeños de cierva, dientes de sable, cuerpo de osa y patas y cola de loba.

Ni siquiera era un animal.

Era… una bestia.

—¿Qué…? ¿Qué has hecho con Bella, bestia?

Se escuchó una risa.

—Ella es Bella. ¿No lo veis?

La princesa se acercó. Salvo por las ropas rotas, no veía en ella rasgos de Bella. Quizás que su pelaje era del color de su pelo. O que sus ojos… Sí, aquellos ojos castaños podría reconocerlos en cualquier parte.

Era ella.

Bella.

—¿Qué te ha pasado?

—La reina. Igual que lo hechizó a él, me ha hechizado a mí.

—Pero ¿cómo? ¿Os ha encontrado? —Blancanieves se asustó.

—Selló nuestro futuro matrimonio —se señaló a sí y luego a la rana, aunque la princesa no podía verla— con una maldición. Y si huíamos… —Extendió los brazos.

—Lo que no entiendo es por qué a mí me afectó antes.

Las chicas se quedaron pensativas. Fue Bella quien respondió:

—Porque tu prisión era el castillo. La mía, el reino. Así que cada uno la ha desencadenado cuando ha traspasado sus límites.

Bella no mostraba ningún sentimiento al respecto de aquella transformación. Blancanieves todavía no se acostumbraba al hecho de que no tuviera corazón.

—¿Sientes… algo? —se atrevió a preguntar.

La bestia negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—Indiferencia absoluta. Pero no quería que me vieras así. La gente no reacciona bien a los cambios. Esta apariencia puede provocar miedo en ti y que pierdas la confianza en mí.

—Bella… —La miró con ternura—. Sigues siendo tú.

La bestia se acercó unos pasos y le sonrió. Un gesto frío y desprovisto de cualquier sentimiento, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

—Debéis buscar a los enanitos. Encontraremos la forma de llevarme de vuelta y, juntas de nuevo, romperemos tu maldición.

—¿Y qué pasa con la mía?

Ambas pusieron los ojos en blanco y la princesa estalló en carcajadas.

—Romperemos las dos maldiciones y venceremos a mi madrastra. Como sea —prometió.

# CAPÍTULO 92

Cuando se acostumbró por fin a su nuevo cuerpo, Bella descubrió que avanzaban mucho más rápido que a caballo. Alcanzaron el bosque antes del anochecer, mas no se detuvo en el linde. Debía encontrar a los enanitos, devolver a Blancanieves a su cuerpo y… lo que venía después.

Llegaron hasta un claro en el que el príncipe le pidió detenerse. Descendió de la cabeza de ella y se apoyó en el tronco de un árbol, respirando agitadamente, como si fuera él quien había galopado sin descanso. Bella lo miró, divertida.

—¿Qué? Empatizo con lo que estás haciendo —se defendió él.

Ella negó con la cabeza y le dio la espalda. El bosque estaba justo como lo recordaba: frío, blanco por la nieve, con las hojas de los árboles verdes a pesar de ello. Sus ojos se detuvieron a un lado del claro, donde había una cabaña que parecía abandonada. Por un momento, pensó que había encontrado la de los enanitos, pero según las indicaciones de Blancanieves, todavía estaban lejos de allí.

Y la reconoció.

Era su casa. La que había sido su hogar antes de hacer su trato con el duende que se la llevó al castillo de la malvada reina.

Se acercó con sigilo. ¿Seguirían allí? Se veía deshabitada, pero nunca se sabía.

—¿A dónde vais?

Bella ignoró al príncipe y se agachó frente a una de las ventanas, que limpió para ver el interior. Oscuro. Lleno de polvo y con pocos muebles. Se atrevió a entrar, buscando un calor que probablemente no traspasaría su pelaje.

La luz del atardecer se colaba por las ventanas sucias. El polvo flotaba como magia de hadas. Y los pocos muebles yacían a la espera de volver a ser usados. Suspiró. Sabía que no encontraría allí a su familia. Eso significaba que el duende había cumplido con su parte del trato y los había devuelto a una vida de riquezas. Pero, por un momento, había creído que los vería… aunque fuera desde las

sombras. ¿Se acordarían de ella? No era la primera vez que se lo preguntaba. Mas sí era la primera vez que lo hacía… y no le importaba.

Sus ojos de bestia se posaron en unas pulseras, regalo de su familia. Sentía mucha curiosidad por saber qué era sentir el calor fraternal y paternal que ella una vez había tenido.

—¿Bella?

La voz de la rana le llegó asustada, mas la ignoró. Quería perderse en sus recuerdos más tiempo, buscando algún sentimiento que le mostrara que seguía teniendo un corazón.

Recordaba a sus caprichosas hermanas. Solo habían mostrado interés por las joyas, los vestidos y los chicos apuestos, pero ella sabía que, a su manera, la querían. Sus hermanos eran trabajadores y habían sacado adelante a la familia junto con su padre, especialmente cuando lo perdieron todo. Esperaba que su sacrificio les hubiera dado no solo la vida que merecían, sino una que los hiciera felices. Y también a su padre. Mucho había sufrido por todos ellos.

—¿Bella…? ¿Podrías…?

La joven rugió de puro fastidio. Que le hubiera tocado viajar con alguien tan cargante como él…

—¿Es que no tienes respeto por nada? —gruñó.

Lo hizo tan bajo que supo que él, desde fuera, no la había escuchado.

En la mesa donde solían comer, vio algo bajo un jarrón roto. Se trataba de una carta. Quiso cogerla, mas se observó las garras que ahora poseía por manos y supo que, sin su antigua delicadeza, rompería el papel. Apartó el objeto de barro y se agachó a leer. Iba dirigida a ella.

Querida Bella:

No tengo palabras para expresar el dolor que sentimos por tu marcha. Nos equivocamos. Ninguna joya puede suplir tu ausencia. Desearíamos volver atrás y deshacer el trato. Tus hermanos han buscado al duende sin descanso, mas no lo han hallado. Dejo esta carta con la esperanza de que algún día puedas volver y buscarnos. Debajo de la tabla suelta de la cocina encontrarás dinero suficiente para pagar el largo viaje que hay hasta la ciudad. También ropa y mantas que te protegerán del frío.

Era yo quien tenía que haberse ido en tu lugar. Tú tenías toda la vida por delante, pero yo soy solo un viejo que ya lo ha perdido todo. Mi mujer se marchó, mis hijos han crecido y ya no me necesitan, y mi pequeña se sacrificó para que este anciano tuviera una vida que no le llena.

Deseo con todo mi corazón volver a verte.

Deseo con todo mi corazón que estés bien.

Y deseo de todo corazón que, allí donde estés, encuentres la felicidad.

Búscanos si lees esta carta. No dejaré de buscarte cada mañana con el amanecer, ni cada noche con el último estertor del sol. Siempre tendrás un hogar a mi lado.

Te quieren,

Padre y tus hermanos y hermanas.

Sabía que, de haber podido, se habría emocionado y deshecho en lágrimas. Se prometió que los buscaría a través de los espejos del otro lado, aunque ellos no pudieran verla.

—Bella… —La voz temblaba.

Echó una última mirada a su antiguo hogar y salió, cerrando con el mayor de los cuidados. Miró furiosa a la rana, que le devolvió la mirada y preguntó a la vez que señalaba en una dirección:

—¿Puedo morir de miedo ya?

Dicho esto, saltó tras ella y ahogó sus gritos en su pelaje.

Un lobo gris y blanco los observaba a cierta distancia. Su postura de caza cambió en cuanto vio a la bestia, que se puso a cuatro patas para defenderse si hacía falta. El lobo, que por su agudo olfato Bella supo que era hembra, ladeó la cabeza. La bestia la imitó. Luego hacia el otro lado, y ella hizo lo mismo. Su instinto le dijo que no corrían peligro. El animal no tenía intención de atacarlos, y los miraba con curiosidad más que con miedo.

La loba soltó un gruñido de despedida y se marchó, perdiéndose entre los árboles.

—¡Toma ya! —gritó la rana—. ¡Nadie puede con mi bestia!

De una sacudida, Bella se lo quitó de encima. Sus ojos seguían fijos en el camino que había tomado la loba. Tenía la impresión de que había empezado a

caminar a dos patas y su figura había ido cambiando a una más antropomorfa y femenina…

Sacudió la cabeza. Debía de estar cansada del viaje. Sin embargo, no quería detenerse.

Debían continuar.

# CAPÍTULO 93

Habían aminorado la marcha. El príncipe rana estaba sentado en el hombro izquierdo de la bestia, envuelto en su capa y con las manos sosteniendo el espejo estrellado, desde donde Blancanieves los acompañaba en su viaje. Este transcurría en el más absoluto de los silencios. Ni siquiera Varde hablaba; tan solo se escuchaba el castañetear de sus dientes.

—Estamos cerca… —musitó la princesa.

Podía sentirlo. El paisaje le resultaba conocido, y la melancolía había empezado a florecer en su interior.

Al fin, tras varios árboles y huellas en la nieve, apareció ante ellos la cabaña de los enanitos. Blancanieves enmudeció al no ver humo saliendo de la chimenea como era habitual. Sin embargo, sabía que no estaba abandonada. Podía percibirlo.

Antes de que Bella pudiera acercarse y llamar, la puerta se abrió y apareció tras ella una mujer pequeña de ojos anaranjados como el ámbar. Se quedaron los tres mirándose hasta que la princesa habló.

—¿Quién eres tú? —preguntó de malos modos.

Le molestaba pensar que alguien hubiera usurpado su lugar en la casa de sus pequeños amigos.

—Sed bienvenidos. Princesa Blancanieves —hizo una reverencia ante el espejo—, príncipe Varde —otra, a lo que él sonrió complacido— y doncella Bella.

—¡Ámbar! —exclamó la bestia al reconocer su voz.

—¿Ámbar? —inquirió Blancanieves, confusa—. Ámbar es uno de sus hermanos, no una…

—Yo soy Ámbar, princesa, la séptima de los enanitos.

Ante los ojos de Blancanieves, todo cobró sentido. Los utensilios femeninos que había visto por la cabaña y algunas expresiones de los enanitos al referirse a

su hermana. Sin embargo, estaba segura de no haber escuchado jamás hacia ella un apelativo femenino… aunque tampoco masculino. Siempre la habían llamado por su nombre, nada más. Y al ver que eran seis hombrecillos, había pensado que Ámbar era el séptimo.

—¿Dónde estabas? —preguntó sin poder contenerse—. ¿Sabes lo que han sufrido tus hermanos por tu desaparición?

La chica bajó la cabeza, y las dos rubias trenzas que enmarcaban su rostro redondo cayeron hacia delante.

—Es una historia muy larga, princesa.

—Bueno —se cruzó de brazos—, tenemos tiempo.

—No, no lo tenemos. Pasad.

Bella hizo caso. El príncipe dejó el espejo bien colocado en la mesa del comedor y saltó hacia la manta que cubría uno de los sillones. Aunque la chimenea estaba apagada, el ambiente era cálido y olía a comida. Ámbar había estado cocinando, así lo apreció Blancanieves cuando vio, en la misma mesa que estaba ella, bandejas con comida y bebida. Pero había más de siete raciones. Algo no encajaba.

—El descubrimiento de mi padre me llevó al otro lado del espejo de la malvada reina y, por tanto, a convertirme en su espíritu guardián.

—¿Al otro lado? —La princesa miró a su alrededor.

—Así es, princesa. Justo donde estáis vos.

Blancanieves se estremeció al pensar la cantidad de tiempo que Ámbar debía de haber pasado allí… sola.

—Pero…

—No es momento para preguntas, princesa —respondió cortante—. Mis hermanos están en peligro. Y vosotras también.

Ambas muchachas le prestaron toda su atención. Bella se había entretenido observando la agradable cabaña donde Blancanieves había vivido las últimas semanas sin perderse una sola palabra. El príncipe levantó la cabeza para escuchar mejor.

—Vuestra madrastra está aquí. —Los presentes contuvieron la respiración y miraron alrededor en su busca—. En las minas. Tiene secuestrados a mis hermanos, los está obligando a restaurar el espejo. Mas le falta una pieza —

terminó mirando fijamente a Blancanieves—. Y si no logran restaurarlo sin ella, nos matará.

—¿Por qué no has ido a pedir ayuda? —preguntó Bella.

Ámbar se sentó y levantó la falda marrón que cubría hasta sus botas de piel. Se bajó la bota derecha y les mostró una pulsera de oro de una pieza. No tenía broche que la abriera…

—Esta pulsera mágica me la puso la reina para que no pudiera ir más allá de la cabaña. Cuando me alejo demasiado, empieza a apretar y absorberme la vida. No llegaría viva al pueblo para ayudar a mis hermanos.

De labios de la princesa escapó una maldición. La reina lo tenía todo pensado.

—Ahora que estáis aquí, tendremos una oportunidad. —En sus ojos brilló la esperanza—. Acércate, Bella.

La doncella lo hizo sin mucho convencimiento. La enana cogió un guante marrón cuyos dedos terminaban en afiladas uñas grises como el metal. Se lo colocó en su zarpa derecha y Bella lo miró con curiosidad.

—Nos será útil, y llevándolo tú quedará camuflado. Con esto venceremos a la reina. —Miró a través de las ventanas. El amanecer llegaba—. Es la hora. Iré por delante. Vosotros, veinte pasos detrás de mí. Entraréis, ayudaremos a mis hermanos y liberaremos a Blancanieves.

«Parece fácil», pensó la princesa. Demasiado fácil, quizás. ¿Ir a la mina y ya está? Debían enfrentarse al gran poder de su madrastra.

Empezó a pensar que tal vez se tratara de una trampa y que Ámbar los estuviera engañando para llevarlos ante la reina y que esta pudiera culminar su venganza de una vez por todas.

Al cruzar su mirada con la de Bella, que se había acercado para coger el espejo, supo que pensaba lo mismo.

Y también supo que habían llegado a la misma conclusión: no tenían alternativa.

# CAPÍTULO 94

Caminaron tras la enanita a través del bosque. Bella pasaba la mirada desconfiada de Ámbar al guante, insegura de lo que iban a hacer. Sabía que, aunque Blancanieves también tenía sus dudas, le había dado un voto de confianza. Quizás porque no tenían opción. O quizás porque no dejaba de ser la hermana de sus amigos. Pero para la doncella no era más que una extraña que había estado durante años al servicio de la reina. ¿Quién les aseguraba que no había traicionado a su familia?

El príncipe iba sentado sobre el hombro de la bestia, murmurando maldiciones.

—¿Podríais dejarlo ya? —escuchó Bella la voz de Blancanieves, procedente del espejo.

—Podría haberme quedado en la cabaña a esperar, pero no… ¡Teníais que obligarme a venir!

La princesa suspiró.

—Alguien debe llevar el pedazo de espejo —replicó Bella.

—Claro, es que tú con tus enormes garras no te ves capaz de sostener algo tan delicado, ¿verdad?

La bestia gruñó y él se asustó.

—Príncipe —habló la princesa, conciliadora—, vos también estáis sufriendo la maldad de mi madrastra. ¿Cómo podéis pensar siquiera manteneros al margen?

—Yo solo digo que una rana no os servirá de mucha ayuda.

—De momento, encargarte de Blancanieves es más que suficiente.

No hablaron más el resto del camino. Todos sentían cómo aumentaba la tensión conforme se acercaban a la mina. Incluso el aire pareció hacerse más denso en cuanto alcanzaron la entrada. Se acercaron con sigilo tras los árboles.

Dos soldados, que Blancanieves reconoció, montaban guardia para evitar visitas inesperadas.

Con una mirada, Ámbar les indicó que esperaran. Mientras la veía alejarse, caminando torpemente con la bandeja entre sus manos, Bella se preguntó si sabría, desde allí, cuál era el momento indicado.

Los soldados examinaron a la enana de arriba abajo y le permitieron el paso. Luego la siguieron hacia el interior. La bestia se atrevió a salir de su escondite y acercarse para escuchar lo que sucedía dentro de la mina. Blancanieves y el propio príncipe susurraron unas palabras que mostraban su reticencia, pero la doncella los ignoró. ¿Cómo iba a saber cuál era el momento oportuno si no sabía qué estaba pasando?

—Ah, eres tú.

La voz de la reina llegó como un gélido rayo.

Estaba allí.

Aunque ya lo sabían, confirmarlo por sí mismos era aterrador.

Escucharon algo de revuelo y el entrechocar de cristales.

—¡Quita de en medio, orco repugnante!

Tras estas palabras, un golpe seco y un gemido femenino que los tres reconocieron: Ámbar.

La bestia se lanzó al interior.

—¡Bella, no!

Pero las palabras de Blancanieves se quedaron en el aire, tan solo escuchadas por un príncipe encerrado en el cuerpo de una rana que no podía sino observar cómo la doncella se metía en la boca del lobo.

Un aterrador rugido estremeció a los soldados, que dejaron de beber al instante y miraron en su dirección. Gritaron aterrorizados, mas, como valientes soldados que eran, se recompusieron, desenvainaron sus armas y rodearon al monstruo.

Ámbar, tirada en el suelo a los pies de un feo trono donde se sentaba la reina, se llevó una mano a la frente, negando con la cabeza, mientras que con la otra se frotaba el muslo dolorido. La reina estaba sentada, tranquila y con una sonrisa cruel. Junto a ella, el cazador, con un hombro apoyado en el asiento, observando tranquilo todo cuanto acontecía frente a sí.

Embistió a varios hombres, mordió y rompió las lanzas de dos y lanzó por los aires a otro que había intentado herirla.

—Sabía que tarde o temprano volverías a mí.

Estas palabras, pronunciadas con una frialdad escalofriante, distrajeron a Bella, lo que provocó que uno de los hombres la hiriera en el costado.

—¡Bella! —gritó Ámbar.

La bestia reunió las fuerzas que le quedaban para lanzarse a por la reina, mas esta se levantó con un tarro de cristal entre las manos y lo alzó ante sus ojos. Algo latía dentro de él: un corazón.

Su corazón.

Con lentitud, la mujer lo abrió y sacó una daga del interior de su capa, con la que amenazó el órgano palpitante.

—Tengo el poder de acabar contigo, aquí y ahora.

La bestia estudió la situación.

Los enanitos estaban al fondo, en la pared que separaba la bifurcación. Allí había un enorme espejo cuyos pedazos estaban prácticamente unidos. Tan solo faltaba uno.

Ámbar seguía a los pies del trono, padeciendo un dolor intenso en la pierna.

La reina pasó por encima de la enanita como quien cruza sobre un felpudo, y miró a la bestia, triunfante.

Los soldados la habían rodeado apuntándola con sus amenazantes armas.

Y la sangre que manaba de su herida ya formaba un charco de sangre bajo su cuerpo.

Bella se derrumbó, vencida.

# CAPÍTULO 95

—Tenemos que entrar —dijo Blancanieves—. Tenemos que ayudarla.

Desde dentro llegaban rugidos y gritos de hombres.

Hasta que, de repente, todo se calmó. Y esto asustó más a la princesa.

—¿Y qué pretendéis que hagamos una rana insignificante y una princesa dentro de un espejo de estrella? ¿Un dúo musical que los distraiga y nos permita acabar con esa bruja?

El príncipe se colocó delante del espejo para mirarla. Blancanieves resopló y se apartó el cabello blanco de la cara. Lo llevaba despeinado por la tensión. No dejaba de tocárselo y cambiarlo de posición, incómoda.

—Algo podremos hacer.

—Sois muy optimista, querida.

—¡Bella está ahí dentro! ¡Y también mis amigos! No pienso abandonarlos porque un principito prefiera huir a cumplir con sus funciones. —Se cruzó de brazos.

—¿Mis funciones?

—Un príncipe debe proteger a su pueblo.

Él permaneció pensativo.

—Quizás. Pero os recuerdo que este no es mi reino. —Miró alrededor—. Y tampoco es el vuestro.

—Por favor —suplicó la joven enlazando las manos en un ruego—. Haré lo que me pidáis. Pero llevadme con ellos.

La rana suspiró desviando los ojos. Antes de hablar, volvió a clavarlos en ella.

—Destronad a esa bruja y ocupad el lugar que os corresponde.

# Capítulo 96

La reina acarició el corazón con la punta afilada de la daga. Bella, aparte del dolor de la herida, sintió uno nuevo, lacerante, que procedía de lo más profundo de su pecho. Las lágrimas se abrieron paso a través de su fino pelaje de leona, y la reina sonrió, disfrutando del momento.

—¡Déjala!

Aquella voz no solo confundió a los hombres, incluidos los enanitos, quienes la encontraron conocida, sino que sorprendió y confundió a la reina.

De repente, sus soldados empezaron a caer, uno tras otro, alrededor de la bestia, que miró intrigada a los hombres inertes.

La reina no salía de su asombro. ¿Qué estaba pasando? Tan grande fue su sorpresa que el tarro y la daga resbalaron de entre sus dedos y cayeron a sus pies. Gimió y se agachó para recuperar el corazón entre los cristales. Mas no lo halló.

—¿Qué…? No puede ser…

—No lo encontrarás —volvió a decir aquella voz.

Una voz que no debería poder pronunciar palabra. Porque debería estar muerta. La reina miró hacia el origen y vio, sobre la mesa donde estaba la bandeja con los vasos de sus hombres, un pedazo de espejo en forma de estrella. Se levantó, olvidándose del corazón, y avanzó con pasos asustados. El espejo no le devolvió su reflejo, sino que le mostró la imagen de alguien que no debería pertenecer al mundo de los vivos.

—Blancanieves… —siseó entre dientes. Apretó los puños, llena de rabia. Sus ojos expulsaron fuego—. Deberías estar muerta… —Lanzó una mirada de soslayo al cazador, quien entrecerró los ojos—. No es posible… No… ¡Ah!

La bestia había aprovechado la situación y había lanzado un zarpazo a la espalda de la mujer, desgarrando su ropa y dejando una profunda herida. La reina se arrodilló.

—Bella…, ahora…

La bestia miró hacia Ámbar, quien a duras penas se mantenía en pie, sujetándose al apoyabrazos del trono, mientras sostenía en la mano a la rana con el corazón de Bella. Esta asintió, decidida, y se dirigió hacia la malvada reina y el espejo estrellado.

# Capítulo 97

La joven del espejo se preguntó a qué se refería la enana.

Desde su posición, vio a Bella acercarse y tomar con sumo cuidado el espejo.

—¿Qué pasa, Bella?

La bestia sonrió, mas no respondió. Se giró y permitió que la princesa contemplara cada paso que daba. Los soldados yacían en el suelo, vivos. Su madrastra agonizaba junto a la mesa. Ámbar se había sentado en el trono, incapaz de mantenerse en pie, y tanto ella como el príncipe, desde su regazo, observaron a la bestia y la princesa del espejo. También el cazador, quien no se había movido, y miraba a Blancanieves con una mezcla de sorpresa y respeto, y los enanitos, con sonrisas de alivio iluminando sus rostros. El espejo estaba a punto, según pudo apreciar la joven. Tan solo faltaba una parte: un hueco con forma de estrella.

Bella se detuvo, dubitativa.

Ambas escucharon de nuevo la voz de Ámbar.

—Debes decidirte, Bella, o será la princesa quien ocupe ese lugar que clama el espejo.

—¿De qué estás hablando, Ámbar? —inquirió Blancanieves mirándola gracias a que Bella se había girado para que la viera.

—Vuestra madre ordenó la creación de este espejo, princesa, para esconder la Manzana de Plata, cuya función es, a su vez, proteger el Reino de la Manzana de Plata. Tal es su poder que, en tiempos de guerra, impidió invasiones por parte de aquellos que querían adueñarse del reino. Cuando llegó la paz, la reina de entonces, vuestra abuela, decidió ocultarla, para que nadie pudiera hacerse con ella y darle un uso indebido, y así se lo hizo saber a su heredera, vuestra madre, quien encargó el espejo. —Ámbar hizo una pausa—. El poder de la Manzana protegería el reino, pero desde el otro lado, donde nadie pudiera robarla.

»Mas nuestro padre no se limitó a fabricar un simple espejo escondite. Este objeto es una puerta al otro lado, a una gran fuente de poder: los otros espejos. Espejos que permiten viajar y olvidar, recordar y engañar. Este hallazgo le hizo darse cuenta de lo que podría suceder si el espejo caía en malas manos. Alguien tenía que proteger ese poder. Así que, utilizando como último elemento una piedra de alma, terminó el espejo. Engañó a un mendigo de buen corazón, vendiéndole una vida carente de necesidades, y le hizo convertirse en el espíritu del espejo. —Ámbar miró a sus hermanos, que mantenían los ojos clavados en ella, boquiabiertos—. Padre se sentía muy mal por tal acto. Buscó la forma de arreglar lo que había hecho, una solución que no le obligara a sacrificarse y separarse de nosotros. Yo le ayudé. Durante semanas estudiamos libros y preguntamos a los más ancianos por las más antiguas leyendas, por si podíamos hallar la respuesta. Fue inútil. Y con la llegada de la nueva reina, se temió lo peor. Al pueblo llegaron rumores de crueldad y brujería. —Suspiró—. Padre decidió que había que destruir el espejo.

»Partimos durante la noche. Él no quería que su descubrimiento supusiese un problema para nuestra familia. Intentó convencerme de que me quedara, pero desobedecí y no tuvo más remedio que llevarme.

»Aprovechamos los funerales del soberano del Reino de la Manzana de Plata para colarnos en palacio y llegar hasta el espejo. Ahí comprendí que padre no sabía cómo destruir el espejo, sino que su intención era ocupar el lugar del mendigo con la ayuda de una nueva piedra de alma que había llegado a sus manos. Le detuve, lloré y le rogué que no lo hiciera. Y en medio de nuestra discusión, nos sorprendió la reina malvada. En ese momento comprendí cuál era mi destino: sacrificarme por nuestra familia. Ser yo el nuevo espíritu del espejo, liberar al mendigo y permitir que mi padre volviera junto a nuestra familia. No le di tiempo a reaccionar: robé la piedra y fui junto al espejo. No sé cómo lo hice; solo sé que al tocar el cristal con la piedra, en un fogonazo me hallaba al otro lado. Y lo último que vi fue a padre, arrastrado por dos soldados, y a la reina con un brillo maléfico en los ojos, fijos en mí.

La enana detuvo su narración. Algunos de sus hermanos tenían los rostros bañados en lágrimas. Ámbar se había sacrificado a su corta edad por ellos y la protección de todos los reinos.

—La reina malvada sabía que el espejo del Reino de la Manzana de Plata no era un vulgar cristal —continuó—. Aprendió a usarlo, mas pude ocultarle gran parte de su poder. Al principio solo podía espiar y contemplar sus más oscuros deseos, y con el tiempo aprendió a viajar a través de él cuando alguien se lo permitía desde otro espejo en otro lugar.

—¿Y por qué nunca dio con la Manzana de Plata? —preguntó Blancanieves.

—Porque ese, princesa, es el único secreto que tengo el poder de proteger a toda costa, pues tan solo se puede revelar ante un corazón puro.

Se hizo el silencio.

—Pero ¿cómo llegó esa harpía al poder? Si la Manzana de Plata protegía al reino… —preguntó el príncipe rana.

—Porque fue invitada por el mismísimo soberano del reino. Y la Manzana está a las órdenes de quien gobierne. Nada podíamos hacer contra aquella que portaba la corona y, por tanto, aquella a quien la manzana debía obedecer.

Así que esa era la verdad. Sobre Ámbar, sobre el espejo, sobre la Manzana de Plata. Blancanieves ya conocía su poder: su padre se lo había confesado, y también el lugar donde estaba oculta. Pero no sabía que la Manzana y el espejo necesitaban un espíritu. Simplemente pensaba que el espejo tenía vida, por así decirlo.

—Pero… ahora que la Manzana ha sido robada…, ¿por qué el espejo necesita un espíritu? —inquirió Bella.

—¿Robada? —preguntaron al unísono la reina y la propia Blancanieves.

—Así lo estableció nuestro padre. Y así es como debe ser. El espejo sin la Manzana sigue siendo un objeto de gran valor y poder que no debe caer en las manos equivocadas. —Miró a la reina—. Cuando se rompió, se abrió una puerta que me ha permitido salir sin necesidad de utilizar una piedra de alma. Mas cuando quede restaurado, esa entrada se cerrará, atrapando a quien se halle dentro.

Otro silencio. Frío, tenso, incómodo. Lleno de preguntas sin voz y vacío de respuestas.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Yo no valgo para quedarme como espíritu del espejo?

Ámbar se encogió de hombros.

—Esa es una decisión que Bella ha tomado.

Y sin permitir una palabra más, y mucho menos una queja por parte de la princesa, Bella se giró y colocó el pedazo de espejo en su lugar.

Un destello los cegó a todos.

# CAPÍTULO 98

La bestia abrió los ojos. Estaba en un lugar frío que no reconoció. Lo último que recordaba era estar en la mina, y luego…

—Bella…

Se giró.

Allí estaba ella. Blancanieves, con sus preciosos ojos avellana que la miraban con ternura, dudas y preocupación. Incluso apreció un brillo de enfado en ellos. Su cabello níveo danzaba mecido por una brisa que Bella no podía sentir. Su piel resplandecía acariciada por una tenue luz que provenía del exterior.

Se acercaron la una a la otra.

—Bella —repitió cogiendo sus garras—, ¿por qué haces esto?

La miró a los ojos y reconoció la mirada de Bella. Sin sentimientos, pero la suya, la de aquella doncella que estuvo a su lado en momentos tan difíciles, en pruebas que no había creído que pudiera superar.

—Es la única forma de salvarte.

Bella acarició con sumo cuidado la mejilla oscura de la princesa. Quería sentir algo, pero el roce no le transmitió nada. Su pecho estaba vacío.

—¿Por qué quieres salvarme?

—Tú eres la legítima soberana del Reino de la Manzana de Plata. Llevas toda tu vida preparándote para ello, incluso superando las falsas pruebas de tu madrastra. Serás una reina justa que hará prosperar a su reino.

Las mejillas de la princesa enrojecieron.

—Pero ¿por qué debes sacrificarte tú?

—Blancanieves, yo ya no pertenezco a tu mundo. Soy un ser sin sentimientos. Es mejor que busque mi lugar, y ese es a este lado del espejo.

—¿No… no me amas?

La doncella miró a través del espejo el tesoro que el príncipe rana sostenía todavía entre sus rosadas manos.

—Sé que mi corazón ahora mismo sigue latiendo únicamente por ti. De no ser así, habría muerto en cuanto me lo arrancó ella. Y yo con él.

Estas palabras abrazaron el pecho de la princesa, quien las recogió con una emoción y calidez inexplicables. Se abrazó a ella sollozando, enterrando la cara en su pelaje.

—Yo también te amo, Bella, y no puedo permitir…

De repente, Blancanieves sintió que sus brazos no abrazaban nada.

La bestia había desaparecido.

# CAPÍTULO 99

Al otro lado del espejo, los enanitos y el príncipe soltaron una exclamación.

¡La bestia había desaparecido!

Todos miraron alrededor por si había vuelto a la mina. Incluso el cazador, con la mano en su ballesta, buscaba con sus agudos ojos.

—Se acabó.

Los presentes, incluida Blancanieves desde el espejo, todavía aturdida por lo que acababa de pasar y con lágrimas surcando su bello rostro, se giraron hacia la reina. Esta estaba de pie, apoyada en la mesa, con una sonrisa maligna dibujada en su cara de porcelana y una manzana dorada en la mano derecha. Mordida.

Ante la confusión de los de ojos que la observaban, ella se giró y les mostró su espalda. Donde deberían estar las heridas provocadas por la bestia, había piel limpia, pura, sin un solo arañazo y ni rastro de sangre.

—Una manzana de la vida —explicó dando media vuelta para enfrentarse a ellos—. Creación mía. Impresionante, ¿verdad? —Sus labios rojos ampliaron su sonrisa.

Tiró hacia atrás la fruta y su expresión cambió a una de pura maldad e ira. Avanzó hacia ellos. Los enanitos se dividieron para proteger al espejo y a su hermana, en cuyo regazo seguían el corazón y la rana, quien miraba con terror a la bruja.

—Pagaréis por esto. Moriréis bajo el peor de mis hechizos. Y tú —se dirigió a Blancanieves— permanecerás por siempre en el espejo. Y me obedecerás en cuanto te pida. Esta vez, nadie podrá salvarte de tu maldición.

Y dicho esto, alzó las manos y preparó el más temible de sus conjuros.

Todos se miraron en una última y silenciosa despedida. Se volverían a reunir al otro lado.

# Capítulo 100

Morir así estaba bien.

Sin dolor.

Sin sufrimiento.

Sin sentir nada.

Simplemente, ya no…

Obsidiana se atrevió a abrir los ojos. Seguían en la mina.

Ante ellos, la reina, mirándose las manos desesperada.

Y una risa. Una risa victoriosa que nacía de la garganta de Ámbar. Esto provocó que todos abrieran los ojos y estudiaran la situación.

No estaban muertos.

—¿Qué…? —La mujer era incapaz de pronunciar las palabras.

La enana, envuelta en el abrazo de su mellizo, Topacio, habló, altiva, desde el trono.

—Ahora corre por vuestras venas un metal con una propiedad mágica increíble: absorber la magia. Ahora, *reina* —añadió con burla—, estáis a nuestro nivel.

—¿Cómo…? —La reina la miraba con incredulidad mientras los enanitos vitoreaban y entrechocaban las manos.

—Todo hay que agradecérselo a mi hermano Topacio, un auténtico genio. Crea armas que nos protegen de los más temibles seres mágicos que pueblan los reinos. Experimentó con un guante-zarpa que di a Bella. Cuando os arañó, ese metal impregnado en las afiladas uñas penetró en vuestro interior y os convirtió en, como vos diríais, «una vulgar humana».

La reina gritó desesperada, y cogió lo que encontró a su alcance para lanzarlo contra ella. Mas los enanitos fueron más rápidos y la inmovilizaron.

Ámbar se levantó y, con la ayuda de su hermano, se dirigió al espejo, desde donde Blancanieves presenciaba la escena. La enana le tendió el corazón de

Bella.

—Puede que ella ya no esté, pero su corazón te pertenece. Cógelo. Es lo que ella hubiera querido.

Con mucho dolor, la princesa lo tomó.

El espejo se lo permitió.

# Capítulo 101

El corazón atravesó el espejo y fue a parar a las manos de Blancanieves. Lo examinó curiosa, con regueros de lágrimas por sus mejillas. El corazón tenía un leve resplandor; parecía vivir por sí mismo. Esto provocó un profundo gemido que recorrió todo su ser. Ya no volvería a verla, y ni siquiera habían podido despedirse.

Era injusto.

—Blancanieves…

Aquella voz.

Abrazando el corazón, protegiéndolo de quien quiera que hubiera pronunciado su nombre, se giró. En la entrada del panteón estaba ella. O alguien que se asemejaba a ella. Esa blanca piel, esos labios rojos y esos ojos color avellana que la miraban, queriendo sentir, pero sin hacerlo.

—¿Quién eres?

La muchacha avanzó, entrando. Se situó a varios pasos de ella. Intentaba evitar asustarla.

—Soy yo. Bella.

—No puede ser…

—Nuestro amor me ha devuelto a mi verdadero cuerpo. —Sonrió—. Bueno —se miró—, en realidad no sé si este es mi verdadero cuerpo.

Se encogió de hombros. En realidad no le importaba.

Blancanieves la miraba confundida. Seguía abrazada al corazón, temiendo que aquella persona que tenía delante no fuera quien parecía ser, que fuera otro engaño de su madrastra y estuviera allí para arrebatarle lo único que le quedaba de Bella.

La doncella habló de nuevo al ver su actitud desconfiada. Miró hacia atrás y comprobó que el eclipse ya llevaba la mitad del recorrido. Después ladeó cabeza en dirección a la princesa, con ojos comprensivos.

—Es hora de regresar.

Blancanieves la miró sin comprender.

—Mi espíritu por el tuyo, Blancanieves; no hay marcha atrás.

—¿Por qué? —La princesa tenía la mirada borrosa por las lágrimas.

—El Reino de la Manzana de Plata necesita a su reina.

Bella se atrevió a dar un paso más hacia ella.

—Pero yo… Yo te necesito a ti…

La doncella cerró los ojos. Nada latía en su interior. Se lo habían arrebatado y quizás jamás podría recuperarlo.

—Estaré siempre a tu lado.

Y tras estas palabras, Bella terminó con la distancia que las separaba. Rodeó a la princesa con los brazos y la atrajo hacia sí. Sabía que aquello podría reconfortar en cierta medida a Blancanieves. Fijó la mirada en los labios carnosos de Blancanieves y acercó los suyos, cerrando los ojos por el camino.

Por última vez, su curiosidad la llevó a buscar sentimientos. A tratar de descubrir si podía volver a sentir.

Sus labios rozaron los de la princesa. Se fundieron en un cálido beso y ambas se hicieron una sola. Un remolino de sentimientos las invadió, y sintieron cómo la magia del amor estallaba en sus corazones con tan solo un beso.

Bella se apartó, sorprendida.

Lo había sentido.

Miró las manos de Blancanieves, a la altura de su pecho. Yacían sobre él, vacías. Su corazón ya no reposaba sobre ellas. La princesa pudo sentir el latido y sollozó, emocionada. Bella posó la mano sobre la de ella, sintió a través de su oscura piel sus propios latidos, y suspiró, derramando por fin las innumerables lágrimas que tanto tiempo habían esperado para salir de ella.

—Blancanieves… —musitó acariciando con la mano libre la suave mejilla de la princesa.

—Bella…

Se perdieron en los ojos de la otra y se fundieron en un nuevo beso que selló su amor para siempre.

# Capítulo 102

Alguien se aclaró la garganta, obligándolas a separarse y volver a la realidad.

—Esto aún no ha terminado.

El cazador. Los enanitos lo miraron con odio. Pero Ámbar intercedió en su favor.

—Siento tener que darle la razón, mas *tiene* razón. Debéis apresuraros, Bella…

La doncella comprendió. Blancanieves debía volver o se quedaría atrapada para siempre en el espejo. Así que, con tristeza y resignación, tomó la mano de su amada y la alejó del cristal. Todos las perdieron de vista.

El espejo se apagó.

Juntas caminaron hacia el exterior del panteón.

—Es injusto…

Bella la miró con cariño.

—Seguiremos juntas, debemos apoyarnos en eso. Sé que no es lo mismo. —Se detuvo y sostuvo su cara entre las manos—. Sé que hemos llegado tarde a nuestro camino juntas. Desearía haberme dado cuenta antes de lo que significas para mí. Desearía haber dado los pasos que dictaba mi corazón y no seguir los de mi razón.

—Yo desearía lo mismo.

Se sonrieron.

—¿Por qué hemos sido tan tontas? —preguntó la princesa volviendo la mirada a su alrededor.

—Porque el amor es tonto.

Blancanieves se rascó el codo. Desvió la mirada.

—Bella, perdóname. Pensaba que debía encontrar a un príncipe. —Suspiró—. Pensaba que nadie jamás me amaría, que el amor no era para alguien diferente como yo. —Se miró las manos.

Ébano.

—¿Quién no es diferente, Blanca? —Se encogió de hombros—. Algo que me atrajo de ti fue que sientes algo por tu pueblo. Y eso es algo propio de grandes reyes, reyes que han reinado y reyes cuya corona reposa ahora mismo sobre sus cabezas. Así que, en ciertos aspectos, no eres tan diferente… y a la vez sí. Y eso es lo que necesita el Reino de la Manzana de Plata. A ti.

Estas palabras calaron hondo en Blancanieves, quien sintió cómo sus fuerzas renacían.

Bella tomó su mano con delicadeza, le dedicó una cálida sonrisa que la princesa correspondió y caminaron por el cementerio de espejos.

Mas algo sucedió.

Los espejos cobraron vida.

Las tumbas florecieron, y de ellas brotaron las maravillas que habían enterrado durante tanto tiempo. Los pedazos flotantes brillaron con más fuerza y convirtieron el lugar en algo mágico. Una hierba resplandeciente acarició sus pies. Blancanieves se detuvo a observarla. En realidad, sus briznas estaban formadas por cientos de pequeños cristales de espejo esmeralda.

—Todo florece gracias a ti.

—A nuestro amor —matizó Bella riendo de felicidad.

Sus carcajadas contagiaron a su compañera. Con el brazo izquierdo cada una rodeó la cintura de la otra y giraron sin dejar de mirarse al son de una dulce melodía producida por un tintineo prodigioso. Sonó también un instrumento parecido a una flauta e iniciaron un baile mientras se deleitaban con los ojos de su amada.

Aquella canción sin palabras, provenía de uno de los espejos restaurados, parecía proclamar su amor.

«Espejo de la música».



Danzaron juntas sin dejar de mirarse, disfrutando de aquel momento único. La magia de su pasión flotaba en el aire, y las dos tuvieron claro que lo haría hasta el final de sus días.

Bella se detuvo delante de un espejo que las reflejaba a ambas. Tenía forma de óvalo horizontal, algo irregular por la forma del marco. Este era blanco con filigranas de plata y símbolos como relojes de arena, árboles y animales.

«Espejo de la Vida».

Miró a Blancanieves con intensidad y la princesa se acercó para robarle un beso más.

El eclipse lunar llegaba a su fin.

Al separarse, sus ojos captaron lo que el espejo les mostraba: el cuerpo de Blancanieves, yaciente en el interior de un ataúd de cristal.

—Podría quedarme embobada mirándote horas y horas —comentó Bella.

—A partir de ahora, a eso se reducirá tu vida, ¿no? A observar… sin vivir.

La doncella colocó un níveo mechón tras la oreja de Blancanieves.

—A vivir nuestro amor y ver cómo te conviertes en una gran reina.

—Un cristal no será barrera suficiente para nosotras —afirmó la princesa con seguridad, alentada por las palabras y el optimismo de Bella. Esta asintió.

Bella tomó aire antes de despedirse. Todo había cobrado vida a su alrededor, pues en ella residía ahora el poder de los espejos, como nuevo espíritu.

—Adiós, espíritu del espejo.

—Adiós, Blancanieves, soberana del Reino de la Manzana de Plata. Mi reina.

Hizo una reverencia antes de acercarse a ella para darle un último e intenso beso. Mientras sus labios volvían a fundirse en uno y sus cuerpos ansiaban hacerlo también, Bella llevó a Blancanieves hasta la luna del espejo y, suavemente, la empujó hacia él.

—Bella…

Fue la última palabra de la princesa antes de atravesar el cristal. De no haberla empujado, la doncella sabía que no habría podido resistirse a retenerla a su lado. Mas no podía ceder al egoísmo y quedársela para sí.

Todo un reino necesitaba a Blancanieves.

Y eso era más importante que una vulgar doncella sin nada más que ofrecer que su corazón.

# Capítulo 103

Blancanieves se dejó llevar. Y no porque quisiera o aceptara separarse de ella, sino porque, de no hacerlo, el sacrificio de Bella habría sido en vano. Y si Bella había luchado por ella, Blancanieves no iba a ser menos.

Por su amor.

Sí, regresaría y buscaría la forma de devolver a Bella a su lado.

Abrió los ojos y se sintió desorientada.

¿No estaba bailando con Bella en un lugar mágico, rodeada de espejos y música? Pero al ver el ataúd de cristal en el que se encontraba, la realidad la golpeó como un bloque de hielo; Bella se había quedado al otro lado y ella había regresado.

Soltó un suspiro.

Mas se obligó a ser fuerte.

Por ella.

En cuanto hizo amago de incorporarse, la tapa se abrió sola. Antes de salir, se dio cuenta de que había algo entre sus manos, algo frío y duro. En un principio pensó en unas flores, práctica habitual en los enterramientos. Pero no, aquello que palpaban sus dedos no eran flores… Era una corona. No le hizo falta mucho tiempo para saber con seguridad de dónde había salido: los enanitos. Ellos la habían elaborado con la maestría que los caracterizaba. La corona tenía una aportación de cada uno de ellos, se apreciaba a simple vista. La obsidiana formando el aro; los zafiros decorándola…

Con una sonrisa se la colocó sobre los níveos cabellos y salió del ataúd. Nada más cerrarlo, un sonido, un sonido encantador —no había otra forma de definirlo — la llamó desde el interior. Al girarse, vio el cuerpo de Bella, con una rosa roja entre sus manos. Parecía dormida.

—Está dormida —dijo en voz alta para reafirmarlo.

Posó un dulce beso en sus fríos labios y cerró la tapa.

—Volveré a por ti —prometió.

Echó a andar.

El ataúd yacía en medio del bosque, cerca de la cabaña de los enanitos. Al pasar delante de ella, vio en el suelo la media manzana que la envenenó. Debían de haberla tirado los enanitos, creyendo que se convertiría en cenizas, tal y como había sucedido con el lazo y la horquilla. Pero esto no era un objeto creado por la reina, era una fruta nacida de un árbol que había servido de refugio para la ponzoña. La cogió y observó antes de arrojarla a las profundidades del Bosque del Invierno Mágico. Dirigió sus pasos hacia la mina.

Al llegar, se encontró con una escena que se le antojó cómica: la reina había conseguido liberarse de las pequeñas manos de los enanitos y ordenaba a gritos a unos desorientados y somnolientos soldados que los apresaran. Ámbar estaba arrodillada a un lado del trono, todavía con la rana en su regazo.

Con la cabeza bien alta y luciendo con orgullo su nueva corona, Blancanieves entró dando pasos firmes y seguros. Varios pares de ojos de clavaron en ella y el silencio se instaló entre los presentes.

—¡Soldados! —chilló la malvada reina—. ¡Apresad a la traidora!

Empuñaron sus armas y se dirigieron hacia ella.

—¡Soldados! —habló la princesa—. ¿Vais a seguir obedeciendo las crueles órdenes de una usurpadora? ¿U os uniréis a mí para destronar a aquella que nos arrebató el reino de mi padre?

Un murmullo se extendió por la sala de roca.

—¡No escuchéis a la traidora!

Algunos se mostraron de acuerdo con las palabras de la reina.

Ella. Calificada de traidora.

Sonrió con autosuficiencia.

—¿Me llama a mí traidora la que, en el lecho de muerte de mi padre, el rey, juró regentar el reino hasta mi mayoría de edad? Bien, pues… Ya soy mayor de edad, *madrastra* —pronunció con burla haciendo una reverencia ridícula.

Alguien avanzó entre los soldados y se puso frente a ella. Blancanieves pudo ver la sonrisa malvada y triunfante de la reina al ver cómo su mano derecha, el cazador, se disponía a acatar sus órdenes. Mas él, lo que hizo al llegar hasta

Blancanieves, fue mirarla a los ojos. Una de esas miradas que no dicen nada y lo dicen todo. Para sorpresa de todos, se postró ante ella.

—Mi reina. Legítima heredera al trono y, por tanto, verdadera soberana del Reino de la Manzana de Plata.

Blancanieves sonrió.

Todos y cada uno de los soldados le fueron imitando, para desesperación de la reina. Se acercó y pegó a uno, diciéndole que solo a ella le debían obediencia.

—¡Detenedla!

Los soldados se encargaron a la reina.

—¿Qué…?

No pudo terminar porque enseguida fue reducida y amordazada. Los enanitos vitorearon a Blancanieves tras dedicarle innumerables reverencias y, por supuesto, abrazos.

Y por encima de todos la vio a ella, observando cada detalle desde el otro lado del espejo con una sonrisa de felicidad.

# Capítulo 104

El palacio tenía un brillo diferente. Dentro y fuera se percibía. Sus puertas se habían abierto con la llegada de Blancanieves y así habían permanecido. Se había anunciado su coronación, aprobada por cada uno de los habitantes del reino, y se había prometido limpiar las manchas que la reina había dejado tras su reinado.

El niño, la anciana y el soldado fueron liberados. El pequeño conoció por fin lo que era el mundo exterior y descubrió que no era tan malo como le había hecho creer la malvada reina. Y también conoció a Angela, su verdadera madre. Junto ella, emprendió un viaje a lo largo y ancho de los reinos, hasta encontrar lo que llamarían hogar. La anciana viajó al principio con ellos, mas luego siguió su propio camino.

Justo antes de la coronación tendría lugar el juicio de la malvada reina, que, atada de pies y manos, aguardaba su destino en la gran sala del trono. Esta lucía diferente, más colorida y alegre, acogiendo con un cálido aroma floral a todos aquellos que cruzaban sus puertas.

Un hada del Bosque de las Hadas fue invitada para ser juez y verdugo y, después, quien coronara a la legítima reina.

Hicieron que la madrastra, vestida de harapos, se arrodillara para recibir su castigo.

—Amenizarás la coronación de la reina con tu baile sin descanso.

Nadie comprendió estas palabras.

—¿Nerviosa? —preguntó Bella desde el espejo, que habían llevado a la sala del trono donde tendría lugar el gran evento.

Un vestido blanco y plata ceñía su cuerpo, mas, con un gesto de la mano, lo cambió por uno de color amarillo y reluciente oro.

—Estás preciosa… —susurró Blancanieves acariciando el cristal.

Bella la imitó, observando a su vez el cabello níveo recogido con broches celestes y el vestido turquesa y azul oscuro decorado de estrellas, que resplandecían con cada uno de sus movimientos.

—Es vuestro gran día, mi reina —hizo una reverencia cogiendo el vestido amarillo por ambas partes—, disfrutadlo como merecéis. Mas —levantó el índice— no olvidéis que el primer baile con vos me pertenece.

Blancanieves rio, y sus carcajadas se tornaron música que embriagó el cuerpo entero de Bella.

Cuando llegó el momento, tras pronunciar su juramento y ser proclamada reina con la corona que los enanitos habían elaborado expresamente para ella, el hada ordenó poner al fuego unos zapatos de metal que hizo colocarse a la condenada. Esta bailó y bailó sin parar durante toda la celebración, provocando risas y cumplidos nada buenos hacia ella.

Bella presenció el evento desde el espejo situado junto al trono ante los ojos curiosos de los invitados, que se preguntaban quién era y por qué estaba tras el cristal de un espejo. Mas no se dio explicación y tuvieron que conformarse con especular por qué una de las invitadas de la reina asistía de esta forma. Algunos se atrevieron a acercarse y entablar conversación con ella.

Mientras la nueva reina despedía a los invitados, su madrastra cayó al suelo, agotada y dolorida, delante del espejo. Bella se agachó para ponerse a su altura.

—Deberías estar agradecida de que sea Blancanieves quien haya decidido poner tu destino en manos de un hada de los bosques. Si de todos aquellos a quienes hiciste daño dependiera, ahora mismo vivirías como un cuervo, ávido de comida y sin mayor compañía que la propia muerte.

Estas palabras llegaron a oídos de la jueza.

—Querida —dijo mirando a Bella—, habéis dado con un castigo peor que el mísero encierro en las mazmorras, donde tendría agua y comida a diario y un camastro en el que dormir. —Blancanieves se acercó en el momento en el que el hada agitaba su varita y señalaba a la mujer, que temblaba en el suelo—. La muerte provocasteis y a la muerte acompañaréis hasta que alguien que aprecie más vuestra compañía que la comida, la bebida y el sueño logre romper el hechizo.

Un haz de luz dio de lleno en aquella que una vez fue bruja y la transformó en un cuervo. Este graznó con el más puro de los odios y levantó el vuelo, escapando del reino que un día le perteneció.

—¿No teméis que alguien rompa el hechizo y ella regrese? —preguntó Obsidiana al hada. Tanto él como sus hermanos se habían vestido con sus mejores galas, llevando ropas nuevas que hacían juego con sus ojos y hacían honor a sus nombres.

La mujer acarició su varita antes de responder:

—Si tal día llega, su odio habrá quedado consumido por el tiempo y tan solo quedará la lección aprendida.

Pero estas palabras no convencieron a ninguno de los hombrecitos, que se miraron entre sí, preocupados.

—O tal vez su odio se haga más y más grande, hasta poseerla por completo —terció Ámbar.

Ella llevaba un vestido pomposo, también del color de sus ojos, y su cabello rubio estaba recogido en una trenza. En su hombro la acompañaba el príncipe rana, vestido de gala con un traje que Blancanieves le había encargado. Sus padres habían acudido a la ceremonia, mas él no fue capaz de confesarles su verdadera identidad por miedo a su reacción.

—En tal caso, no encontrará a nadie capaz de romper el hechizo —respondió el hada.

Hizo una reverencia ante la reina, una inclinación de cabeza ante Bella y agitó su varita. Miles de estrellas la cubrieron y desapareció.

El silencio inundó la estancia.

—¿Es hora de partir? —preguntó Blancanieves.

Los enanitos asintieron. Ansiaban regresar a su cabaña, a su mina. Habían rechazado la oferta de la reina de formar parte de su consejo. A ellos no les gustaba la vida en palacio, y su amiga lo comprendía.

Uno por uno la abrazaron. El que más se demoró fue Topacio, y Blancanieves pudo sentir todo su cariño.

—Nunca podré agradeceros que me hayáis devuelto a mi hermana… —dijo el enanito mirando no solo a la reina, sino también a Bella, quien respondió con una sonrisa feliz.

Varios soldados entraron portando un ataúd de madera oscura, donde yacían los restos del padre de los enanitos, encontrados en las mazmorras. Se los llevarían y les darían sepultura junto al cuerpo de su madre. Y al de Bella, que custodiarían con su propia vida.

La última en despedirse fue Ámbar.

—¿Estás segura?

La enanita miró a su acompañante rana y después a la reina:

—Necesito hacer este viaje. La vida en la mina no es para mí. —Miró a sus hermanos, que la miraban con comprensión. Topacio tenía lágrimas en los ojos por la despedida inminente—. Quiero conocer mundo, todos esos reinos que he visto a través del espejo. Y, bueno, alguien tendrá que llevarlo de vuelta a casa —finalizó.

El aludido se irguió sobre sus dos ancas y con los brazos cruzados espetó:

—Sigo esperando mi beso, el que romperá la maldición.

Todos rieron. Blancanieves miró a Bella antes de responder:

—Alteza, solo un beso de amor puede romper el hechizo, no un beso de princesa… Y, en cualquier caso, yo ya no soy una princesa. Así que mi beso no os serviría.

—¡Pero sois de la realeza! Podríais probar y vemos qué pasa.

Nuevas risas, que él no se tomó a bien. No veía la gracia por ninguna parte.

—Gracias por todo, príncipe Varde.

La reina hizo una pronunciada reverencia que Bella repitió, como muestra de gratitud por todo lo que había hecho por ambas.

Esto alegró al príncipe, quien respondió a su vez con aire altivo.

—Podemos retirarnos —ordenó a Ámbar mientras daba media vuelta sobre el hombro de la enana.

Esta se encogió de hombros, se despidió de las chicas y se giró en pos de sus hermanos, dejando al príncipe rana de nuevo girado hacia la reina y la doncella, que estallaron en carcajadas.

Y así, los siete enanitos y el príncipe rana dejaron el Reino de la Manzana de Plata.

¿Para siempre?

Quién sabe.

# Capítulo 105

—¿Crees que algún día…?

Las palabras murieron en los labios de la reina mientras sus ojos observaban, desde el balcón de sus aposentos, el reino que se extendía a sus pies. Los manzanos habían sido cortados, y en su lugar se habían plantado diferentes árboles frutales. La torre de la reina había sido vaciada, y todo cuando había en ella, destruido o guardado a buen recaudo en las profundidades del castillo.

—¿… podremos estar juntas de nuevo? —terminó Bella desde su lado del espejo, con el vestido blanco y plata que llevaba—. Es posible que algún día otro ocupe mi lugar. Pero hasta que llegue el momento, tendremos que ser fuertes. Por lo menos estamos juntas de alguna forma. Cuando la Manzana de Plata sea encontrada, quizás descubramos la respuesta.

—El cazador, mi mejor hombre, se halla tras su pista. La encontrará —afirmó Blancanieves con seguridad.

Y Bella creyó en sus palabras.

Unieron sus manos en el frío cristal del espejo. Sus cuerpos estaban separados por una barrera que no podían destruir, mas sus espíritus tenían un vínculo mucho más fuerte que cualquier barrera.

Blancanieves gobernaría el Reino de la Manzana de Plata con Bella a su lado.

Una reina del reino de las manzanas y su consorte del reino de las rosas.

Una rosa y una manzana que florecerían juntas y brillarían más que la luz del sol.

¿Y qué pasó con esa rosa y esa manzana?

Sí, con Bella y Blancanieves.

Se celebró una boda como no hubo otra igual en ninguno de los reinos.

Acudieron todos los reyes, reinas, princesas y príncipes, e incluso la familia de Bella, a la boda en la que una de las contrayentes estaba al otro lado de un espejo…

Ahora, Bella es reina. La primera reina en gobernar desde el Reino de los Espejos. Pero ¿sabéis? El Reino de la Manzana de Plata no tiene rival en belleza y felicidad.

No, al menos, hasta que la historia de la Bestia y Aneris tenga lugar.

O alguna otra de tantas historias que saldrán de aquí.

¿Consiguieron Bella y Blancanieves estar juntas de nuevo? Bueno, pensad que en *La maldición de los reinos* no es el espíritu de Bella el que hay en el espejo…

¿Recordáis la manzana que envenenó a Blancanieves? La lanzó a lo más profundo del Bosque del Invierno Mágico. Con el tiempo —y la magia— creció y se convirtió en árbol. Sí, en un árbol de manzanas envenenadas que más tarde encontró Aneris.

¿Os preguntáis por el príncipe rana? Bueno, eso pertenece a otra historia que algún día verá la luz… o no. Quién sabe.

Rumpelstiltskin logró su objetivo en esta ocasión y se llevó la Manzana de Plata. ¿Qué hará con ella? ¿Conseguirán recuperarla y devolverla al espejo? Ya se verá.

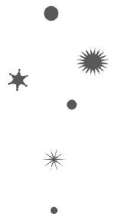
Día desapareció. Blancanieves soltó su mano cuando entraron en el Arco Mágico al presenciar cómo su madrastra le arrancaba el corazón a Bella. Y ya no se supo más de Día. ¿Por qué? Si habéis leído *La maldición de los reinos*, ya lo sabréis. Si no, os invito a hacerlo y descubrir dónde fue a parar este entrañable personaje.

¿Rubí? Tierna de niña, ¿verdad? ¿Os habéis fijado en el lobo que ven la bestia y la rana? ¿No? La bestia lo vio alejarse y transformarse en una humana. Aunque quizás lo imaginó.

El reino dormido. El Reino de la Aurora. ¿Qué está pasando en él? ¿Por qué se han dormido? ¿Tenían mucho sueño? ¿Una maldición quizás? Algún día os llevaré allí apra descubrirlo.

Y ahora, lector, te pregunto de nuevo: ¿ya crees en la magia? ¿O todavía necesitas viajar a algún otro reino de mano de mi pluma por un camino lleno de maravillas… y mucho más?

# Epílogo



## Erya, ¿por qué…?

Sé que son muchas las preguntas que ahora mismo cruzan vuestra mente. Así que os dejo aquí algunos porqués y curiosidades que quizás logren responderos… o no.

La primera, la más importante, la que quizás os haya dejado en un estado indescriptible: ¡Blancanieves tiene la piel oscura y el pelo blanco! Cuando empecé, escribí el deseo de la reina de tener un hijo tan negro como la noche, tan blanco como la nieve y tan rojo como la sangre. Compartí este fragmento por historias en Instagram, y cuando mi correctora lo leyó, dijo que le vino a la cabeza que Blancanieves tenía la piel oscura y el pelo blanco. Me quedé parada, pensando… «¿Por qué no?». En primer lugar, esto es una reinterpretación de los cuentos, y en segundo lugar, con ese deseo, en el cuento clásico en ningún momento se expresa cómo debe ser el color de piel, de pelo, de ojos… así que, en realidad, no he tergiversado la historia. La he reinterpretado.

Adrien es en realidad mayor que Blancanieves y Bella, pero por culpa de una pócima creada especialmente por la malvada reina, su crecimiento se retrasa, por eso en su historia aparece joven, aparentemente con la misma edad que Aneris. Sí, os lo tengo que confesar: cuando comencé con esta historia, se me ocurrió que el cazador de la historia de Blancanieves fuera el que salvara a Adrien y

Rubí del lobo. Sin embargo, cuando terminé de escribir, me di cuenta de la gran incoherencia que había metido, pues eso significaría que Adrien era de la edad de Blancanieves y Bella. Y, aunque pasan años de esta historia a la siguiente, él se nos presenta bastante joven, por lo que me he tenido que idear el tema de la pócima… Soy un desastre, ¿verdad? Pero bueno, eso ya lo sabíais.

Ay, Rubí y Día. Han vuelto a aparecer. Me lo han pedido a gritos. Sí, y vosotros también. Y tendrán su historia. De hecho, creo que se está cociendo la de Rubí… (guardadme el secreto).

Encontramos dos transformaciones en este libro. No sé si he logrado impresionaros o no. Respecto a la del príncipe: él era en realidad el príncipe del cuento original de Blancanieves, es decir, un personaje que pasa sin pena ni gloria. Pero me gustó su paso por aquí y decidí alargarlo. Cuando llegó el momento de desatar la maldición de la malvada reina, se me ocurrió: el príncipe rana. Perfecto para otra historia, ¿no?

Y en cuanto a la de Bella. ¡Una bestia! Pero, Erya, ¿te has vuelto loca? No (bueno, quizás un poco). Estuve bastante tiempo pensando en qué animal transformarla, hasta que la imagen vino volando a mi cabeza. ¿Acaso no estoy reinterpretando el cuento de *Blancanieves* y de *La Bella y la Bestia*? Pues toma, Bella transformada en Bestia.

Además, esto me lleva a otro punto: cuando Bella, transformada en una bestia, desaparece de repente para luego aparecer con su cuerpo. Quizás os hayáis preguntado qué ha pasado ahí, o quizás lo hayáis visto. En el cuento original, en cuanto Bella le confiesa su amor a Bestia, esta desaparece. Y al día siguiente aparece transformado en príncipe. He querido recrearlo también.

Ah, los enanitos. ¿De dónde habrá salido que el séptimo sea mujer? La historia misma lo pidió. Es imposible negarse a lo que la historia y los personajes piden. Si algún escritor me está leyendo, seguro que ahora mismo está sonriendo y asintiendo (sí, Ana, con la cabeza).

*Los siete cabritillos* como historia de los enanitos. No sé si conoceréis el cuento, pero junto con *Caperucita Roja* y *Los tres cerditos* era de mis cuentos favoritos de pequeña, de esos que mi madre me contaba cada noche. Al crear la historia de los enanitos, me di cuenta de que no me apetecía simplemente sacármela de la manga. Y este cuento vino a mi cabeza como por arte de magia.

Más detalles. Al principio de la historia, tan solo se pueden ver los ojos del mendigo y de Ámbar en el espejo; sin embargo, cuando Bella está al otro lado (y también Blancanieves), se la puede ver de cuerpo entero. Esto es por decisión del propio espíritu. Por eso, cuando Blancanieves creía que Bella era su asesina, miraba al otro lado, pero no se dejaba ver. Bella no la veía. Porque la princesa así lo decidió.

No, no me he olvidado de la bruja. En el cuento original, muere de bailar y bailar con esos zapatos al rojo vivo. ¿Por qué no lo he cumplido también? Oh, vamos, no me digáis que no es difícil… ¿Habéis visto su carita? Tan mona ella…

Me apetecía darle su propia historia. Y pensaréis que ya la ha tenido, pero no. Aquí ha compartido la historia con Blancanieves y Bella, que son tan acaparadoras que se han quedado con todo el protagonismo. Así que he buscado la forma de continuar la historia de la malvada reina y, ¡mira por dónde!, hay un cuento que se llama *El cuervo*, o *La cuerva*, según la fuente.

Ahí lo dejo.

Y no me olvido de los músicos de Bremen. Tuve que incluirlos para que el viaje de Blancanieves no fuera aburrido. También porque crecí con ellos y los amaba, y necesitaban tener su hueco en estos reinos.

Para finalizar, tan solo quería confesaros que para la creación de esta historia me he nutrido de cuentos populares que ya habréis apreciado y de otras versiones del propio cuento de *La Bella y la Bestia*, como son: *Al este del sol y al oeste de la luna*, *Cupido y Psique* y *El cerdo mágico*. Las pruebas a las que Blancanieves es sometida o la forma en la que Bella debe abandonar a su familia para salvarlos de la pobreza son solo unos ejemplos de lo que he sacado de ellos. Espero que os haya gustado.

# Agradecimientos

Si mi primer *retelling* me llevó tiempo y trabajo… ¡Este ya me ha rematado! Tiempo de escritura, lectura, relectura, corrección, recorrección… Este libro en concreto ha sido muy intenso. Y si te gustó el primero, espero que este no haya sido menos.

Ya en *La maldición de los reinos* tuve que darle las gracias a quien hizo florecer esa historia en mi cabeza. Surgió a raíz de una conversación de Whatsapp. Esta ha surgido a raíz de una foto. Sí, como lo estás leyendo. Laura (@entrelibrosdetinta) tenía hace tiempo una foto de perfil con los funkos de Bella y Blancanieves besándose. Yo tenía en mente escribir, como segundo *retelling*, la historia de Blancanieves. Y tenía la espina clavada por haber dado de lado a Bella. Este es el resultado. Gracias por inspirarme, Laura.

Amanda (@laestanteriadlpa) ha repetido como lectora cero y en esta ocasión se ha unido Janet (@readmakesmehappy) al equipo. Ellas lo leyeron capítulo a capítulo, esperando con paciencia (y alguna que otra amenaza) al siguiente. Sin ellas, quizás no habría seguido el camino adecuado para esta historia.

A Iria (@libroscomomedicina) que de nuevo me ha ayudado en la corrección del libro y ha soportado la cantidad de incoherencias que había. ¡Gracias por todo!

A mi prima Ana Paula (@hadadeincognito), por supuesto, no solo por ser la maravillosa ilustradora que hace que estas historias sean más mágicas todavía, sino por todo su apoyo y consejos.

A Ana (@escuderoportal), que va a ser mi correctora siempre (no, no intentes escapar, Ana, no vas a conseguirlo. ¡Mis historias te necesitan!). Gracias por todo el trabajo que dedicas a pulir cada palabra. Gracias por ayudarme en los sinsentidos que salen de mi cabeza. Y gracias por darme esperanzas cuando la luz parece apagarse a mi alrededor.

A Laura (@elrincondemarlau), que siempre ha creído en mí. Que me anima a luchar por mis sueños. Mil gracias.

A ti, lector. Gracias a ti he sacado un segundo *retelling*. No habría sido real si no hubieras disfrutado del primero. De verdad. No tengo palabras para explicar lo que siento. Y gracias por apoyarme en el crowdfunding a todos los que lo habéis hecho.

Erya



Erya nació en Granada aunque se ha criado en Madrid, por lo que siente que pertenece a ambas provincias.
Se introdujo en el mundo de la lectura al encontrar unos tebeos de su padre de *Mortadelo y Filemón*, y *Astérix y Obélix*, y poco a poco fue descubriendo nuevos mundos hasta meterse de lleno en la fantasía.
Entre sus obras se puede encontrar *Estrella Fugaz*, una obra con la que se ha lanzado a la aventura, uniendo ciencia ficción y fantasía en una única historia. Una *short saga* llamada *Dioscuros* ya finalizada y publicada y su último proyecto: una serie de *retellings* autoconclusivos en un mundo de reinos y cuentos que ella misma ha creado basándose en los clásicos. El primero de la serie es *La maldición de los reinos*, donde los protagonistas son la sirenita y la bestia…

## SERIE *RETELLING*:




@eryaescribe y @eryawrites

@eryaescribe

@eryaescribe